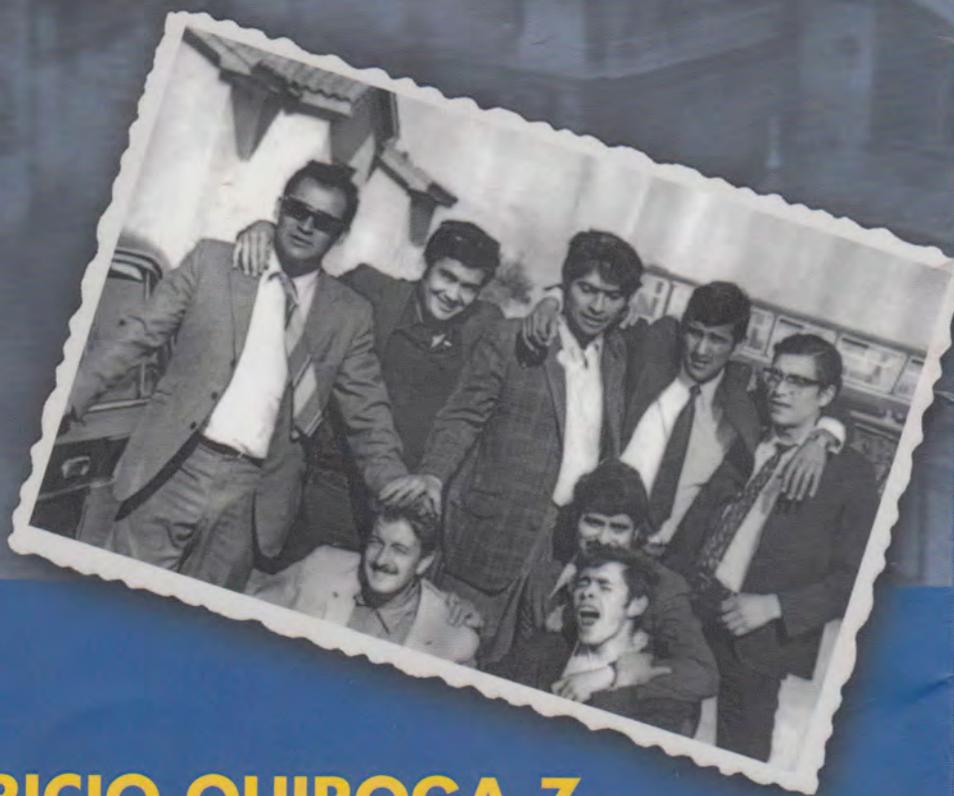


COMPAÑEROS

El GAP: la escolta de Allende



PATRICIO QUIROGA Z.

AGUILAR

COMPAÑEROS

El GAP: la escolta de Allende

AGUILAR

© 2001, **Patricio Quiroga Zamora**.

© De esta edición:

2001, **Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.**

Dr. Anfbal Ariztía 1444, Providencia,

Santiago de Chile.

- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de Ediciones**
Beazley 3860, 1437 Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez
y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.
- **Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.**
Calle 8 Núm. 10-23, Santafé de Bogotá, Colombia.
- **Santillana, S.A.**
Av. Eloy Alfaro 2277, y 6 de Diciembre, Quito, Ecuador.
- **Grupo Santillana de Ediciones, S.A.**
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Santillana Publishing Company Inc.**
2043 N.W. 87 th Avenue, 33172, Miami, Fl., EE.UU.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
Avda. Universidad 767, Colonia del Valle, México D.F. 03100.
- **Santillana S.A.**
C/Río de Janeiro, 1218 esquina Frutos Pane
Asunción, Paraguay.
- **Santillana, S.A.**
Avda. San Felipe 731, Jesús María, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Editorial Santillana S.A.**
Av. Rómulo Gallegos, Edif. Zulia 1^{er}. piso
Boleíta Nte., 1071, Caracas, Venezuela.

ISBN: 956-239-187-6

Inscripción N° 121.537

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: agosto de 2001

Diseño de cubierta:

Ricardo Alarcón Klausen

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

COMPAÑEROS

El GAP: la escolta de Allende

PATRICIO QUIROGA Z.

AGUILAR

Índice

Introducción	11
El embrujo guerrillero	15
Los hijos del Che	21
La Sierra Maestra en Chile	29
Foco de Teoponte	35
Guayacán y Chaihuín	41
Los invisibles	46
Heroico Ejército de Liberación Nacional	52
Tomar el cielo por asalto	60
Aparato Militar	70
Escolta, Operativo, Guarnición	75
Plan Santiago	80
Estrategia de alzamiento	86
Tanques a la madrugada	93
Limpio el cañón de mi fusil	104*
«¡Mano dura, Presidente!»	115
El diario de Hans	129
«¿Qué ocurrió con nuestros líderes?»	135
Bala pasada	142

Tiempo de combate	147
Tomás Moro 200	154
Salpica la sangre	162
Restos del naufragio	168
El corazón de Allende	174
Aniquilamiento	188
El enemigo infame	208
Las calles de Santiago, nuevamente	216
Los Judas del GAP	240
Ayer fue otro día	244
<i>Post Scriptum</i>	251
Anexos	255

Introducción

Los derrotados también tienen historia. Está en los intersticios de la sociedad, en el silencio de los sobrevivientes, en los archivos del terror, en las bisagras del dolor y en la memoria popular.

Fueron vilipendiados, perseguidos y exterminados, pero ahora vuelven sobre sus pasos, relatan su pasión y describen la tragedia: son los sobrevivientes del GAP, el Grupo de Amigos Personales que le cubrió la vida y las espaldas al Presidente Salvador Allende durante la Unidad Popular, que se batió en La Moneda, en la residencia presidencial de Tomás Moro, también por las calles, barrios e industrias de un Chile que ardió en sangre y llamas en un lejano 1973.

La tergiversación, omisión y calumnia se convirtió en la norma que rigió la historia chilena durante los 17 años de dictadura y cuando la historia solo la cuentan los vencedores se forjan mitos e imágenes que aún perduran. Lo sorprendente es que a la truculencia de la versión autoritaria se sumó la amnesia inducida por los gobiernos democráticos que le sucedieron, con la cual se intentó cubrir con mordaza a un incómodo actor de la memoria nacional: los hombres del GAP.

Este es el relato inverso: busca mantener el recuerdo de los reventados por la historia.

El GAP, hijos de una época que se caracterizó por la entrega personal, por el idealismo ligado a la revolución, la transformación de las estructuras de dominación con el fin de crear un mundo nuevo.

Este texto pudo haberse disuelto, como diría Elizabeth Lira, en «las suaves cenizas del olvido»; sin embargo, es un libro que es re-

sistencia al olvido, porque el reencuentro entre los chilenos continúa en un pantano que estira su sombra sobre una tercera generación, porque los vencedores le quitaron cabida a los derrotados, sus hombres y mujeres fueron condenados al silencio o a la frialdad de las instituciones.

Es necesario saber qué pasó.

Sabemos que algunos GAP sobrevivieron; otros cayeron. Daniel Gutiérrez, con nombre de chapa «Jano», luego de 17 años encontró eterno descanso. Lo mismo Luis Rodríguez («Mauricio»). Ambos fueron enterrados. En cambio Juan José Montiglio («Aníbal») y Enrique Huerta aún son detenidos-desaparecidos. Cicatriz aún sangrante. Ahora se dice que fueron arrojados al mar.

El rescate de la individualidad y de la identidad de los sobrevivientes del GAP, marcha en sentido contrario al esfuerzo de la elite dirigente por uniformar la memoria y disolver la identidad. Este es uno de los más caros objetivos de este libro, porque el rescate del GAP rompe con la estrategia de amnesia histórica. El libro es una investigación de campo y es la historia oral que permite recuperar el hecho histórico cuando los documentos han sido incautados, quemados o abandonados. Ante la desaparición de la evidencia su reemplazo es la memoria del actor histórico.

Estamos hablando del sustrato más íntimo de la historia: de seres humanos. Hombres y mujeres que se comprometieron con todas sus fuerzas en una empresa en la que colectivamente primó la idea del cambio y la transformación social.

El GAP cuidaría la integridad de la persona que encarnó ese cambio: Salvador Allende.

El hecho central fue la Unidad Popular, bajo la cual Chile se constituyó en el centro de la historia universal. El episodio de la UP, del cual es componente la historia del GAP, es comparable con el impacto de otras gestas que conmovieron al mundo contemporáneo: la revolución rusa (1917) y la revolución cubana (1959). La primera inició la expansión del socialismo y la segunda la continuó por América Latina y el hemisferio occidental. En ambas estaba la lógica del asalto directo al poder político: autocrático uno (Rusia) y dictatorial el otro (Cuba). Chile, en cambio, presentó al mundo otra fórmula, Chile iba a construir el socialismo por la vía democrática.

Esta es la época narrada, el horizonte del socialismo (o lo que se consideraba como tal) se expandía, la gran explosión venía con el final del siglo XX, era la gran empresa de miles de hombres y mujeres chilenos y en el corazón del camino estaba el GAP: seres humanos con sueños, aspiraciones y utopías que los llevaron al lugar más peligroso y vulnerable de la historia, serían los escoltas de Salvador Allende.

«Sus personales amigos de la vida y de la muerte», como cantarían Pablo Milanés.

Esta es la historia del GAP.

Patricio Quiroga Z.

El embrujo guerrillero

Todo tiene su hora y la hora del GAP fue en otro tiempo. Para comprender su historia debemos internarnos por los vericuetos de esa época, recorriendo caminos ya polvorientos y ocultos a la mirada del explorador, pero que aún podemos hacer aflorar acudiendo a los recuerdos de incontables latinoamericanos con el sueño de una triple transformación: la de la humanidad, la de la patria americana y la de sus propios países, Chile, en nuestro caso.

Hacia allá avanza nuestra primera exploración.

América era interpretada como un laberinto, una mezcla de múltiples diferencias y mágicas cercanías, donde coexistían el caos urbano con montañas y valles desconocidos; donde la emergencia ecológica corría a parejas con la destrucción inmisericorde de otra espléndidas civilizaciones. Entre el Perú profundo de José María Arguedas y la europeizante Buenos Aires de Jorge Luis Borges y entre la desgracia de nacer pobre del «zipotillo» hondureño y la del «chavo» mexicano, había un puente de plata: era mucho lo que unía a América, fuera del idioma compartido y de una historia culposamente común.

Tomás Amadeo Vasconi, el sociólogo argentino, llamó «década larga» al período entre 1959 y 1973. Un tiempo en que las injusticias de la tierra americana se hicieron visibles. Allí estaban los nuevos condenados, eran los niños que dormían bajo los puentes de Ciudad de México o a la intemperie en los pajonales colombianos. Descubrimos que de las migraciones emergieron las «poblaciones callampas» en Chile, las «villas miseria» de los argentinos, los «pueblos jóvenes» de los peruanos y las «favelas» de Río de

Janeiro. Fue cuando nos dimos cuenta que el centro político se rechazaba y que la derecha nunca había sido democrática, dependíamos del capital del norte y la primera piedra del nuevo camino fue la revolución cubana con su heroísmo, luces y brillos: 1959, el primer año de la década larga.

Como afirma Rolando Calderón, uno de los líderes de entonces, que llegó a ser senador y ministro de la UP: «Fueron los años en que siendo muy jóvenes, nos topamos con esa revolución que cambió nuestras vidas. Trabajaba en el Alto Bío-Bío, donde me transformé en dirigente de la Confederación Campesina e Indígena Ranquil, para concientizar y movilizar a mis congéneres en otra revolución, esta vez en Chile. Pensábamos que el sueño se haría realidad, los bienes de la burguesía iban a ser del pueblo, la tierra de los campesinos, todos los niños aprenderían a leer y escribir y los cuarteles se convertirían en hospitales. Ni más ni menos».

Para esa generación, la revolución cubana fue un faro, un hecho de tal trascendencia que en pocos años impulsó la constitución de alianzas internacionales y movimientos alternativos en Asia, África y América Latina. A nivel latinoamericano, potenció la cooperación entre diversas fuerzas anticapitalistas y antiimperialistas a través de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad). Surgieron nuevas concepciones teóricas ante una izquierda latinoamericana que atravesaba por una complicada situación: en Chile, el FRAP había perdido una oportunidad histórica (1958); en Guatemala había sido derrocado el gobierno de Jacobo Arbenz (1954); en Perú la izquierda se debatía en crisis y en Argentina la revolución social no pasaba de ser una esperanza bucólica.

En otras palabras, las izquierdas de la región en su mayoría eran meras organizaciones de denuncia del desarrollo capitalista y el marxismo no era sino un retablo de citas. El impulso de los años 30 de José Carlos Mariátegui y Julio Antonio Mella se había desvanecido y el marxismo latinoamericano estaba estancado. La creatividad estaba en el plano literario, en Pablo Neruda (Chile), Nicolás Guillén (Cuba) o Jorge Amado (Brasil).

La revolución cubana trajo un soplo renovador que coincidió con la radicalización de la escena internacional. En Europa oriental despuntaba la Comunidad de Estados Socialistas, Argelia pro-

clamaba el triunfo de la revolución y Vietnam ingresaba al espiral que condujo a una larga guerra.

La revolución también derribó el mito del fatalismo geográfico, aventado por el factor subjetivo del «hombre nuevo» de Ernesto Guevara. El Movimiento 26 de Julio demostró que la cercanía con los Estados Unidos no era un argumento para posponer los ideales de redención humana. Estamos ante los nuevos héroes-universales, aquellos que ponían su vida al servicio de la felicidad de la humanidad.

Juan Osses, un GAP sobreviviente del combate de La Moneda, explica que «en la formación de nuestra concepción política fueron relevantes tres factores: el primero es que éramos jóvenes pobres que cobramos conciencia de la situación; el segundo fueron factores nacionales: explotación de los trabajadores, miseria del latifundio, condiciones de vida de los pobladores y falta de oportunidades para estudiar, con un agravante, cuando protestábamos se nos respondía con represión, ahí están la masacre de El Salvador y los sucesos de Pampa Irigoyen. El tercer factor fue el internacional: el impacto de la revolución cubana y su ejemplo. Por esos días yo era un estudiante de liceo con ideas revolucionarias y me conmovió la noticia de la muerte del Che Guevara. Desde ese momento asumimos una nueva dimensión de la política. La entendimos como una lucha por el poder y ahora necesitábamos una nueva organización y otro estilo de conducción. En otras palabras: debíamos forjar la vanguardia revolucionaria que conduciría a la vía armada. Destruir el poder político existente y convertirlo en el instrumento de una dictadura democrática de nosotros, de nosotros los explotados».

Juan Osses no estaba solo, al contrario, tenía compañía: el ELN colombiano, las FALN venezolanas, el MIR peruano y tantos otros.

Los revolucionarios de esa época decidieron enfrentar el destino con su propia mano y eran portadores de una audacia increíble, difícil de comprender hoy día, pero el mundo era así, el «poder joven» se respiraba por doquier y trasladaron su discurso al liceo y universidad, a la población y a la industria.

La revolución cubana, por otra parte, coincidió con hechos pletóricos de espectacularidad: la fase guerrillera en la lucha independentista africana, la emergencia de la OLP palestina, la guerra del sudeste asiático, el «gran» salto adelante de la revolución china,

la emergencia del Tercer Mundo, la radicalización estudiantil, el florecimiento del marxismo y la apertura de la conquista del espacio con la circunvalación a la Tierra del primer Sputnik soviético.

El socialismo se veía próximo. Era el nuevo Prometeo.

Un tercio de la humanidad vivía bajo el sistema socialista y el objeto de vida era amplificarlo por tierra latinoamericana. Una visión de mundo avalada por otros grandes cambios: desde el «aggiornamento» de la Iglesia Católica tras el Concilio Vaticano II a cuestiones más mundanas como la revolución sexual por la invención de la píldora anticonceptiva; los Beatles cambiaban el curso de la música popular; la minifalda causaba estragos entre nuestras pudorosas abuelas y en Sudamérica se revalorizaba la música andina con la aparición de la nueva canción popular. Todo cambiaba: la política, la economía, la cultura.

Fue una época de definiciones. Muchos pensaban que era la hora de tomarse el poder y miraban con admiración la primera oleada guerrillera. A corto andar todo el continente sería inundado por el ejemplo de Fidel, Camilo y Che. La lucha armada se regó por el continente y entre 1962 y 1967, ningún área dejó de experimentar el embrujo guerrillero.

En el corazón mismo de Estados Unidos aparecieron una serie de organizaciones antisistémicas: el Partido de las Panteras Negras, los paladines de la música rock (Bob Marley, Jimmy Hendrix), las reminiscencias africanas (Mau-Mau), los líderes político-culturales (Malcolm X) y los nuevos líderes de la comunidad negra (Huey P. Newton y Bobby Seale). Grandes y voluminosas cabelleras, vistosas camisas floreadas y zapatos con terraplén. Los militantes negros se proponían destruir el colonialismo y su maquinaria militar, a través de la lucha armada.

Ernesto Gutiérrez era un joven comunista en ese entonces: «Recuerdo a Sergio Muñoz y a otros que no están con nosotros, como Eduardo Charmé y Otto Boettiger, que proclamaban enfáticamente que con la emergencia de los Young Lords, de Malcolm X, Yasser Arafat y Mandela en Sudáfrica, se iniciaba el cambio universal, sostenían que los propios norteamericanos comenzaban a perder su inocencia y que América Latina no sería una excepción. Todo indicaba que se vivirían cambios sustantivos que no podríamos enfrentar con la teoría y los métodos políticos de los años 50».

Los Panteras Negras no estuvieron solos en su lucha. Brotaban las guerrillas mexicanas, entre ellas, las del estado de Guerrero, lideradas por Lucio Cabañas; un poco más al sur, por Honduras, operaba el Movimiento Chinchonero Libre; en Guatemala las guerrillas conducidas por Yon Soza y Turcios Lima; en la vecina Nicaragua, a partir de 1961, el Frente Sandinista de Liberación Nacional y por El Salvador las guerrillas del FPL y del ERP. Organizaciones que pasando la prueba del tiempo continuaron con sus luchas hasta la década del 80.

La oleada guerrillera se acercó a las pampas, sierras y montañas sudamericanas, donde dieron la lucha el ELN venezolano y las FARC colombianas, conducidas por el ya entonces legendario Manuel Marulanda, «Tiro Fijo»; y las Valpalmes brasileñas. El MIR peruano de Lobatón y de Puente Uceda, prontamente acompañados por los Montoneros y el ERP argentinos, el MIR chileno y el MLN Tupamaros de Raúl Sendic.

La opción guerrillera cubana, luego de incursionar en África, se había trasladado a Bolivia y en torno a la teoría del «eslabón más débil» intentó desencadenar la revolución. El intento de Ernesto Guevara de expandir el «foco guerrillero» al conjunto de la zona para desencadenar un nuevo Vietnam, no podía dejar de repercutir en la izquierda latinoamericana.

Carlos Marighella abandonaba el PC brasileño y pasa a crear las bases de una lucha guerrillera para hacer realidad la consigna de «crear dos, tres, muchos Vietnam».

América Latina se convulsiona. A meses de la derrota del Che (el 8 de octubre de 1967), entraron en crisis dos instituciones históricas: el Ejército y la Iglesia. En Perú el general Velasco Alvarado, el general Rodríguez Lara en Ecuador y Omar Torrijos, coronel de la Guardia Nacional de Panamá, encabezan sendos movimientos militares en una perspectiva nacional liberadora. Al unísono se conmovía la Iglesia con acontecimientos como la muerte de Camilo Torres, el cura guerrillero colombiano. Las resoluciones del Congreso de Medellín, la aparición de los curas del Tercer Mundo, la fundación de la Iglesia Joven, los Comandos Camilistas y la irrupción, de la mano del sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, de la Teología de la Liberación.

América Latina se remecía. Un huracán la estaba atravesando. Sus instituciones tradicionales crujían, los sectores populares se

organizaban e incluso los jóvenes de las clases altas abandonaban sus hogares para ir a vivir a comunidades o fundar organizaciones de lucha. Así comenzó a perderse la identidad de clases que se fundió en torno al concepto de «compañero».

Esa era la época, la década larga de 1959 a 1973, la del embrujo guerrillero, la de los compañeros o dijo un poeta, «los veteranos del 70».

Los hijos del Che

En el Chile de mediados de 1968, silenciosa y clandestinamente, irrumpió el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Estaba compuesto por personas provenientes de los más diversos ámbitos —profesionales, obreros, campesinos, estudiantes—, a los que unía el apoyo a la revolución cubana y la determinación de cambiar la historia, aun a costa de la vida.

Chile se inscribió en la gesta y su primer destacamento fue una columna de apoyo al foco guerrillero que debía operar en la selva boliviana.

Los primeros fueron Elmo Catalán, Tirso Montiel, Arnoldo Camú, Walterio Fierro, Carlos Gómez y Fernando Gómez, más tarde reforzados por Félix Vargas, Paulina Weber, Celsa Parrau, Félix Huerta, Eduardo Carvallo y otros que van quedando en el olvido. También Beatriz *Tati* Allende, la hija de Salvador Allende.

Ellos integraron las primeras columnas chilenas del ELN y fueron los primeros elenos.

Iniciaron un largo periplo que, para algunos, significó la muerte en el combate guerrillero; para otros la precaria sobrevivencia, y para Sergio Pineda, la bruma de la eterna desgracia y la sospecha.

Como señala Claudio Venegas, eleno de aquellos años: «Sergio Pineda marchó muy joven a Cuba poniendo su profesión de periodista a disposición de la revolución. Años más tarde volvió al país con Prensa Latina, contactándose con varios de los que posteriormente fueron los creadores del ELN. Lo movían los mismos ideales. Sin embargo, lo que se enseñoreó con él fue el afilado puñal de la desgracia personal. Primero murieron casi todos sus compañeros

de ruta, luego la menor de sus hijas cayó al vacío desde un noveno piso en pleno centro de Santiago. A la muerte de la niña, siguió el Golpe de Estado, luego el exilio y la muerte de su esposa en La Habana, del que aún no se reponía cuando se produjo el suicidio de su hija mayor. Dramas devastadores de los que intentó recuperarse volviendo a Chile a principios de los noventa. Su vida se entroncó con la sospecha, porque un día cualquiera fue asaltado en los faldeos del Cerro San Cristóbal. El resultado fue la muerte, una muerte extraña y triste, porque nadie reclamó su cadáver. «Chejo» Pineda era un hombre alegre que sólo intentaba restañar sus heridas en una patria que poco sabía de él. Pero no lo logró. Atrajo nuevamente la desgracia. ¿Quién lo mató?».

Alfredo Lyon, tal vez el sobreviviente de mayor edad de la experiencia guerrillera chilena, cuenta: «Para nosotros, hombres ya maduros, la década del 60 es inolvidable. Poco antes, en 1957, había participado en el Congreso de Unidad del Partido Socialista. Era dirigente sindical, conocí a gente como el abogado Eduardo Long Alessandri, Mario Vera y al dirigente Carlos Gómez, pero a dos personas recuerdo con especial cariño y afecto. Tipos buenos, hasta inocentes diría yo: Tirso Montiel y Elmo Catalán, hombres de una sola línea. Elmo era el relacionador público de nuestro sindicato. A menudo, alrededor de un café o un vaso de vino, comentábamos lo de Cuba y no disimulábamos nuestra admiración. Un día Elmo desapareció por meses o años, no recuerdo. Sólo sé que a su vuelta me propuso incorporarme a una aventura verdadera».

La aventura verdadera consistía en abrir un foco guerrillero e incorporarse a la lucha armada.

«Elmo no me dijo más y yo tampoco pregunté. Anhelaba una oportunidad de esa naturaleza. Vino la documentación falsa o el pasaporte a la vida clandestina y, más adelante, después de viajar en uno de aquellos aviones del tipo «sólo Dios sabe si vuelvo», partí al entrenamiento para graduarme de guerrillero. Del frío pasé al trópico, de la brisa a un feroz ciclón, a pasearme por una vegetación exuberante, plagada de bichos que ni siquiera había imaginado. No fue duro. Había hecho el servicio militar, luego fui boxeador aficionado y era un hombre fuerte, de poco más de 40 años, de manera que el entrenamiento no me incomodó. Es que estaba el idealismo que mueve montañas; cuando no hay idealismo, se pide la baja».

Después del entrenamiento cubano y teniendo en cuenta su edad, a Alfredo Lyon lo asignaron a la red de la guerrilla urbana, pero Alfredo reclamó su «derecho al monte», al foco guerrillero, a la aventura verdadera.

Los miembros del ELN fueron escasos en un principio. Un grupo escogido con la misión de construir en territorio chileno un santuario de apoyo a la lucha guerrillera. Un grupo compartimentado y conjurado que se preparó para la lucha armada, no dejó de proclamar su admiración por la revolución cubana y se entrenó en los campos guerrilleros de Cuba, en Punto Cero: formación política, tiro, explosivos, inteligencia y combate.

Un dato curioso: los jefes llevaban en su muñeca un reloj brújula Rolex, que le entregaban los propios comandantes guerrilleros.

Lo importante fue la discreción con que debieron actuar, porque Chile no estaba consignado como lugar de combate: se le consideraba la retaguardia estratégica.

La misión asignada al destacamento chileno fue el reclutamiento selectivo de cuadros, la preparación logística y el posicionamiento territorial; en suma, la creación de un santuario donde avituallarse, guarecerse y comenzar la aventura. Fue un trabajo de pocos escogidos. Elmo Catalán, Arnoldo Camú y otros menos visibles como Francisco Cattani, irían rápidamente reclutando adeptos.

Recuerda Rina Balvederessi, por aquella época estudiante de Pedagogía en Biología del Instituto Pedagógico: «No todo era unanimidad, teníamos discrepancias. Yo no era partidaria de la lucha armada, no obstante mi admiración por las luchas que se libraron por todo el continente en esos años. No tenía las cosas tan claras, pero percibía que para Chile el camino de la liberación no era la vía armada. Tenía dudas. La derecha le otorgaba un rango menor a la democracia en comparación con la gestión económica. No le interesaban los postergados. La muestra era la situación en que vivían los campesinos o los cientos de niños que dormían bajo los puentes del Mapocho. Los militares se entrenaban para la lucha contrarrevolucionaria en Estados Unidos, que intervenía en nuestros asuntos internos con la Alianza Para el Progreso, los Cuerpos de Paz y el estudio del comportamiento político de los oficiales superiores que se realizó bajo el denominado Plan Camelot».

Manuel Cortés Iturrieta, GAP de la primera hora, describe la atmósfera de la época: «Sentíamos y olíamos al cambio social en el horizonte, pero faltaba la vanguardia, la organización decidida a conducir la lucha. Las fuerzas de la izquierda tradicional se agitaban, el propio Salvador Allende, con su opúsculo «Cuba, un camino», había colaborado a la formación de un clima procubano. Sabíamos que en 1964, una representación del Partido Socialista, había abierto relaciones con el gobierno de la isla y que Allende había participado en la fundación de la OLAS. Era *vox populi* que algunos militantes socialistas viajaban a Cuba para crear lazos y recibir conocimientos técnicos. Claro que sospechábamos más de lo que realmente había».

En efecto, las lecturas fueron equivocadas: nadie estaba recibiendo instrucción, lo que ocurría era el establecimiento de relaciones de partido a partido, de manera que la participación de Salvador Allende, Clodomiro Almeyda y Walterio Fierro en la Conferencia Tricontinental de los Pueblos de Asia, África y América Latina (1966), tuvo el doble objetivo de clavar una bandera antiimperialista y de fortalecer a las fuerzas democráticas de ese entonces. Nada más. Incluso, el discurso central de Allende, donde planteó la creación de OLAS, no tuvo otro objetivo que fundar un organismo que junto con coordinar las fuerzas en lucha por el socialismo y la democracia, respetara sus particularidades locales.

La decisión de adoptar realmente la vía armada fue incluso posterior al Congreso de Chillán en 1967. Lo de Chillán fue otra cosa.

Es cierto que allí estuvieron presentes las frustraciones electorales de 1958 y 1964, es decir, las derrotas de Salvador Allende en las dos últimas elecciones presidenciales. Se respiraba el creciente autoritarismo de la derecha y el cerco a la izquierda tendido por la DC, también se respiró el aroma de la radicalización, pero nadie tenía pensado llamar abiertamente a la vía armada. Ese fue un exabrupto que tiene explicación en la muerte del comandante Guevara. Me explico: la muerte del comandante conmovió profundamente a las izquierdas, impacto que sorprendió al PS en plena mutación hacia las tesis de la lucha armada y, lo que es decisivo son las fechas: el Congreso de Chillán se realizó en noviembre de 1967. Guevara había muerto en octubre, hacía pocas semanas.

La infausta y reciente noticia aceleró procesos mentales que condujeron a una catarsis colectiva que se tradujo en resoluciones políticas imposibles de llevar adelante, como el desencadenamiento «ya» de la lucha armada y la aspiración de tomar el poder «por la presente generación».

Por algo en el citado Congreso de Chillán, el triunfo fue para la línea moderada que encabezaba Aniceto Rodríguez, electo secretario general con una amplia mayoría de 80 votos contra los 28 de su oponente, el historiador Alejandro Chelén; esto, a pesar de la alta votación que habían logrado algunos de los hombres que retornaban desde el Caribe ligados a la experiencia cubana, como Julio Benítez, Eduardo Paredes o Walterio Fierro.

En otras palabras, la predisposición a la vía armada era sólo un proyecto, porque la mayoría de la dirección socialista se inclinaba por la vía electoral.

Según Adonis Sepúlveda, actor privilegiado por largo tiempo en la izquierda chilena, «las tesis de Chillán prontamente fueron rechazadas para no obstaculizar las campañas electorales que se venían encima. Incluso existe un documento de una Conferencia Nacional de Organización, posterior a Chillán, en la que de manera explícita se congeló la vía armada para volcar al partido en los eventos electorales, en la actividad parlamentaria y en la formación de la militancia. Para la dirigencia, el objetivo central era mantener la clientela electoral y no pasar a la lucha armada y la prueba es que la dirección del PS, desde 1958 hasta 1970, recayó en un mismo equipo, un grupo contrario a la lucha armada: los llamados guatones».

Los del ELN, el grupo de los elenos, seguían siendo pocos y estaban abocados a su papel de columna de apoyo de la lucha guerrillera boliviana y tampoco abundaban los recursos. Arnoldo Camú, luego de acaloradas discusiones sobre cómo obtener apoyos para canalizarlos a Bolivia, terminó desprendiéndose de su joya más preciada, el reloj regalado por el Che Guevara.

Ahora bien, fuera del ELN no existían otros grupos organizados para una empresa de esa envergadura, sin embargo, lo que había, eso sí, eran algunas personas con la instrucción requerida, ya sea porque habían sido militares, por haber cumplido el Servicio Militar, o porque en forma individual habían logrado entrenamiento en el santuario cubano de Punto Cero.

La izquierda latinoamericana entonaba a coro:

*«Aprendimos a quererte,
desde la histórica altura,
donde el sol de tu bravura,
le puso cerco a la muerte.*

*Aquí se queda la clara,
la entrañable transparencia,
de tu querida presencia,
comandante Che Guevara.*

*Tu fe revolucionaria,
nos conduce a nueva empresa».*

Esa era la canción en torno a la fogata fraternal. Allí, entre vino navegado, mucho, mucho humo, y la infaltable sesión de poesía de José Ángel Cuevas, se daban cita los hijos del Che.

Pero todavía falta completar una página: atrapados entre varios fuegos, acosados y perseguidos por los rangers norteamericanos y tropas de elite bolivianas, los cubanos *Pombo, Urbano, Benigno* y otros sobrevivientes de la guerrilla de Guevara, intentaban romper el cerco. Fue también la prueba de fuego para los elenos del santuario chileno.

Una vez conocida la noticia del acoso final después de la muerte del Che, un grupo salió rumbo al norte: Fernando Gómez, Félix Huerta y Francisco Cattani tenían la misión de internarse por territorio boliviano y lograr el callejón de huida para los guerrilleros restantes.

Era una carrera contra el tiempo, porque La Paz los quería muertos.

La operación rastrillo en que estaban empeñadas las tropas bolivianas no fue un obstáculo tan grande como las inclemencias del tiempo. Años más tarde, Fernando Gómez contaría que jamás había sentido tanto frío, un frío glacial que poco a poco se apoderó de su cuerpo. Estamos hablando de aquel frío solo conocido por los que han caminado por los Andes centrales, donde el cielo tiene un amenazante color morado y donde la tierra transformada en

polvo duele. Allí, en medio de esas serranías, a Fernando Gómez se le congelaron sus piernas y debió ser operado por el doctor Arturo Girón en Chiu-Chiu. La odisea le costó la amputación de dos dedos de su pie derecho. Mientras tanto, *Tati Allende* comunicaba a la dirección del ELN la decisión de su padre de ir al rescate. No solo fueron rescatados, sino que viajaron a La Habana vía Tahiti. Luego vendría la reacción de la derecha chilena que pidió el desafuero de Salvador Allende, por el apoyo y el rescate. Pero ésa es otra historia.

En poblaciones, centros universitarios, fundos y fábricas todavía se lloraba al comandante caído. En Chile, como homenaje al «guerrillero heroico», grupos de apoyo del ELN se tomaron terrenos baldíos con la bandera elena desplegada. Nacían las poblaciones Herminda de La Victoria, Violeta Parra y Che Guevara. Fue también la primera acción de Osvaldo Arteaga Olivares, un joven poblador cuya vida había rozado con la delincuencia, uno de aquellos miles de chilenos que deambulaban sin rumbo por una vida sin trabajo ni oportunidades. De la tertulia de la cuadra, de esa forma de sociabilidad popular que era la conversación en la esquina del barrio, surgió la crítica despiadada al sistema. La protesta comenzó cuando decidieron cambiar algo la vida, haciéndola más llevadera, y a pulso trasladaron una garita de microbuses. Luego vino la policía y el consabido enfrentamiento. En ese clima levantaron las rústicas tiendas que dieron lugar a la población Violeta Parra.

Dice Arteaga: «A mí la política me situó en la vida. Fui parte de las pandillas que dominaban los barrios populares y después busqué alivio a la pobreza en la prédica evangélica. Había muchos socialistas que eran «canutos» y con ellos salí a las calles. Además, como tocaba instrumentos y cantaba bien, era muy solicitado para los salmos y aleluyas. Pero un buen día, me di cuenta de que así permanecía en la contemplación, que nada cambiaba y que, al contrario, debía esperar la vida eterna para disfrutar de lo que no tenía. Mientras tanto, veía a mis hijos con hambre. Me preguntaba por qué tanta diferencia. Eran años de agitación, de huelgas y marchas que llenaban las calles. Y por allí, en una de tantas conversaciones alrededor del cigarrillo y los chistes, salió el tema del socialismo, del Che, del hombre nuevo, de la construcción del

socialismo en Cuba y de repente me invitaron a conversar a un grupo dirigido por Domingo Blanco que me clarificó mis resentimientos y que si quería justicia social debía actuar políticamente. Así ingresé a la periferia del ELN».

La figura del Che cobró una especial dimensión en 1968. En las universidades el homenaje coincidió con la Reforma Universitaria. En el mundo sindical los acontecimientos desencadenados en la industria SABA (incendiada) mostraron el grado de crispación entre trabajo asalariado y capital. La discusión se expandió y tocó al PC, donde grupos de la juventud criticaban severamente la línea del partido y suscribían la teoría de la lucha armada. El debate se profundizó cuando Carlos Altamirano calificó de «Tigre de Papel» al imperialismo, en Concepción los jóvenes dirigentes que habían fundado el MIR se preparaban para la vía armada, en la DC aparecían grupos influenciados por la teoría marxista del conocimiento y cristianos radicalizados fundaban los «Comandos Camilistas».

Toda una parafernalia que, sin embargo, no pasaba de la proclama, pero ya existía ambiente para la idea de la lucha armada. El tinglado estaba armado.

La Sierra Maestra en Chile

La toma del fundo San Miguel, en la comuna de San Esteban, provincia de Aconcagua, fue un signo de los tiempos que se explica en forma sencilla: los campesinos decidieron alzar la voz, se organizaron y defendieron sus derechos.

Con el respaldo de la reforma agraria del gobierno de la DC, los principales latifundistas de la zona organizaron en junio de 1967 un Sindicato de Empleadores Agrícolas que se opuso a elevar los salarios, calificados «de hambre» por los campesinos. La respuesta fue contundente: en enero de 1968 los campesinos fundaron el sindicato Alianza y algunos meses después, el 17 de junio, votaron la huelga legal, luego de una concurrida asamblea en el Teatro de San Esteban, donde intervinieron el presidente del sindicato, Segundo Saavedra, y el vicepresidente de la Confederación Ranquil, Rolando Calderón.

La respuesta de los patrones también fue sencilla: intentaron quebrar la huelga «ganando tiempo», de manera que el conflicto se alargó cundiendo la exasperación por el hambre. Así se inició un conflicto que terminó con la ocupación del fundo San Miguel de la comuna de San Esteban.

Nadie sospechaba que después de la muerte del Che, solo a unos pocos meses, un grupo de campesinos socialistas ligados a la Comisión Nacional Agraria (CONAS), tomaran la decisión de transformar la Cordillera de los Andes en una segunda Sierra Maestra.

Pedro Cornejo, entonces dirigente de la CONAS, explica la diferencia con la oferta cubana: «No se trataba de pasar a la lucha

guerrillera sino a la conformación, con participación de guerrilleros, de grandes movimientos sociales en la perspectiva de cercar políticamente al Estado a través de lo que denominamos como «centros de resistencia». La determinación de la CONAS se inscribía en el marco de las nociones generales acordadas en el Congreso de Chillán y puso en confrontación a los dirigentes con los cuadros rupturistas, porque eran dos formas de lucha: la guerrillera y la de los movimientos sociales».

El relato de Renato Moreau, otro de los actores sobrevivientes del GAP, es el de miles de jóvenes de la época: se incorporó a la izquierda por influencia de su padre, un «allendista» que no reconocía militancia alguna, recibió la irradiación de la revolución cubana y la fascinación por la figura del Che. En 1967 ingresó a la Universidad de Chile, a la Escuela de Canteros, de allí se integró a la Brigada Universitaria Socialista (BUS) y pasó al centro de alumnos en cuestión de meses. No eran tiempos para individualidades, sino para esfuerzos colectivos, en los cuales prontamente destacó. Eran tiempos de acuerdos entre los jóvenes estudiantes de la BUS y los campesinos.

La CONAS, con el fin de llevar adelante sus resoluciones, y por petición expresa de los campesinos de la zona de San Esteban, resolvió ingresar al conflicto y se contactó con la BUS para actuar en forma conjunta bajo la conducción de los campesinos en huelga. Segundo Saavedra, Bernardo Tapia y Pedro Páez, por los campesinos del predio; y Rolando Calderón, Pedro Cornejo y Juan Ávila, por la CONAS, planificaron las acciones que partían por concentrar la fuerza campesina en torno a un solo fundo.

Luego invitaron a los estudiantes, quienes designaron a Hernán Coloma, Renato Moreau, Boris Bronstein, Enrique Dávalos y otros, a quienes el destino convirtió en los impulsores de la «Segunda Sierra Maestra». Los dados estaban tirados. Era el invierno de 1968.

Cuenta Renato Moreau: «Fue una experiencia inolvidable. Primero nos dieron «instrucción». De un compañero de quien se decía que había hecho el servicio militar en Israel y que era comando, aprendí el manejo de una pistola CZ y en algún lugar de Peñalolén disparé seis tiros. Fue toda mi formación, no obstante que iba a participar en la toma en mi calidad de experto en

bombas molotov, las que aprendí a confeccionar a través de croquis en un cuaderno. Luego nos llevaron en un jeep hacia la zona de San Esteban y nos dejaron en la casa de una familia campesina que era fantástica, cedieron sus camas y desocuparon otra pieza para poner las molotov, que yo no sabía si iban a funcionar».

Así pasaron los días y una noche, en un sector aledaño al fundo, se reunieron con varias decenas de campesinos, varios de los cuales estaban armados con rifles de caza, viejas escopetas y carabinas Winchester. Allí también estaba la gente de la CONAS. Luego vino la repartición de armas. Renato Moreau tenía 18 años, era el menor; Coloma andaba por los 22 y Calderón tenía 24.

Cuenta Moreau: «En el reparto me tocó un revólver y cinco balas. Vi que era un cañón y me sentí con una seguridad espantosa, porque en ese tiempo había muy pocas armas en Chile. Mis otros dos compañeros, recibieron una pistola, una CZ. Vi que la cosa era seria cuando el viejo Cornejo, dirigente de la CONAS, se colgó una subametralladora en el hombro».

La subametralladora que tanto cautivó a Renato Moreau tiene su propia historia. Era de aquellas que tienen un cargador lateral, aunque poseía otro elemento que llamaba la atención: un escudo del ejército de Bolivia. Allí, ante los ojos de los presentes, cobró vida propia la leyenda guerrillera. En medio de la bruma de la noche, tomaba forma concreta la figura del comandante Guevara y se sintieron partícipes del ideal heroico de la cohorte de revolucionarios que luchaban en diversas partes de nuestra América. El arma emblemática había sido facilitada por el diputado socialista Joel Marambio, un fiel amigo de la revolución cubana y uno de los impulsores de la red chilena que apoyaba al Che Guevara en Bolivia.

La subametralladora tuvo un enorme valor simbólico, porque no sólo hizo sentir la presencia del mito guerrillero, sino que además fue un conducto para estrechar relaciones entre el ELN y la CONAS. La presencia de tal trofeo de la lucha latinoamericana encendió los ánimos e insufló el fuego interno que experimentan los que arriesgan la vida. Acto seguido, luego de una arenga, se inició la toma del fundo, no sin antes especificar misiones: se fortificó el terreno, se cavaron trincheras, se pusieron sacos en hilera, se dispusieron tres lugares de concentración. Luego vino la tensa espera.

Las horas fueron largas. También la dura discusión con los propietarios, especialmente con la dueña del fundo San Miguel, ante el acto de ilegalidad que cometían los campesinos. Para estos, en cambio, la situación era una fiesta: era la «revancha de los que piden pan»; sintieron que se liberaban de años de humillaciones y celebraron su triunfo durmiendo todos juntos en la cama del patrón, en sus alfombras y en la mesa de caoba. No tomaron nada, porque tenían claro los objetivos políticos de su acción. Así pasaron los días hasta que finalmente, el 31 de julio, llegó una gruesa dotación de carabineros de 600 efectivos, con ellos un escuadrón de caballería, numerosos microbuses, seis tanquetas y un helicóptero. Pero, por cosas del Chile de entonces, junto a los carabineros llegaron el intendente, representantes de los partidos políticos, los máximos dirigentes de la CUT y de varias confederaciones campesinas, además de parlamentarios y dos dirigentes socialistas, María Elena Carrera y Adonis Sepúlveda, contrariando las órdenes del secretario general, Aniceto Rodríguez, que estaba de viaje en Argel.

Recuerda Renato Moreau: «Entre nosotros había una mezcla de euforia y miedo. Teníamos orden de no disparar, de resistir para evaluar, para lo cual estábamos en una trinchera a pocos metros de los carabineros. Nos separaba sólo una pequeña pirca de piedras, de manera que los pude ver hasta que comenzaron a lanzar bombas lacrimógenas. De pronto el aire se tornó irrespirable. Fue una preparación de gases para luego iniciar el ataque. Pensé que me moría, pero no tenía orden de disparar ni de retirarme, sólo escuchaba el ultimátum, las voces que conminaban a la rendición. A medida que pasaban las horas, los campesinos se mostraban más y más eufóricos, aunque yo, con mis 18 años, estaba asustado. Lo que me mantuvo fue la responsabilidad de ser del BUS, del grupo de estudiantes venidos de Santiago. Nadie se movía. A mi lado se ubicaba un campesino que tenía granadas con mecha y fumaba para poder prenderlas. Entretanto, seguía el bombardeo de lacrimógenas, hasta que al huaso encargado de encender las mechas comenzó a terminársele el cigarrillo y de repente dice: '¡A la mierda todo el mundo!', enciende una granada y la tira».

La granada dio un par de tumbos, cayó atrás de una pandereita, de los dos bandos se agazaparon para protegerse, pero la grana-

da se mantuvo quieta y silenciosa. Pasaron unos minutos, de a poco asomaron la cabeza, ni la respiración se sentía, la tensión cortaba la noche y de pronto vino la explosión, después el humo y llovieron las balas que acabaron con una tanqueta.

«Los huasos tiraron todo lo que tenían para intentar salir. No quedaron tarros ni botellas, tampoco municiones. Fue el momento en que se nos avisó que debíamos retirarnos. Perdí la noción del tiempo transcurrido, pero jamás olvidaré cómo un niple alcanzó otra tanqueta. Todo era ruido y confusión. Los gritos se entremezclaban con los disparos. En medio de ese enjambre, las tanquetas rompieron las murallas de adobe y comenzaron a cercarnos, en ese instante sentimos la orden de rendición, fue el momento en que el viejo Cornejo, molesto por la orden, se fue hacia un lado y vació el cargador de la subametralladora. La disparó entera. Fue sólo un instante, pero dejó un silencio impresionante. El tableteo paralizó a atacantes y defensores. Todos pensaron que allí comenzaba la guerra en serio, pero el viejo Cornejo pasó con un saco donde tiramos las armas que escondimos en un lugar previamente acordado y luego enarbolamos una bandera blanca. La jefatura trataba de evitar una masacre, porque allí adentro había más de 200 campesinos. Vino una gran paliza, nos amarraron y subieron a varias micros con destino a una comisaría o un regimiento, no recuerdo, pero después comenzaron los interrogatorios. Estamos hablando del gobierno de Eduardo Frei Montalva, de una época en que no era tan dura la cosa, aunque para entonces era lo más duro que podía ocurrir».

Luego del interrogatorio, todos los participantes debieron comparecer ante un ministro en visita en Valparaíso. Mientras tanto, arreciaba la solidaridad de estudiantes, confederaciones campesinas, sindicatos y dirigentes políticos. La cantidad de detenidos era también insólita y el lugar de la detención todavía más inaudito: un teatro.

Los detenidos iniciaron una gran discusión política y en medio de la euforia y después de encendidas proclamas, un pequeño grupo tomó la iniciativa de fundar una organización, un núcleo clandestino y juramentado al interior del PS cuyo propósito era liderar la lucha armada. El nombre no fue difícil de encontrar: La Organa.

Los análisis habían llegado a la conclusión de que la estrategia trazada era la correcta, que el PS, conducido por «los guatones», no estaba a la altura de las circunstancias y que el grupo ELN, por su condición de columna clandestina y dependiente del Estado Mayor del ELN boliviano, tampoco estaba en condiciones de dirigir el proceso de acumulación de fuerzas en Chile. Por tanto, existían espacios y condiciones para la irrupción de La Organa, que nació después de la toma de un fundo y en medio de un teatro para crear el otro escenario: el de la lucha armada.

Foco de Teoponte

Ya eran dos las organizaciones que en Chile se preparaban para la lucha armada. La Organa se expandió por las federaciones de estudiantes, los sindicatos campesinos y por el tejido social. Los elenos continuaron bajo la dirección del ELN boliviano.

Sigamos con la historia.

Para los elenos la muerte del Che fue tomada como un ejemplo. No amilanó a nadie. Era un riesgo calculado. En la lucha de liberación, la vida pasaba a ser una ofrenda a cambio de un triunfo que podía significar el cambio del mundo.

Cuando *Inti* Peredo, en las montañas bolivianas, decidió abrir un segundo foco guerrillero en un manifiesto conocido como «Volveremos a las Montañas», encontró una inmensa corriente de simpatía. Nuevamente los Andes centrales serían escenario de un foco guerrillero y el esfuerzo cobraría la vida, entre otros, de *Inti* y *Coco* Peredo. Y nuevamente se enseñoreó la derrota.

El desastre fue enfrentado con un tercer intento, el de la guerrilla conducida por *Chato* Peredo. A diferencia de las experiencias anteriores, esta vez se prepararon combatientes del cono suramericano para expandir los focos guerrilleros y hacer realidad el «un, dos, tres, Vietnam». Se asignaron funciones y responsabilidades a cada grupo del área y fueron 67 los voluntarios de la región que recibieron instrucción en el santuario cubano: bolivianos, peruanos, chilenos, argentinos, un brasileño y un norteamericano. Esta vez, por razones de política internacional, los cubanos no participarían. Había llegado el turno del ELN chileno y se iniciaba el Foco de Teoponte. En medio del secreto comenzó la gran operación y se asignaron las funciones:

- a) La preparación combativa para lucha irregular (Elmo Catalán, Félix Huerta).
- b) La función de retaguardia estratégica (Arnoldo Camú).
- c) Transporte de armamento (Félix Vargas).
- d) El reclutamiento (Carlos Gómez).

Hombres dispuestos a todo. Convencidos. Cada uno con su historia. Tomemos el caso de Manuel Cortés que provenía de sectores medios empobrecidos y que fue mal alumno. Expulsado de la Gratitude Nacional, debió abandonar la casa paterna y enfrentar la vida. Trabajó como asalariado y finalmente intentó suerte con un garaje. Luego vendrían las preguntas sociales, los ¿por qué?, las interrogantes acerca de la justicia social o la falta del sustento diario, que serían satisfechas por un vecino del barrio, Iván Ravanal, que poco a poco lo fue incorporando a la vida política, hasta que de pronto le invitó a charlas de adoctrinamiento, luego a las tomas de terrenos y finalmente a un trabajo.

«Mi labor era acondicionar camionetas para el transporte de armas y yo no preguntaba ni para quién ni para dónde. Años más tarde, cuando ingresé al GAP, Félix Vargas me explicó que el destino era el territorio boliviano y el Foco de Teoponte».

Nunca el reclutamiento había sido tan fructífero. De todas partes llegaban nuevos militantes con un deseo común: integrarse a la guerrilla, porque para ellos la vía electoral se había agotado.

La tercera guerrilla sorprendió al ELN chileno trabajando febrilmente. Arnoldo Camú se encargaba de la logística y los recursos. Fernando Gómez reclutaba sin pausas. Mientras tanto en Calama, el zapatero Jaime Sotelo y su hijo fabricaban las botas con que se enfrentaría la campaña. Fueron los primeros aprontes de quien fuera el dirigente minero más joven de Chile y luego uno de los encargados del GAP. Junto a ellos, un adolescente comenzaba a experimentar sus primeras armas: Pedro Plaza, que más tarde integraría el dispositivo de seguridad presidencial.

Las botas, los equipos y el armamento popular los construyó o se los consiguió, un ex oficial de la marina mercante, Roberto Sancho. La oficina de documentación también comenzó a operar. Todo ello en medio del más absoluto secreto y la más cerrada «compartimentación». Cada uno cumplía su misión. Juan José

Montiglio, desde las aulas del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, iniciaba la sigilosa expansión del ELN hacia la universidad y Gaspar Gómez trabajaba la infraestructura.

Las expectativas sufrieron un golpe con una dura noticia: la muerte de Elmo Catalán. El 12 de junio de 1970, en las afueras de Cochabamba, en las cercanías de la laguna Alalay, se encontró su cuerpo. A cuatrocientos metros yacía el cadáver de su mujer, la dirigente universitaria Genny Köller. En un confuso incidente había muerto el máximo dirigente del ELN, el primero de los elenos chilenos. Los funerales de la pareja dieron lugar a una de las mayores manifestaciones de pesar masivo de la que se tenga memoria en Bolivia.

La muerte de *Ricardo*, el nombre de chapa de Elmo Catalán, acentuó la definición proclive a la vía armada y el impacto no solo se reflejó a nivel teórico, porque pronto apareció la Brigada Elmo Catalán, que a través de la propaganda y los rayados de muros contribuyó al despliegue de la estrategia, aunque, en verdad, la brigada nunca fue una organización paramilitar.

Con documentación falsa y por diversas vías, llegaban a Bolivia los integrantes chilenos del Foco de Teoponte, el tercer foco guerrillero.

Unos ingresaron por la zona de San Pedro de Atacama, otros por vuelos comerciales y un par por el ferrocarril Arica-La Paz. Llevaban en común el mismo equipaje: entusiasmo por la aventura, orgullo de haber sido seleccionados para la misión, un duro entrenamiento.

Así, luego de múltiples peripecias, se incorporaron a la lucha Hilario Ampuero (*Pedro o Poropo*); Julio de la Cruz (*Cristián*); Julio Zambrano (*Manuel*); Tirso Montiel (*Pablito*); Carlos Brain (*Perruchín*); José Celis (*Alberto*); Guillermo Véliz (*Gastón*); Raúl Zamora (*Dago*) y Calixto Pacheco. Luego estaba previsto un segundo grupo formado, entre otros, por Félix Vargas y Carlos Gómez.

La tercera campaña guerrillera, a pocos meses de su inicio, se enfrentó con la derrota. El terreno y el clima inclementes, los errores políticos y logísticos y la contraofensiva del ejército boliviano descalabraron el esfuerzo.

Fue el fin de la utopía y el inicio de otro drama.

Cuando el 11 de junio de 1970, Tirso Montiel, se despidió de su familia porque viajaba a Bolivia, se inició una larga historia que llega, incluso, a nuestros días.

Cuenta su hija Marta Montiel: «Mi papá se fue a Bolivia en junio, pasó julio y agosto, y un día, mirando televisión, veo que dicen que murió Tirso Montiel en un combate registrado con el ejército boliviano y la información agrega que además pertenecía al Ejército de Liberación Nacional formado por el comandante Ernesto Che Guevara».

La impresión llevó a su madre de modo prematuro a la tumba y su esposa quedó paralizada, literalmente, por la impresión. No podían explicarse cómo este ex oficial de Carabineros y dueño de una hoja de vida intachable, había muerto de esa manera, decapitado por un ranger norteamericano en la selva boliviana.

Del padre cariñoso solo quedó una carta:

«La Paz, 17 de junio de 1970.

Queridos padres, queridos hermanos, queridos hijos, familiares y amigos:

Cuando reciban estas líneas seguramente yo estaré caminando por las selvas bolivianas, iniciando o, mejor dicho, reiniciando la lucha comenzada un día por nuestro Che.

Los que ahora seguimos su ejemplo empuñando las armas, lo hacemos con alegría, con plena convicción y decisión de llevar esta guerra hasta sus últimas consecuencias. Cargamos en nuestros hombros la responsabilidad del porvenir de la revolución latinoamericana. Sabemos que esta guerra será a muerte, larga y llena de sacrificios. Nosotros no queremos la guerra, pero no nos queda otro camino que entrar en ella, pues vemos que el único camino para conseguir nuestra libertad, en la mayoría de los países, es la guerra. Pero esta guerra será la tumba de nuestros enemigos: el imperialismo yanqui. Crearemos los Vietnam soñados por el Che.

Como miembro del Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, siento una alegría infinita de compartir todo esto. Tengo el privilegio de sentirme tan boliviano como cualquiera que haya nacido en estas tierras. El cariño y compañerismo es algo maravilloso; tengo muy buenos e incomparables compañeros; somos una gran familia los «elenos», parte de la gran familia latinoamericana. Algún día alcanzaremos

nuestros objetivos para así formar una sola Patria. La Gran Patria Latinoamericana con la que soñaron Bolívar, Che y mi gran amigo y compañero Ricardo, cuyo recuerdo permanecerá imborrable. Luchamos por los explotados de nuestra América, del mundo entero, por el recuerdo de los compañeros chilenos, cubanos, argentinos, peruanos, etc., caídos en la lucha. Seguimos la historia cuyo curso no lo van a interrumpir nuestros enemigos. Luchamos para que vivamos con dignidad.

Si es posible mantendré comunicación con ustedes. Creo que no va a ser fácil hacerlo, pues hay que tomar en cuenta las probabilidades de sobrevivir en una guerra, y otros inconvenientes.

Me despido de Uds. con un fuerte abrazo y con un saludo.

Victoria o Muerte.

¡Volvimos a las Montañas!

PABLO».

La muerte de Tirso Montiel acentuó el proceso y cargó los ánimos y las tintas. Aparecieron los héroes universales chilenos. Los componentes del ideal heroico guerrillero pasaba a convertirse en una realidad tangible: en Elmo Catalán cuyo nombre de guerra fue *Ricardo* y en Tirso Montiel que fue *Pablo*.

Se inauguró la larga marcha del dolor que habría de pagar la izquierda. La propia Marta Montiel esperó al padre ausente hasta la adolescencia. Nunca se resignó. Cuando cumplió 15 años, irrumpió en la embajada boliviana a «pedir los restos» e iniciar una larga búsqueda.

En el plano político, la experiencia guerrillera se contraponía al curso de los acontecimientos que se estaban viviendo en Chile, donde la Unidad Popular canalizaba la «rebelión del electorado». De esa manera, comienza a tener explicación la dualidad de líneas con que la izquierda enfrentó el proceso de cambios en 1970. La radicalización tenía un antecedente real, concreto, que al «permanecer oculto», al no transformarse en objeto de discusión sino de culto, generó las formas de radicalización que obstaculizaron la vía político-institucional.

La tercera guerrilla también fracasó y por el relato de los sobrevivientes, puede colegirse que su trágico destino no solo fue obra de los rangers bolivianos y sus asesores norteamericanos. También los derrotó la dureza de la selva, la falta de recursos, la indiferencia de los campesinos y la falta de una estrategia que subordinara la guerra a la política. La derrota fue total sin apelación.

Diezmados, cansados y enfermos iniciaron el repliegue hasta que finalmente, el 4 de noviembre de 1970, algunos de los sobrevivientes como Calixto Pacheco, Guillermo Véliz o Raúl Zamora, luego de burlar el extenso cerco antiguerrillero, regresaron a Chile por las cercanías de Visviri, para luego llegar al puerto de Arica.

Llegaron el 4 de noviembre de 1970, el mismo día en que Salvador Allende fue investido Presidente de la República.

La historia, en honor a la verdad, no terminó allí, porque algunos de estos últimos elenos retornarían a Bolivia una vez más, con el propósito de reconstruir la organización. Son los casos de Guillermo Véliz y Raúl Zamora. Fueron asesinados.

Guayacán y Chaihuín

¿Pero qué ocurría con La Organa, qué había nacido entre los estudiantes y campesinos detenidos en un teatro de Valparaíso, después de la toma del fundo San Miguel?

La Organa, desde principios de 1969, había expandido su influencia entre los campesinos, estudiantes, obreros y pobladores socialistas; se hizo fuerte en el CONAS, la BUS, el DENAS (Departamento Nacional Sindical) y el Departamento de Pobladores; en la Confederación Campesina e Indígena Ranquil, en la Central Única de Trabajadores y en la FECH (Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile).

En otras palabras, La Organa coordinó los estratos más pobres y explotados de la sociedad, intentó conducir a un amplio conglomerado humano aunado por las ideas del cambio y la lucha contra el sistema de dominación. Aquí radicaba la diferencia básica con el ELN. Los dirigentes de La Organa no participaban de la teoría del foco revolucionario y subordinaban el aspecto militar a la concepción de movilizar actores sociales políticamente activos.

Estimulados por el éxito inicial, los líderes de La Organa llegaron a una segunda fase: la del «trabajo conspirativo», que se inició buscando santuarios para la instrucción militar de carácter popular, que consistía en aprender a luchar con «armamento popular».

La instrucción no tuvo nada que ver con las largas marchas de la formación guerrillera clásica y tampoco con la sobrevivencia en terreno, exploración por parte de la vanguardia, marcha con cooperación de fuego, rol de la retaguardia, el arte de la emboscada, el enmascaramiento y la retirada luego del golpe de

mano. No existió nada de las grandes materias con que se formaron los elenos.

En La Organa lo que primó fue la formación para la lucha en localidades, para la defensa de sedes y para la protección de masas, todo ello en la perspectiva de la constitución de centros de resistencia. Esto coincidía con la evolución de los acontecimientos políticos, que por aquel entonces se encrespaban con las tomas de terreno y la reforma universitaria.

Así surgió la escuela de Guayacán, ubicada en la zona cordillera del Cajón del Maipo, a 30 o 40 kilómetros de Santiago.

En el primer trimestre de 1969, bajo la responsabilidad de Jaime Sotelo y Renato Moreau, iniciaron su preparación los primeros quince escogidos por la dirección de La Organa: Ofelia Vilches, María A. Toro, Silvana Hardy, Juan Carlos Pérez, Manuel Foncilla, Rafael Kries, Patricio Corvalán y F. González Calquín, entre otros.

Ni el desbordante entusiasmo ni la entrega total, lograron evitar que la escuela fuera detectada por Investigaciones, que hizo fracasar la operación y también descubrió el nacimiento de un nuevo grupo caracterizado por la construcción de armamento popular. Por primera vez en la historia de Chile aparecían los conos vietnamitas, las «bernardas» (bazukas caseras), niples explosivos y una cierta variedad de granadas de tarro (de humo y fragmentación).

El fracaso de la escuela de Guayacán fue considerado solo un traspie y el paso a la clandestinidad un mero trámite que no paralizó la ruta trazada. Luego de dar forma a una pequeña red clandestina, la dirección de La Organa creó a principios de 1970 nuevos campos de instrucción y aprovechó la coartada que daban los trabajos de verano universitarios. Por sugerencia del ya fallecido Néstor Figueroa, jefe regional del PS en Valdivia, se eligió la localidad de Chaihuín. Allí, en medio de la soledad y la eterna llovizna del sur de Chile, se crearon dos campamentos. Uno de ellos llegó a contar con una planificada estructura que contempló comandancia, seis cabañas de bambú, cocina, enfermería, sector para práctica de explosivos, cancha de obstáculos, un polígono y el complejo fue rodeado por una pared de troncos de diez metros de altura.

Cuenta Hernán Coloma, dirigente de la FECH en esos días: «Cuando recuerdo Chaihuín, no puedo contener la emoción. No

sólo por la muerte de *Quico* Barraza, sino por el peso de una experiencia que, de partida, era como internarse en otro mundo, caracterizado por el viejo barco que cruzaba el río Calle Calle y que llegaba a Niebla a través de la bruma. Cómo no recordar Corral y sus abandonadas usinas, los bosques impenetrables, páramos en que permanecemos mojados durante meses, donde el frío era permanente. Nos preparábamos para lo que creíamos un ideal superior de vida. La rutina de campamento era dura: comenzaba muy temprano, con ejercicios y largas caminatas. Luego venía la preparación en tiro, explosivos y arte combativo. Al atardecer, se realizaban las jornadas de educación política, intensos momentos de discusión con el acompañamiento del cielo estrellado y una gélida brisa. Todo se une en mis recuerdos, la inclemente geografía, la soledad, los olores, la determinación de iniciar la lucha para disputar un poder político que cada vez veíamos más lejano con las derrotas de Allende en 1958 y 1964, por la transferencia de la dominación de la derecha a la DC y por el rol que asumían las Fuerzas Armadas entrenadas por los norteamericanos. Ahora, si bien Chaihuín se inscribe en otra época, no me cabe duda de que aquellos años están ligados al presente por un puente de plata construido con los sueños y la utopía. Si no, ¿de qué vive el hombre?».

A Chaihuín llegaron tres contingentes. El primero compuesto por 24 hombres y dos mujeres; el segundo por 30 personas, y el tercero por seis estudiantes de educación secundaria. No todos eran socialistas, porque en cada uno de los grupos participaban algunos miembros de una fracción escindida del MIR, el MR-2, que después de tres años se incorporó al PS. El MR-2 lo dirigían Rafael Ruiz Moscatelli, Nicolás Galanake, Silva Luvecchi, el *Guajiro*, y otros militantes que posteriormente engrosaron el GAP y que durante los años de la dictadura militar llegaron a conformar una de las direcciones clandestinas del PS.

Lo que no sabían los miembros de La Organa era que entre los miembros del segundo contingente, el más numeroso de 30 personas, había un capitán de Ejército especialista en infantería de montaña, quien tuvo un descollante papel a la hora de levantar los dos campamentos. Así se incubaba un nuevo traspie: a fines de mayo de 1970, Chaihuín sería detectado y asaltado por boinas negras, justo cuando se procedía a su desmantelamiento. En la refriega, el

joven que hacía de enlace y que traía desde Santiago la orden de evacuación, el estudiante de Economía de la Universidad de Chile, *Quico* Barraza, encontró la muerte. Una muerte silenciada por «razones de Estado». Los militares no podían reconocer excesos en pleno Estado de Derecho y tampoco La Organa podía reconocer la preparación militar con miras a las elecciones de 1970.

En las mismas fechas en que el ELN se preparaba para el foco guerrillero de Teoponte y La Organa iniciaba la instrucción de sus contingentes, se iniciaron los contactos entre ambas organizaciones.

A Félix Huerta, miembro del Estado Mayor del ELN, se le conocía como *El Tieso*, porque había regresado con su cuerpo paralizado tras un accidente de entrenamiento para combatir en Bolivia. Para Huerta, un hombre de alta sensibilidad política, no pasó inadvertido que en Chile se fraguaban cambios que iban a poner en primera plana la vía político institucional. Tampoco ignoraba lo que implicaba unir dos fuerzas como los elenos y La Organa, y con perspicacia previó que un triunfo de Allende atizaría la pugna política: la izquierda tendría que defenderse de las maniobras de la derecha y de las posibilidades de un Golpe de Estado.

La Organa, por su parte, en un pleno nacional realizado en Santiago a fines de abril de 1970, discutió el apoyo a Allende y la conclusión fue que frente a un triunfo de la UP, lo que venía era la violencia reaccionaria y debían prepararse.

Las conclusiones de Huerta y las de La Organa eran las mismas.

En otras palabras, tanto la preparación para la guerrilla latinoamericana (ELN) como para la vía armada (La Organa) quedaban canceladas, pero, de la lucha guerrillera y de la vía armada quedaba la concepción teórica respecto del papel de la violencia en los procesos de cambio.

El ELN y La Organa tejían su cercanía: se estaba originando una nueva situación política en América Latina y era necesario apoyar a la Unidad Popular. Para La Organa los lazos significaban la apertura a los santuarios internacionales, la posibilidad de combatir en Bolivia o en alguna otra latitud y abastecerse de medios. Ambas organizaciones se necesitaban: el ELN para cubrir las necesidades de la guerrilla latinoamericana y La Organa para fortalecer el aspecto paramilitar.

La fusión fue inevitable. Aún más, fue fortalecida con el ingreso de una serie de militantes de las Juventudes Comunistas que abandonaron el partido, luego de declararse «hijos del Che». Posteriormente vino el trabajo en conjunto, ya eran militantes de la ELN/Organa: se prepararon para integrarse a la guerrilla boliviana; fueron correos del ELN; solidarizaron in situ con la joven comunista boliviana Loyola Guzmán, que era juzgada por el gobierno boliviano; y participaron junto a dirigentes socialistas en la histórica y fracasada «Zafra de los 10.000.000» en Cuba.

Sobrevivientes como Sergio Muñoz, Rosa Rubilar, Robinson Pérez, Fernando Quiroga, Roberto Pizarro, Juan C. Souper y otros, se integraron a la nueva experiencia. Darío Busch con el nombre de *Gregorio* cayó combatiendo en la selva boliviana, Eduardo Charmé fue asesinado en la clandestinidad y entre los que se integraron al GAP figuran Marcelo Schilling (*Gastón*) y Octavio Boëttinger, este último pasaría a engrosar las filas de los detenidos-desaparecidos.

Mientras cedían las desconfianzas y se encendían los ánimos de colaboración, la campaña presidencial era una realidad insoslayable. Era imposible dejar de prestar atención a una posibilidad que cada vez se tornaba más real: Salvador Allende se acercaba a La Moneda.

Los invisibles

El año 1970 culminó una década de cambios. En Europa, la expansión del marxismo alcanzaba su máxima dimensión y cundía la impresión de que las izquierdas de Italia y Francia se acercaban al poder. En el sudeste asiático, el triunfo vietnamita era considerado como una cuestión de tiempo. En Medio Oriente, la causa palestina se había afianzado. En África era inminente el triunfo en Guinea Bissau. En América Latina la revolución cubana irradiaba por doquier. La URSS mostraba éxitos deportivos y tecnológicos insuperables. Y, como si fuera poco, el capitalismo mostraba fisuras que sugerían una crisis terminal. El cambio estaba ad portas. Chile no podía quedar al margen. La acumulación social en marcha desde fines del siglo pasado, la expansión de la izquierda, la división de la clase dominante y la crisis interna, eran poderosos argumentos: después de las derrotas de Allende en 1958 y en 1964, las elecciones presidenciales de 1970 era algo así como la última oportunidad.

Estamos en los albores de la Unidad Popular, en la fase de la campaña electoral, donde el candidato Salvador Allende debió enfrentar el discurso de la derecha autoritaria, la resistencia del gobierno DC, la emergente violencia callejera, el escepticismo de sus propios partidarios, la amenaza latente de sectores de las Fuerzas Armadas.

En ese clima avanzaba la campaña electoral, que fue estridente, bullanguera y alegre en la gran concentración pública. Era el encuentro multitudinario donde se daban cita cientos de miles de adherentes. Era la fiesta. La iniciaba la marcha de los dirigentes,

precedidos por bandas y seguidos por centros de madres, clubes de fútbol, escuelas universitarias, pobladores. Era la presencia del colorido de las banderas, de las diversas formas de transporte (buses, carretones, motos), el momento de la venta de maní y del popular y chilenuísimo «sánguche de potito».

Era la magia de la política que acercaba a miles de chilenos que desbordaban las calles y sobre cuyo número real se abría siempre una acre polémica. Todo transcurría pacíficamente. No era concebible desborde alguno. Siempre se tenía buen cuidado en mantener un comité que resguardaba el orden público, constituido por militantes armados de entusiasmo, pero carentes de toda instrucción sobre manejo de multitudes, accionar de infiltrados, probabilidades de golpe de manos o ejecución de atentados. Resumiendo, la protección al líder era en extremo precaria.

La sociedad chilena en esos días, semanas y meses de 1970 estaba en transición: del conflicto social a una abierta lucha de clases. La violencia comenzaba a aparecer por la resistencia al cambio del bloque dominante de la derecha y la DC. Ya aparecían los grupos de choque con la cara fea de Chile, y el abanderado de la Unidad Popular fue objeto a lo menos de dos intentos de agresión. La misión fue proteger al candidato.

Miria Contreras (*Payita*), la secretaria personal de Salvador Allende, recuerda el inicio de la campaña presidencial:

«La seguridad del candidato recayó en un pequeño grupo de voluntarios y amigos quienes, reparando en la vulnerabilidad del líder, se transformaron, por propia iniciativa, en entusiastas e inexpertos escoltas. Entre ellos, Hernán Ortega, Osvaldo Puccio y su secretario, Humberto del Canto. Pero era una situación insostenible, de manera que en abril de 1970, los mismos improvisados guardaespaldas le pidieron a Mario Melo que ayudara a proteger a Allende. Melo era un ex oficial de las Fuerzas Armadas y comando que, junto a nueve boinas negras, fue expulsado del Ejército por sus ideas de izquierda. Mario Melo fue el primer GAP. En realidad, en ese momento era el único que tenía alguna idea de lo que se necesitaba».

Por esos días, en un pleno del comité central del PS, convocado para analizar la marcha de la candidatura, también se detectaron graves falencias en la seguridad del candidato:

- a) Un posible atentado por parte de un servicio de inteligencia extranjero.
- b) Un atentado desde un sector del bloque dominante.
- c) Un atentado desde las Fuerzas Armadas.
- d) Un accidente por la falta de protección adecuada ante las masas enfervorizadas que, en un exceso de entusiasmo, podían aplastarlo.

El PS resolvió dotar al candidato de un grupo de protección y el responsable fue un miembro del Comité Central: Eduardo *Coco* Paredes, médico, hombre afín al futuro Presidente, hijo de un viejo amigo, cercano por la política y la profesión a Beatriz Allende.

La amistad de Paredes con el ELN fue el otro dato y fueron los elenos los que integraron la emergente escolta. Dos visibles y tres invisibles. Los visibles serían, a partir de ese momento, Fernando Gómez, quien se había aventurado por el altiplano boliviano en busca de los sobrevivientes de la guerrilla de Ñancahuazú; y Enrique Huerta, posteriormente caído en el combate de La Moneda. Los invisibles serían Félix Vargas, uno de los encargados de transportar las armas desde Chile hasta el Foco de Teoponte; un prestigioso académico como Alberto Pérez, decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, y su ayudante, el joven pintor Eduardo Carvallo. Este grupo, sin delatar su presencia, debía resolver problemas de logística y seguridad en el perímetro de desplazamiento del candidato.

Sin embargo, el resguardo aún era precario e improvisado.

Por ejemplo: los escoltas, al atardecer, en vez de seguir junto a Allende, se iban a sus casas.

Después del día de la elección y el triunfo, el 4 de septiembre de 1970, vendría lo difícil. Allende, al día siguiente, iba a pronunciar el «Discurso de la Victoria» en el Estadio Nacional. Era la prueba de fuego. Cundía la incertidumbre provocada por llamados anónimos y cartas portadoras de amenazas. Ante ello, Allende reforzó a su equipo de protección con la incorporación de jóvenes integrantes del MIR. El nexa fue Mario Melo.

Cuenta *Payita*: «Mario se encargaba de todo, incluso bromeábamos con él, un joven ex oficial del Ejército, bastante buenmozo y movido por el ideal de la revolución latinoamericana, que no sólo protegía al candidato, sino que incluso se daba tiempo para ba-

rrer el frontis de la casa, ordenar el comedor y el living después de las reuniones y hasta me acompañaba a comprar, y todo de muy buen humor».

Tras los contactos iniciales, la dirección del mirismo determinó oficialmente que Mario Melo, junto a Max Marambio, Bruno Serrano, Mario Superby, Sergio Pérez, Néstor Gallardo, Emérico García, *Castelo*, *Urbano*, *Frank* y *Sergio*, serían los integrantes de la escolta personal de Allende. Su llegada fue un acto de voluntad política del MIR. En palabras de Andrés Pascal: «Nosotros paramos las acciones armadas en el año 1969 y nunca volvimos a hacer otras acciones hasta que nos enfrentamos con el golpe. Nos dimos cuenta que existía una crisis profunda en la sociedad y en el Estado chileno, que generaba una situación prerrevolucionaria, pero todavía había una gran legitimidad política en el sistema y la mayor parte de nuestro pueblo tenía la esperanza de que dentro de esa institucionalidad se pudiera llevar a cabo el proceso de transformaciones. Por eso, y si bien no participábamos en las elecciones, sí podríamos decir que, sobre todo en los años 70, tuvimos una suerte de alianza no formal, sino de hecho, entre la Unidad Popular y el MIR. Nos unimos en diferentes tareas: la seguridad del Presidente, movilizaciones conjuntas y en la defensa del gobierno contra las conspiraciones e intentonas golpistas. Al avanzar el proceso, fueron surgiendo las diferencias».

Sin embargo, el ojo sagaz de Allende era dirigido por otros propósitos.

EL MIR, al igual que los socialistas, no representaban gran cosa en términos militares, pero lo que le interesaba al Presidente electo era crear un puente de plata y establecer una relación privilegiada con una fuerza extrasistémica como el MIR. Era una sutil invitación para su incorporación a la experiencia de la UP. Para nadie era un misterio que el MIR no apoyó a la Unidad Popular, pero para Allende no estaba todo dicho. Esta era una oportunidad para neutralizar e integrar al MIR al proceso político, o producir al menos un acercamiento que no dividiera a la izquierda, pues la línea política de ese movimiento se reflejaba y/o coincidía en parte con la de sectores socialistas, mapucistas y posteriormente con la Izquierda Cristiana.

El 4 de septiembre de 1970, el día del triunfo de Allende, el MIR estaba acuartelado. Corrían rumores de Golpe de Estado. La tensión

dominaba la escena en las cercanías del Parque Bustamante, donde estaba concentrada una de las unidades miristas. El día había transcurrido tenso cuando alrededor de las 17:00 P.M., irrumpieron Miguel Enríquez y Humberto Sotomayor con una orden perentoria: uno de los acuartelados tenía que incorporarse inmediatamente a la seguridad de Salvador Allende. El elegido sería Emérico García, quien tres horas más tarde llegaba a calle Guardia Vieja, a la casa del Presidente electo.

Emérico García era un hijo de socialistas que se había incorporado al MIR en 1967, cuando era estudiante secundario: «A partir de 1968 pasé a dirigir la Brigada Secundaria, después integré una fracción de trabajo del MIR compuesta por Lumi Videla, Dagoberto Pérez, Carlos Ominami y Mario Superby, militantes que le reprochaban a la organización la tardanza en pasar a la acción. Eran los tiempos en que el mirismo estaba cruzado por la discusión entre trotskistas, el grupo MR-2, dirigido por Rafael Ruiz Moscatelli, y el grupo direccional, que lentamente fue homogeneizando a la organización y que lideraban Miguel Enríquez, Bautista von Schowen, Humberto Sotomayor, Sergio Pérez y Sergio Zorrilla».

En 1970 ya era un experimentado miembro del cuadro político del MIR. Había estado detenido e incomunicado durante dos meses, participó en la reestructuración orgánica de 1969 y tuvo a su cargo a los Grupos Político-Militares (GPM) que se preparaban para controlar autónomamente territorios: estos afanes lo habían obligado a pasar a la clandestinidad.

Según Emérico García, «a principios de los 70, teníamos una gran discusión respecto a la Unidad Popular. Unos la apoyaban, otros no. Finalmente llegamos a la tesis del «apoyo crítico» y paralizamos el accionar militar desde febrero de 1970, no así la formación; de manera que la protección a Allende podía servir para continuar en esa línea. Pero, en un principio, debimos abocarnos sólo a la protección del dirigente, para lo cual no teníamos más medios que una camioneta Chevi Nova de propiedad de Enrique Huerta y una camioneta prestada por un amigo de Allende. En esos vehículos nos trasladamos con el Presidente a Valparaíso y Concepción, comprobándose en la práctica que no estábamos preparados para una tarea de ese tipo. Afrontamos más de algún ac-

cidente como el reventón de una llanta que nos obligó a hacer equilibrios con el vehículo por más de 200 metros. El trabajo fue abrumador. Nos dormíamos parados, porque no podíamos descansar más de cinco horas. En Guardia Vieja nos habían habilitado una casa de madera en el patio. Cerca de Allende, dormían Fernando Gómez, Enrique Huerta y, ocasionalmente, Max Marambio».

Vivían presionados. Las informaciones de intentos de atentados eran preocupantes y provenían desde distintas fuentes: del aparato de informaciones del MIR, de embajadas extranjeras (RDA, México) e incluso desde las Fuerzas Armadas y los partidos políticos de la Unidad Popular, algunos de cuyos dirigentes, como Erich Schnake, tenía excelentes contactos con altos militares.

Los pocos GAP en funciones carecían de vehículos para desplazarse, no había casas de seguridad y poseían tan sólo ocho armas de defensa personal, que se pasaban de mano en mano. Las pocas armas socialistas se habían perdido en Bolivia y el MIR simplemente no las tenía.

Heroico Ejército de Liberación Nacional

¿Pero qué había ocurrido con las organizaciones de origen socialista: ELN y La Organa? Mal que mal era el partido de Allende. ¿Cómo era posible que la protección se la brindara solo el MIR?

¿Qué pasaba con el PS que proclamó la lucha armada en 1967?
¿Acaso no tenía medios para defender a su Presidente?

La respuesta fue la fusión del ELN y La Organa, que ya tenía nombre. La nueva entidad se llamaría Heroico Ejército de Liberación Nacional del Che Guevara (ELN Chileno).

La fusión tenía riesgos: implicaba abrir la estructura con el peligro de entregar información que podía afectar las redes latinoamericanas empeñadas en el foco boliviano, además sacaba a parte del contingente de reserva para ponerlo al servicio de Allende. La fusión también implicaba navegar entre dos aguas que mezclaban estrategias, pero así era la América Latina de esos años; nada se daba en blanco y negro y todo estaba permitido con tal de lograr avances en la lucha de liberación.

De la fusión se desprendió un pequeño grupo de mandos medios, los denominados «elenos de afuera». De allí provino, años más tarde, una lista de hechos inexplicables para la opinión pública durante el gobierno de la Unidad Popular: la mantención de escuelas de guerrillas, asaltos para aprovisionarse de explosivos o accidentes fatales. Excesos que fueron posibles por la debilidad de una dirección que fue sobrepasada por los cuadros clandestinos, el juego de poderes y el temor a perder apoyo en la base militante.

El ELN Chileno o el Heroico Ejército de Liberación Nacional del Che Guevara, tomó una de sus primeras decisiones el 10 de septiembre de 1970 y destinó a seis hombres para la protección al líder: Domingo Blanco, Manuel Cortés, Daniel Gutiérrez, Miguel Fuentes Álvarez, Osvaldo Arteaga y *Alejandro*.

Cuenta Manuel Cortés: «Me citaron en «un punto» cualquiera de Santiago, a las 17 horas del 4 de septiembre de 1970, donde se me planteó la posibilidad de integrar la escolta de Allende, luego de recibir entrenamiento en un «país amigo». Posteriormente me concentraron en algún lugar para esperar el momento de la partida. Pero, días después, la concentración fue interrumpida y Rolando Calderón me explicó que la instrucción correría a cargo de instructores que desde el «país amigo» se trasladarían a Chile. Me incorporé al GAP como conductor de la escolta y me presenté en la casa de Guardia Vieja el 10 de septiembre, a menos de una semana del reclutamiento. Recién iniciado el proceso de la Unidad Popular, era un lujo perder tiempo en formación; había que asumir la protección sobre la marcha. Todos los análisis indicaban que nacional e internacionalmente comenzaba la conjura. El problema ya no era proteger al candidato de los desbordes de sus adherentes. La disyuntiva era la posibilidad de la eliminación física».

Los nuevos refuerzos que venían del ELN/Chileno permitieron que la escolta se diera una estructura provisoria y en medio de esta tarea, se cometió el asesinato del comandante en jefe del Ejército, René Schneider, el 22 de octubre de 1970.

Miria Contreras, *Payita*, relata: «El impacto que provocó el asesinato del comandante en jefe del Ejército fue determinante en el espíritu de Salvador Allende, quien privada y públicamente afirmó que las balas que habían cegado la vida del soldado estaban destinadas a él. En efecto, aquellos proyectiles eran el inicio de una cadena que por lógica conspirativa debía culminar con su propia eliminación para despejar el problema del poder político. Es lo que decidió al Presidente a redoblar esfuerzos en la formación de una escolta personal. Hasta ese momento no estaba totalmente convencido».

El 23 de octubre, un día después del asesinato del alto oficial, llegó un nuevo equipo que pronto se transformó en la base de sustentación del dispositivo. Ya podía hablarse de una escolta compuesta

por voluntarios que no percibían ingresos, que sacrificaban su vida familiar y que estaban dispuestos a sucumbir por el líder. De hecho, la llegada del nuevo contingente se produjo en el momento de mayor incertidumbre, en los 60 días posteriores al triunfo electoral.

Los GAP no eran ingenuos ni voluntaristas, ni tampoco estaban dispuestos a arriesgar sus vidas sin pensar en su propia seguridad, lo que pasaba por una eficiente organización que sacara provecho a su magra infraestructura.

El crimen político era una realidad y a partir de ese momento se fijaron las pautas de la seguridad presidencial: diferentes vías por las cuales transitar hacia La Moneda, la protección a Allende en desplazamientos abiertos, el uso de autos en disposición operativa, el resguardo de su casa particular. Un trabajo tremendamente expuesto para hombres que, por razones políticas, no podían portar armas y que sólo confiaban en su destreza física y en la habilidad para conducir, problemas acrecentados por la ubicación de la casa de Allende, en la estrecha calle Guardia Vieja de Providencia, y con al menos diez consideraciones que la hacían indefendible ante un atentado.

Hasta aquí era posible operar con el pequeño dispositivo, pero muy pronto cambiaría la situación, porque se descubrió que Arturo Marshall, un mayor de Ejército dado de baja por desacato a la autoridad en el gobierno de Frei Montalva y además campeón sudamericano de tiro, tenía la misión de emboscar a Salvador Allende. Había quedado atrás la protección con medios tradicionales.

A estas alturas se contaba con cuatro casas y Miria Contreras había puesto al servicio del GAP, su residencia de El Cañaveral, lugar precordillerano apto para concentrar efectivos y para la tan necesaria instrucción.

Revela Emérico García: «Sabíamos que incluso la CIA había internado armas y plata a Chile, lo que quedó demostrado en el asesinato del general Schneider. Ante ese riesgo, se resolvió cambiar a Allende permanentemente de dirección, pues Guardia Vieja era una «ratonera». Tuvimos acceso a cuatro casas, una en las cercanías del Parque Forestal, otra en La Reina, una tercera detrás del teatro Lo Castillo y otra en la calle Vaticano. En ésta, se produjo una situación espeluznante. Estando de guardia, tocan a la

puerta, abro y aparece un tipo con aspecto paramilitar. Era un prefecto de Investigaciones, quien me comunica que ellos se harían cargo. Esto era perfectamente factible, porque Allende en su apego a la Constitución y la ley determinó, en contra de la opinión del GAP, responsabilizar al Estado de su protección y delegó estas funciones a Investigaciones y Carabineros, entregando, además, la información de adonde iba a dormir. Los hice pasar y luego me despreocupé. Cuando llegó el auto que antecedió al Presidente, se enfrentaron GAP y detectives, incluso se encañonaron. Dos minutos más tarde llegó una micro de carabineros con dotación completa. Todo el mundo atrincherado. Era de locos. Solo cuando llegó el Presidente se aclaró la situación, pero se había producido lo inesperado: una niña que jugaba en su bicicleta se había dado cuenta de quién era el personaje que causaba tanto alboroto e inoportunamente gritaba: «¡El Presidente, el Presidente!». Todo iba a quedar al descubierto, pero Allende, en un audaz giro, empezó a saludar a los vecinos que acudieron a estrechar su mano, movidos por una mezcla de curiosidad y simpatía. Acto seguido, tanto los detectives como los GAP ingresaron a la casa y Allende, contra todo lo que podía esperarse, los felicitó por su celo. Desde ese momento, los detectives fueron incondicionales de Allende. Pero a mí «me cayó la teja» de lo precaria que seguía siendo la situación».

Llegaron más hombres para reforzar la seguridad: Jaime Sotelo, Luis Araya, Francisco Argandoña, Gabriel Gazitúa, Eugenio González Calquín, Willie González Calquín, Juan Correa, Juan J. Montiglio, Arismando Muñoz, Manuel Cortés Jo, Wagner Salinas, Enrique Valladares, Enrique Ramos, Fernando Chávez, Francisco Valiente y otros de cuyo recuerdo queda sólo la «chapa»: *Lalo* y *Ronco*. Y Félix Vargas que de invisible pasaba a visible.

Como señala Miria Contreras:

«De la noche a la mañana, estos jóvenes pasaron a vivir otra realidad y se vieron expuestos a la posibilidad de que el Presidente y ellos mismos sufrieran las consecuencias de un Golpe de Estado, un atentado, la invasión externa o que los envenenaran. Acicateados por estos temores, se abocaron a la creación de una estructura orgánica que protegiera al Presidente, exigencias que excedieron con creces las disponibilidades materiales con que contaron. Hasta ese momento, solo amigos personales de Salvador

Allende prestaban sus casas, sus autos o contribuían con dineros y ropa. Los jóvenes del GAP también eran amigos personales, porque no habían sido mandados por partido alguno, a lo más por fracciones, de manera que no tenían el aval orgánico de nadie».

Bruno Serrano cuenta que los flamantes custodios «no teníamos ni ropa, viviendo en poblaciones, agitando los campos o preparándonos para la vida guerrillera, no teníamos atuendos para las nuevas funciones. Además, en esos días predominaba la moda «artesana», aquella mezcla de telas rústicas con la moda «hippie», la de las camisas floreadas y los pantalones «pata de elefante». De manera que los aprendices de guardaespaldas debimos cortarnos el pelo en medio de protestas y luego bañarnos, para a continuación salir a comprar ropa, gentilmente dispuesta por los que Allende denominaba «empresarios patriotas». Así, del revolucionario barbudo y desgarrado, con los zapatos gastados y coderas de cuero, emergió un nuevo prototipo «correctamente» vestido con ternos de Burger, calcetines Cafarena, camisas Arrow, corbata y zapatos lustrados. Hasta lucíamos elegantes al momento de asumir la primera misión».

A mediados de diciembre de 1970 de nuevo se reforzó la seguridad, porque el grupo había sido sobrepasado por las tareas. Un serio incidente aceleró la determinación: el flamante Presidente estaba en un cóctel en la Escuela Militar con motivo de la graduación de nuevos oficiales, cuando se produjo un prolongado apagón y de la oscuridad surgieron abucheos, consignas y música militar.

Relata *Payita*: «Mientras duró el corte de luz, todo fue confusión, carreras y gritos. Los gritos con amenazas se sucedían uno tras otro y cundía la preocupación porque el GAP había quedado fuera del recinto por razones protocolares. Pero Max Marambio resolvió entrar, tomar a Allende por los hombros y arrastrarlo a viva fuerza hasta un baño que ya había ubicado, a lo cual Allende se resistió. Una vez pasado el incidente, el Presidente estaba muy molesto, pero guardó calma y hasta se permitió bromear y sorteó dignamente el escollo, pero no le pasó inadvertido que era el preludio de acciones mayores».

El incidente tampoco pasó inadvertido para la Unidad Popular, cuya recomendación fue la de volver a ampliar el equipo de seguridad presidencial, medida resistida en un principio por Allende, pero que fue aceptada meses más tarde. Además el go-

bierno compró una amplia casa en la calle Tomás Moro como residencia para los Presidentes de Chile.

La cohabitación dentro del GAP no era fácil.

Se habían integrado dos culturas distintas, las del MIR y las de origen socialista, dos formas de ser con estereotipos y pertenencias sociales distintas, que más bien tendían a segregar que a integrar. Además, comenzaban a emerger diferencias políticas sustantivas: el MIR acentuaba la crítica contra el gobierno y pasaba a desarrollar una ofensiva para propiciar el enfrentamiento final, mientras que el grupo de origen socialista comenzó a valorizar la «vía allendista».

Estamos ante una integración confusa a la vía político-institucional: de la guerrilla a la vía electoral y al camino, nunca explorado, de la transición pacífica desde el capitalismo al socialismo.

El triunfo del 4 de septiembre encontró al Partido Socialista sin el suficiente nivel de preparación para enfrentar las demandas de la coyuntura, lo que explicará más tarde consignas como el «Avanzar sin transar». Por otra parte y para mayor confusión, existían pequeñas agrupaciones fundadas por estudiantes secundarios e impregnadas del espíritu revolucionario como las Fuerzas Armadas Revolucionarias, la Vanguardia Revolucionaria, el Grupo Espartaco y otros más efímeros como el Movimiento de Alternativa Nuevo. Grupos que en su intento de legitimación terminarían jugando un rol similar al de los «elenos de afuera».

Así, a principios de 1971, culminó un ciclo caracterizado por la confluencia política y orgánica del ELN Chileno, de La Organa, de sectores de la JS y de los «disidentes». La integración constituyó una verdadera Torre de Babel en la que se entrecruzaron las concepciones que portaba cada grupo. La hegemonía recayó desde un principio en el ELN Chileno, pero primaba una confusión que se acentuó con un triunfo electoral que se había considerado prácticamente imposible. La decisión de incorporarse al PS fue acompañada de una profunda confusión teórica.

Con la lejanía de tres décadas y un Golpe de Estado por medio resulta inverosímil que, en medio del proceso de radicalización que afectaba a la izquierda, ésta dispusiera de tan escaso número de hombres para la protección del dirigente máximo de la Unidad Popular.

Sorprende y conmueve constatar que la decisión de dejar la vida no se correspondía con el nivel teórico político de muchos de

sus partidarios y la situación que afectó a un grupo del GAP que viajó a entrenarse a Cuba, al campo de Punto Cero, es reveladora. El testimonio es de Alejandro Alarcón:

«En el momento de presentar las credenciales, nos enfrentamos a una vergonzosa situación: una parte de la delegación se presentó como militante socialista y otra como perteneciente al ELN Chileno, sin faltar aquellos que orgullosamente mostraban su pertenencia a La Organa. Claro que pronto habría de llegar un telegrama desde Santiago. Evidentemente molesto, Arnoldo Camú daría una perentoria orden de reconocer sólo la militancia socialista. Pocos días después, llegaría un miembro del Comité Central Uldaricio Figueroa, para corregir la situación y orientar políticamente a los miembros del grupo, debiendo emplearse a fondo para paralizar la reñida competencia grupal que comenzaba a evidenciarse».

La controversia de orígenes dentro del Heroico Ejército de Liberación Nacional Che Guevara (ELN Organa) y la cohabitación de dos culturas, la del MIR y la de origen socialista, dentro del GAP, en algo se atenuó por la presencia de algunos colaboradores cubanos, miembros de la escolta de Fidel Castro y especialistas en defensa personal: Tony de la Guardia, José Rivero y tres colaboradores de los que quedó su «chapa»: *Balbino, El Guajiro y El Mexicano*.

El arribo de instructores cubanos al GAP no fue una sorpresa, porque era evidente la debilidad de la incipiente escolta de Allende. Fidel ofreció apoyo como un gesto de solidaridad internacionalista y porque en Chile ni la policía ni las Fuerzas Armadas, tenían especialistas en la materia. Además, porque era necesario un contingente civil que supiera hacer un uso racional de la fuerza ante el contacto y fervor popular; porque urgía preparar un equipo de ese tipo ante la formación de grupos paramilitares de derecha y porque la escolta del líder cubano había evitado un sinnúmero de atentados. En palabras de Fidel, a Chile enviaba a lo mejor de sus propios guardias, hombres dispuestos a sucumbir con tal de impedir que al comandante Castro le sucediera algo.

Poco después, en diciembre de 1971, Allende envió al Congreso Nacional un proyecto de ley que creaba el Departamento de Seguridad de la Presidencia de la República, porque la violencia desatada después del 4 de septiembre de 1970, «hizo necesaria mi

aceptación a la iniciativa espontánea de un conjunto de adherentes de asumir mi protección frente al riesgo cierto de verme expuesto a similares atentados».

El proyecto aclaraba que sus integrantes serían civiles autorizados para portar armas.

Era el GAP, el Grupo de Amigos Personales.

Tomar el cielo por asalto

¿Qué condujo a estos hombres a arriesgarlo todo?

¿Qué los motivó a ofrendar la vida?

¿Cuál fue su escala de valores?

¿Qué leían y en qué creían?

Para comprender lo que pensaban los integrantes del GAP es necesario revivir el mural e interpretar desde allí las valorizaciones, los prejuicios y juicios imperantes. Interpretar desde hoy solo acarrea ideologismos preconcebidos que desplazan la historia real a la propaganda.

El marxismo fue el faro en esa generación y un aspecto sustantivo, en el plano de las ideas, fue el poco peso de la reflexión individual.

Como recuerda Gustavo Ruz Zañartu, secretario general de la JS en el período: «La teoría política y social no dependía del intelectual solitario o del hombre de gabinete, sino que dependía del «intelectual colectivo». La formulación de los proyectos políticos, de los programas de gobierno y las estrategias y tácticas, dependieron de la creación colectiva asumida por la organización política. La teoría no era obra de intelectuales de avanzada, sino de intelectuales militantes partidarios de la teoría marxista del conocimiento y del leninismo, con la modalidad orgánica del centralismo democrático, donde los organismos superiores (Comité Central) fijaban una línea que descendía al partido, línea que, en el caso de la esfera ideológica, la asumía el Departamento de Educación Política que a través de Escuelas de Cuadros, deslizaba una concep-

ción relativamente común en el plano ideológico».

Los hombres del GAP llevaban a cabo las ideas que emanaban de la discusión colectiva y le cedían el campo de la creación teórica a la organización política.

A grandes rasgos, la teoría social de la izquierda rupturista se compuso del cruce de la lectura de los clásicos como Marx y Engels, el marxismo europeo representado por Oskar Lange y Jean Paul Sartre y luego por Louis Althusser y Nikos Poulanzas. Por otra parte, influyeron los escritos de tercermundistas como Franz Fanon, Amílcar Cabral y Eduardo Mondlane, a los que se agregó la producción de los dirigentes asiáticos como Mao, Ho Chi Min y Vo Nguyen Giap. A nivel latinoamericano, el influjo provino de las obras cubanas, especialmente la producción de Ernesto Guevara y un clásico de principios de la década: *Revolución en la Revolución* de Régis Debray.

A la lectura de los clásicos, se sumó la de W. I. Lenin. El leninismo, asumido a mediados de los 60, complementó la lectura teórica con una propuesta en cinco campos específicos: la teoría del Estado, la teoría del partido, la teoría de la revolución, la teoría del imperialismo y la teoría de la autodeterminación de los pueblos. Con Lenin se impuso la teoría del «Estado guardián», ante el cual la construcción del partido, entendido como una vanguardia centralizada, monolítica y compuesta por cuadros profesionales, era la herramienta indispensable de la transformación social, siendo entonces el paso final la revolución y su culminación la toma del poder político del Estado, vía por la cual se encauzaría la autodeterminación y la ruptura antiimperialista.

El análisis tenía por objetivo cambiar el mundo y no sólo interpretarlo. De allí el éxito de la frase extraída de la Tesis 11 de Marx sobre Feuerbach que decía que los filósofos habían interpretado el mundo, pero que se trataba de cambiarlo.

El capitalismo estaba en un proceso de transición hacia el socialismo y el movimiento era a escala mundial.

La teoría se expandió entre líderes provenientes del social cristianismo, como es el caso de Enrique Correa, quien en 1972 afirmó que «el desarrollo del proceso de lucha por el poder que lleva a cabo el pueblo chileno, encabezado por la clase obrera, se inserta en el marco del enfrentamiento creciente entre los pueblos contra el imperialismo y en una época cuyo contenido fundamental

es el paso del capitalismo hacia el socialismo».

Fue el punto de vista que se impuso. Avalado, además, por el peso de una obra perdida de Lenin, *Bajo una bandera ajena*, donde afirmó que «no cabe duda que vivimos en el límite de dos épocas, los acontecimientos históricos de enorme importancia que se desarrollan ante nuestros ojos sólo pueden ser comprendidos si se analizan, en primer lugar, las condiciones objetivas del tránsito de una época a otra». La autoridad de Lenin terminó por cimentar el camino a la tesis, no obstante la resistencia teórica de muy pocos. La Revolución Bolchevique de 1917 era la gesta inicial y en el final estaba la abolición del capitalismo, el fin de la explotación del hombre por el hombre y el inicio de la sociedad socialista.

Los cambios operados después de la Segunda Guerra Mundial habían alterado la correlación internacional de fuerzas, se entendía que Alemania, Japón e Italia habían perdido su poderío y que Francia, Inglaterra, Holanda o Bélgica, eran países deudores de los Estados Unidos, la potencia hegemónica en la cadena imperialista que mantuvo al socialismo a la defensiva hasta que logró la equidad termonuclear en 1949.

El debilitamiento y posterior colapso de los grandes imperios coloniales, la emergencia de los movimientos de liberación nacional y la aparición de un centenar de nuevos Estados independientes, constituyó otro importante componente de la concepción ideológica. De paso, como afirmaría Mao, «el pueblo chino estaba de nuevo en pie» e iniciaba la construcción del socialismo (1949); acto seguido, solamente en cinco años, entre 1955 y 1960, cincuenta colonias lograban el rango de naciones soberanas. Entraba en juego un nuevo factor: la coordinación de las aspiraciones tercermundistas a través de la Tricontinental, refrendada con la presencia de la columna Cienfuegos en Angola y del Che Guevara en el Congo.

Los componentes del GAP eran testigos presenciales de uno de los procesos más impactantes de la historia contemporánea: la toma de conciencia del Tercer Mundo. «Del despertar de los oprimidos», como había proclamado en la Conferencia de Bandung (1955), Leopold Sédar-Sengor, presidente de Senegal.

En palabras de Alejandro Cid, joven profesor normalista e integrante del GAP: «Nos encontrábamos en presencia de una gesta

que estaba transformando el mundo. Medio milenio después de la aparición del Estado en Europa y a casi a 150 años de su formación en América, la humanidad recibía un impulso formidable. Las injusticias de siglos, iniciadas con la «acumulación originaria» del capital comenzaban a ser reparadas».

Para esta generación, la revolución mundial se definía en el Tercer Mundo. Consideraban que el socialismo, en tanto opción de vida, irradiaba a nivel universal. De hecho, un tercio de la población mundial vivía bajo el sistema socialista.

Los miembros del GAP, según Manuel Cortés, «llegaron a autoevaluarse como parte integrante del proceso revolucionario mundial, porque consideraban que contribuían al cambio universal, como lo habían hecho los «jóvenes oficiales» egipcios con Gamal Abdel Nasser o como lo estaba construyendo en Namibia la SWAPO. Los integrantes del GAP consideraban que se vivía una segunda ola revolucionaria que empezó en 1917, que tuvo un faro en América Latina gracias a la revolución cubana en 1959 y que ahora terminaba con ellos y con la victoria del socialismo, en Chile a partir de 1970».

Los miembros del GAP eran la vanguardia revolucionaria, una organización de iniciados dedicados a tiempo completo a la causa, donde se concentraban cuadros con formación política, ideológica y técnico operativa, dispuestos a los mayores sacrificios y a la más amplia solidaridad con los más débiles y cuyas decisiones se tomaban por mayoría con sometimiento de las minorías (centralismo democrático).

La visión de sí mismos se reforzó por lo iconoclasta, lo maravilloso y desconocido, la fascinación por romper las reglas establecidas por el orden burgués, gozando con el traslado de su miedo (sumisión) al otro (miedo de perderlo todo). Fue la revancha de los que piden pan, revancha coincidente con el «boom» literario y el realismo mágico de García Márquez; impacto acompañado por otro boom, en este caso el de la música andina y el redespertar del sonido sufriente de la quena, a lo que se agregó la nueva filmografía de denuncia liderada por el boliviano Jorge Sanjinés.

Al asumir la protección del líder de la Unidad Popular, el GAP se situó en el epicentro de la política, en el corazón de la tormenta y en el punto deseable para satisfacer lo que para muchos fue la mayor

aventura y compromiso de sus vidas. En ese afán no escatimaron esfuerzos y se sometieron a grandes sacrificios, como situar a la familia en un segundo plano, entrenar duramente y aceptar una dura disciplina física y mental, pues nunca dejaron de estar sometidos al atentado y a la amenaza.

A cambio estaba la cercanía al dirigente y al poder, con una expectante situación en relación al partido, la protección al líder les otorgaba una aureola revolucionaria especial que los distinguía del resto de la militancia e incluso de los otros segmentos del aparato militar del PS. Su principal preocupación fue la de cumplir con la misión asignada y no «acobardarse» en el momento de los requerimientos.

La protección de Allende, líder de un proyecto que conducía por una vía inédita al socialismo, les situaba en el centro de la revolución mundial, cuyo «eslabón más débil» se había trasladado a Chile.

Entre los miembros del GAP no hubo ingenuidad alguna. Tampoco puede inferirse que eran románticos dispuestos al auto-sacrificio. Ni mucho menos puede argumentarse que consideraban que «a través de la militancia consecuente se consigue la salvación del alma», como sostiene Tomás Moulian. Una interpretación que adolece de un error garrafal al introducir el pensamiento católico en la racionalidad política. Esto es posible, no lo discutimos, entre la militancia del MAPU y de la Izquierda Cristiana, por el peso teológico que arrastraban (Teología de la Liberación), pero es muy difícil de demostrar en la izquierda insurreccional y prácticamente imposible en cuanto al GAP, porque entre ellos primaba la concepción marxista y, por último, porque los pocos observantes no eran católicos, sino protestantes.

Como observa Elena Araneda Valderrama: «Los pocos creyentes eran todos hermanos. Habían sido iluminados y adoptado la fe. Es increíble: incluso, algunos de los que estuvieron en Bolivia mezclaban la palabra del Señor con las teorías sociales que nos mostraban jóvenes intelectuales. Más aún, algunos después del golpe volvieron a predicar porque consideraban que el Señor les había dado una nueva oportunidad».

Como es sabido, la salvación entre los protestantes no se encuentra en la práctica salvadora y redentorista, sino en la fe. Cuestiones de escatología, pero importante para comprender que no es

la religiosidad la que mueve al GAP, sino la lucha por el poder, donde la muerte era un riesgo entre varios otros riesgos. Si bien los himnos revolucionarios jugaron el papel de los miserere y la figura del Che homologó a la de Cristo, no es menos cierto que no estuvo presente el pensamiento religioso, sino una forma de culto a una personalidad heroica que se proyectaba universalmente y que se movilizaba por el canto, la música y la poesía en una época de alto contenido y sensibilidad artística.

En el gran mural de la época, junto a toda una generación, estaba el GAP.

Apareció un lenguaje en que se reconoce la influencia de las lecturas de moda: Mattelart, Poutlanzas y la II Declaración de La Habana, «Así se templó el Acero»; lenguaje acompañado de imágenes externas, entre las cuales sobresalía la barba proveniente de la admiración a los «barbudos» de la Sierra Maestra, el nuevo símbolo de las guerrillas; acompañado de una profusa y larga cabellera, mezcla de protesta social y Woodstock y, por qué no decirlo, admiración a los Beatles. La boina guerrillera completaba el atuendo constituido por ropa raída, coderas en los vestones, jeans deslavados y anteojos redondos. Era una juventud culta que sufría con los pobres, trasladándose a vivir con ellos y trasformándose en pobladores.

Los bototos, alternados con chalas frailerías, también eran parte del atuendo con que se reunían alrededor de las mesas y sillas con el olor a la frugalidad de los franciscanos. El estilo franciscano era un símbolo del desprendimiento material que embargó a esa juventud, para la cual el auto soñado no pasaba de ser una Citroñeta o un Fiat 600, para ponerla al servicio de la causa. Frugalidad rota de vez en cuando por algún «copete» de moda (Cuba Libre, Daikiri) y a lo lejos por algún cogollito de marihuana.

Los discos eran un gran tesoro. Especialmente los de Quilapayún e Inti Illimani. Cómo no mencionar a Atahualpa Yupanqui y los ejes de su carreta o el llamado a desalambrar de Zitarroza. Preludios todos para desenfundar la quena, la guitarra y el charango y entonar el *Venceremos* y la *Cantata Santa María de Iquique*, para finalmente elevar el desafiante *No nos moverán*, del grupo Tiempo Nuevo. Allí estaban también presentes el malogrado Rolando Alarcón y el etílico Patricio Manns. Luego ya cansados se pasaba

revista a las películas, a lo poco que había en cartelera; de *El padre del soldado* la vista giraba a *La confesión* y luego de la ácida discusión venía el delirio de comentar *Liberación*, la película de la gran guerra patria soviética, filmografía a la que se agregaban clásicos de todos los tiempos como la versión rusa de *Hamlet* y la siempre bien recibida *Lo que el viento se llevó*. Tampoco faltaba el comentario sobre los programas de la pujante televisión, siendo referencia obligatoria *La Manivela* y *A esta hora se improvisa*, programa político convertido en oráculo de la situación nacional y de vez en cuando se hacía una referencia al programa de la FECH, *Proyección '70*; pero quien se llevaba todas las palmas era *Música Libre*, criticado por su contenido «pequeño burgués», pero altamente sintonizado por la alegría juvenil de sus canciones, la hermosura de sus «lolas» y la «percha» de los taquilleros bailarines.

El lenguaje también fue único e irrepetible, opinábamos sobre el viejo (papá) y la vieja (mamá) desde «la brecha generacional» o, como diría Marcuse, desde la lucha generacional; ellos (papá y mamá) no entendían cómo la tradicional «polola» se había transformado en «la compañera», en la militante que enfrentaba en la calle a los «fachos» o ponía en su lugar, como decían los jóvenes comunistas, a los «chuecos» o «ganchos de la burguesía» (miristas). Términos profusamente utilizados por los «comunachos» encandilados con el libro sobre *Lenin y la Revolución* de Carlos Cerda y absolutamente entregados al bálsamo del comportamiento ideológico y político elaborado por el ideólogo del PC, José Rodríguez Elizondo, desde la revista *Principios*. Así, se lograba diferenciar a «los bien formados políticamente» de «los reformistas», y cobraban forma «los proletarizados», unos pocos trotskistas desubicados y los «cuadros». Todos ellos portadores, por lo general, de un libro bajo el brazo; *El Capital* por el universitario y las *Cuatro contradicciones filosóficas* de Mao por el poblador; diferencias sutiles que se fundían en la opción simbólica de los colores: el amaranto de las JJ.CC., el verde oliva de la JS, el rojo y negro del MIR, el verde del MAPU y el azul y celeste de la IC.

Fue un tiempo en que había que superar las «trancas» impuestas por «los beatos» (DC), «los momios» y la cultura imperialista, aquella que ahogaba con el bloqueo criminal a «la Isla» (Cuba) y bombardeaba al «Vietnam heroico» y al «tío Ho». También había

que prepararse para la lucha en caso de que «las papas quemaran», era imprescindible el curso de seguridad para evitar «irse de tarro», preparar «planes de caminamiento» y «enmascarar» los manuales de formación combativa, diferenciando entre la actividad de AGI-PROP (MAPU) de AGP (PS), de GEO y GEA; en fin, había que tener un cuidado especial con los agentes de la CIA, desafiar a los pitucos, impregnarse de «los viejos de la construcción», de «los campechas» y los «cumpas de la pobla», esos que además alejaban del «yerbateo» y eran incapaces de contubernio alguno con el enemigo. Había que ser cuidadosos con las posibles «galletas» (infiltrados) lo mismo que con «los huachacas» del «Bosco», flojos en la vigilancia revolucionaria, o mejor dicho «revolucionarios de café», «desviados», alejados de la vanguardia de «los prole» y «los bolches», de aquellos que estaban alcanzando el más alto grado del ser humano, «el hombre nuevo», los que enfrentaban las asonadas y eran capaces de participar en «las tomas», las corridas de cerco y el enfrentamiento callejero. Aquellos que impedían que los hijos de la burguesía y los hippies aumentaran sus expectativas de crecimiento, siempre apoyados por la labor de sapa de un diario que había sido puesto en su lugar durante la reforma universitaria con el eslogan «*El Mercurio* miente».

También había diferencias entre «los cototos» y los «giles aturdidos». Pero todos eran jóvenes que aclamaban al *Chicho*, que querían participar en *Música Libre*, que seguían las peripecias de Barnabás Collins en la serie de TV, *Sombras Tenebrosas*, y que hacía pocos años habían vibrado con *Simplemente María*. Muchos eran «sicodélicos», muchos creían sinceramente en el «1,2,3, Vietnam» y recusábamos del cretinismo parlamentario, adscribiéndose al poder popular.

En fin, fue una época en que cada cosa estaba fuera de su lugar.

«Fue bello. También nosotros lo transgredimos todo», recuerda Rina Balvederessi.

Con vergüenza de comienzos de milenio, hay que reconocer que aquella fue una generación machista, tremendamente machista. Hasta homofóbicos. Recordemos ese 22 de abril de 1973, en la Plaza de Armas de Santiago, cuando los homosexuales criollos debutaron con su primera protesta pública, subidos a las ancas del caballo de Pedro de Valdivia, queriendo mostrar su solidaridad

con la izquierda, queriendo tal vez ser de izquierda. Se les debió aplaudir, porque rompían con un tabú de generaciones y porque su esfuerzo por romper las máscaras se correspondía con nuestro esfuerzo por subvertirlo todo. Pero no, la izquierda recibió «orden de partido» para barrerlos de las calles, porque los maricones no tenían derecho a sumarse a la fiesta. De esa forma fue cancelada la primera protesta de una minoría oprimida jurídica y culturalmente; los machos recios de la izquierda, esos que no lloraban y que se preparaban para ser estoicos, los condenaron al ostracismo político.

Diarios y revistas denunciaron un «repugnante espectáculo» en que «maracos, yeguas sueltas, locas perdidas, mariposones y colipatos» se habían tomado la calle y bautizaron ese intento de solidaridad con la revolución como «la marcha del gremio ¡Zas Pirulín!». Incluso, en el colmo del paroxismo, se llegó a protestar por la ausencia del Grupo Móvil para disolver ese tipo de manifestaciones.

Fueron los desencuentros teóricos y políticos de la Unidad Popular. Teóricos porque ésta no supo apreciar el papel de las minorías oprimidas, y políticos, porque ese mismo día la derecha volaba con una carga a montón la estatua del Che que se había erigido en San Miguel.

El GAP, como toda aquella generación, fue tributario del «estado de arte» de las ciencias sociales del período. Ni los GAP, ni la dirigencia, ni los intelectuales, ni la base; nadie fue capaz de resolver el primer obstáculo que se le presenta a toda revolución: los problemas teóricos que presenta el cambio social. Estos, en consecuencia, ocupan el mismo plano que la resistencia interna y externa. No resolver el problema de las minorías fue sólo parte de una cadena compuesta, entre otros por:

a) La influencia de una lectura positivista del marxismo que hizo ver la historia linealmente, desde donde salió la idea de la inevitabilidad del triunfo.

b) La lectura ortodoxa que impidió ver las particularidades y optar por lo inédito desde un principio, es decir, la vía político-institucional.

c) La lectura del leninismo, que entendido como una técnica para la toma del poder condujo a la visión ahistórica que hizo «ensamblar» la lucha nacional con la lucha guerrillera.

- d) El peso de la teoría de la inevitable decadencia del capitalismo.
- e) La incapacidad para entender que estaba apareciendo un nuevo estadio de desarrollo capitalista que cuestionaba el gran auge de la industrialización sustitutiva con apoyo de restricciones aduaneras: la globalización.
- f) Esto impidió ver los cambios que se operaban en el Estado, en concreto que el Estado de compromiso estaba agotado y que los grupos dominantes se aprestaban a recuperar la hegemonía.

Aparato Militar

Salvador Allende, desde 1952, venía insistiendo en su proyecto político-institucional que se alejaba de las tesis estratégicas clásicas: guerra de guerrillas, la guerra popular y prolongada, la insurrección. La estrategia fue progresivamente decantándose a través de tres campañas presidenciales que fueron derrotas (1952, 1958 y 1964), hasta llegar al triunfo de 1970.

En oposición a la tesis de Allende, a lo menos desde 1959, dentro del PS existían diversas aproximaciones a la teoría de la violencia revolucionaria para la toma del poder: las resoluciones del Congreso de Linares (1965), de la Conferencia Nacional de Organización (1966) y de los Congresos de Chillán (1967) y de La Serena (1970). Una evolución en la cual jugaron un importante papel las tesis del foco latinoamericano (ELN), la creación de centros de resistencia (La Organa) y la insurrección (disidencia comunista), tesis a las que se sumaban los que pensaban en la acumulación de fuerzas para luego optar por la vía armada.

En enero de 1971 se realizó el XXIII Congreso del PS en La Serena, cuyas resoluciones fueron determinantes: «El triunfo electoral de Salvador Allende y la posterior instalación de la Unidad Popular en el gobierno, tras infligir una grave derrota a la burguesía y al imperialismo han generado nuevas y favorables condiciones a la clase obrera y a las masas chilenas, para una efectiva conquista del poder, que hace posible iniciar la construcción del socialismo. A su organización, grado de conciencia y experiencia combativa, los trabajadores suman ahora una correlación de fuerzas favorables y el control sobre una parte fundamental del aparato gubernamental».

En el XXIII Congreso culminó una larga discusión y la conclusión fue contundente: la izquierda estaba a punto de tomarse el poder.

Miguel Fuentes, GAP destinado después a la seguridad de Carlos Altamirano, recuerda: «Ese día, hasta creo que lloramos, porque no sólo estaba Allende en La Moneda, sino que habíamos barrido con los «guatones». Ahora debíamos preparar el partido para la insurrección. Era la hora de pasar la cuenta por la represión en la población José María Caro, por los sucesos de El Salvador, por la muerte de pobladores en Pampa Irigoyen en Puerto Montt, por la represión a los estudiantes en huelga, por tenernos viviendo en «poblaciones callampas», por la existencia de cerca de 60 mil niños desnutridos. Por eso había aceptado incorporarme al GAP, para cuidar al dirigente y para prepararnos para la toma del poder. Estoy seguro, lloramos de alegría».

En el XXIII Congreso se adoptó una resolución gravitante. Sin llegar a delimitar la oposición entre la vía armada (PS) y la vía no armada (PC) y sin considerar el surgimiento de la vía político-institucional (Allende), se resolvió por abrumadora mayoría la creación de un Frente Interno encargado de la Organización, y de una Comisión de Defensa de la que dependerían un Aparato Militar y una Estructura de Inteligencia. Se designó para tales efectos a Exequiel Ponce como encargado general del Frente Interno, a Ariel Ulloa como jefe de Organización, Arnoldo Camú sería jefe del Aparato Militar y Ricardo Pincheira el responsable de Inteligencia.

Exequiel Ponce fue dirigente portuario y provenía del ELN, ejerciendo por aquellos días como secretario regional del PS, en lo que actualmente constituye la V Región; en tiempos de la guerrilla boliviana había estado a cargo de la infraestructura que albergó a *Inti* y *Coco* Peredo en Valparaíso. Ariel Ulloa, provenía de Concepción, Arnoldo Camú también fue un experimentado dirigente del ELN, cariñosamente nombrado por sus más cercanos como *El Tío*, en razón a que «ya» había cumplido 36 años. Camú, por resolución del ELN, debió solventar las demandas de infraestructura de la guerrilla, función en la que el otrora dirigente estudiantil de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, debió combinar sus labores clandestinas con su profesión de abogado. Ricardo Pincheira había abandonado una promisoriosa carrera de médico por el incierto destino de la Inteligencia.

Al grupo le correspondía asumir una delicada tarea porque se había derrotado a la burguesía en las urnas, se abrían las condiciones para una rápida conquista del poder y era inevitable el enfrentamiento para la toma del poder total y el triunfo del socialismo.

La creación del Aparato Militar fue posible porque en el congreso coincidieron las aspiraciones del ELN/Organa y las de la Juventud Socialista, en calidad de aliados, con las del sector trotskista, determinación crucial porque en el citado congreso la fusión ELN/Organa llegó a constituir la fuerza real del socialismo, dado que ejercía el control orgánico, mantenía relaciones internacionales, disponía de líderes y tenía el aval de la experiencia boliviana. Fue un polo de atracción que fascinó al PS y que controló a más de la mitad de los 47 miembros del Comité Central. Rolando Calderón, su líder principal, pudo asumir la secretaría general, pero para no arriesgar un quiebre, cedió su mejor opción a Carlos Altamirano, articulador de una amplia red de compromisos que aseguraba la gobernabilidad interna, pero el senador nunca ejerció en plenitud el poder real. El trotskismo, por su parte, también consolidó posiciones en el Comité Central y en la Comisión Política, al instalar a Adonis Sepúlveda en la subsecretaría general.

En el camino había quedado Aniceto Rodríguez, quien se retiró del congreso luego de que su cuenta fuera rechazada. Y con Aniceto se fueron los contrapesos moderadores y los «guatones».

En el XXIII Congreso no surgió una definición teórica para la transformación socialista por vía democrática, de manera que seguían pesando las dos opciones: la vía armada y la vía no armada, estrategias sólo en apariencia diferentes, pues ambas tenían como objetivo la conquista del poder y la dictadura del proletariado, una por medio de una estrategia de asalto directo y otra por medio de la guerra de trincheras.

Allende no impuso su autoridad y no descalificó la teoría de la toma del poder, porque si bien estaba convencido de la alternativa democrática, también entendía que para la vía político-institucional faltaban algunos engranajes. El Presidente guardó silencio porque cavilaba sobre la resistencia de la oposición, la politización de las Fuerzas Armadas y la oposición del gobierno norteamericano.

Además, una serie de hechos lo acercaban a los actores proclives a la lucha armada: su propia hija, Beatriz, era militante del

ELN; estaban los contactos con el M-26 de Julio; su amistad con Fidel Castro; la presencia en la Tricontinental; la presidencia de OLAS y el rescate de los sobrevivientes de la guerrilla del Che. Además su escolta estaba formada por hombres del ELN/Organa.

La creación de una Organización de Defensa no fue un hecho inédito en la historia del socialismo, le antecedieron la Milicia Socialista de la década del 30, el grupo de militantes que se incorporó a las fuerzas republicanas en España y un pequeño aparato que secundó al ex secretario general Raúl Ampuero. Lo del XXIII Congreso fue otro concepto: la formación de una estructura defensiva de la que se desprendía el Aparato Militar, la Inteligencia y también una Escolta Presidencial.

La nueva dirección fijó los límites de la experiencia en el marco de la defensa del gobierno, evitando la tentación de intentar «tomar el cielo por asalto». Sin embargo, la medida era peligrosa, porque la estrategia no estaba diseñada y por las múltiples interpretaciones que podía tener. Para peor, los ELN/Organa que habían materializado el control del partido, dejaron el cabo suelto que permitió el descontrol de la lucha interna. Una vez en la dirección, se disolvieron como organización para dar garantías al libre juego democrático al interior del PS, pero lo que lograron fue lo contrario: la proliferación de tendencias a su izquierda.

Gustavo Puz, principal encargado de los GEO (Grupos Especiales Operativos), la más importante estructura de la Comisión Militar, relata la disyuntiva: «Construir un Aparato Militar resultaba muy complicado, pero estábamos preocupados porque conspiraban algunos generales, coroneles, capitanes y muchos civiles. Desde el triunfo de la UP vivíamos en una sicosis de conspiración, a la que contribuían las declaraciones de la derecha y del centro. Los análisis nos pusieron ante la necesidad de prever y detener un posible golpe de fuerza. Debíamos prepararnos para un probable escenario de transición desde la política al campo de batalla. El problema era crear una fuerza defensiva en un partido como el PS, con características de «chusma», cruzado por fracciones, por pequeños y grandes líderes. Igual debíamos prepararnos, la certeza nos la daba la vocación antidemocrática de la derecha y del freísmo».

Se creó un Plan de Contingencia, orientado en dos direcciones: elaborar un documento para la Política de Defensa y crear lo

que se denominó la Fuerza Propia.

El documento Política de Defensa estableció que por la actitud histórica de la derecha, era muy dudoso el tránsito pacífico hacia la democracia, lo más probable era el enfrentamiento, sosteniéndose que la UP no llegaba a los seis años en el gobierno, por tanto era determinante una política militar que integrara a las Fuerzas Armadas al proceso en curso, convenciéndolas de jugar un rol protagónico y decisivo para aminorar la posibilidad del enfrentamiento.

El documento estimaba que la oposición rechazaría el camino democrático y que optaría por el Golpe de Estado, por el asesinato de Allende o por la invasión externa, ante lo cual la estrategia reactiva operaría desencadenando una insurrección generalizada con apoyo militar.

En todos los casos, la previsión consideraba que la oposición iniciaría la lucha fratricida y lo más probable era el Golpe de Estado o el asesinato de Allende, ante lo cual era urgente crear el Aparato Militar y dotar de mayores medios y recursos al GAP.

Vistas así las cosas, la Unidad Popular, al menos un sector de ella, tuvo un Plan de Contingencia, que según todos los actores aquí citados fue revisado por los máximos dirigentes del conglomerado: Altamirano por el PS y Luis Corvalán por el PC, y también por altos oficiales del Ejército (Prats) y de la Aviación (Bachelet). La razón de Prats y Bachelet era la defensa de la legalidad.

Poco después de concluido el Congreso de La Serena, desde el punto de vista operacional, comenzó la formación de la Fuerza Propia.

Escolta, Operativo, Guarnición

El Aparato Militar del PS contempló la formación de combatientes, destinándolos a la estructura denominada GEO, la cual tendría por función formar militantes para resistir el primer impacto del alzamiento, lo cual presuponía formarlos para conducir, organizar y planificar operaciones de comandos y de caza-tanques.

De la estructura de Inteligencia dependerían la sección Análisis y Chequeo/contrachequeo.

El GAP funcionaría con cuatro secciones: Escolta, Operativo, Guarnición y Servicios. Además, Agitación y Propaganda (AGP) se encargaría de coordinar la operatividad e impartir instrucciones a la militancia y a los actores sociales. Posteriormente, a principios de 1973, se agregó una Unidad de Comunicaciones.

Era un plan ambicioso y estaba orientado a crear una estructura de carácter disuasivo. Comenzaba el trabajo militar. Pero, contra los propósitos de los dirigentes, conspiró la fragilidad de la organización, la falta de cuadros preparados, la baja calidad política de la militancia, las ambiciones de liderazgo, la desmovilización de los Comités de la Unidad Popular y la carencia de apoyo internacional, de manera que los militantes destinados a estas funciones no dieron abasto. Además, estaban preparados para la conspiración y táctica operativa de carácter guerrillero y al secreto de la organización, que se conseguía por medio de la compartimentación heredada del ELN argelino. Una tipología organizacional que las desligaba de la orgánica regular de un partido político y el riesgo era evidente: las células desconectadas entre sí, podían pasar a constituirse en fracción.

Así, en medio de un gran secreto, a fines de enero de 1971 salían del país 20 militantes enviados a formación. Para reemplazarlos y fortalecer la estructura ingresaron: Francisco Acuña, Carlos Boada, Carlos Escobar, Hernán Medina, Víctor Olmedo, Benigno Puebla, Jorge Ravanal, Marcelo Schilling, Julio Tapia Martínez, Rubén Salinas, David Valderrama y otros que el tiempo borró. Mientras tanto, eran seleccionados otros 20 militantes, de manera que a fines de 1972, se contaba con cerca de medio centenar de militantes socialistas con formación irregular.

El copamiento de la calle por la derecha, con motivo de la despedida de Fidel, a fines de diciembre de 1971, había terminado por legitimar la formación inspirada en la instrucción guerrillera cubana y coreana, es decir, cursos de Contrachequeo, Armamento (convencional y popular), Táctica Operativa, Explosivos, Tiro y Defensa Personal. Cursos espectaculares, pero inapropiados para las exigencias posteriores.

Entretanto, los militantes de la Unidad Popular vivían su propia fiesta. Los triunfos se sucedían uno a otro en las federaciones estudiantiles, en las confederaciones sindicales y campesinas. El Programa Básico de Gobierno y las Cuarenta Medidas se implementaban raudamente. La profundización de la reforma agraria también. La solidaridad social se expandía y la movilización producía el encuentro popular. En este marco, mezcla de euforia política y transformaciones económicas y sociales, la embriaguez del triunfo se convertía en una amenaza latente y eso explica el silencio que rodeó a uno de los atentados que sufrió Salvador Allende. Fue en Valparaíso. En la Avenida España, donde desde un cerro se deslizaron varias barras de hielo en el momento en que pasaba la comitiva de FIAT 125.

Cuenta Manuel Cortés: «No fue más que eso. Sin embargo, fue más que eso, porque más allá de lo rústico del atentado, lo que emergía era una decisión de abandonar la legalidad y plantearse el asesinato del líder popular. Fue un error silenciar el episodio, pues lo contrario habría servido, por último, para demostrar hasta dónde llegaba la decisión de lucha de los sectores heridos en sus privilegios. También fue un error silenciar el atentado que horas después intentó un joven militante del Partido Nacional en pleno centro de Viña del Mar».

Los GAP debieron prepararse. Se levantaban a las 6.30 horas y hasta las 7.30 se ejercitaban físicamente, en lo que hoy podría considerarse como acondicionamiento físico. Luego, de 7.30 a 8.00, venía el aseo personal y de ahí el desayuno. A partir de entonces, quedaban disponibles para las actividades en cada uno de los frentes en que se desempeñaban. Como reemplazante de Eduardo Paredes, que ahora era director de la Policía de Investigaciones, se designó a Gerardo Vidaurre como jefe máximo del GAP.

La sección Operativa, bajo la responsabilidad de Francisco Argandoña, tuvo a su cargo planificar los desplazamientos, controlar los accesos de llegada, copar los lugares en los cuales se presentaba el Presidente, dominando las alturas, supervisando los desagües, previendo posibles emboscadas o atentados explosivos. En los viajes fuera de Santiago, debían trasladarse con antelación para preparar cada desplazamiento y lugares de alojamiento. Eran la avanzada exploradora y a la vez la retaguardia invisible. Lo controlaban todo.

La sección Escolta, a cargo de Fernando Gómez, estuvo compuesta por una escuadra de ocho personas que se desplazaban en tres autos, con apoyo de dos motos de Carabineros y un auto de Investigaciones. Cada auto presidencial cumplía una función: desplazamiento, apoyo, contención y rompimiento. Una vez que se llegaba a la sede de gobierno, los integrantes de la escolta se dividían en dos grupos, uno pasaba a las dependencias de La Moneda y otro permanecía custodiando los automóviles. Los guardias de palacio se turnaban cada dos horas en sus funciones y siempre uno de ellos permanecía al lado del Presidente. Eran el primer muro de contención ante cualquier tipo de atentado, el grupo «de sacrificio».

Bajo la dirección de Domingo Blanco, operaba Guarnición, constituido por las dos dependencias más importantes del GAP: la residencia de Tomás Moro, que era un punto de especial resguardo, lo que implicó reforzar algunas de las dependencias e incluso realizar obras de construcción ante la eventualidad de un posible bombardeo, y El Cañaveral, que fue concebido como una zona de concentración de efectivos y de instrucción, habilitándose para tales efectos dormitorios, campos de entrenamiento y salas para la formación política. Todo muy rústico. No obstante, fue un punto de encuentros sociales entre Allende y algunos de sus ministros y oficiales superiores.

Bajo la responsabilidad de Guarnición también quedaba el Palacio de Cerro Castillo de Viña del Mar y la destinación significaba un verdadero premio.

Finalmente, la sección Servicios comandada por Alejandro García, debía proveer las necesidades logísticas, mantener preparada una pequeña enfermería y velar por el armamento. Era quizás la función más cotidiana y tediosa, pero revestida de la enorme responsabilidad de impedir el envenenamiento del grupo, Presidente incluido.

Desde los primeros días del gobierno, habían comenzado también los grandes desbordes de la experiencia chilena. El MIR vio llegada su hora, incentivando las corridas de cercos y las tomas indiscriminadas de fundos. Ese movimiento empezaba a operar en la perspectiva del poder popular, que consideraba inminente el choque final. Acicateado por ese propósito, el MIR cedió a la tentación y poco a poco pasó a la instrumentalización del GAP, ocupando sus recursos, dependencias y medios. El Cañaveral, con anuencia de los socialistas, fue transformado en un campo de entrenamiento para la militancia que actuaba en las tomas de terrenos. En poco tiempo, las instalaciones pasaron a ocuparse para la formación paramilitar del mirismo, decisión que sobrepasó al jefe del dispositivo en ese momento.

Allende, durante un tiempo, fue condescendiente con la situación, para no deteriorar las relaciones y porque le asistía la creencia de que el MIR, si participaba del GAP, podía ser controlado. Y por último porque era el PS el responsable de definir una convivencia que finalmente se hizo insostenible. Eran formas de vida muy distintas que excedían con creces el marco de las discrepancias políticas.

Los problemas se agudizaron a partir del 21 mayo de 1971, cuando Allende en su discurso ante el Congreso Pleno, terminó por clarificar su noción de vía chilena al socialismo y le otorgó un afinado concepto teórico. Ya no había lugar a interpretaciones. O se permanecía atrapado en el concepto de la toma del poder político del Estado o se transitaba por la vía político-institucional.

Mientras tanto, los poderes fácticos apoyaban el nacimiento de una organización instrumental que, revestida de nacionalismo, pasaba a la lucha directa: Patria y Libertad. Pero no era todo, porque

una pequeña organización de ultraizquierda, la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), asesinaba el 8 de julio de 1971 a Edmundo Pérez Zujovic, ex ministro del Interior y prominente miembro del ala freísta de la DC. Fue el momento en que se inició el quiebre del sistema político por el creciente desencuentro entre el PDC y la UP, ya que la infausta acción fue utilizada para acentuar las diferencias con el gobierno.

Comenzaban los quebrantos para la Unidad Popular y también para el GAP, porque el diferendo entre el PS y el MIR alcanzaba su clímax.

Señala Miria Contreras: «La impasse fue superada por una decisión de la dirección socialista en el sentido de solicitar al MIR que hiciera abandono de la escolta. Entiendo que fue una discusión que se realizó en una casa que Volpone tenía en Cachagua y cuya decisión finalmente quedó en manos de Altamirano, Camú, Del Canto y Coloma, quienes resolvieron pedir a Miguel Enriquez el retiro de sus muchachos, porque a estas alturas era impresentable la exhibición en la escolta del Presidente de un mirismo que contravenía la política del gobierno. Incluso, en esa oportunidad, se discutió la posibilidad de que el PC se integrara al GAP, pero fue rechazada, por sectarismo diría yo».

Así, el MIR abandonó la escolta, aunque hubo algo más: se llevaron consigo parte del pequeño arsenal que se había logrado recolectar, generando otra fuente de tensión. Días después, para cubrir los puestos, llegó un grupo compuesto por Antonio Aguirre, Carlos Acuña, Fredy Araya, Carlos Escobedo, Francisco Lara, Óscar Lagos Ríos, Pedro Plaza, Mario Pérez, Juan Vargas Contreras, Hilda Varas, Williams Ramírez, Julio Soto y otros.

El MIR dejó el GAP, pero tuvo un gesto con Allende. En los recuerdos de *Payita*: «Luego de su salida del GAP, el MIR dio forma a la denominada Tropicillita, es decir a una estructura dependiente de la Fuerza Central con la doble misión de fortalecer su área de instrucción militar y de colaborar ante cualquier eventualidad que pusiera en riesgo al Presidente. Para los miristas la Tropicillita tuvo una gran importancia, llegando a poner en su jefatura a uno de los miembros de la dirección, me refiero a Humberto Sotomayor».

Plan Santiago

Los próximos 15 meses, hasta el Paro Patronal de Octubre de 1972, fue un tiempo de transición a la violencia abierta. El curso de los acontecimientos estuvo marcado por el progresivo acercamiento entre la DC y el PN, potenciándose una alianza de carácter estratégico, rubricada con la formación de la Confederación Democrática (CODE). Esa alianza, bajo hegemonía de la DC, lanzó sus primeras contraofensivas con el llamado a la «desobediencia civil» y la apertura del mercado negro, imponiéndose una estrategia de desgaste flexible, destinada al cambio de gobierno sin alzamiento ni guerra civil, pero con empleo de formas controladas de violencia: surgió el Comando Rolando Matus, las guardias paramilitares del PN, los comandos de choque del PDC y los grupos conspirativos Tacna y Tizona, organizaciones ultranacionalistas encargadas de la agitación política en el Ejército y la Marina.

Esas formaciones fueron los arietes, después se copó la calle a partir de la «Marcha de las Cacerolas Vacías» y de la asonada con que la oposición despidió la visita que Fidel Castro realizó a Chile en diciembre de 1971.

En el intertanto, seguían llegando voluntarios al GAP, entre ellos, un joven estudiante normalista, Alejandro Cid, quien a pesar de su corta edad poseía un nutrido currículum político y social. Había sido presidente del centro de alumnos del Liceo Amunátegui, estudiaba en la Escuela Normal José Abelardo Núñez, donde era dirigente estudiantil, y pertenecía al Departamento de Organización de la JS.

Así recuerda Alejandro Cid esos días:

«Me integré en abril o mayo de 1972, tenía 20 años y cumplía con todas las características de un joven revolucionario de la época. Desde 1969 venía preparándome para la revolución. En un principio asistí en una vieja casona en la calle Santos Dumont a una serie de reuniones, donde no obstante participar encapuchado por razones de seguridad, reconocí a *Coco* Paredes, acompañado de Arnoldo Camú, Carlos Lorca y Robinson Pérez. En una ocasión, luego de haber recibido una precaria formación, me destinaron a una escuela de instrucción en Nahueltoro, donde participaron intelectuales como Teothonio Dos Santos y Ruy Mauro Marín. En verdad no eran escuelas de guerrilla; eran instancias que mezclaban emocionalidad y aventurerismo. La instrucción no pasaba de rudimentos de defensa personal, manejo de armas cortas, algo de explosivo menor y nociones de lucha en ciudad».

Otros llegaban por vías poco piadosas. Fue el caso de Ovidio Toledo, quien arribó a Santiago huyendo de la derecha de su pueblo natal: «Éramos bastante artesanales para trabajar, pero eso se compensaba con mucha entrega, disposición y una cierta mitología. Siempre he creído que en Chile la derecha se encargó de crear un mito en torno a este grupo que acompañaba a Allende, como los «superhéroes», y la verdad es que todos éramos muy jóvenes. A estas alturas de la vida, aún no concibo que la gente encargada de la seguridad del dirigente máximo de la Unidad Popular tuviera 17, 18 o 19 años, como era mi caso».

Un día, Ovidio Toledo estaba de guardia en El Cañaveral, cuando pasó Salvador Allende con su escolta en el auto.

«No recuerdo bien, pero me parece que fue Domingo Blanco quien después vino a hablar conmigo y me dijo:

—Mira, el Doctor me «lumió» porque te vio en la entrada.

—Bueno, y qué tengo que ver yo —le dije.

—Lo que pasa es que el Doctor me mandó a buscar y me preguntó: —¿El compañero que estaba en la puerta, qué edad tiene?.

—Tiene 17 o 18 años.

—¡Y qué «chuchas» hace aquí! —replicó Allende—. Se supone que la gente de 17 o 18 años tiene que estar estudiando en este país o no han escuchado los discursos, cuando les pido a los jóvenes que tienen que estudiar y que el trabajador tiene que trabajar.

«Después de ese diálogo, era evidente que me tenía que ir. Peligraba mi estadía, de manera que tuve que rogar y camuflarme para permanecer».

Mientras se decidía la permanencia de Ovidio Toledo, el gobierno daba forma a su programa en forma inexorable. La reforma agraria, la reforma bancaria, la nacionalización del cobre y la transferencia de poder por la vía de la «participación» eran una realidad que causaba zozobra en la oposición; pero al mismo tiempo daba forma a la resistencia al cambio. Sin embargo, la UP no aprovechaba el desgaste opositor y concentraba la atención en la rencilla interna con la dicotomía entre el PS («Avanzar sin transar») y el PC («Avanzar consolidando»), diferencias acompañadas de otras, como la polémica entre miristas y socialistas y las discrepancias en el PS por la irradiación del «polo revolucionario» al que convocaba el MIR y que encontraba eco en sectores socialistas, en el MAPU (Garretón) y en parte de la Izquierda Cristiana.

Las diferencias se calmaron en septiembre de 1972, en las jornadas de celebración del segundo aniversario del gobierno. Sin embargo, hubo una causa mayor: la denuncia del gobierno, informado por un oficial de la Armada, de un intento de Golpe de Estado liderado por el general de Ejército Alfredo Canales, reto enfrentado con un despliegue de artillería comunicacional y una gran concentración. Nada más. Para el GAP alerta, concentración, aprestos y tensión. Más nada.

La dirección de la UP se quedaba en la denuncia, sacando dividendos de corto plazo, sin plantearse el problema central, expuesto un tiempo antes por el citado general Canales, cuando en el documento «Nacionalismo Militar: Solución para Chile», planteó la tesis de que «los partidos políticos de oposición terminaron su rol de lucha contra el marxismo. Lo único que podrán hacer es retardar la implantación de la dictadura marxista. La futura alternativa de Chile no es una fórmula política, sino un nacionalismo militar, a través de una intervención de las Fuerzas Armadas en la dirección del Estado».

El general Canales estaba incitando a la sustitución del gobierno por uno que basara su poder en el respaldo militar, previo aniquilamiento del «enemigo interno», fundamento de la Doctrina de Seguridad Nacional y la base de la futura dictadura.

Hurgando en sus recuerdos, Renato Moreau, uno de los responsables del Aparato Militar, señala: «A mediados de 1972, cuando se detectó el intento de Golpe de Estado promovido por el general Canales, la Comisión de Defensa se vio obligada a reexaminar la planificación, ante lo cual surgió el denominado Plan Santiago. Fue una determinación clave, pues se constató que la posibilidad del Golpe de Estado era ya una realidad que se debía enfrentar junto con la decisión de Allende de permanecer en La Moneda. El Presidente había rechazado la posibilidad de salir de la sede de gobierno para trasladarse a un Barretín VIP, desde donde se podría conducir, con posibilidades de éxito, la defensa del gobierno. Allende desechó una y otra vez las sugerencias de abandonar lo que consideraba el bastión democrático por excelencia. No hubo más alternativa que pensar en la defensa del gobierno desde La Moneda y se consideró que el contingente debía defenderla, mínimo un par de días. Ahí era esencial la presencia del GAP. Fue lo que denominamos El I Combate».

El Aparato Militar del PS, entendía que los militares golpistas iban a copar y atacar y que para eso debían traer tropas. La idea era que mientras tomaban posiciones cercando el perímetro centro y por tanto La Moneda, las fuerzas leales dominaban la periferia en los cordones industriales con los estudiantes y los pobladores, y comenzaban a apretar de periferia a centro.

Continúa Renato Moreau:

«Entendíamos también que desde el centro se desplazaría nuestra fuerza constituida por los defensores de La Moneda, los regionales socialistas, los aliados políticos, más obreros y estudiantes atrincherados en los Centros de Resistencia. Era la teoría de los Círculos Concéntricos, que, para ser exitosa, requería detener el avance de los militares facciosos, inmovilizarlos a través de cientos de pequeñas escaramuzas, para luego, junto a Fuerzas Armadas leales, comenzar la limpieza. El peso de la defensa gubernamental lo llevaba Santiago, pero le asignábamos un papel determinante a las fuerzas populares de provincia en la hostilización al enemigo y paralización de sus desplazamientos. El problema de este plan fue que sabíamos que nuestras armas sólo tenían un módulo de 120 tiros, de manera que debíamos planificar golpes de mano para proveernos de armas para lo que llamábamos El II Combate».

Eran días angustiosos. EL GAP presentía la tormenta, pero no sabían si podrían flotar. El tiempo apremiaba. El Partido Nacional y la DC ya habían reaccionado. La derecha tradicional había sido desbordada y optaba por el ultranacionalismo y en la Democracia Cristiana se hacía fuerte el sector freísta. La izquierda estimaba que había comenzado una contraofensiva opositora dirigida a copar la calle con el apoyo de fuerzas paramilitares, líneas de acción acompañadas por la promoción de un Golpe de Estado con participación de las Fuerzas Armadas. Fue un tiempo de incubación en que los avances del Aparato Militar fueron sustanciales, pues aún no afloraban ni la contraofensiva total ni los factores internos que corroyeron el esfuerzo, como serían la doble militancia, el agrupamiento fraccional y la controversia interna.

Pero ninguna guerra de trincheras dura eternamente: se desangra (I Guerra Mundial) o da paso a la guerra de movimientos. Es cuando la cosa comienza a encrespase. Fue lo que sucedió. La oposición, desde julio de 1972, fue apoderándose de los espacios públicos y protestaban fuerzas organizadas: mujeres, estudiantes y comerciantes, protegidos por grupos de choque y alentados por las acciones paramilitares de propaganda armada, sabotajes y atentados. Poco a poco, los comandos Rolando Matus y Patria y Libertad pasaron a la ofensiva, tanto en las zonas rurales como en las ciudades; entre el copamiento de la calle y el terrorismo nocturno, mediaron sólo algunos meses. Lentamente la sociedad chilena fue experimentando la transición a la violencia abierta. Ya no era raro el descarrilamiento de un tren o el atentado explosivo en las carreteras y lo mismo ocurría con el transporte urbano. Comenzaba a cundir la zozobra, acompañada por los primeros síntomas de desobediencia civil. El Estado de Derecho comenzó a resquebrajarse y a deteriorarse el principio de autoridad.

El paro patronal de octubre de 1972, inflamó aun más la situación. Para muchos, era la tan esperada ofensiva final. Según Gustavo Puz: «En la constitución del poder gremial; en las trincheras y casamatas que militares en servicio activo construyeron para los camiones en paro; en las sucesivas ola de atentados; en los desembozados llamados al Golpe de Estado de Patria y Libertad, en la invocación a las Fuerzas Armadas y en la abundancia de dólares para mantener el paro, vislumbramos la ofensiva final».

La respuesta no se hizo esperar, la Comisión de Defensa, entendiendo que era un grave problema político, lanzó a través del Comité Central del PS, entre el 12 y el 19 de octubre, siete instructivos para enfrentar el conflicto. En el N° 1 se recomendó «promover asambleas en todos los sindicatos y organizaciones de masas en general»; en el N° 2, se llamó a nombrar «dos interventores por provincias»; N° 3, se instó a la «formación de piquetes de protección para los establecimientos comerciales que abran sus puertas al público»; N° 4, se urgió a «intensificar el control de la actividad productiva en todo el país»; N° 5, se ordenó «fortalecer todos los organismos de participación, sindicales y vecinales»; N° 6, se orientó a «reforzar la acción en la industria privada, trabajando los Comités de Vigilancia de la Producción y Comités de Defensa»; y en el instructivo N° 7, se ordenó «extremar las medidas de protección de las empresas estratégicas: impedir por todos los medios las tomas y paralización de la producción y servicios básicos».

Estrategia de alzamiento

Después de conjurado el intento sedicioso del general Alfredo Canales, la oposición se enfrascó en una polémica; para el PN la estrategia de desgaste flexible de la DC estaba cancelada, por lo que venía el desplazamiento del liderazgo al interior de la alianza opositora, la CODE, ahora dominada por la derecha más dura y golpista. La transición era de la guerra de trincheras a la guerra de movimientos. Comenzaba la estrategia del alzamiento.

El giro de la oposición fue detectado por el gobierno de la UP, que sabiendo que contaba con reservas importantes para intentar el cambio de vía, persistió en la estrategia político-institucional e incorporó a los militares y a los principales dirigentes de la CUT (Luis Figueroa y Rolando Calderón) al gabinete. La unidad de la clase obrera, los militares y el gobierno era una barrera de contención ante la «inminente» guerra civil.

El GAP actuaba en consonancia y discutía el futuro. Las variables eran ampliar el dispositivo e incorporar una nueva estructura compuesta por una fuerza disuasiva de comandos, masificar la instrucción a los partidos políticos, sindicatos y frentes de masas y además mejorar lo que se tenía.

El paro de octubre del 72 había redoblado la ola internacional de simpatía hacia Chile, de manera que no es extraño que Allende, en cumplimiento de una serie de invitaciones, inició en diciembre de 1972 un periplo que lo llevó a ocupar la tribuna de la Naciones Unidas, visitar por algunas horas Perú, también México, la Unión Soviética y Cuba. Lo acompañaron dos GAP: Alejandro García y Jaime Sotelo.

Mientras Allende viajaba, el general Carlos Prats, ministro del Interior, asumió la vicepresidencia de la República. La ocasión fue aprovechada por la oposición para denigrar al alto oficial, atribuyéndole aspiraciones políticas y obsecuencia hacia la izquierda. Las tribulaciones dieron paso a muestras de sincero afecto y confianza entre el uniformado y la escolta presidencial que, por orden del Presidente, había permanecido junto a él.

En contraste con el prestigio internacional, el frente interno continuaba deteriorándose por el agudo desabastecimiento, la especulación, el acaparamiento, el mercado negro y el sectarismo de la UP.

En las fuerzas populares se había instalado el disenso.

En el MAPU se expresaban claramente las dos líneas que condujeron meses más tarde al quiebre.

También sectores de la Izquierda Cristiana adherían a la «línea dura».

En el PS retumbaban las palabras del secretario general, Carlos Altamirano, que llamaban a «quebrar el empate social» y regionales importantes como Cordillera, Concepción y otras, planteaban la insurrección; mientras la juventud socialista abogaba por estrechar relaciones con el PC para acumular fuerzas para el enfrentamiento final.

ELN escindidos pugnaban por el autogolpe.

El trotskismo por un gobierno obrero.

Mientras tanto, los sectores moderados aún permanecían en silencio.

En ese marco comenzó a experimentarse un vuelco importante en la Comisión Militar, iniciándose un fuerte acercamiento con la vía político-institucional, fenómeno que fue visible en el GAP.

La discusión giró en torno a dos posiciones excluyentes: para unos, el conflicto de clases entraba en fase de definición, por lo que debían tomarse medidas políticas y técnicas para la toma del poder en el corto plazo; para otros, el enfrentamiento y la toma del poder podían diferirse e incluso evitarse en la medida que la «vía allendista» se estabilizaba y tomaba un nuevo impulso para ganar la mayoría en 1976, lo que significaba la mantención del sistema político y la reducción del factor militar a la defensa de la institucionalidad en alianza con militares leales.

Era una paradoja, si se tiene en cuenta que esta opción la estaban tomando los mismos sectores que habían encendido la mecha de la teoría de la lucha armada. Pero los procesos sociales son así, van determinando el quehacer de los actores y eso explica el encadenamiento guerrillerismo/aparatismo/allendismo.

La Confederación Democrática (CODE) intentó transformar las elecciones de marzo de 1973 en un plebiscito sobre la permanencia de Allende y la UP en el gobierno, pero el resultado le significó un cataclismo, puesto que la UP obtuvo el 43,4% de los votos. El resultado electoral habría bastado para estabilizar cualquier gobierno, pero en este caso, por el desborde de las pasiones, dicho triunfo se convirtió en un «boomerang», porque el PN ajustó su línea política enfilando a la ruptura del Estado de Derecho y al derrocamiento; Patria y Libertad potenció el trabajo conspirativo y la estrategia de desgaste flexible del PDC quedó definitivamente cancelada. Entretanto, en las Fuerzas Armadas se aceleraba el proceso de politización.

En otras palabras, a partir de marzo se presentaban de manera nítida las opciones autoritarismo-democracia. Pero, desgraciadamente para el gobierno, su propio frente político continuaba debilitándose, ahora por la división del MAPU como antes se había dividido el PR. El positivo resultado electoral profundizó las divisiones dentro de la UP, porque para un sector la presencia de los militares en el gabinete era una muestra de debilidad del gobierno.

En adelante la controversia tomó ribetes rocambolescos.

Los integrantes de la Comisión de Defensa del PS fueron motivo de dura crítica. La razón: el alejamiento de la teoría insurreccional y la adscripción (aún confusa) a la estrategia político-institucional. Esa controversia golpeó duramente al GAP, ya inscrito en la vía político-institucional. Desde el punto de vista teórico, la vía de Allende contemplaba alianzas, consensos y retrocesos. Con tal de preservar los cambios logrados, arribar a las elecciones de 1976 y mantener la democracia, se retardaba la teoría del enfrentamiento definitivo y se asignaba a lo militar un rol de contención-disuasión, por lo que la suerte del proceso político estaba ligado a la existencia de Fuerzas Armadas leales.

El distanciamiento de las variables guerrilleras e insurreccionales tendría un alto costo interno para la dirección del GAP, que comen-

zaba a abandonar el proyecto original de transformar la organización en la punta de lanza de un «ejército popular». De esa forma, renunciaba a la toma del poder y valorizaba el proyecto de Allende.

Pero el socialismo debía afrontar el XXIV Congreso (1974) y después de las elecciones de marzo, el PS había crecido de manera considerable y era una organización compuesta por una masa-militante sin mayor formación política y altamente radicalizada que, encandilada por la votación, se tornó en una masa proclive a las maniobras electorales de los dirigentes que buscaban ascender en la maquinaria burocrática. La carrera electoral por dominar el PS, enardeció el discurso en los dirigentes que a través de la frase incendiaria querían acumular apoyo interno.

En este escenario se intervino el GAP, se le redujeron fuerzas y medios, se envió a «instructores» de educación política y se realizó una reestructuración interna. Más adelante se procedería al relevo de los dirigentes, no sin antes sufrir un quiebre, porque algunos integrantes se alejaron, entre ellos Carlos Acuña, David Arce, Roberto Araya, Carlos Boada, Manuel Cortés Iturrieta, Carlos Escobedo, Fernando Gómez, Marcelo Schilling y Víctor Olmedo.

El grupo se dirigió al norte grande, donde por iniciativa de Rafael García de la Huerta y de Carlos Gómez fueron integrados a CODELCO (Corporación del Cobre) con el objetivo de controlar los sabotajes que sufría la empresa, fortalecer al PS, y transformar la zona en un bastión de la revolución en marcha. Uno de los logros más importantes fueron las relaciones establecidas con el Ejército, colaborando en la mantención del equipo de transporte y en la reparación de algunos tanques. Un dato que seguramente inquietó a los militares, que pudieron pensar que allí se estaba preparando una cabecera de playa para quebrar el país en dos. Tema sensible, pues no hacía mucho la zona se había transformado en un importante enclave de apoyo a la guerrilla boliviana.

Los cambios no se hicieron esperar. La sección de Inteligencia, con mucha dificultad, mantuvo su planta. La sección Instrucción fue paralizada. El GEO se vio reducido al accionar de una docena de instructores, la mayoría en Santiago. Propaganda e Instrucción (AGP) sufrió el embate de regionales y seccionales que levantaban su propia instrucción y al GAP dejó de llegar gente.

No fue todo, Organización y algunos regionales se hicieron

autónomos de la conducción de Exequiel Ponce, levantando estructuras con militantes descontentos con lo que denominaban la «derechización» del Aparato Militar e incluso crearon los GEA (Grupos Especiales de Apoyo). Como si fuera poco, microfracciones escindidas del ELN y de La Organa, volvían por sus fueros e intentaban convencer a pequeños grupos de militantes para dar un Golpe de Estado, propuesta en la que ya habían fracasado el 20 de julio de 1972, cuando varios de ellos fueron arrestados.

Lo delicado de la situación no pasó inadvertido para la dirección del GAP, que había enviado un contingente al «país amigo» para especializarse en Protección al Dirigente. Para ello fueron seleccionados cerca de 20 integrantes. Lo paradójico es que viajaron los miembros más antiguos del grupo, entre ellos, Domingo Blanco, Daniel Gutiérrez, *Julio, Lalo, José, Víctor, Boris, Milton y Lila*, lo cual significa que el simbólico GAP, el «prototipo del extremismo» en la óptica de la oposición, no tenía el nivel de entrenamiento que se le suponía ni eran agentes especializados del «comunismo internacional». Aún más, sólo dos equipos habían tenido entrenamiento fuera del país, uno a principios de 1972 y por espacio de una semana, y otro a fines de ese año por 15 días.

Cuando el grupo retornó de Cuba, en una reunión en Tomás Moro, se dio a conocer la nueva estructura interna del GAP. Sería un mando unipersonal con un jefe único: Juan José Montiglio. Nadie se opuso porque era un hombre querido y respetado. Más abajo, se formó una dirección intermedia, integrada por los mismos compañeros que eran jefes de equipos. El jefe de la Unidad Escuela pasó a ser Domingo Blanco, quien quedó al mando de los siete cuadros permanentes de El Cañaveral. Otro cambio fue la creación de dos escoltas: A y B.

Cuenta Ovidio Toledo: «Como un grupo importante había pasado por formación y como el GAP se había reestructurado, la escolta adquirió un carácter disciplinado y militarizado».

La oposición unificada recurrió al arte operativo con apoyo de masas. A partir del 19 de abril de 1973, comenzó la huelga de los mineros de El Teniente que irrumpieron en la capital acompañados por el estampido de cargas dinamiteras. Mientras tanto, los estudiantes de colegios particulares escenificaron asonadas y los universitarios también paralizaron las clases, transformando los

campus en escenarios de violencia. El transporte público empezó a mermar. El país comenzaba a ser paralizado, estrangulado y, como si fuera poco, se profundizó el desabastecimiento. El gobierno estaba siendo sobrepasado, no lograba resolver los problemas de conducción económica y el principio de autoridad se resquebrajaba, pero no sólo por las acciones de la oposición, sino por la de sus propios adherentes. Miembros del propio partido de Allende, guiados por el «frenesí» revolucionario de los últimos días, hasta llegaron a pedir la renuncia del Presidente, a quien se le suponía transitando por los patios del «reformismo».

Para el GAP fueron días infernales, debían sortear toda clase de obstáculos desde que se ponían en movimiento. Las calles aledañas a Tomás Moro y de todo el centro cívico amanecían tapizadas de «miguelitos» o regadas con aceite. No eran atentados premeditados contra el Presidente. Nada de eso. Era parte del diario acontecer, porque se había impuesto una lógica de guerra. En los hechos, estaban coexistiendo la vía político-institucional y la vía insurreccional. Las calles eran bloqueadas por manifestantes o simplemente con barricadas con apoyo de turbas enceguecidas por el furor de una abierta lucha de clases, de manera que los conductores debían prever no sólo el atentado, sino incluso el lanzamiento de una «molotov» más representativa del estado de ánimo de tal o cual manifestante que de una acción coordinada. Otros recursos utilizados eran tapizar las calles con papas rellenas con clavos, «plantar» cargas explosivas del tipo vietnamita o el uso de bombas de humo y ruido con el evidente propósito de generar miedo político y de sobrepasar al gobierno en el control del orden público.

Acueductos y líneas de tendido eléctrico eran voladas y las «cargas a montón» (dinamita adobada) se sucedían unas a otras. Emérico García, joven integrante de primera hora del GAP, recuerda: «De madrugada cayeron tres artefactos explosivos que arrancaron de cuajo puertas y ventanas, y dañaron seriamente mi casa. Primero sentí los frenos de un vehículo, luego presentí que algo volaba por los aires, a continuación una fuerte explosión. Estuve cerca. Afortunadamente, sólo me alcanzó la onda expansiva. Fue criminal. Si no hubo muertos fue porque ninguno de los artefactos explotó dentro de la residencia. Pero también fue un descuido mío, pues el día anterior panfletos de PROTECO llama-

ban a la cruzada de exterminio contra el marxismo, marcando con una cruz las tres casas de militantes de la izquierda del barrio. Debí haber supuesto algo así. Me mudé, vivimos pendiente de cada ruido, de cada auto que pasaba. No era vida».

El cerco se estrechaba y la mecha era cada vez más corta.

El 29 de junio del 73, a partir de las 8.55 horas, el regimiento de Blindados N° 2 Maturana protagonizó un levantamiento militar que, independiente de su fracaso, se constituyó en el ensayo general de la insurrección de septiembre de 1973. Con el Tanquetazo se inició el desplome.

La agonía se prolongó hasta el 11 de septiembre.

Tanques a la madrugada

En el llamado Tanquetazo se dieron las últimas escenas del drama final, que partió con el Boletín de Prensa N° 63 del Ejército, donde se denunció que el 26 de junio los servicios de inteligencia habían descubierto los planes de un alzamiento cuyo curso de acción consistía en ejecutar un alzamiento focalizado el 27 de junio. Cinco unidades de tanques tomarían por asalto el Palacio Presidencial y otros cinco capturarían al Presidente en su residencia en Tomás Moro; operativos de carácter político con el propósito de desencadenar un alzamiento generalizado.

La detección y posterior arresto de varios complotados, alteró los planes originales de los golpistas; por esta razón los conjurados se dividieron en dos grupos: el primero se dirigió al Ministerio de Defensa con el propósito de rescatar a los oficiales arrestados y un segundo grupo de combate asumió la responsabilidad de sitiar y tomar por asalto La Moneda, mientras que en el cuartel quedaba una retaguardia estratégica.

Así el 29 de junio, a las 8:55 horas, comenzó el levantamiento con el asalto a La Moneda y al Ministerio de Defensa.

Allende, al enterarse de la situación, convocó de inmediato al GAP para dirigirse desde Tomás Moro a La Moneda. Poco antes, las avanzadas de inteligencia advirtieron que se desplazaban numerosos efectivos del Ejército sin que pudiera identificarse aún a qué bando pertenecían, agregando que además comenzaban a movilizarse fuerzas paramilitares de derecha. La situación era alarmante. Ante la incertidumbre y con el contingente listo para partir, el jefe de la escolta, Juan José Montiglio, pidió un equipo de

voluntarios para agregar un auto de «choque», presto a cualquier maniobra para la protección del líder. Montiglio se reservó un cupo en ese auto destinado al sacrificio.

Bajaron desde Tomás Moro los tres automóviles usuales, reforzados por el vehículo de apoyo, pero antes de enfilarse a La Moneda se dirigieron al cuartel de Investigaciones para coordinar los pasos tácticos con personal de esa dependencia. Isidro García, recuerda: «A la altura del Canal 7 de televisión, nos topamos con una patrulla de militares. De inmediato procedimos a encañonarlos, por lo que perdimos algunos minutos, tal vez segundos, pero llegamos a tiempo para escuchar el siguiente diálogo entre el edecán Arturo Araya y el Presidente Allende al bajarse de los autos:

Allende: —*Guarden las armas, muchachos.*

Edecán: —*Lo siento, Presidente. Desenfunden de inmediato. Presidente, no podemos dar ventajas. ¡Todas las armas afuera! Preparan antitanques.*

Allende: *Proceda, Arturo. Tiene razón.*

Edecán (dirigiéndose a Montiglio): —*Disculpe, invadí sus atribuciones.*

Montiglio: —*Por favor, gracias.*

«En ese momento, me di cuenta de que el edecán Araya, a quien considerábamos como un militar constitucionalista, era algo más que eso. Estaba al lado de Allende a su manera, en el marco de una Constitución y una ley que se estaban quebrantando. Por eso reaccionó así. El imperio de la legalidad estaba de su lado, pero hubo algo más: arriesgó su vida al lado del Presidente. De hecho, él mismo asumió la función de escudo humano, sin por ello perder un ápice de su profesionalismo. Había dado órdenes sobre la base de la Constitución que había jurado respetar».

En la opinión pública quedó la imagen de que el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, secundado por el general Augusto Pinochet y rodeados de tropas leales y luego de una corta refriega, habían logrado la rendición de los insurrectos. Pero la verdad es que también fue decisivo el papel jugado por los generales Mario Sepúlveda y Guillermo Pickering, quienes fueron el soporte real de los militares leales, por cuanto ejercían el mando de las tropas de la II División y de los Institutos Militares, de manera que Prats contaba con un importante contingente de fuerzas

al que recurrir. En segundo lugar, el Plan Santiago funcionó. La dirección logró reunirse, se concentraron las distintas estructuras, se repartieron armas, la masa políticamente activa se acuarteló en los Centros de Resistencia, fueron copados los nudos de acceso a las ciudades y los principales centros productivos y la infraestructura. Además, funcionó la comunicación. En otras palabras, funcionó la teoría de los Anillos Concéntricos, respaldada además por el apoyo que brindaron unidades militares que incluso alcanzaron a poner en la calle un camión con 600 armas. Allende, por su parte, logró controlar la zona céntrica coordinando la fuerza del GAP, Investigaciones y Carabineros. Fue tal el impacto que causó la movilización en la izquierda que la gente permaneció tres días acuartelada en las fábricas, en las universidades, en los liceos, en los Centros de Reforma Agraria, en los cordones industriales. Saboreando el poder popular.

Al atardecer y cuando todavía no se apagaban los ecos del combate y mientras aún se apilaban los cuerpos de los caídos, en diversos puntos del país comenzaban manifestaciones de apoyo al gobierno. Las consignas atronaban el espacio: «¡Soldado, amigo, el pueblo está contigo!... ¡A cerrar, a cerrar, el Congreso Nacional!... ¡Avanzar sin transar!... ¡Crear, crear, poder popular!». Esas eran las propuestas.

El Tanquetazo fue un momento clave. En los aprestos para la defensa del gobierno, por primera vez en lugares de concentración —como la CORMU y MADECO— se encontraron socialistas y miembros del MR-2, con lo que se selló una nueva alianza. Esta vez se integró al PS el MR-2, el Movimiento Manuel Rodríguez, una importante escisión del MIR, concurriendo antiguos militantes de la izquierda revolucionaria, entre otros, Rafael Ruiz Moscatelli, Juan Osses Beltrán, Pablo Zepeda, Nicolás Galanake, Leonel Baudet, Américo Sepúlveda. Algunos pasaron a incrementar el Aparato Militar, otros a los regionales y varios engrosaron el GAP, entre ellos Juan Osses, Pablo Zepeda y Pedro Fierro, quienes se integraron a la Escolta B, y Rafael Ruiz Moscatelli, que pasó a cooperar con las tareas de protección de Tomás Moro.

Tras este paso se escondía la vieja lógica de Allende de ir agrupando bajo la dirección del GAP a los grupos paramilitares para evitar la proliferación de fuerzas irregulares, al mismo tiempo que

les brindaba un lugar en la constitución de la fuerza disuasiva de la izquierda para preservar la «vía chilena». A casi tres años de iniciado el gobierno, era un gran logro, cuando irrumpía la teoría del «polo revolucionario», el MR-2 se disolvía y se integraba al PS. Era un paso político trascendente, implicaba que en los núcleos más duros de la izquierda chilena se iba abriendo paso la comprensión de las particularidades de la estrategia allendista y de su vía político-institucional.

Señala Juan Osses: «Yo militaba en una organización de la izquierda revolucionaria, el MR-2, donde con algunos compañeros iniciamos un profundo debate para incorporarnos a la UP. Mi impresión era que la arrogancia de la derecha tenía un fundamento en los mensajes a las Fuerzas Armadas y en que el gobierno comenzaba a ser cercado. Veía cómo se profundizaban las contradicciones a todo nivel y me preocupaba en especial el alto grado de politización de cada declaración militar. Todos nuestros análisis indicaban que se acercaba el momento del desenlace y sospechábamos que no existía un plan de defensa. Debíamos hacer nuestro aporte aun a riesgo de perder la vida. Insisto, fue la actitud de la derecha y la respuesta que estaba teniendo en las Fuerzas Armadas lo que impulsó nuestro debate en orden a comprometernos con el gobierno».

El Tanquetazo repuso el tema de la Comisión de Defensa, porque ese día se lograron contactar con unidades militares y policiales, paralizaron ciudades controlando los principales accesos, repartieron armas, silenciaron radios de oposición, paralizaron las faenas en las fábricas, liceos y universidades, concentraron población en disposición de combate, se constituyeron Centros de Resistencia y lograron, además, mantener comunicación expedita a través de un sistema de enlaces y radios entre la tríada pueblo/dirigencia/gobierno.

El GAP había controlado el perímetro céntrico en cuestión de minutos, apoyado por un gran contingente de voluntarios que coparon las alturas céntricas, coordinados en sus acciones con Investigaciones. Esa disposición de fuerzas contribuyó a la actitud del alto mando que, conducido por el general Carlos Prats, terminó por desbaratar la intentona golpista.

El fracaso del Tanquetazo dio lugar a dos interpretaciones. Para unos, el rol desempeñado por el alto mando de las Fuerzas

Armadas aseguraba la continuidad del proceso con vistas a 1976. El problema ahora era mantener el funcionamiento de los aparatos del Estado, buscar el acuerdo con la oposición y reforzar la existencia de una fuerza disuasiva capaz de operar en situaciones límite. Como contraparte, en amplios sectores de la izquierda, se asentó el principio de la autodefensa y se produjo un fenómeno colectivo que no requirió ni esperó la dirección de los partidos políticos o del gobierno. Los trabajadores percibieron que sus conquistas sociales se encontraban amenazadas por un movimiento contrarrevolucionario, que habían visto organizarse día a día en la sociedad civil y que logró sacar los tanques a la calle. Para estos sectores, la dirección política estaba siendo rebasada porque perdía iniciativa y la respuesta era la autonomía de los movimientos sociales. Incluso, se llegó a exigir la creación de una fuerza militar propia.

No era todo. Los sectores golpistas de las Fuerzas Armadas, al interpretar los sucesos del 29 de junio, concluyeron con que se estaba produciendo un fenómeno de instrucción masiva, que el estado de ánimo de los actores populares era confrontacional y que aparecían líderes con capacidad de mando. De inmediato comenzaron la infiltración con resultados desastrosos para el Aparato Militar del PS. Por ejemplo, a la Unidad de Comunicaciones le captaron la frecuencia de los cristales con los que transmitía, paralizando sus operaciones el día 11 de septiembre. El trabajo de Propaganda e Instrucción (AGP) fue desorganizado porque decenas de suboficiales se ofrecían para hacer instrucción. Y dos cocineros provenientes de la Armada y tres colaboradores fueron los encargados de infiltrar el GAP.

Así, la preparación militar del socialismo quedó trunca. El paso del «guerrillerismo» a la vía político-institucional no sólo fue confuso teórica y políticamente, sino que también inconcluso.

La respuesta inmediata y fulminante de la oposición fue la Ley de Control de Armas. La ley, promulgada el 21 de octubre de 1972, aún no se ocupaba, para evitar mayores tensiones. Su autor, el senador DC Juan de Dios Carmona, logró traspasar a las Fuerzas Armadas «el control de los grupos armados». Pero lo paradójico es que la ley había sido despachada sin los vetos que el Ejecutivo había propuesto. Su impacto sería terrible. *El Mercurio*, dos días después de su promulgación, señaló que «es el primer

gran triunfo obtenido por quienes desean el imperio de la democracia, porque establece las bases para impedir las acciones de fuerza, y hace fe en la independencia de nuestras Fuerzas Armadas, que es su razón de ser».

Los militares esperaron para aplicar esta ley hasta el 2 de julio de 1973, tres días después del Tanquetazo. A partir de entonces, lanzaron una ofensiva en forma de allanamientos dirigidos contra la izquierda y los cordones industriales, en circunstancia que los atentados provenían de la derecha. No obstante la desarticulación del ensayo insurreccional, se inició lo que los sociólogos denominan «punto de no retorno». El cerco asfixiaba. Por lo tanto, era aconsejable que la Unidad Popular resolviera sobre la viabilidad de un cambio de timón, escogiendo entre:

- a) Llamar a plebiscito.
- b) Transar el programa de gobierno.
- c) Quebrar la institucionalidad.
- d) Preparar la defensa del gobierno.

Las dos primeras opciones dependían de la voluntad de la oposición y las otras dos demandaban un esfuerzo teórico y político inexistente.

El 26 de julio de 1973 fue un día importante para los GAP, admiradores de la revolución cubana. Evoca Juan Osses: «Esa noche debíamos asistir con el Doctor, a un acto recordatorio en la embajada cubana. Sin embargo, fue una fecha muy triste, un adelanto de lo que estaba por venir».

En efecto, ese día se dieron cita en la casa de Guillermo Bunter, según la prensa de la época, una veintena de jóvenes ultraderechistas, todos miembros de Patria y Libertad, para ejecutar las acciones que culminaron con el asesinato del edecán naval Arturo Araya. En la oportunidad se distribuyeron explosivos, «miguelitos» y armamento. La intención era crear un clima de terror y desorden organizado en Providencia, para luego atacar contra el alto oficial, iniciándose la acción a las 0:30 horas de la madrugada con disparos indiscriminados contra automóviles y transeúntes en las intersecciones de Providencia y Pedro de Valdivia. Cumplida la primera fase, un grupo de ocho conjurados corrieron por la calle Fidel Oteiza, donde ultimaron al capitán de

navío. Inmediatamente, y en forma coordinada, el atentado fue atribuido a la izquierda.

Continúa Juan Osses: «Lo más innoble de todo, fue el intento de responsabilizar del asesinato a Domingo Blanco, uno de los dirigentes más respetados del GAP. Pero el objetivo central del atentado era otro: impedir el diálogo entre la UP y la DC, pues para la derecha era un factor de perturbación. Como habían anunciado públicamente, no estaban dispuestos a esperar hasta 1976. Por lo tanto, iban a jugar la carta de la inhabilidad de Allende o el Golpe de Estado. Por otra parte, el hecho de sangre contenía un doble mensaje a las Fuerzas Armadas: esa emboscada bien podía interpretarse como el inicio de una escalada de asesinatos para quebrantar la institución o para insinuar que así morían los traidores. Para mí, fue un crimen minuciosamente preparado en sus objetivos políticos, pues aunque fallara igual iba a tener severas repercusiones».

El asesinato de Araya Peters tuvo un objetivo estratégico: paralizar el diálogo y asegurar el mando de José Toribio Merino en la Armada. Además, la maniobra para transformar a la Marina en la fuerza determinante del Golpe de Estado debió sortear un escollo formidable: la actitud de un importante contingente de sargentos, cabos y marineros. El 7 de agosto, una declaración pública de la Armada denunciaba «la gestación de un movimiento subversivo en dos unidades de la escuadra, apoyado por elementos extremistas ajenos a la institución». Algunos días más tarde, Adonis Sepúlveda, subsecretario general del PS, confirmó que cerca de cien marinos, funcionarios de la Escuela de Ingeniería Naval, de la Escuela de Submarinistas, de los buques Almirante Latorre y Blanco Encalada y de los astilleros de ASMAR en Talcahuano, se encontraban arrestados y sujetos a toda suerte de vejámenes. El MIR, por su parte, denunciaba «una gran operación coordinada con grupos de derecha». La oposición inició una escalada que culminó con la petición de desafuero de Carlos Altamirano y Óscar Guillermo Garretón, y la exigencia de detener a Miguel Enríquez, acusados de incitar a la rebelión.

Los propios detenidos, en carta al Presidente de la República, afirmaron que «es falso que los señores Altamirano, Garretón y Enríquez nos dirigieran. Es distinto. Acudimos a distintas personalidades para advertir del Golpe de Estado que preparaba la

oficialidad golpista coludida con otras ramas de las Fuerzas Armadas y partidos políticos de derecha. Los marinos antigolpistas buscamos por todos los medios comunicarle al pueblo y al gobierno de este golpe. Para nosotros, era crucial evitar esta gran masacre contra el pueblo, que estaba ya planificada con fecha, entre el 8 y el 10 de agosto».

Como lo demostraron los acontecimientos posteriores, los marinos antigolpistas tenían plena razón, pero en ese momento se convirtieron en una pieza más en el engranaje de la campaña opositora.

Era fácil perder el rumbo de vista. La tensión incitaba a cometer desatinos. Es el caso del periódico *La Aurora de Chile*, que en sus editoriales llamaba a la creación de un poder popular armado. No era todo. El martes 12 de agosto uno de los equipos especializados del Regional Centro (Grupo Catedral) participó en una violenta refriega, respondiendo fuego con fuego en pleno centro de Santiago. En las inmediaciones del Hotel Carlos V perdió la vida Mario Aguilar, quedando heridos diez militantes de Patria y Libertad, entre ellos Ernesto Miller. Ese hecho de sangre dejó al descubierto una importante operación del grupo subversivo, el cual había iniciado el reingreso clandestino de fuerza paramilitar, el desplazamiento desde las zonas agrícolas hacia las principales ciudades y la constitución del grupo Húsares de la Muerte, integrado por dos batallones armados dirigidos por una plana mayor que había logrado internar 800 fusiles Máuser con 45 mil proyectiles; 22 ametralladoras pesadas con 600 mil tiros; diez fusiles FAL con 20 mil proyectiles, morteros, granadas y 50 mil balas 9 mm.

La acción del Grupo Catedral, compuesto por militantes escindidos del Aparato Militar y del GAP, es solo explicable en un contexto de alta radicalización y emocionalidad política. Pero aquella emoción, que nubla la razón y la reflexión, desbarató una larga investigación de los grupos de Inteligencia del GAP para descifrar los puntos de entrenamiento de la contrarrevolución, sus financiamientos y el tipo de armamentos que estaban acumulando. En esas operaciones se habían detectado conversaciones entre altos oficiales con políticos. Se llegó, incluso, a determinar que el reingreso clandestino de Roberto Thieme, el jefe militar de Patria y Libertad, era un hecho inminente. Se trataba, entonces, de capturar al líder del frente, requisar las armas, sacar a la luz los apoyos

civiles y militares y ponerlos a disposición de los tribunales de justicia dando un duro golpe a la estrategia del Golpe de Estado.

Era imprescindible aislar a los sectores militares golpistas, pues estos no sólo conspiraban preparando el ambiente, sino que además operaban junto a fuerzas paramilitares de derecha. Los encargados de inteligencia habían detectado que Patria y Libertad recibía instrucción de tiro en los cerros de Peñalolén y que en los hangares de la FACH se reunían senadores de la DC con altos oficiales, de manera que Carlos Lazo, Erich Schnake y Arnoldo Camú concentraron los esfuerzos logrando un buen caudal de información... ¡que no era aprovechada!

La madeja iba desenrollándose. Mientras Allende intentaba contener la destrucción del sistema político y de mantener fuerza militar leal al lado del gobierno, comenzaba a operar el Poder Judicial. El 1 de junio, el Séptimo Juzgado del Crimen mandaba un oficio al Presidente de la Corte Suprema, representando el incumplimiento por parte de las autoridades del gobierno a las acciones judiciales emanadas por el tribunal. El 25 de junio salía otro oficio, esta vez del titular de la Suprema al Presidente de la República. Dicho escrito hacía ver «el incumplimiento de las resoluciones judiciales», con lo cual tácitamente se indicaba que el gobierno estaría operando fuera de la ley. La maniobra declaraba fuera de la ley al gobierno y mantenía la más plena formalidad. Fue el preludio para el acuerdo que días más tarde adoptaría la Cámara de Diputados, pues de nada valieron las cartas del Presidente rechazando los términos de los oficios judiciales.

En términos objetivos y reales, la Unidad Popular perdió la iniciativa política. Las clases dominantes pasaron a tomar la conducción del conflicto: paros sectoriales, los grandes distribuidores recurrieron al mercado negro, los pequeños comerciantes al boicot, las casas comerciales entornaron sus puertas, la inflación alcanzaba el 99% y el desabastecimiento cundía por doquier. El país lentamente fue paralizado, el transporte público y privado dejó de funcionar, los médicos negaban sus servicios, los grupos operativos cortaban las líneas férreas, volaban gasoductos e incendiaban intendencias, acciones ante las cuales el gobierno sólo podía reaccionar con acusaciones ante un Poder Judicial que había ligado su suerte a la de la oposición.

Mientras tanto, los militares con la aplicación de la Ley de Control de Armas, causaban estragos con la confusión y el miedo y preparaban psicológicamente al personal para el enfrentamiento. De esto da cuenta el quincenario de izquierda *Chile Hoy*, en agosto de 1973.

«Magallanes:

Operación vejamen.

Fecha: 4 de agosto.

Ciudad: Punta Arenas.

Objetivo: Allanar ocho industrias en busca de armas.

Saldo: Dos muertos, como consecuencia de las heridas causadas por las ráfagas de una ametralladora y los golpes con bayoneta. No se encontraron armas.

La operación se realizó entre las 7 y las 13.30 horas. 12 tanques, numerosos blindados y poderoso armamento consistente en cañones de diversos calibres, además de ametralladoras montadas en un jeep y un Land Rover, conformaron el despliegue militar «asesorado» desde un bimotor de la FACH por el Comandante en Jefe de la Quinta División del Ejército, General Manuel Torres de la Cruz.

Las industrias allanadas fueron: Gildemeister, Taller de Reparaciones y Mantenimiento de Maquinarias Agrícolas, Frigorífico Matedero Socoagro, Empresa Magallánica de Construcciones Emcor, Clavero de Cueros de la Corporación de Magallanes, Construcción de Barrios Industriales, Lanera Austral y Fábrica de Ladrillos de la Corporación de Magallanes.

Hasta la empresa estatizada Lanera Austral llegaron los efectivos de la FACH. A golpes y empujones desalojaron a los obreros que en esos momentos completaban el tercer turno. Dispararon ráfagas de ametralladora y cargas de bayoneta. Hirieron de muerte al joven operario textil Manuel González Bustamante y al obrero Guillermo Calixto. Los trabajadores no ofrecieron resistencia.

Esta violencia se usó en todos los allanamientos. Los obreros eran arrancados de las duchas, arrojados a la vía pública y obligados a permanecer a la intemperie largas horas, con temperaturas bajo cero. Las mujeres sufrieron desmayos, pero se impidió prestarles ayuda.

La violencia fue la tónica de cada allanamiento. En ninguno de ellos hubo resistencia. Las puertas fueron arrancadas a puntapiés y culatazos. Los candados fueron descerrajados, y la documentación,

máquinas y otros útiles quedaron desparramados y destruidos en el suelo de las oficinas. En Lanera Austral los pañoles de mantenimiento eléctrico y mecánico fueron prácticamente arrasados por los efectivos de la FACH.

El cálculo preliminar de los daños indica que estos ascienden a los quince millones de escudos. Las maquinarias utilizan repuestos importados, y el reemplazo de estos y la normalización parcial de la fábrica requerirá de un plazo no inferior de los seis u ocho meses».

La República asistía a un drama wagneriano. La simple militancia no podía entender cómo la dirección política de la UP asistía estupefacta a su desmoronamiento. Solo el gobierno intentaba reaccionar llamando nuevamente al diálogo UP/DC, esta vez por la voluntad del cardenal Raúl Silva Henríquez. Sin embargo, las exigencias puestas por Patricio Aylwin, presidente de la DC, abortaron la iniciativa. A ello se agregó una crisis de legitimidad en el alto mando del Ejército que culminó con la renuncia del comandante en jefe, Carlos Prats, crisis agravada ese mismo día —23 de agosto— con la declaración de la Cámara de Diputados que legitimó cualquier salida extraconstitucional al declarar quebrantado el Estado de Derecho, acusación a la que se sumaron más tarde los almirantes y generales en retiro.

Desde la otra acera, la exasperación cundía en sectores que apoyaban al gobierno. Incluso, en una asamblea del Cordón Industrial Cerrillos, el 7 de agosto, los trabajadores planteaban su marginación tanto de la CUT como del gobierno, para poder organizar nuevas formas de apoyo al proceso.

La exasperación también cundía entre los integrantes del GAP. Vivían esperando el desenlace, sabían que la izquierda no tenía fuerza para contener un Golpe de Estado y trasladaban su desesperación al partido, al que acusaban de haber burocratizado el proceso, de llevarlo por vías irrealizables (la toma del poder) y de aislar a Allende. Los mismos integrantes del GAP estaban en la indefensión, no podían portar armas por efectos de la Ley de Control de Armas. A cualquier hora, en cualquier lugar, se detenía a automóviles, buses y taxis para ser revisados.

¿Qué faltaba? Nada. Solo la hora y el día para el Golpe de Estado.

Limpio el cañón de mi fusil

El último telón en descorrerse fue el del miedo. Miedo para cohesionar a la oposición civil y para desatar la conspiración en las Fuerzas Armadas. Miedo que tenía un gran objetivo: desalojar para siempre a la izquierda del sistema político.

El miedo es cosa vieja en la historia: paraliza, pues inmoviliza; colapsa toda acción social, incomunica, nubla la razón y prepara para el aniquilamiento, de manera que, bien utilizado, es un arma formidable en la lucha política.

El miedo se abatió sobre un importante sector de la sociedad que tenía un espacio común de temor al socialismo: la red de alianzas políticas (CODE), sociales (gremialismo), conspirativas (Patria y Libertad), institucionales (Corte Suprema), fácticas (empresarios), internacionales (EE.UU.) y operativas (Fuerzas Armadas). En un marco en que los militares temían la eventualidad de la guerra civil o la transferencia del poder, la propaganda opositora creó un punto de encuentro entre el miedo de los militares y sus propios temores.

Del otro lado, el propio mensaje cultural de la izquierda contribuyó, sin proponérselo, al éxito de la empresa opositora, pues acrecentó la incertidumbre y la transformó en miedo con la entonación, cual himno militar, del *Venceremos* o bien, con la proliferación de canciones con textos alusivos a las armas, la revancha social o la revolución. Recordemos frases tales como: *¡Limpio el cañón de mi fusil!* (Víctor Jara), *¡Que la tortilla se vuelva!* (Quilapayún) o *¡No nos Moverán!* (Tiempo Nuevo). Expresiones artísticas que no guardaban sincronía con el tipo de vía por la cual se tran-

sitaba, sino más bien con los aires del ideal heroico que habían forjado los movimientos de liberación en Asia, África y Medio Oriente o con el impacto de la revolución cubana y la lucha de guerrillas que había inundado el continente. Es indudable que el «canto nuevo» creó identidad e incentivó la movilización, pero al mismo tiempo asustó y ahuyentó a potenciales aliados.

La inminencia del socialismo forjó un sentimiento primario de terror en la oposición. El país se dividió en dos polos antagónicos. Desde el inicio del experimento de la UP, la derecha hizo rondar el fantasma del enfrentamiento y supo generar una sensación de zozobra, de legalidad sobrepasada, de anarquía. Marco propicio para el llamado a las Fuerzas Armadas, pero también para la activación de los seculares fantasmas antisocialistas que impregnaban el inconsciente colectivo opositor. Cundió el miedo al cambio y en el centro estuvo la imagen del GAP, que fue trabajada comunicacionalmente para convertirla en una fuerza transgresora que amenazaba a toda la sociedad.

Los medios de comunicación, en forma coordinada, elaboraron un grupo específico de temas con el objeto de crear una imagen de un Chile dominado por mensajes primarios, donde un sector estaba empeñado en la destrucción de la nación y otros en su defensa.

El primer paso fue la defensa del latifundio a partir de la descalificación de la reforma agraria, opción comprensible si se toma en cuenta que esta área de la economía había sido golpeada por dos proyectos sucesivos de reforma agraria: la «reforma de los macederos» de Jorge Alessandri y la de la «revolución en libertad» de Eduardo Frei Montalva.

El 21 de enero de 1971, la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA) denunciaba, a través de *El Mercurio*, la toma de 50 predios en Cautín, cifra que, de acuerdo a la misma fuente, había ascendido a 250 en 24 horas, a lo que se agregó la denuncia de la toma de seis predios en María Pinto, donde el MIR habría constituido la Primera Comuna Liberada. Tres días más tarde, según el mismo periódico, grupos armados en Valdivia, Osorno y Llanquihue se habrían tomado otros 30 fundos. La propaganda opositora presentó una imagen apocalíptica de los campos chilenos en que el despojo y el arbitrio eran acompañados de destrucción, incendios y campos arrasados.

Pero la realidad fue otra. La cuenta Enrique Ramos, un joven campesino que en 1966, huyendo de la pobreza, emigró a la ciudad y que terminó convertido en poblador del campamento Violeta Parra, desde donde fue reclutado para el GAP.

«En enero de 1971, el Presidente me mandó llamar para enviarme a Temuco con el ministro de Agricultura, Jacques Chonchol, lo que al principio me inquietó, pues por lo que había leído creía que la cosa podía ser muy dura. Llegando a Temuco me instalé en el Hotel Continental. Desde ahí lo pasaba a buscar en las mañanas a la casa donde alojaba. Luego salíamos a notificar las expropiaciones. El ministro iba en persona y leía un protocolo en que enrostraba a los latifundistas el estado de abandono de los predios y el trato indigno dado a los trabajadores. Pero no pasaba de eso. La verdad es que por aquellos días el clima de guerra se encontraba sólo en los diarios, los patrones estaban más interesados en negociar en las mejores condiciones posibles. Sólo un par de meses más tarde la cosa se puso brava. Todo cambió y ahora los agricultores provocaban, cerraban los caminos, mataban los animales y daban inicio a largos procesos judiciales para entorpecer la reforma agraria. Pero lo más delicado era que comenzaban a armarse «guardias blancas». El caso es que la derecha fabricó un conflicto».

El 5 de febrero de 1971, la noticia se concentró en los sucesos de la Hacienda Nilahue (Pumanque), donde un agricultor falleció de un infarto tras la notificación de expropiación, inaugurándose la estrategia que acercaba las imágenes del despojo y de la muerte. Luego, la Federación de Sindicatos de Empleadores Agrícolas de Linares Carlos Ibáñez del Campo, denunciaba el secuestro de 25 personas por parte de 100 guerrilleros en el sector Vega de las Casas. A continuación, el 10 de febrero, se denunciaba la ocupación ilegal de 28 fundos en Chépica, 50 en Valdivia, otros tantos en Cautín y la actuación de grupos armados en Panguipulli.

La ofensiva opositora causaba estragos, había sido devastadora, al extremo que el gobierno debió crear la llamada Operación Verdad con el fin de restablecer su credibilidad. El ministro de Agricultura aclaró que las ocupaciones ilegales que afectaban las provincias de Bío-Bío, Malleco, Cautín, Valdivia, Osorno y Llanquihue no excedían el 0,2% del total de los predios. Pero la ofensiva continuó, resaltando la prensa opositora la toma del fundo

Los Álamos en San Carlos y, como si fuera poco, el 23 de febrero se afirmaba que el fundo Huinquene de Los Ángeles había sido tomado por un grupo de activistas que portaban pancartas alusivas al Che Guevara.

La oposición, en 1971, aún no lograba articular una respuesta estratégica ante la UP, pero ya había asumido una cerrada defensa de la propiedad y la descalificación global del gobierno; de manera que, desde muy temprano, rondó la idea de la confrontación, de ir creando una atmósfera de lucha sin cuartel y para lograrlo controlaban los medios de comunicación: 115 radios (de un total de 155), cuatro diarios de circulación nacional (de un total de seis), 50 diarios de provincia (de 61) y un canal de TV.

El otro factor del miedo fue el tema de la presencia guerrillera en Chile, con lo que lograron un mensaje de rechazo frente a un factor considerado desquiciante y tenebroso en su empeño por la toma del poder. Este no era un discurso nuevo. Frases como las de la revista *Flash*, ya en septiembre de 1965, dan una idea del tratamiento al tema: «Feroces guerrilleros peruanos han asolado las regiones andinas del país, incendiando, destruyendo y saqueando haciendas y poblados». En honor a la verdad, el tema fue incorporado antes que Allende asumiera la Presidencia, por el entonces timonel del Senado, el DC Tomás Pablo, quien a pocas horas del triunfo de la UP denunció que habían arribado a Chile, 40 instructores húngaros especializados en guerra de guerrillas. Una falacia fácil de desmontar, pero reafirmada involuntariamente por la simbología que impregnaba a la izquierda de la época que, en el paroxismo de adoración al padre-guerrillero, condujo a los socialistas de San Miguel a inaugurar una estatua al Che.

El tema terminó convirtiéndose en uno de los principales argumentos del Golpe de Estado. De nuevo el punto de partida lo puso la propia izquierda cuando, el 2 de diciembre de 1970, en Concepción, en medio de un confuso incidente entre militantes de las Juventudes Comunistas y del MIR, murió baleado el estudiante mirista Arnoldo Ríos. Ese hecho tomó ribetes de escándalo cuando las direcciones de ambos partidos determinaron dar un tratamiento «revolucionario» al problema, saltándose la acción de la legalidad. Fue el punto de partida, porque la muerte del joven estudiante se conectó con el Decreto N° 2.071, el indulto presidencial con que

Allende amnistió a 43 militantes de izquierda repartidos por el PS, la VOP, el MIR y el MR-2, acusados de subversión y formación de escuela de guerrillas.

Unas semanas más tarde, el 14 de enero de 1971, el juego de imágenes se profundizó con la noticia del asilo dado a 17 sobrevivientes de la guerrilla boliviana, entre ellos Osvaldo *Chato* Peredo, grupo al que se sumó la presencia de 70 guerrilleros brasileños, nueve tupamaros y 12 mexicanos, expulsados por los disturbios estudiantiles de 1968. Un hecho de enorme importancia, porque aquí se encuentra la base de uno de los fundamentos del Golpe de Estado, puesto que el gobierno militar llegó a asegurar que en Chile había 15 mil guerrilleros extranjeros preparándose para la toma del poder, en circunstancias de que el último grupo que llegó al país fueron diez guerrilleros argentinos, que en agosto de 1972 se evadieron del Penal Rawson.

También se ejerció la manipulación en los temas relacionados con la internación de armamento, explosivos y la supuesta proliferación de grupos armados. Un caso fue el episodio de los «bultos cubanos», iniciado el 11 de marzo de 1973, cuando una torpeza funcionaria dio un aire misterioso a la internación de 30 cajas provenientes de Cuba que pasaron por la Aduana sin dejar registro de su contenido. Ello dio pábulo durante meses para sembrar la duda, hasta que el 1 de septiembre de 1973 la oposición logró hacer creíble la sospecha, al relacionarla con el hallazgo de una fábrica de granadas cerca de Nehuentúe (Temuco).

Así, la sospecha (bultos cubanos) y la evidencia (Nehuentúe) coincidieron con la idea de la preparación para la ofensiva frontal, hecho acrecentado por un nuevo desaguisado de actores izquierdistas cuando se descubrió el episodio de las «tanquetas del pueblo», el intento de transformar 24 carros grúas en unidades operativas motomecanizadas en la estatizada industria MADEMSA. Un evidente desatino (técnico incluso), que fue profusamente utilizado por la propaganda opositora.

La misma manipulación atribuía al socialismo el doble afán de controlar la mente y reducir al enemigo por el control de los productos de primera necesidad. Enfoques presentados bajo el rótulo de «lavado de cerebro» y «racionamiento». Esos roles los jugaron las propuestas gubernamentales relacionadas con la Escuela Na-

cional Unificada (ENU) y las Juntas de Abastecimientos y Precios (JAP). Cuando, el 30 de enero de 1973, el ministro de Educación anunció la implantación de la ENU, fue descalificada como un intento de concientización ideológica de carácter marxista-leninista. Acto seguido los estudiantes de colegios particulares tomaron la calle, el arzobispo-obispo de Valparaíso declaró que la Iglesia no aceptaba ese tipo de imposición, la DC habló de violación al Estatuto de Garantías Constitucionales y la oficialidad de Santiago, reunida con el ministro del ramo para analizar el proyecto, terminó impugnándolo. La ENU se transformó en un «boomerang» para el gobierno y solo consiguió aunar voluntades adversas.

Las JAP debutaron en un contexto de especulación, mercado negro e inflación, y eran una iniciativa gubernamental para amirorar el efecto del desabastecimiento. No era una experiencia inédita, pero en la coyuntura crítica su papel fue distorsionado, asignándosele torvos propósitos que cercenaban la libertad de comercio, introducían el sectarismo, la politización y la corrupción.

Cuenta Osvaldo Arteaga: «La falta de alimentos nos afectó a todos. En el GAP no comíamos mal, pero tampoco nos dábamos banquetes. Diría que la comida era frugal y en horarios específicos. El trago estaba prohibido. De manera que, cuando salía libre, me iba derecho a la casa para darme una buena «panzada». Pero eso no me duró mucho, porque desde el 72, llegando a la casa, la «vieja» me mandaba a hacer la cola de la JAP de la población, y allí, como cualquier otro hijo de vecino, perdía horas enteras esperando el pan, los pollos o la carne. La verdad es que la cosa fue dura. La gente tenía dos maneras de reaccionar, los que protestaban contra el gobierno y aprovechaban la cola para hacer contrapropaganda gritando: «¡No hay carne, huevón!... ¡No hay papas, huevón!... ¡Qué chucha es lo que pasa, huevón!...», «¡El gobierno va a caer... va a caer... va a caer!»... Y también estaban los que se daban cuenta de que las penurias eran producto del mercado negro y el acaparamiento. Esos cantaban *La Batea*, gritaban contra los «momios» y todos terminaban discutiendo. En el invierno hacíamos fogatas para calentarnos y no faltaba por allí la botella de pisco, los cigarrillos y algo que estamos perdiendo los chilenos: el contar cuentos, echar a volar la imaginación con aparecidos y tesoros escondidos. A veces me daban ganas de contar que era del

GAP, pues estaba seguro que sería el primero en ser atendido, pero estaba «compartimentado», nadie debía conocer mi actividad. Me daba rabia, pues tenía tres hijos y debía llevarles comida».

El entrelazamiento de las imágenes presentaba el asesinato político como parte de la estrategia que conducía a la izquierda al poder, logrando que la opinión pública olvidase que el general René Schneider había sido asesinado por un comando derechista con apoyo militar. Esto se inició cuando la derecha transformó la muerte del hacendado Rolando Matus, en Pucón (abril, 1971), en un caso emblemático a partir del cual toda muerte con alguna leve connotación política se atribuía a la izquierda. Por eso, el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic (8/06/1972), por la VOP, terminó siendo atribuido al conjunto de la izquierda y utilizado para evitar la confluencia UP/DC. Los muertos, por agitación política, como el edecán presidencial, comandante Arturo Araya, aunque perpetrados por la derecha, lograron generar la duda. A estas alturas, el mensaje iba dirigido a los militares. Por eso el asesinato del subteniente del Ejército Héctor Lacamprette, que fue asesinado en la calle para quitarle el arma, se convirtió en el detonante que transformó el proceso de politización de las Fuerzas Armadas en irrupción política, pues en respuesta redoblaron la vigilancia y los allanamientos, avalados por la Ley de Control de Armas.

Se unieron en un solo y terrorífico haz, la imagen de campos arrasados con violentos guerrilleros, temores seculares, poder y cambio. Tinglado cruzado por una pieza maestra: la imaginiería creada sobre el GAP. Aspecto en que jugó un papel determinante el periódico *Tribuna* del Partido Nacional, que a partir del 22 de mayo de 1971, incorporó la imagen del GAP a su sistemática campaña rupturista.

Y eso no ocurrió un día cualquiera, al azar. El 21 de mayo de ese año el Presidente daba cuenta de su gestión anual ante el Congreso. Acto significativo, porque en la ocasión presentó su histórico discurso donde daba cuenta de la «segunda vía al socialismo», es decir la posibilidad de un tránsito del capitalismo al socialismo en democracia y libertad. Era un hecho sin precedentes. Sin embargo, lo que consignó el periódico derechista fue lo siguiente: «Cuando Allende regresó a La Moneda desde el Congreso, el con-

trol de la primera fila lo ejercieron sus GAP, todos armados hasta los dientes». Para luego, en el paroxismo de la falacia, escribir que «los carabineros estaban desarmados». Fue el inicio de la campaña contra el GAP. Estos fueron algunos de sus títulos:

- Asaltante indultado es el jefe del GAP*
- La DC dispara sobre el GAP*
- Allende indultó a uno de los asesinos*
- Auto del GAP chocó a una joven*
- Se muere joven agredido por los pistoleros del GAP*
- GAP Fidelistas causaron gravísimo accidente*
- Rodeado de «gorilas» armados y de los autos del GAP, Allende y Fidel viajan en auto descubierto*
- Acto matonesco del GAP en el matrimonio de Ruth Vuscovic y Alberto Corvalán*
- Barco cubano se creyó auto del GAP y chocó a buque chileno*
- Tres GAP matan a balazos a un pasajero de liebre*
- GAP de Allende asesinó a militante democrático*
- La Cueva de Alí Baba (Tomás Moro)*
- Como felpudo sacudieron a rufianes del GAP*
- Que venga Allende, pero sin los GAP*

Tribuna dio un doble tratamiento a la imagen del GAP a través de la distorsión y la relación con hechos luctuosos. Sucesivos titulares buscaron crear la imagen de un grupo constituido por asaltantes, delincuentes y asesinos, razón supuesta del origen de la violencia y del matonaje que se les atribuía.

La imagen del GAP coincidió con temas que inducían al miedo colectivo: el despojo, el asesinato, la conducta irresponsable, la agresión física, la cercanía al modelo cubano, la preparación guerrillera y la tenencia de arsenales. Imágenes que prepararon los espíritus para el holocausto y que pueden resumirse en una estremecedora frase dirigida a Salvador Allende: «Todo Chile aporta su grano de aserrín para el pijama de madera».

Fue un discurso que pacientemente indujo al miedo para profundizar la polarización.

Después del paro de octubre de 1972, la zozobra estaba creada en parte de la sociedad civil y apareció en las Fuerzas Armadas el temor a un poder paramilitar paralelo, tema en el que la propia

izquierda nuevamente puso los ingredientes. El 11 de enero de 1973, *La Aurora de Chile*, en relación al diferendo entre el Ejecutivo y el Legislativo, llamaba «¡A echarlos del Congreso!».

El 28 de febrero, *El Mercurio* publicaba un «Informe Confidencial» de la Comisión Política del MAPU, en el que se recomendaba «ir favoreciendo la progresiva radicalización de las Fuerzas Armadas, ganándolas al máximo para la izquierda».

En abril, el MIR publicaba el texto «La insurrección armada» y el 6 de julio llamaba a la «democratización» de las instituciones castrenses.

Para no ser menos, el 26 de julio, el PS invitaba a los uniformados a «integrarse a la tarea revolucionaria» y, como si fuera poco, el propio Allende, con ocasión del alzamiento del Blindados N° 2, dejaba escapar una frase que, sacada de contexto, dio pie para la campaña opositora. El Presidente señaló: «Si llega la hora, armas tendrá el pueblo».

Así, el 19 de agosto, en medio de un espiral de contrapuntos, el MAPU, en su órgano *De Frente*, sacando lecciones de la detención de un miembro de su Comisión Política (por la ley de armas), indicaba: «Esto es el preludio de intentos represivos aún mayores hacia el pueblo y la clase obrera. Es parte del combate. Y como tal, no se zanjará hasta la conquista total del poder».

Aún faltaba la más exquisita muestra de infantilismo, brindada una semana antes del golpe militar por *La Aurora de Chile*, cuando pidió la renuncia de Salvador Allende...

Fue un entrelazamiento de las imágenes hacia el miedo que, más allá de las ideologías, se sustentó en lugares comunes:

a) La defensa de la propiedad privada, amenazada (objetivamente) por la política de expropiaciones, estatizaciones y nacionalizaciones.

b) La prevalencia de un discurso de orden sustentado en el derecho natural, según el cual la existencia de una concepción jerárquica de lo social impide el caos y la anarquía.

c) La defensa de las creencias religiosas oponiéndolas a la «herejía» marxista.

d) La defensa (borrosa) de la democracia (sin definición) calificada como la única forma de gobierno posible.

En suma, los publicistas opositores descubrieron una matriz común a diversas clases y capas sociales: el conservadurismo, entendido no como doctrina, sino como una actitud refractaria al cambio. Así, el entrelazamiento de las imágenes facilitó la comunicación entre la oposición y las Fuerzas Armadas, trasladando la deliberación desde las instituciones del Estado a los estados mayores militares.

Resumiendo, en el derrumbe de la Unidad Popular jugaron un importante papel la lucha ideológica ideada por la oposición, los desatinos políticos de la alianza de gobierno y la acción de los militares, que se facilitó por los errores de la izquierda, entre ellos la falta de una política comunicacional respecto al GAP.

Así surgió un mito político. Como sugiere Juan Osses: «El mito GAP se fundamenta en dos tiempos históricos, el primero pertenece a la derecha que le dio vida, el segundo al combate de septiembre que lo hizo perdurable. El mito forjado sobre el GAP apeló a la emoción de masas y fue la respuesta para la destrucción del otro. Dicho de distinto modo, la oposición estructuró un mensaje para promover el aniquilamiento, radicando allí la explicación de la posterior secuela de muertes, heridos, desaparecidos y, lo que es peor, la participación de miles de ciudadanos que en otras circunstancias no habrían permanecido pasivos o al menos hubiesen tenido actitudes de conmiseración. Los dirigentes de la CODE prepararon conscientemente la embestida contra la izquierda. Sabían lo que hacían. Nadie puede, por lo tanto, proclamar inocencia con lo que vino, no eran ingenuos. Así se explican la delación masiva, la violencia de los jóvenes reclutas, la frialdad de los uniformados y la aprobación de las fuerzas políticas colaboradoras. El holocausto fue preparado y la primera víctima de la gran hoguera social, tras la muerte del Presidente, fue el GAP».

La derecha, a través de sus medios de comunicación, hizo miles de referencias a temas ligados a los grupos armados, a las armas, a la presencia guerrillera, ocupando un destacado lugar el tema del GAP.

Recuerda Miguel Fuentes: «Para nosotros no pasó inadvertida esta estrategia, aunque al principio no fuimos ni molestados ni hostilizados. Pero cuando pasó el primer estupor y la UP empezó a aplicar el Programa de Gobierno, vino la respuesta. Comenzamos a aparecer todos los días en algún medio de comunicación.

Para los diarios *Tribuna*, *El Mercurio* y *La Prensa*; las radios Agricultura y Portales, y para Canal 13 de televisión, éramos un número fijo. Incluso, inventaban noticias. Esto logró infundir miedo en la oposición y en los militares. Los medios crearon un clima primero de miedo, después de odio y al final de ira aniquiladora».

Visto de otra forma, la campaña creada en torno al GAP era sólo una parte de la estrategia orientada a terminar con el gobierno (primero) y liquidar a la izquierda (después).

La estrategia de la oposición dio óptimos resultados en las Fuerzas Armadas: la respuesta sería demoledora.

«¡Mano dura, Presidente!»

Hagamos un poco de historia.

El 2 de mayo de 1969 estalló un severo conflicto por la situación de postración en que se encontraban los uniformados.

El 19 de septiembre, el Regimiento Yungay, de guarnición en San Felipe, retrasó deliberadamente su concurrencia al desfile del Día del Ejército y en el intertanto renunciaba a su cargo el nuevo jefe del Estado Mayor, el general Juan Forch.

El 21 de octubre de 1969 vendría el Tacnazo promovido por el general Roberto Viaux, intento sedicioso que marcó la primera fisura del sistema democrático chileno en cerca de cuatro décadas.

Recuerda Manuel Cortés: «Aunque este tipo de análisis no era el que primaba entre nosotros, tengo claro el entusiasmo que despertó en connotados miembros del PS y en particular en algunos miembros del Comité Central el Tacnazo, en María Elena Carrera, en Erich Schnake, en muchos. Incluso, estructuras clandestinas miristas y socialistas afirmaron que se le estaba asestando un duro golpe al Estado burgués. Desde allí partimos mal, porque lo que refleja esta actitud no fue un análisis sobre los militares, sino el viejo rechazo de la izquierda a ese sector. En el fondo entendíamos que se le estaba dando un golpe al aparato represivo del Estado, por lo tanto contaba con nuestro apoyo, pero no nos percatamos que lo que estaba emergiendo era un nuevo actor político».

El Tacnazo no fue un conflicto menor. Puso en discusión la desatención con que durante décadas los gobiernos trataron a las Fuerzas Armadas. Pero hubo más: durante los meses previos al acuartelamiento, según dice el general Carlos Prats en sus *Memorias*,

«oscuros personajes civiles y uniformados se prepararon para mover las piezas en el tablero de ajedrez, usando a Viaux de peón de partida». Eso reflejaba el pensamiento de la derecha preocupada por la crisis del modelo económico, la movilización y participación impulsada por la DC y la emergencia de la izquierda.

Jorge Prats Echaurren, político respetado en la derecha e ícono del pensamiento nacionalista, señalaba en su artículo «Pensamiento nacionalista»: «Es tiempo de que nos demos cuenta de que la organización democrática de que tanto nos vanagloriamos amenaza transformarse en la mortaja de nuestra nacionalidad. Hay que arrancar la ideología del siglo XIX de los Derechos del Hombre, de la soberanía del pueblo, del sufragio universal y del progreso indefinido».

Tratadistas como Pedro Ortiz Muñoz sostenían, desde hacía largo tiempo, que «las Fuerzas Armadas de la nación son algo más que simples institutos de instrucción para la guerra; son nada menos que una parte integrante del derecho y la base de sustentación del régimen democrático».

Comenzaba a coincidir el proceso de politización con viejas propuestas que asignaban a las Fuerzas Armadas un rol determinante en la vida nacional, sólo que venían con un nuevo componente: la Doctrina de la Seguridad Nacional. Pronto los chilenos experimentarían las consecuencias. La acción de Viaux Marambio fue el punto de partida del proceso de politización. Al enviar directamente una carta al Presidente Eduardo Frei Montalva dando cuenta de la situación por la que atravesaban las Fuerzas Armadas, quebrantó la unidad de mando: alineó a la I División de Ejército (Antofagasta) y dividió la II División (Guarnición de Santiago) por la influencia ejercida sobre el Batallón de Blindados N° 2, la Escuela de Suboficiales, el Batallón de Intendencia N° 2, la Academia de Guerra y el Instituto Politécnico.

Las derivaciones políticas no se hicieron esperar. Como consecuencia directa de la crisis, renunciaron el ministro de Defensa, el general (r) Tulio Marambio, y el comandante en jefe del Ejército, el general Sergio Castillo. Acto seguido, producto del nombramiento del nuevo comandante en jefe, el general René Schneider, debieron acogerse a retiro las seis primeras antigüedades, los generales de división Valdés, Sagredo, Cheyre, Carvajal, Mahn y Rodríguez. Toda

una crisis. Aparentemente solucionada. Con el correr del tiempo, se irían produciendo las repercusiones de mediano y largo plazo, hechos importantes porque el gobierno de la Unidad Popular comenzaría su gestión con Fuerzas Armadas que iniciaban su participación en el sistema político después de cuatro décadas.

Afirma Bruno Serrano: «Aquí reside un aspecto que explica la derrota de la Unidad Popular: la falta de conocimientos sobre las Fuerzas Armadas, de cómo pensaban, de cómo actuaban, de cuál era su ideario político. La dirección de la UP se encandiló con la Doctrina Schneider, sin ver más allá. No estoy hablando de conocimientos académicos, sino operativos, para entender cómo se moverían en la coyuntura. El debate al interior de las Fuerzas Armadas era conocido. La prensa entregaba periódica información sobre el tema, sólo que no sabíamos interpretarla. Hoy a ningún analista le pasaría inadvertida la importancia de la renuncia de un comandante en jefe o la reafirmación de la prescindencia política que realizó el general Schneider. ~~Se quedaron con lo que les convenía, presentando a las Fuerzas Armadas al margen del conflicto político, en circunstancias que rápidamente se constituían en actores de la sociedad política, en la fuerza coercitiva y en la reserva en última instancia del sistema, como lo demostró el Golpe de Estado.~~

El Programa de la UP contempló a las FF.AA. como parte de la modernización de la nación, pero no hubo ningún diseño que estudiara su pensamiento y acción política. El análisis pasó por alto que el sistema político contenía un germen de destrucción en el autoritarismo presente en la derecha, en el ultranacionalismo y en sectores de la DC provenientes del antiguo agrario-laborismo (Andrés Zaldívar, Luis Pareto), por lo que el discurso de la prescindencia política de las Fuerzas Armadas era solo formal.

Fue un análisis estático influido tanto por el marxismo estructuralista dominante como por la ortodoxia. En otras palabras, la política militar de la Unidad Popular descansó en los supuestos coyunturales propios de fines de 1969 y principios de 1970, y no consideró el plano donde se realizaba la política y su desplazamiento hacia las Fuerzas Armadas.

~~El desconocimiento de la racionalidad ideológica,~~ la sempiterna postura antimilitarista de la izquierda, la sobrevalorización del profesionalismo y el constitucionalismo formal, condujo a la falta

de una política sobre lo militar y despejó el camino a la política militar entendida como enfrentamiento. ¿Hasta dónde estos errores fueron producto de una falta de definición de lo que se entendía como vía político-institucional? ¿Hasta dónde el posterior drama de Chile es producto de problemas teóricos no resueltos?

El gobierno de la UP no fue capaz de plantear cambios tácticos para enfrentar la polarización, como la potenciación del diálogo, el cambio de los altos mandos o la creación de una fuerza disuasiva para defender el proceso aliándose con sectores constitucionalistas que, según Carlos Prats, rondaban el 80% en 1970. Ese error permitió el crecimiento acelerado del sector golpista.

La grave opacidad con que la Unidad Popular enfrentó a las FF.AA. la llevó a integrar al poder militar, sin prever la posibilidad de la deliberación, la crisis y la metamorfosis de un poder fáctico.

El período que va desde el Congreso Pleno (22/10/1970) hasta el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic (8/7/1971), fue de marcha blanca para la Unidad Popular y un verdadero «idilio» en su relación con las Fuerzas Armadas.

Un hecho tan funesto como el asesinato de Schneider paralizó los arrestos, tanto de la derecha como del freísmo en la DC, y aún más, consolidó la Doctrina Schneider y la prescindencia de la política. Allende designó a los nuevos comandantes en jefe según su antigüedad, evitando cualquier agravio corporativo.

En otros términos, el proceso de politización en las Fuerzas Armadas fue agudizándose en la medida en que el clima político se tensaba y polarizaba.

La Unidad Popular primero perdió terreno en el plano ideológico y comunicacional y luego en el terreno político que precedió la crisis militar. Ante el deterioro de las instituciones, el gobierno de Allende incorporó a los militares al gobierno, considerados como un poder neutral en el juego político. La dirigencia de la izquierda, empeñada en sortear las coyunturas difíciles, perdió la visión de conjunto y la proyección de futuro, porque a pesar de la Doctrina Schneider la deliberación continuó soterradamente.

El hecho decisivo fue el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic.

Afirma Hernán Coloma, en ese entonces miembro de la Comisión Política del PS: «El atentado de la VOP causó una verdadera conmoción, para la oposición se reafirmó la aparición del

crimen por razones políticas y además obstaculizó el diálogo entre el gobierno y la DC; pero nosotros detectamos una severa infiltración que intentaron cubrir algunos detectives, de los cuales se sospechaba connivencia con la CIA. Coco Paredes, director de Investigaciones, intentó manejar el asunto para demostrar una conjura internacional contra Allende y para eso debía capturar con vida a los miembros de la VOP. Con estas informaciones, estuvimos a punto de detener al grupo de los hermanos Rivera Calderón, incluso llegamos a rodear su último refugio, pero se salvaron providencialmente. ¿Quién les avisó? Nunca lo sabremos. Aún más, cuando llegamos a la «caleta» en la localidad de Lampa, encontramos un maletín en que estaba la información con los contactos, planos, tipos de armamento y pasaportes para salir del país. En ese momento llegó un grupo de detectives que tomó el procedimiento y se hizo cargo del maletín que, a pesar de nuestra atención, desapareció».

El asesinato de Pérez Zujovic, mirado con la perspectiva del tiempo, dejó grandes dudas: ¿qué pasó con tres extranjeros que participaron en el hecho de sangre?, ¿qué pasó con los documentos incautados?, ¿por qué tanta semejanza con otro asesinato que también impidió el encuentro entre la DC y la Izquierda: el de Aldo Moro en Italia algunos años después?, ¿quién ganó?

Las repercusiones del asesinato rebotaron en la izquierda y enturbiaron un panorama que, hasta ese momento, era de convivencia. En la cárcel y en la clandestinidad habían trabado vínculos de confianza miristas, vopistas y socialistas. Pero, desde el asesinato de Pérez Zujovic, comenzó a rondar entre ellos la desconfianza y los rumores.

Señala Emérico García: «Terminamos pensando que estábamos ante un ardid del PS para desembarazarse de la presencia del MIR en la escolta y para terminar de romper con antiguas alianzas. Nos basábamos en que grupos socialistas tenían un campo de entrenamiento común con la VOP cerca de Lampa e incluso más de algún militante de la VOP había sido socialista. De alguna manera llegó una información a Coco Paredes en el sentido de que entre los integrantes del comando que había asesinado a Pérez Zujovic se encontraba Américo García, un mirista que integraba el GAP. Una confusión evidente conmigo».

Lo que los actores de la trama no sabían era que el asesinato impulsó la deliberación en las Fuerzas Armadas, que se inició en el alto mando de la Armada con el llamado Plan Albatros. La contrainteligencia fue organizada para detectar la actividad favorable a la UP entre los militares.

Mientras tanto, Manuel Alarcón y el grupo de contra-chequeo, detectaban el comienzo de los contactos con civiles: Juan Hamilton, Aquiles Savagnac, Juan de Dios Carmona, William Thayer, Sergio Onofre Jarpa, Francisco Bulnes, Pablo Rodríguez y Orlando Sáez, entre otros.

Relata Manuel Alarcón: «Descubrimos la conjura cuando en una población militar en Los Dominicos, civiles de PROTECO y altos oficiales en servicio activo, invitaron a algunos de sus vecinos para acordar la defensa de sus casas, ante la posibilidad de un ataque de los cinturones de pobladores que las rodeaban. Se entregó instrucción en el uso de bengalas y de armas cortas y largas. Luego comenzaron a llegar autos con prominentes militares y civiles, cuyas patentes se las pasamos a Investigaciones, donde operaba un núcleo socialista denominado Patria o Muerte. Así nos enteramos de las actividades de los generales Bonilla, Arellano y otros. Recuerdo la reprimenda de Allende porque el GAP estaba para labores de inteligencia política del gobierno y no para operaciones en que aparecían involucrados generales en servicio activo».

El proceso de politización fue inexorable y progresivo. Al cabo de un tiempo las Fuerzas Armadas fueron atacadas directamente por la prensa opositora, presentándolas como instrumentalizadas por el marxismo. Ante ello, el ministro de Defensa debió sacar un comunicado condenando «la deleznable actitud de quienes aparecen como responsables de estas ofensas y diatribas». Esfuerzo inútil. La llama había prendido. Un hecho que lo demuestra ocurrió en la ceremonia de graduación de oficiales de la Escuela Militar, el 17 de diciembre de 1971, ocasión en que el director, coronel Alberto Labbé, en abierta alusión al gobierno y en presencia del Presidente, dio un tono abiertamente político al discurso institucional. Pocos días después, con motivo de una reunión del cuerpo de generales, trascendía que se le habían pedido explicaciones al general Bonilla por sus frecuentes encuentros con el senador DC, Juan de Dios Carmona.

Otro paso importante fue el nombramiento, a principios de 1972, del vicealmirante Patricio Carvajal en la jefatura del Estado Mayor de la Defensa Nacional. El núcleo conspirador pasaba a controlar el área con más poder de decisión entre los militares. Pero el manejo institucional del gobierno, la deferencia de la Unidad Popular hacia las Fuerzas Armadas y la Doctrina Schneider, solo permitían la deliberación soterrada y sigilosa, porque además sectores del Ejército, la Marina, la Aviación y Carabineros se mostraban proclives a la UP.

El paro patronal de octubre de 1972 levantó el silencio. Hasta ese momento la pugna era entre civiles, pero desde el paro patronal los militares comenzaron a intervenir institucionalmente en el conflicto al participar en sucesivos gabinetes.

Según el general Guillermo Pickering, la creciente agitación condujo a continuas reuniones de todos los estamentos: «Del cuerpo de generales en pleno, de los generales de la Guarnición de Santiago; de cada general con sus respectivos mandos subordinados; de los generales con todos los comandantes de unidades, directores de escuelas y jefes de reparticiones, etc. Esas reuniones fueron motivadas por las alternativas y vaivenes del acontecer nacional».

La agitación reinante fue de tal envergadura, que en dependencias del Estadio Nataniel, sectores del Ejército discutieron el derecho a voto de los uniformados. Este hecho que podría constituir una mera anécdota muestra una tendencia generalizada a la deliberación, pues lo mismo ocurría con la oficialidad de la FACH reunida en los hangares del Grupo 10 en Cerrillos y con grupos de marinos en buques de la Armada.

Arnoldo Camú le dio la siguiente información a los miembros del GAP: las Fuerzas Armadas estaban cruzadas por dos grandes tendencias. La primera corriente estaba por defender la Constitución a todo trance. La segunda, caracterizada como golpista, se movía de acuerdo al esquema brasileño y era muy fuerte, pero incapaz aún de romper con el principio de mando. La información de Camú, señalaba, además, que no existía una corriente de izquierda como tal dentro de las FF.AA., no obstante existir muchos uniformados simpatizantes de la UP. El dato era decisivo, pues durante mucho tiempo se habían cifrado esperanzas en el punto.

Por todo Chile ya rondaba un ánimo confrontacional. Los sectores populares denunciaban la escalada sediciosa en mitines,

asambleas y reuniones de toda especie, decretándose movilización general y estado de asamblea permanente en las fábricas y universidades. Día y noche se vigilaba. Las consignas tronaban en la atmósfera:

«¡Soy obrero y mando yo!»

«¡Mano dura, Presidente!»

«¡Allende, Allende, el pueblo te defiende!»

«¡Luchando, creando, poder popular!»

«¡Avanzar sin transar es consigna popular!».

30/06/73

Después del Tanquetazo, el análisis de las Fuerzas Armadas ya era mucho más elaborado, y se había filtrado a la Comisión de Defensa del PS.

El análisis resaltaba el poder real de la izquierda, al detectar la existencia de «escuadras» dispuestas para la defensa del gobierno, previéndose la irrupción de incipientes formaciones paramilitares, pues por primera vez apareció públicamente armamento proveniente del campo socialista, como el fusil de asalto AK-47 y el lanzacohetes RPG-7. El propio Presidente Allende, rodeado por algunos miembros del dispositivo de seguridad, mostró en la ocasión un AK de culatín plegable. El análisis militar de las FF.AA., evidentemente magnificado, sugería que en sectores de la Unidad Popular se había iniciado la preparación de la autodefensa de masas, paso considerado en la teoría militar como previo a la guerra civil. Se estimaba en unos seis meses la posible aparición de un sustantivo poder de fuego de la Unidad Popular, posiblemente reforzado por unidades militares, tendencia considerada gravísima, pues al análisis agregaba la falta de control militar sobre las comunicaciones, estimándose que la UP disponía de equipos de comunicación del tipo Thompson (empleado en Vietnam por los norteamericanos). Para el sector golpista, era necesario tomar medidas rápido, pues se acercaba la primavera y con ello la recolección de las cosechas que aliviarían las penurias del desabastecimiento (factor de descontento).

En verdad el Tanquetazo tuvo insospechadas consecuencias.

Para el primer aniversario del Golpe de Estado, *El Mercurio* preparó un extenso y detallado reportaje. El autor fue Arturo Fontaine Aldunate, entonces suddirector del diario, con el apoyo de Cristián Zegers, por la época jefe de los servicios informativos. En-

trevistaron a quince generales «que fueron protagonistas de primer plano» y el título del ensayo fue «¿Cómo llegaron las Fuerzas Armadas a la acción del 11 de septiembre de 1973?». El artículo relata que al día siguiente del Tanquetazo, el sábado 30 de junio, se reunieron los oficiales generales de las distintas ramas armadas en el edificio del Ministerio de Defensa. Es el momento en que los generales de la FACH toman la decisión; ya antes lo había hecho la Marina, después el Estado Mayor de la Defensa Nacional y se forma un comité compuesto por cinco oficiales generales de cada rama, los que sobre la base del Plan Albatros de la Marina forjan un Plan de Comunicaciones. La constitución del Comité de los 15 posibilitó la coordinación y permitió que la deliberación política se transformara en elaboración de políticas. Expertos del Ejército (coronel Julio Polloni), de la Marina (capitán de navío Ramón Aragay) y de la FACH (coronel Francisco Herrera), articularon un plan de comunicaciones y alerta general para la acción coordinada en el contexto de la Planificación de la Seguridad Interior.

El 2 de julio de 1973, sobre la base de sugerencias de la Marina y la Aviación, se redactó un Memorándum de 29 puntos del que solo se sacaron cuatro copias.

Dicho Memorándum exigía respeto a los poderes públicos, promulgación de la reforma constitucional de las tres áreas, freno a las tomas ilegales, represión de los grupos armados, cumplimiento de las sentencias judiciales, etc. Propuestas avaladas por un particular estado de ánimo entre los conjurados, unificados por una común visión de la Nación, por el papel que históricamente le asignaban al Estado, por el antagonismo con el ideario socialista, por un agudo sentido antiallendista y por la oposición a la participación de los militares en los gabinetes.

El general Guillermo Pickering cuenta que, al día siguiente, los oficiales citados a una reunión del Estado Mayor escucharon al general Sergio Nuño quien, con voz vibrante, le dio lectura «a una larga serie de peticiones al gobierno, cuyos puntos (alrededor de 24), trataban de insinuar un cambio en la política general del gobierno».

Quedaba un gran escollo: Carlos Prats, el general constitucionalista. Su presencia era clave pues concentraba el mando en un Ejército formado en el principio prusiano de la obediencia jerárquica, que era respaldado por leales colaboradores con mando de tropa.

Su postura permitía la sobrevivencia de la vía político-institucional de Allende.

Esto era lo que hacía temible su presencia e impedía la coordinación entre las diferentes ramas de las Fuerzas Armadas, de manera que un paso en falso podría haber significado el quiebre del Ejército. No se escatimaron esfuerzos para alejarlo de las filas, pero con el suficiente cuidado de no repetir el error cometido con Schneider. Había que liquidar su imagen, urdiéndose un plan cuyas aristas visibles fueron la prensa opositora que desfiguró su imagen pública e institucional, la emboscada degradante y el aislamiento a que fue sometido por los generales golpistas, quienes le hicieron llegar un mensaje de repudio a través de una manifestación de sus esposas. Al final, lo que verdaderamente hizo mella en el general fue la posibilidad de convertirse en la causa del quiebre del Ejército, con lo que arrastraría al país a una guerra civil. Por eso renunció el 23 de agosto.

El pase a retiro de Prats eliminó toda resistencia al quiebre institucional.

Arturo Fontaine Aldunate y Cristián Zegers también dan cuenta de un segundo documento titulado «Memorándum sobre la Situación Nacional», que el 27 de agosto recibió el general Augusto Pinochet, que ya era el nuevo comandante en jefe del Ejército.

Era la incitación al pronunciamiento, pues el documento analizaba políticamente el estado por el que atravesaba el país, invitando a la acción con párrafos del siguiente tenor:

«Hay división en la ciudadanía en grupos político-sociales abiertamente antagónicos... No existe absoluta unidad entre los partidos que integran el gobierno... En la oposición, la unión es transitoria... Puntos opuestos y conflictivos y viejos rencores hacen difícil esperar un trabajo armónico común... El partido político ha llegado a ser más importante que el país y el gremio... Se ha agredido económicamente a la clase media por constituir el gran escollo para alcanzar la dictadura del proletariado... Tanto la clase obrera como la dirigente son indispensables e igualmente importantes».

En el texto, de alguna manera, se sentaban las bases político-ideológicas de lo que sería la larga dictadura militar, desde la desconfianza a los partidos políticos a la imposibilidad de contar con

ellos. Ya las FF.AA. se reconocían como «el último bastión de apoyo de la patria».

El Memorándum continuaba:

«Se ha perdido el respeto por la vida humana; se mata sin temor ni escrúpulos. La propiedad privada tampoco es respetada... El gobierno no da síntomas de desear poner fin drástico al extremismo en todas sus organizaciones. La ansiada y esperada paz no parte del gobierno ni de sus seguidores.

«La cantidad de extremistas extranjeros que actúa en Chile ha llegado a un límite insostenible...»

«Las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile son, por construcción, contrarios a la doctrina y procedimientos marxistas. Ideológicamente son antagónicos e irreconciliables...»

«Se ha pasado a una nueva etapa del enfrentamiento, en el que las FF.AA. han sido agredidas y penetradas (Armada, Edecán Naval, etc.). Se estima que la guerra no convencional ya ha comenzado».

El memorándum dirigido al general Augusto Pinochet, finaliza con un párrafo en letras mayúsculas:

«El Estado Mayor General del Ejército y las Direcciones que lo integran deben prestar adecuada y oportuna asesoría al Comandante en Jefe del Ejército para LA TOMA DE DECISIONES DE TRASCENDENCIA NACIONAL».

La estrategia de la Unidad Popular a estas alturas no contemplaba el factor militar, sólo era posible concebir al país en guerra desde la visión de mundo de las Fuerzas Armadas y específicamente por el peso que tenían la teoría de la guerra contrarrevolucionaria y la Doctrina de la Seguridad Nacional.

¿Pero cuál era la estrategia del comandante en jefe del Ejército, el hombre recién llegado; sería como Prats o sería como Pinochet?

Llama la atención el final del memorándum y las mayúsculas: el texto describe la situación general y el estado de ánimo de las FF.AA., pero lo que se necesita son las decisiones. ¿El general Pinochet aún no había tomado la decisión y las letras mayúsculas se lo pedían y exigían? ¿Por qué el memorándum no se refiere a la Marina ni a la Aviación ni a Carabineros? ¿Es que faltaba la decisión del comandante en jefe del Ejército y el documento era una forma de presión?

Dice Isidro García, GAP: «En momentos tan trascendentales el general Augusto Pinochet contaba con toda la confianza de la izquierda, era considerado como un oficial leal y como tal se le dispensaba un trato preferencial. Recuerdo que a mediados de agosto de 1973, el Presidente ofreció un asado de camaradería en El Cañaveral, al cual fueron invitados los generales Prats, Pinochet y Urbina, los que departieron con varios amigos de Allende y algunos dirigentes políticos, entre ellos Rolando Calderón y Arnoldo Camú. Fue un momento muy grato. Nos llevaron comida y bebida. Estábamos en eso, cuando el Presidente y sus invitados pasaron al polígono y comenzaron a disparar sobre blancos inmóviles con fusiles de asalto AK 47. Prats tenía mala puntería, lo mismo Calderón. En cambio Camú y Pinochet eran regulares. El Presidente llevaba la delantera, de lo cual se ufanaba, porque él era así, le gustaba ganar, no soportaba que le propinaran derrotas y en este caso se sentía halagado. Hasta que Domingo Blanco, que también participaba de la entretención, me llamó y ordenó disparar cinco tiros: di cinco veces en el blanco. Luego definimos con el Presidente, que falló dos veces, y se fue molesto, en medio de bromas, por su derrota. Fue un encuentro entre cercanos. ¡Quién se iba a imaginar lo que vendría después!».

Mientras tanto la Marina continuaba con sus planes, equipándose para una guerra irregular. Sin tener ni esperar la respuesta del Ejército y de Pinochet, la Marina culminó sus afanes a fines de agosto con la recepción de una partida de armas para la guerra contrarrevolucionaria. El comandante del Cuerpo de Infantería de Marina, Sergio Huidobro, había gestionado personalmente la compra del armamento en arsenales norteamericanos, lo que demuestra que la Marina preparó un alzamiento focalizado, pensando iniciar la insurrección en algún punto del país para obligar a una definición a las demás ramas, lo que significaba el plegamiento a la maniobra o la guerra civil. Sus planes fueron secundados por la Aviación, encargada de realizar el transporte en sus aviones Hércules, acentuándose la cooperación interarmas. Pero en la confianza está el peligro, de manera que cuando arribó el avión, el mismo comandante Sergio Huidobro trasladó personal de la Infantería de Marina desde Iquique, Talcahuano y Punta Arenas, para custodiar y transportar el material.

En palabras del general Pickering: «Al designarlo como su colaborador más inmediato, Prats estaba demostrando a Pinochet que lo consideraba el depositario de su mayor confianza entre los componentes del Cuerpo de Generales».

Y aún más, cuando se produjo la renuncia de Prats, el general Pinochet trató por todos los medios de evitar las renunciaciones de dos leales colaboradores, Guillermo Pickering y Mario Sepúlveda. ¿Por qué quiso mantener a dos generales abiertamente constitucionalistas si estaba conspirando?

Los hechos parecían confirmar la tesis de la lealtad. Al extremo que la Comisión Política del PS votó casi en pleno apoyando el nombramiento de Pinochet en reemplazo de Prats. El voto disidente correspondió a Hernán Coloma. Lo mismo sucedió en el PC, donde la dirección le otorgó un apoyo unánime.

Desde su cargo de jefe del Estado Mayor, Pinochet no había dado señales de descontento, limitándose a tareas de rutina como solicitar los «Boletines de Inteligencia» a la dirección pertinente, para luego ordenar una «apreciación actualizada».

Los integrantes del GAP tenían la misma apreciación. Pinochet jamás adelantó una crítica, pero sí palabras conceptuosas respecto de la izquierda y sus líderes. Aunque también pudo haber desinformado, pero ¿con tanta antelación?

En honor a la verdad, la versión del capitán general difiere. Enfáticamente señala en su libro *El día decisivo*, que «con mucha discreción, el día 23 de junio de 1972, emití una circular destinada a ocho de los organismos del Estado Mayor General con la finalidad de reactualizar algunos conceptos de la Planificación de la Seguridad Interior». El objetivo era, de acuerdo a esta versión, transformar los planes de seguridad interior en una concepción de guerra antisubversiva de carácter ofensivo. Siguiendo la lógica expuesta por Pinochet, el tiempo total de su operación duró un año a partir de agosto de 1972, amplísimo período que le habría exigido el secreto y la compartimentación.

A casi 30 años de ocurridos los hechos, no es de mayor interés saber si Pinochet planificó o no el Golpe de Estado. Tampoco tiene mayor relevancia saber el día en que se sumó a la conjura. Lo importante no es demostrar la lealtad o la traición, sino realzar la caótica situación por la que atravesaban las Fuerzas Armadas, donde se

deliberaba abiertamente y donde había apoyos reales al gobierno de la UP y también tiempo para ejecutar políticas que condujeran a la baja de oficiales sediciosos o bien para enfrentarlas. En otras palabras, los militantes de la UP todavía tenían fuerzas para resistir el asedio.

Los almirantes presionaron. Se les terminaba el tiempo operacional. Pero contaban con un as de triunfo: su servicio de inteligencia señalaba que los generales Oscar Bonilla, Arturo Viveros, Sergio Nuño, Sergio Arellano y Javier Palacios estaban dispuestos a tomar la Comandancia en Jefe. Por eso descargaron las presiones sobre Pinochet. La suerte estaba echada.

Quedaba un fuerte escollo en Carabineros, donde existía un importante grupo de generales proclives al gobierno. Incluso, una delegación de oficiales superiores, reunidos con la dirección del PS, había manifestado su voluntad de defensa del gobierno, lo que había sido discutido a fines de agosto en una sesión de la Comisión Política. La disposición de este sector no pasó inadvertida para el mando que urdía la conjura, porque de ello dependía la variable del Golpe de Estado o de la guerra civil, con un contra-tiempo enorme para los conjurados: el armamento de Carabineros estaba concebido para lucha en ciudad, de manera que a través de los parlamentarios del PN se denunció la existencia de oficiales dispuestos a brindar apoyo al gobierno de la Unidad Popular, táctica iniciada con las declaraciones de la diputada Silvia Pinto, quien denunció en mayo de 1973, la existencia de carabineros implicados en un complot pro gubernamental.

En fin, el tiempo de operaciones era inaplazable. Además, comenzaban a circular rumores sobre la existencia de unidades leales en el Ejército y la Fuerza Aérea, solidaridad que ya habían demostrado suboficiales, clases y marineros. Era un secreto a voces que con dos cambios se alteraba la correlación de fuerzas en Carabineros.

Pero ya era tarde. La Unidad Popular comenzaba a presenciar impotente su propio derrumbe.

El diario de Hans

Muchos integrantes del GAP sucumbieron. Otros inauguraron las listas de los detenidos-desaparecidos, un cierto número conoció los rigores del exilio, otros cargaron en sus hombros la muerte civil del olvido, silencio y cesantía; y otros vivieron de la conmisericordia. En los cálculos de la mayoría no existía una gama tan amplia de posibilidades, sus expectativas se reducían al triunfo de la revolución «con olor a vino tinto y empanadas» o la muerte. Fue el blanco y negro de la época.

«Eso queda muy bien reflejado en la consigna «Patria o Muerte», adoptada de la revolución cubana y que en Chile mediatizamos con el *Venceremos*, señala Alejandro García.

Para los integrantes del GAP el inicio del final fue una invitación de Salvador Allende para el domingo 26 de agosto de 1973. El dispositivo en pleno y algunos invitados especiales fueron convocados a la casa de El Cañaveral, en los faldeos de la Cordillera de los Andes.

Una convocatoria en pleno era algo inusual, porque Allende comprendía que sus colaboradores eran voluntarios y exigía que los escoltas tomaran a lo menos un día de descanso a la semana. Solo en contadas ocasiones se había reunido la totalidad del equipo: en la despedida de Eduardo Paredes, durante el conflicto con el MIR, en las navidades de 1972 y después de la sublevación de Blindados N° 2, el llamado Tanquetazo. De manera que reinaban la tensión y la curiosidad. El semblante de Allende era grave y sombrío.

Renato González, uno de los sobrevivientes de La Moneda, relata: «Nos sorprendió el ánimo del Presidente, porque era un

hombre afable, cordial y bromista. Era un conversador empedernido con la vocación del educador popular, por lo que no escatimaba esfuerzos ni tiempo en preparar ideológicamente a sus colaboradores. Muchos pensaron que se trataba de una nueva charla sobre la situación política, un rito llevado a cabo cada cierto tiempo. Nadie imaginaba lo que venía. Igual era un nuevo encuentro con el Presidente, lo que siempre era grato y emocionante».

A media mañana, en la sala de reuniones y en medio de una atmósfera sobrecargada por el nerviosismo, comenzó un encuentro que se abrió con la intervención de uno de los jefes de la estructura, Juan José Montiglio, que saludó al Presidente y presentó a los invitados: Exequiel Ponce, Arnoldo Camú y Ricardo Pincheira.

Montiglio señaló que dada la gravedad del momento político, el Presidente había pedido la reunión para un diálogo franco y directo. A continuación recordó la misión del grupo e informó de noticias alarmantes: la disposición de Patria y Libertad de empezar operaciones en gran escala; el acuerdo del sector freísta de la DC con el PN para exigir el ingreso mayoritario de los militares al gabinete y a la administración pública; los sectores golpistas en la Marina aguardaban el cambio del almirante Montero.

En el informe no faltó la crítica franca, Montiglio le criticó al Presidente el retroceso en la movilización popular, la incapacidad de poner orden en los partidos de la UP y la falta de audacia para plantear la defensa del gobierno.

Allende escuchó en silencio y su respuesta fue solemne y premonitoria: la conjura estaba en marcha, se había estrechado el cerco, el golpe militar era inminente y ya no confiaba en el diálogo con la DC. Habló de la orfandad del gobierno por las rencillas de la Unidad Popular, que consumían un precioso tiempo político y ni siquiera había acuerdo para llamar a un plebiscito.

Luego adelantó las medidas que pensaba tomar: asegurar una gigantesca manifestación para celebrar el tercer aniversario del gobierno popular, insistir en el diálogo con la DC, explorar un nuevo gabinete, remover los altos mandos militares y trabajar en la convocatoria a un plebiscito que dirimiera la impasse con el Poder Legislativo.

Al final repitió lo que más de uno había escuchado y es fácil de recordar: «No me voy a rendir y tampoco transaré el programa ofrecido al pueblo, solo muerto me sacarán de La Moneda».

Cuenta Juan Osses: «Después de hablar fue mirándonos de a uno en uno y nos agradeció lo que él llamó nuestra abnegación y desvelos y nos dijo que estaba consciente del sacrificio personal de cada uno. Nos estremeció. Mirando a Enrique Ramos, agradeció al campesinado; mirándonos a J.J.Montiglio y a mí, a los jóvenes que abandonaron los estudios por estar a su lado; en Osvaldo Arteaga la presencia del poblador en el GAP y cuando llegó a Daniel Gutiérrez, a quien todos sabíamos que quería como a un hijo, no pudo continuar hablando. Saludó con un gesto a Alejandro García, a quien se le decía el edecán whiskero, porque probaba la comida y bebida de Allende, para prevenir un envenenamiento. Miró con gratitud a los choferes y a los jóvenes compañeros recién ingresados. No lo esperábamos. Terminé con un nudo en la garganta. Pero reafirmé mis convicciones. Estaba en el lado justo».

Era un día frío e invernal, la reunión era la última, fueron palabras de despedida y para el GAP terminaba el romance con el holocausto.

Allende, entonces, ofreció una salida. Era ahora o nunca, solo los convencidos debían permanecer y si alguien pedía la baja era por desacuerdo con su proyecto político, pero no por miedo. Le ordenó a los encargados del pequeño arsenal, entregar un arma y un fusil de asalto al que decidiera marcharse.

Había hablado el Presidente, pero también el amigo preocupado por la suerte de sus escoltas, de sus íntimos colaboradores, de sus amigos de la vida y la muerte.

Algunos GAP tomaron la palabra: nadie se iba, la suerte estaba echada.

J. J. Montiglio cerró el diálogo con una orden: redoblar la vigilancia.

Fue la última cena y el último capítulo del drama.

Gustavo Puz recuerda sus pensamientos: «Me había quedado totalmente claro el papel político del general Prats. ¡El intentó evitar el colapso y configuró distintos cursos de acción! En él no hubo vacilaciones ni tampoco se quebró psicológicamente, como se llegó a insinuar. A ese nivel, esas cosas son imposibles, simplemente no existen. Prats se esforzó con su visión de Estado por evitar la ruptura institucional y una guerra civil. Para eso, uno o dos días después del Tanquetazo, y por casi dos semanas, llevó a cabo una

ronda de conversaciones, auscultando la posibilidad de una solución a la crisis. Para ello se enfrentó al general Bonilla, conversó con Carlos Altamirano y Ariel Ulloa, se entrevistó con los dirigentes de la CUT: Luis Figueroa y Rolando Calderón. Días después, con Eduardo Frei Montalva; con el PC y Orlando Millas, también con el MIR».

Efectivamente, el general Prats había propuesto cinco cursos de acción, claros y definidos:

- a) La reapertura del diálogo.
- b) Una reforma constitucional.
- c) La salida de Allende del país con permiso constitucional por un año.
- d) La salida de las Fuerzas Armadas de los oficiales comprometidos con la sedición.
- e) El control de los sectores termocéfalos de la Unidad Popular.

En todos los casos, recomendó dotar de mayor poder de decisión a las Fuerzas Armadas y, ante la eventualidad de un nuevo intento de golpe y como muestra de confianza, pidió información de los planes de defensa del gobierno por parte de la izquierda frente a nuevas intentonas golpistas.

El 29 de junio de 1973, después del Tanquetazo, un general victorioso como Carlos Prats, podría haber sofocado otras rebeliones y todo habría sido posible.

Dice Gustavo Puz: «Allende vaciló y se equivocó al nombrar en el Ministerio del Interior a Carlos Briones, pues significaba cambiar la posibilidad de la contraofensiva por la del Golpe de Estado, ya que Briones era un hombre para la búsqueda de acuerdos, pero ya no era tiempo para acuerdos, necesitábamos un gabinete para la guerra. Ahora, a fines de agosto en El Cañaveral, estábamos próximos a la derrota y, sin embargo, dos meses antes, tuvimos el triunfo y lo dejamos escapar».

La referencia de Allende al plebiscito había llamado la atención, porque era una materia controvertida dentro de la UP. Tal es así, que el tema ocupa un importante espacio en el llamado Documento de Marzo, que apareció a comienzos de 1974 y que fue el primer documento publicado por los socialistas después del Golpe de Estado. En lo fundamental, allí se recuerda que «después

de las elecciones de abril de 1971, en que la UP obtuvo más del 50% de la votación, el PS propuso convocar a un plebiscito para reformar la Constitución y resolver el diferendo con el Parlamento. Esto fue reiterado en otro momento, siendo rechazado por la UP y acogido a medias por el Presidente».

En la coyuntura de agosto-septiembre de 1973, la dirección del PS se negó al plebiscito e incluso llegó a plantear su salida del gobierno ante esa posibilidad. Era la UP en pleno la que se oponía. Para unos había llegado el momento del desenlace (PS) y para otros había que persistir en el diálogo (PC), sin percatarse ni unos ni otros que lo que estaba en juego era resolver un jaque mate y tal vez la única salida era el plebiscito.

Gonzalo Fuentes, integrante de la sección de Inteligencia del GAP, cuenta: «El procesamiento de información abierta, el estudio de la información cerrada y las operaciones de seguimiento, indicaban lo mismo: los golpistas presionaban por definiciones, Patria y Libertad esperaba sólo el momento oportuno, el Partido Nacional ya había dado el beneplácito para el levantamiento y en la DC se había impuesto la línea freista. Por otra parte, habíamos descubierto al personal del Ejército involucrado en la conjura. Ya sabíamos dónde teníamos que volver la vista y teníamos la hebra que conducía al núcleo de la sedición».

De manera que J.J. Montiglio tenía razón cuando exigió una «mayor vigilancia».

Para los hombres del GAP el golpe de gracia estaba ad portas. Era un secreto a voces.

Hans, un anónimo veterano de los 70, dejó un diario de vida, unas notas ya amarillas por el tiempo que reflejan miedo, angustia, desconcierto e ira, mucha ira.

»La derecha está desbocada. Falta sólo un eslabón para el control de todos los mandos de las Fuerzas Armadas. La Marina es el lugar en que se da la última batalla. La derecha maniobra para que asuma la conducción el declaradamente derechista J.T. Merino. La campaña para obligar a Montero a renunciar se fortifica. Los militares golpistas comienzan a «madurar» su preparación para el enfrentamiento. Lanzan una orquestada campaña tendiente a consolidarse internamente y amedrentan al pueblo. Se suceden acciones de abierta provocación. Por ejemplo, el copamiento y silenciamiento de emisoras

de la UP en Valparaíso. Se suceden uno a otro los allanamientos en industrias: Lanera Austral, Comandari, Cobre Cerrillos, Sumar. La brutalidad va in crescendo. En SUMAR se dispararon más de 5.000 tiros (Sic 7.63). ¡Así se humilla a la clase obrera!

»Locales de la CUT son allanados a través de todo el país con brutalidad demencial buscando la brecha de separación entre FF.AA. y Pueblo. La colaboración de los medios de comunicación de masas de la burguesía es total. Detrás de esto no puede sino estar la CIA... es demasiado coordinado.

»En Nehuentúe son masacrados a golpes cerca de 20 campesinos con sus mujeres e hijos. Incluso, uno de ellos es lanzado desde un helicóptero desde una altura de 300 metros.

»En Santiago se allanan poblaciones sacando a indefensos pobladores a altas horas de la madrugada y son lanzados al barro boca abajo.

»Obreros y estudiantes, dueñas de casa, campesinos, critican la pasividad del gobierno y de la CUT. Las organizaciones proletarias no logran retomar la ofensiva. Allende señala que sólo renunciará si se lo pide el pueblo. La DC va al diálogo, pero entre otras cosas exige el «desarme» del Ejército del Pueblo (ojalá lo tuviéramos).

»Ya están creados el caos político y el caos económico. Se ha fomentado el descontento, se creó miedo al comunismo, los esfuerzos de la izquierda están bloqueados, hay demostraciones de masas antigubernamentales, se extiende el terrorismo blanco, las asonadas y los allanamientos.

»Finalizamos la semana con otra dura derrota, reflejada en lágrimas de dolor e impotencia por parte de los trabajadores de Canal 9 TV. Fue un duro golpe para la movilización obrera. La confrontación de clases está planteada. Ya nadie puede retroceder.

»Consignas del día: ¡El golpe se ataja golpeando al golpe!; ¡Listos para destruir el golpe!; ¡A parar el golpe!; ¡A la clase obrera, a los soldados y al pueblo: a parar el golpe!».

Pero ya era tarde para Hans, para las páginas del diario y para los hombres del GAP.

«¿Qué ocurrió con nuestros líderes?»

La decisión de Allende de permanecer en La Moneda, no le dejó a la escolta posibilidades de movimiento y se esbozaron varias ideas de maniobra: la del paso a la clandestinidad de una parte del GAP, generalizar la instrucción para levantar una fuerza disuasiva de carácter popular, coordinar las acciones con toda la fuerza disponible (Aparato, MIR, PC,) y concretar la cooperación con unidades militares leales.

La decisión del Presidente, tan férrea y definitiva, impidió cualquier ruptura en las maniobras de defensa, pero también determinó los límites de la propia defensa a la cooperación de fuego desde La Moneda, a los francotiradores de las azoteas circundantes, al apoyo de una fuerza externa y por tanto al control de edificios cercanos: el Ministerio de Obras Públicas y del Banco del Estado.

Toda otra planificación se estrelló contra la determinación presidencial. Desde el punto de vista de la defensa, la dirección del GAP estaba consciente que habían experimentado un retroceso en comparación con el 29 de junio, el día del Tanquetazo.

El GAP se preparó para ser el primer anillo de la resistencia en la defensa del dirigente. Era una defensa precaria y su aniquilamiento o victoria dependía de la capacidad de respuesta del gobierno y de la organización popular. Había conciencia de la debilidad para enfrentar con éxito a las Fuerzas Armadas y los dirigentes del GAP llegaron a una conclusión lapidaria: la logística de combate era ínfima, no existían reservas operativas y la capacidad de mando era inexistente.

El PS estaba atrapado por sus seculares problemas internos y solo disponía de dos estructuras con capacidad de lucha para un par de horas. El MIR tampoco estaba en condiciones y las organizaciones de raigambre cristiana (MAPU, IC), era imposible que dispusieran de algún poderío militar. Del PC poco se esperaba, por su apego a la vía no armada.

La única salida era política y excedía el campo del GAP, pues correspondía al Presidente reinstalar el diálogo, llamar a plebiscito y salir del jaque mate. Había otra salida: armar un amplio frente de defensa de la democracia que incluyera a civiles y militares. Esa salida también conducía al holocausto.

Para Alejandro García, la evaluación de fuerzas era preocupante: «Contábamos con dos escoltas (28 personas), el personal de Tomás Moro (20 personas) y una tropa en formación en El Cañaverál (20 personas). Suficiente para resistir un primer embate, pero muy pocos para mantener un combate en la defensiva. Esta era nuestra realidad, a la cual suponíamos se agregaría un número similar de militantes del aparato del PS. Pero existía otro dato. Un secreto celosamente guardado. La probable ayuda cubana. Digo probable, porque ésta dependía de factores políticos a los que no teníamos acceso. Se murmuraba que con Fidel habían arribado sin mayores problemas y por la ineficiencia de los servicios de inteligencia, alrededor de 200 cubanos, que aguardaban su momento. Eran tropas de elite compuestas por voluntarios y dirigidas por Tony de la Guardia».

Esos cubanos fueron rodeados el 11 de septiembre en las dependencias de la embajada produciéndose un infernal tiroteo. Permanecieron allí sin moverse, esperando órdenes que nunca llegaron y posteriormente abandonaron el país.

El GAP requería fortalecerse. El problema era hacia dónde mirar: ¿Hacia el MIR, expulsado de sus filas y fuera de la Unidad Popular? ¿Hacia el PC, labrando primorosamente su «vacío histórico»? ¿Hacia los vocingleros e ineficientes socialistas? ¿Hacia los «nuevos marxistas» de raigambre cristiana? No había donde escoger.

Entonces se tomó la determinación de recomponer las relaciones con dos grupos escindidos. En primer lugar, con el equipo que se había trasladado a Calama y con los que más recientemente habían conformado los GEA. Para el norte viajó Juan José Montiglio,

quien sostuvo una ronda de conversaciones con sus ex compañeros de ruta, que ya no eran un pequeño equipo, porque habían crecido notablemente y extendían su influencia entre Antofagasta y Arica. El equipo había desbaratado dos importantes núcleos de sabotaje de Patria y Libertad en Chuquicamata, había ordenado la actividad política y logrado captar la confianza de los militares acantonados en la región. Disponían, además, de una importante infraestructura. Su grado de eficiencia era tal que estaban en condiciones de trasladar en horas a Santiago a dos escoltas completas (28 hombres) para reforzar las dos existentes. El reencuentro fue fructífero. No había tiempo para largas cavilaciones y, para iniciar la reintegración, el 10 de septiembre se trasladaría Manuel Cortés a la capital con el fin de afinar los acuerdos.

Existía otra variable a considerar: el pueblo. Era el factor mítico. Sin embargo, los integrantes del GAP no confundieron la capacidad de lucha y los límites de su presencia, porque una cosa era la capacidad de movilización para demostrar apoyo y entusiasmo ante la gestión presidencial, y otra el espacio político y legal en que se movía. Como afirma el académico Fernando Mires: «El evidente apoyo popular que tenía el gobierno no se manifestaría orgánicamente, sino en grandes manifestaciones populares convocadas por los partidos, donde se gritaban las consignas preparadas por los dirigentes. Se oía a los cantantes de la UP; se aplaudían los discursos del Presidente y luego, con las manos en los bolsillos, cada participante triste y vacío volvía a su casa».

La celebración de los tres años de la UP fue concebida como una operación política para demostrar el apoyo del que disponía el gobierno, reiniciar el diálogo y tantear las probabilidades del plebiscito. Ese día el pueblo se desbordó en todo el país. En Santiago desfiló durante casi ocho horas delante de la tribuna presidencial. Llegaron en los medios más inimaginables. Algunos en camiones, otros a pie, miles lo hicieron a caballo y otros tantos en carretelas. La consigna más repetida seguía siendo «¡Mano dura, Presidente!». Era casi surrealista, pues los partidarios del «polo revolucionario» marcharon con marcialidad armados de palos y fusiles de madera.

En cambio, en la oposición, cundía la efervescencia. El Frente Nacionalista Patria y Libertad preparó conscientemente la vía insurreccional como un medio para la destrucción total del sistema

y la posibilidad para crear un nuevo Estado. Años después, el propio Pablo Rodríguez señaló que el FNPL realizó «el trabajo sucio asignado por los poderes fácticos de la época», que empeñados en la creación de un amplio arco de alianzas para detener a la UP delegaron el factor paramilitar en el frente nacionalista. El FNPL no empleó, entonces, la violencia por la violencia. El carácter paramilitar de la organización determinaba su forma de hacer política, aún más, la presuponía y la requería. Estamos frente al empleo planificado de la violencia, como lo demuestran los 53 atentados durante el Paro de Octubre; las 155 operaciones realizadas entre el 23 y el 26 de junio, en vísperas del Tanquetazo, y las 316 acciones llevadas a cabo en agosto de 1973, es decir una cada dos horas.

En Santiago, Valparaíso, Punta Arenas, las Fuerzas Armadas empezaban a controlar las ciudades con los allanamientos por la Ley de Control de Armas. La capital se transformó en una ciudad sitiada, en la que los cementerios fueron sometidos a revisión, se allanó a la población civil y especialmente los campamentos (Quico Barraza, Unidad Popular), hasta que finalmente, el 7 de septiembre, la Aviación sitió y allanó la Industria SUMAR, con un saldo de 5 mil disparos, ocho heridos graves y tres muertos.

Todas estas vías paralizaron y atemorizaron los arrestos populares. Así, se desmoronó un mito. La fuerza del pueblo, sin objetivos, organización, formación ni mística, se tornó amorfa e inoperante, tal como lo habían previsto los planes de la CIA, entidad en las sombras que planificó el golpe, reclutó a empresarios y generales, y precisó incluso el momento del alzamiento. En su libro *Los dos últimos años de Salvador Allende*, el embajador norteamericano Nathaniel Davis afirma haber sido informado por el propio Nixon, el 8 de septiembre, que «ya está en marcha el golpe en Chile».

Para Milton Silva y Juan Osses, fueron días inolvidables. Así lo refleja el siguiente diálogo:

Milton: *Recuerdo que ni cuando estuve clandestino sentí tamaña presión. Dormitábamos en vigilia, con el corazón sobresaltado, no podíamos conciliar el sueño y nos negábamos a tomar pastillas para dormir por temor a cualquier emergencia. Fue muy duro.*

Juan: *Bajamos varios kilos de peso por la tensión. Además, para colmo nos atacó una dolencia nerviosa que nos produjo un estado febril.*

Milton: *Cuando me acuerdo, siempre me pregunto: ¿Era sobretensión o una forma de percepción de la realidad porque llegaba la hora de la cita con el destino? ¿Los que iban a morir reaccionan de esa manera? Porque conversando con otros compañeros, con David Valderrama y Domingo Blanco, todos pasaban por un cuadro similar.*

A tantos años de aquellos sucesos, la generación de los veteranos del 70 aún se pregunta: ¿qué ocurrió con nuestros líderes?, ¿qué pasó con el Patria o Muerte?, ¿que pasó por sus mentes?

Preguntas dramáticas, que desde principios de julio y después del Tanquetazo, actuaron como si todo se hubiese desplomado repentinamente sin llegar a considerar al menos una de las opciones que les ofrecía el general Prats. ¡Al menos una!

Todo parece indicar que la guerra psicológica hizo mella y que no se tomó en cuenta que el gobierno aún controlaba el aparato económico, que las filas de la UP estaban intactas, que la CUT había ligado su suerte con el gobierno, que había aparecido un tenue poder popular (cordones industriales, consejos comunales) y que aún se tenía audiencia en parte de las Fuerzas Armadas, partiendo por el apoyo del comandante en jefe y de generales leales. En otras palabras, existía fuerza social para intentar estabilizar la situación. Y, como si fuera poco, existía un estado de ánimo generalizado que inducía a la defensa de un gobierno.

Dice Renato Moreau: «Para mí sigue siendo incomprensible la pasividad de la dirigencia. El general Prats informó al gobierno que era imposible un Golpe mientras él, Pickering y Sepúlveda, estuvieran en las filas y que aún había a lo menos seis generales que lo apoyaban, en tanto otros cinco o seis vacilaban. ¡Si hasta nosotros, simples militantes socialistas, sabíamos que en Carabineros eran tres los generales que conspiraban y que habían sido aislados socialmente! ¿Por qué no se descabezaba el almirantazgo, donde también eran de manera probada leales dos contraalmirantes, uno de ellos cuarto en la línea de mando? ¿Qué les sucedió? Da la impresión de que los dirigentes fueron ganados por la inercia, pero quienes dirigen procesos de esa magnitud no tienen derecho a permanecer en ese estado. Eso marca la diferencia con Allende, que se decidió a llamar al plebiscito, jugó su última carta. Tomó una opción. Sentí vergüenza cuando los militares leales nos dijeron

que renunciaban, porque los que apoyábamos el gobierno éramos una «tropa de maricones» que no tomábamos decisiones. Prats y los suyos renunciaron como última opción para detener el Golpe de Estado, ya que nosotros no teníamos los pantalones para hacerlo».

Sobre los preparativos hubo vasta información. Emanaba de los analistas políticos del gobierno; de los grupos de inteligencia y de numerosos oficiales de los mandos medios, por ejemplo Jaime Donoso, joven capitán de la FACH, quien logró conversar directamente el tema con Allende.

Después de atravesar por un tupido velo de dirigentes políticos, parlamentarios y funcionarios, le habló al Presidente de tres situaciones anómalas, incluso lo dejó por escrito:

1) El clima de efervescencia política en la institución. En los casinos había demostraciones claras de adhesión al Golpe de Estado. Había quienes mostraban sus pistolas y decían que iban a matar al Presidente. Algunos eran bastante temerarios y actuaban bajo el amparo de una trama interna bastante consolidada.

2) Cuando Leigh fue nombrado comandante en jefe ocurrió el primer hecho de sedición dentro de la FACH. Para nombrarlo hubo que destituir al general Ruiz y nombrarlo ministro de Transportes como general retirado. Por lo tanto, ya no tenía mando. Nos reunieron en el teatro El Bosque. Había unos 500 oficiales de todas las guarniciones. Fuimos convocados a una reunión política, donde se plantearon cosas muy curiosas: la reposición del general Ruiz, que era muy respetado. Un comandante de escuadrilla sugería que las FF.AA. cerraran el Congreso y dejaran a Allende como Presidente con un plazo de un año para mejorar la situación. Otro grupo de coroneles exigía cerrar el Congreso e imponer una Junta de cinco militares que gobernara junto con Allende. Leigh propuso un gobierno militar propiamente tal. Ante esta situación y cuando se preguntó por los constitucionalistas, me paré y se pararon otros capitanes, planteando que éste era un problema político y no militar y que se estaba contraviniendo la Constitución. Obviamente, pasamos a ser traidores.

3) En cumplimiento de mis funciones, como oficial de ronda de la Guarnición, llegué al Auditorio de la Academia de Guerra. Había una reunión de unos ocho generales, 15 coroneles y un grupo grande de oficiales, más personal subalterno. Lo primero que

vi fue un mapa con la ciudad de Santiago y La Moneda con un círculo rojo y aviones colocados por todos lados. Me di cuenta de que se estaba planificando un ataque al palacio de gobierno. Ahí vi que el golpe se encontraba en su nivel de máxima planificación. Entonces, Leigh sorprendido se para y me dice: «Estamos haciendo un estudio real de Academia de Guerra». De inmediato me junté con los oficiales que no eran golpistas, les comuniqué lo que había visto y decidimos informarle al Presidente».

Allende escuchó al capitán de la FACH, le agradeció la información, lo despidió con amabilidad y señaló que buscaría una manera de resolver el problema. ¿Qué pasaría por la cabeza del Presidente? Sus confidentes íntimos, Eduardo Paredes y Augusto Olivares, también murieron. Cualquier análisis tiene mucho de conjetura. Seguramente depositó sus esperanzas en resolver la crisis, pero es algo que nunca sabremos a ciencia cierta. A fines de agosto o principios de septiembre, el historiador Hernán Ramírez Necochea fue invitado por Salvador Allende a La Moneda y la conversación tuvo su centro en la figura de José Manuel Balmaceda, su proyecto, la muerte trágica por mano propia, la posterioridad y el juicio de la historia. ¿Por qué Allende requirió de un historiador para encarar la figura de Balmaceda? ¿Le interesó sólo el Presidente mártir de 1891 o la trascendencia histórica?

El canciller de la Unidad Popular, Clodomiro Almeyda, contó una vez que su último encuentro con Allende tuvo mucho de sorpresa. Apenas descendió del avión que lo traía desde Argel, fue citado a La Moneda. Le llamó la atención el semblante de Allende, tranquilo y relajado. ¿Por qué, en medio de una situación tan tensa, el Presidente tenía ese estado de ánimo?

Aventuremos una hipótesis. Es probable que Allende haya barajado dos posibilidades de salida a la crisis: el plebiscito, que era la salida que permitiría en 1976 la instalación de un nuevo gobierno de izquierda o el suicidio, una salida con honor y oprobiosa para sus detractores, que dejaba depositada la democracia en manos de la izquierda.

Bala pasada

En la vida existen distintos tiempos. Para los chilenos, el tiempo histórico contemporáneo es de acontecimiento y ruptura. Un tiempo rápido, fulminante, inaugurado el 11 de septiembre de 1973. Esa fecha no deja impertérrito a nadie. A escala nacional, marca el quiebre de la democracia para los derrotados y la reconstrucción nacional para los vencedores. A escala internacional, inaugura el proceso de derrota del socialismo. Una fecha que trasciende, un tiempo inaugurado con la batalla de Chile.

La vida se aceleró, explotó. Son instantes en el tiempo. ¿Qué pasó ahí con el GAP? ¿Resistió alguien más, fuera del dispositivo? ¿Qué pasó en provincias? ¿Es cierto que no hubo más resistencia que en La Moneda?

Si los mil días de la Unidad Popular habían sido vertiginosos, el tiempo sufrió una enorme aceleración el 11 de septiembre. Fue un día de definiciones. Lo que estaba en juego no solo era la política, el cambio, el socialismo, lo que ahora estaba en el centro de todo era la vida sin abstracciones, era la propia vida.

Podemos hablar de la apertura de un tiempo de combate.

De horas en que la vida tiene un vuelco.

Fue lo que le sucedió a Jorge Núñez Rius, quien junto a medio centenar de jóvenes había dormido a las puertas del Cantón Militar de la calle Vergara en Santiago, para postergar su servicio militar. Dos conscriptos, en horas de la madrugada, repartieron unos 50 números para la atención de los jóvenes que se calentaron alrededor de una fogata, en espera del llamado. De pronto todo cambió. De la alegría se pasó al asombro, luego a la

estupefacción y finalmente al tiempo del miedo.

«Poco antes de las 7, salió un grupo de militares en estado de evidente nerviosismo que nos obligó, en medio de insultos, a abandonar el lugar. Nuestra respuesta fue una risotada general y la devolución de los insultos, pues ya no se respetaba mucho a la autoridad. Al rato volvieron. Pero esta vez no dijeron nada, solo dispararon varias ráfagas sobre nuestras cabezas. Ahí me di cuenta de que venía el golpe. Debo haber sido uno de los primeros chilenos en enterarse. Me fui a la una sede del PS, la de calle Londres 38, que después sería transformada en recinto carcelario y de torturas de la DINA. Salí a la Alameda y comencé a caminar por la acera sur. Al llegar a Serrano, vi que venían los tanques. Por un momento dudé si estaba frente a soldados leales o traidores, pero supuse que no podían ser leales, pues de pronto comenzaron a disparar y debí refugiarme detrás de un quiosco de diarios. Cuando me repuse del susto y me saqué el polvo de la ropa, decidí dar un rodeo para llegar a Londres 38».

Al llegar, se encontró con Claudio Venegas Asenjo, militante del PS que trabajaba en la organización de los obreros de la construcción.

«Venía de la vigilia en una obra. Los trabajadores desde hacía meses estaban ocupando la fábrica para evitar atentados de los patrones y, alarmados por la radio, los «viejos de la construcción» me mandaron a pedir instrucciones y por «si acaso» me echaron en la citroneta dos cajas de granadas caseras. ¡Chucha, cómo me pesaron después! Pero entonces todos estábamos convencidos de que íbamos a ganar. Los obreros tenían instrucciones de evitar los desplazamientos de los militares desde el río Mapocho hacia el sur. Su misión era contenerlos para evitar que asfixiaran La Moneda. Pero no lográbamos contactarnos con la radio que nos habían entregado. Siempre me he preguntado ¿quién nos traicionó? Al llegar a Londres 38, me encontré con Jorge y pedimos hablar con el jefe político, el compañero Sergio Letelier. Nos dijo que se haría cargo de la situación de los obreros en cuanto llegaran las instrucciones. Lo noté nervioso, con un peso encima. No tardamos en enterarnos qué le sucedía».

Lo que apremiaba a Sergio Letelier era la presencia de una alta dirigente a la que había que resguardar. La señora andaba con peluca y evidentemente era la senadora socialista María Elena Ca-

rrera. «Luego de reconocerla, la ametrallamos a preguntas: ¿dónde se concentraría la dirección?, ¿dónde se repartirían las armas?, ¿cuáles eran los planes para la resistencia?, ¿con qué unidades leales contábamos? Al no recibir respuestas, comenzamos a percibir el peligro real. La llevamos a una casa de seguridad y nos fuimos al sitio donde aguardaban los obreros de la construcción. Allí propusimos el repliegue, argumentando que estábamos perdidos, que ni siquiera los dirigentes sabían lo que había que hacer. Nos taparon a insultos. Nos calificaron de cobardes. Pero el humo del bombardeo a La Moneda terminó por aclarar la situación a cada uno de los presentes: no era un momento para arriesgarse inútilmente».

Claudio Venegas se fue con las granadas y Jorge Núñez, luego de tratar vanamente de establecer contacto con su escuadra, se dirigió a la casa de sus padres, donde a media tarde fue ubicado por miembros de la JS que le pedían instrucciones para ir a La Legua, intención cortada por un simple razonamiento: «Todo está perdido, nuestro tiempo terminó».

Así se salvaron muchas vidas.

Alberto Geraldo, ex cadete de la FACH, caído posteriormente en Nicaragua, junto a un piquete intentó evitar el copamiento de la ciudad y el cerco a La Moneda. Su misión consistía en resistir en la zona norte y evitar que los militares atravesaran los puentes sobre el Mapocho, aislando las manzanas céntricas. Pero careció de información. Las estructuras orgánicas hacían agua, Exequiel Ponce, el encargado del Frente Interno, se encontraba sitiado en La Legua y el subsecretario de Frente Interno, no estuvo a las alturas de las circunstancias, de manera que Alberto Geraldo decidió iniciar acciones sin esperar órdenes.

A media mañana, luego de sortear las barreras militares en el río Mapocho, se dispuso para la batalla con armamento popular: las bazukas caseras, denominadas «bernardas», los «gorros vietnamitas» y bombas molotov, junto a un irrelevante arsenal de escopetas y pistolas. La decisión estaba tomada; pero sobrevinieron más problemas. Ya no eran efectos de la descoordinación, ¡faltaban piezas a los artefactos! No obstante, aunque atormentado por la evidencia del sabotaje, logró tomar posiciones en el cuadrante formado por Avenida Perú, el cerro San Cristóbal, Recoleta y el río Mapocho. Resistieron hasta caer la tarde.

Horas antes del combate en el palacio presidencial, la Armada escenificó el primer cuadro del drama. Como señala el contraalmirante Sergio Huidobro en su texto «Téngase Presente». A las 6:00 del lunes 10 de septiembre de 1973, con una Operación de Diversión, el Grupo de Tarea Unitas, al mando del capitán de navío Ronald McIntyre, comenzó la sublevación. En efecto, el grupo zarpó al norte, pero en horas de la tarde regresó con el objeto de copar San Antonio (con el Cochrane), Laguna Verde (Simpson), Quintero (Blanco Encalada y Orella) y Valparaíso (Prat y Aldea). De reserva estratégica quedaron los cruceros O'Higgins y Latorre. A las 8:30 del día 11 todos los navíos estaban en disposición táctica para iniciar el Plan Cochayuyo. En Valparaíso, los aprestos comenzaron a las 2:00 horas y a las 5:00 se iniciaba el control de la ciudad, operación finalizada antes de las 8:00 y repetida en los principales puertos del país. La sorpresa se enseñoreó. Un éxito que para ser total requería de la participación de las demás ramas de las Fuerzas Armadas, las cuales tuvieron un «téngase presente» a través de dos canales: la maniobra de inteligencia que filtró el operativo desde la V región y la primera acción militar en Santiago que fue el silenciamiento por parte de infantes de Marina de la radio de la Universidad Técnica del Estado, con el pretexto de su cercanía al Centro de Comunicaciones Navales de la Quinta Normal.

La Infantería de Marina también concentró a los primeros «presos de guerra», inaugurando la era de los detenidos. En un juego macabro de posibilidades, quizás los primeros presos políticos en Santiago fueron Fernando Quiroga, Nelson Julio, René Vargas y Mario Vargas, quienes, alrededor de las 8:30, se aprestaban a dirigirse al cordón industrial Cerrillos. Luego de una pequeña refriega, fueron detenidos por carabineros de la comisaría ubicada en Herrera con Santo Domingo. Primero intentaron aplicarles una inyección con agua en las venas, pero las desavenencias entre los propios policías frustró el intento de homicidio. Luego vinieron las golpizas y largas horas sin ingerir alimentos, corriendo bajo una persistente llovizna, haciendo flexiones, marchas y contramarchas al ritmo de las voces de mando de los captores. Luego llegaron microbuses y transportes militares para llevarlos a un lugar más seguro, las instalaciones de la Infantería de Marina en la Quinta Normal, reanudándose la rutina de golpizas, «plantones» y fusilamientos simulados.

La recepción que se les dio al llegar, fue una muestra de lo que les esperaba: debieron atravesar el famoso «callejón oscuro», corriendo entre dos filas de uniformados que, a medida que avanzaban, los iban golpeando con las culatas de sus armas. Experiencia inolvidable, pues los golpes de juventud repercuten en la madurez. ¿No está allí la explicación de tantos detenidos en aquellos tiempos que han fallecido alrededor de los 50 años? Luego vendría el episodio del Estadio Chile, la muerte de Víctor Jara, el Estadio Nacional. Esa es otra historia.

El 11 de septiembre de 1973 se desencadenó una vorágine de traumáticos acontecimientos, pandemonio que comenzó con una sorpresa como fue la tardanza con que operaron los militares en Santiago. ¿Esperaron ver los resultados de la Marina? ¿Les complicó el traslado de tropas desde Los Andes y San Felipe? ¿Desconfianza en la fuerza acantonada en Santiago? Sea cual fuere la respuesta, la sublevación comenzó con retraso, contraviniendo todos los manuales conspirativos; pero una vez iniciadas las acciones, las fuerzas de operación coparon las principales ciudades usando el principio estratégico de la Blitzkrieg, la guerra relámpago de la Wehrmacht alemana durante la Segunda Guerra Mundial, esto es, una secuencia que enlaza la toma de decisión, la irrupción, el asalto y el aniquilamiento. Estrategia acompañada por pasos tácticos de aplicación inmediata como el aislamiento de periferia a centro, el corte de las comunicaciones, combates de corta duración, la intimidación psicológica, el aislamiento de los focos de resistencia y el copamiento de los centros productivos y administrativos. Objetivo: la toma del poder total.

Tiempo de combate

La noche del 10 al 11 de septiembre no fue tan tensa como otras. La Unidad Popular esperaba el Golpe para los días del tercer aniversario, de manera que sus más firmes adherentes pasaron desde el 3 hasta el 9 de septiembre bajo especiales medidas de seguridad. La semana del 9 al 15 las bases se habían desmovilizado porque se esperaba con ansiedad lo que pudiera ocurrir entre los días 17 y 19 de septiembre. En otras palabras la UP preparaba una nueva vigilia. No obstante, la atmósfera estaba recargada de premoniciones. En los partidos de izquierda la vigilancia mantenía en eterna, cansadora y agotadora vigilia a la militancia, viviéndose un clima de zozobra e inquietud. Durante más de un mes los cordones industriales, las fábricas, las escuelas universitarias, los liceos, fundos y juntas de vecinos vivían en vigilia permanente: Alerta 1, Alerta 2, Alerta 3.

Todo el mundo quería que la angustiante espera se decantara. Aquella noche, sin embargo, fue especial en Tomás Moro. Se discutió sobre el plebiscito. El eje de la conversación fue la búsqueda de una salida a la crisis. Entretanto, comenzaron a llegar los primeros informes de una situación anómala. Se informaba sobre el desplazamiento de camiones con dotación militar desde Los Andes. También hubo profusas referencias al emplazamiento de tropas en puntos vitales. Luego vinieron las preguntas y la labor de desinformación de los altos mandos. Los miembros del GAP redoblan la guardia. Durmieron intranquilos. En ningún momento dejaron de vigilar la puerta del dormitorio de Allende. La experiencia latinoamericana señalaba que más de algún Presidente había sido enviado al exilio directamente desde su dormitorio.

A las 6:30 horas, el secretario general del Ejército comenzó a despachar los radiogramas cifrados que daban la orden de proceder con las operaciones. La primera maniobra de las Fuerzas Armadas en Santiago fue el aislamiento de periferia a centro. En la tradición histórica chilena, La Moneda representaba el símbolo del poder político, de manera que era imprescindible su toma, empleándose para ello lo que la prensa denominó años más tarde como el Plan Ariete, que consistía en aislar el perímetro a través de un doble cerco, cuyo primer anillo abarcó las calles Alameda, Agustinas, Moneda y Bulnes, operando el Blindado N° 2 Maturana, los regimientos Buin y Tacna y las Escuelas de Suboficiales y Militar. El segundo anillo presionó sobre la periferia de la ciudad a cargo de los regimientos de fuera de la capital: Yungay, Guardia Vieja y las Escuelas de Caballería y de Montaña. Su misión era inmovilizar los cordones industriales, impedir la conexión entre la resistencia de La Moneda y la masa popular y luego atrapar entre dos fuegos toda posible resistencia. Los barrios fueron cortados entre sí a partir del control logrado sobre las principales vías: Av. Matta-Vicuña Mackenna, San Joaquín-Gran Avenida, Alameda-Pajaritos. El amplio operativo logró rápidamente su objetivo, pero quedó una duda: ¿Por qué recién cerca de las 9.45 horas se inició el intercambio de disparos?

En el intertanto, los militares procedieron al corte de las comunicaciones. A partir de las 6:00 comenzó el silenciamiento de los medios de comunicación de la UP. Este plan contempló conminar al silencio, liquidar por destrucción aérea (radio Corporación, radio Magallanes) y asaltar la radio Nacional que controlaba el MIR. Sólo quedaron transmitiendo las radios de la denominada Cadena Democrática: Agricultura y Minería. En otro operativo, los pocos equipos de radio del Aparato Militar del PS fueron silenciado por los militares. M. Cristina Venegas y *Andrea*, militante del ERP argentino caída posteriormente, ni siquiera tuvieron oportunidad de llegar a su puesto de transmisión, destruido tras castigo aéreo.

En radio Corporación los operadores se esforzaban por sacar el éter al aire sin lograrlo, debiendo abandonar el recinto no sin antes ordenar a Víctor Aguilar, miembro del GAP en funciones de protección en la emisora, que destruyera los cristales y abandona-

ra el edificio: «Yo estaba destinado a la protección de la planta en La Florida. Aquella noche, tipo cuatro o cinco de la madrugada, sentimos ruidos y era porque ya estaban chequeando el lugar. Entre cinco y seis comenzó a llegar mucha información y tipo siete o poco antes de las ocho se emplazó al frente un jeep con dotación y una ametralladora, pero seguimos allí tratando de comunicarnos. Se decía que estaba en camino Adonis Sepúlveda para impartir instrucciones. Los militares empezaron a moverse para ingresar al recinto. Ahora estaban reforzados por un pelotón llegado en un transporte del Ejército. En ese momento el senador Erich Schnake salió y me dijo que destruyera el cristal de transmisión y que tratara de salvarme. Según los planes, el último que evacuaba debía ser yo. Así fue como me encontré solo, abandoné la planta por unos potreros y llegué hasta las cercanías de La Moneda, pero no pude entrar».

¿Cómo fueron detectadas las frecuencias y cómo tanta precisión? Para el encargado de la unidad, la situación es clara: hubo delación. Según Renato Moreau, militantes ubicados en esferas de la dirección habían tenido acceso a las frecuencias. Lo concreto es que a partir de entonces el GAP quedó incomunicado, pues los equipos portátiles fueron bloqueados. Por eso no se logró saber qué ocurría en La Moneda, sino hasta ver el humo de los bombardeos.

La batalla de Chile estaba en marcha.

Las Fuerzas Armadas, actuando institucionalmente, combinaron la maniobra naval (copamiento de ciudades), el empleo de unidades mecanizadas y blindadas (cerco), el bombardeo aéreo (ablandamiento y destrucción), el control de zonas (policía) y el asalto y aniquilamiento (infantería). Todos los escalones de la defensa nacional fueron involucrados en el Golpe de Estado y todos tomaron la determinación del aniquilamiento masivo en corto tiempo. Las operaciones se iniciaron lanzando la agresión aérea, luego los blindados, la artillería y finalmente la infantería, con apoyo de infantes de marina o escalones de la FACH y fuego rasante de helicópteros. Operativos que, además, aislaron los Centros de Resistencia unos de otros (SUMAR, Luchetti, INDUMET, la población La Legua). No hubo tregua. Tampoco se hizo prisioneros. En La Legua, Eduardo Carvallo vio el fusilamiento sumario de dos combatientes luego de su rendición. De hecho, la planificación

central, como sostuvo el propio Pinochet, llegó a contemplar un tiempo máximo de cinco días de combate.

Dada la virulencia del Golpe, un cuarto de siglo después queda claro que sólo la precaria formación paramilitar de la izquierda evitó que los índices de muerte y desolación fuesen mayores, pues para los militares fue cuestión de vida o muerte tomar raudamente el poder. Eso explica que en 48 horas la situación estuviese controlada desde el punto de vista militar. Por eso no era necesaria mayor rigurosidad en las acciones castrenses.

En Santiago, a las 6:00 llegó la información del copamiento de Valparaíso y el desplazamiento de unidades desde Los Andes y San Felipe. Luego sobrevinieron las instrucciones: concentración de combate. A las 8:30, la mayoría de los miembros del Aparato Militar se encontraban en el lugar de la cita: el estadio de la CORMU, en las inmediaciones del Matadero Lo Valledor. Alrededor de las 9:00, llegaban *Elio* y Eduardo López con el armamento y comenzaba su distribución, logrando armarse una compañía reforzada, es decir unos cien militantes, cada uno con un módulo de combate compuesto por un AK-47, 120 tiros y algunos una pistola de defensa personal. El armamento mayor lo componían cuatro lanzacohetes RPG-7 y una ametralladora Punto 30. Era todo. Poco, muy poco, si se toma en cuenta que el objetivo de la estructura era contener el primer impacto.

Las desavenencias internas habían dejado en el camino los planes de formación.

Recuerda Carlos Infante: «La construcción de la fuerza GEO sólo fue posible gracias al tesón de Gustavo Puz, secundado por unos pocos instructores: Francisco Cattani, Miguel Bustamante, Raúl Farfán, Patricio Inda, Eduardo Carvallo, Alejandro Alarcón, Luis Aguilera y un par más».

El acceso al estadio de la CORMU no es fácil. Tiene muchos vericuetos. La gente a medida que iba llegando pasaba a una nave interior, donde se le avituallaba y contactaba con la unidad correspondiente. Los patios estaban vigilados sólo por un pequeño equipo, de manera que muchos no pudieron ver la llegada de la figura emblemática del socialismo, el senador Carlos Altamirano. Este venía indignado, porque el subsecretario de Frente Interno había citado a reunión del Comité Central en un local de calle Serrano

que no entregaba ninguna garantía de seguridad, citando en segunda instancia para una reunión en la Plaza Almagro a mediodía.

Altamirano exigía más premura. Pero, no obstante esa gran preocupación y antes de dirigirse a un nuevo sitio de convocatoria, partió al estadio de la CORMU para dirigir la defensa. Allí señaló que había enviado a La Moneda a Hernán del Canto para recibir instrucciones. Luego ordenó a Arnoldo Camú repartir las pocas armas de que disponía el partido y ordenar el despliegue y prometió regresar con miembros del Comité Central dispuestos a luchar hasta las últimas consecuencias. No sabía que la inoperancia le habría de jugar una mala pasada, pues terminó refugiado en la casa de un antiguo militante para evitar que lo atraparan. Peor suerte corrió el subsecretario general Adonis Sepúlveda: terminó durmiendo a la intemperie en el jardín de una casa cualquiera de un barrio cualquiera.

A las 9.30, se inició el desplazamiento. Pero antes, frente a la ausencia de miembros del Comité Central, un joven militante, Hans, el autor del diario de páginas amarillas, lanzó una improvisada arenga para la defensa del gobierno y dio las instrucciones:

- a) El desplazamiento hacia el cordón Santa Rosa.
- b) La coordinación de fuerzas con los partidos de la UP y el MIR.
- c) La liberación de una zona.
- d) La marcha en auxilio de La Moneda.

Las cuatro misiones guardaban lógica. No estaba en el ánimo de los presentes la inmolación. Se trataba de liberar una zona popular, de coordinar con las fuerzas aliadas, esperar la cooperación de Fuerzas Armadas leales y luego marchar a La Moneda, en cuya defensa y apoyo al GAP debían concurrir unidades de miristas y regionales socialistas. Acto seguido, poco después de las 9:30 horas comenzó el avance por avenida Departamental. El punto de arribo fue INDUMET, una de las industrias del área metal-mecánica, cuya ubicación permitía coordinar acciones entre los cordones industriales San Joaquín, Santa Rosa y Vicuña Mackenna. Luego de un relativamente tranquilo desplazamiento, la columna arribó a su lugar de encuentro, se sumaron alrededor de 200 obreros. Luego se procedió al reparto de armamento. Mientras tanto, llegaron algunos dirigentes de la CUT, entre ellos Luis Guzmán y un equipo

de enfermeras, conducido por Celsa Parrau, posteriormente detenida mientras atendía a un herido. En total, el dispositivo convocó a unas 300 personas. Era todo. Ni rastro del propósito proclamado tres años antes. Al escenario de los aprestos combati- vos llegaron tres miembros de la Comisión Política: Arnoldo Camú, Exequiel Ponce y Rolando Calderón.

En el intertanto, mientras comenzaban las acciones en La Moneda, arreciaba la guerra psicológica. Las Fuerzas Armadas a través de bandos, proclamas, vuelo rasante de aviones y amenazas, buscaban generar una baja inmediata en el estado de ánimo de los adherentes al gobierno. Sin previo aviso, fueron ametralladas las poblaciones La Legua y La Victoria, el campamento Che Guevara y el hospital Barros Luco. Importantes locales partidarios fueron allanados y arrasados. Empezaba a crecer el número de los «prisioneros de guerra». El perímetro céntrico había sido copado. Los Centros de Resistencia eran aislados entre sí. Los trabajadores estaban desorientados, sin instrucciones de La Moneda, de los partidos políticos o de la CUT. Pero nada de eso se sabía en INDUMET. La falta de comunicaciones recién comenzaba a evaluarse. Alrededor de las 11:00, en medio de la incertidumbre y la falta de información, se produjo en INDUMET un crucial encuentro: representantes del PC, del MIR y del PS se reunieron para evaluar la situación y tomar decisiones.

En la oficina del interventor de la industria se encontraron Víctor Díaz (PC), Miguel Enríquez (MIR) y Arnoldo Camú (PS), este último presentó de inmediato un cuadro de la crítica situación, sugiriendo aunar fuerzas, liberar la zona y marchar a La Moneda. A continuación, la delegación del PC, a la que se había agregado José Oyarce, señaló que su partido esperaba ver el curso de los acontecimientos y la suerte que correría el Parlamento. Mientras tanto, pasarían a la clandestinidad. El MIR señaló su disposición a aunar fuerzas en el asalto a una unidad militar, pidiendo tiempo hasta las 16:00 horas para convocar a su fuerza central que estimaba en 400 hombres, de los cuales 50 contaban con dotación completa.

Un frío recorrió a los presentes. Estupefactos comprobaron la realidad y la irresponsabilidad de aquellos socialistas que habían llamado a la toma del poder ¿Con qué?

Los comunistas, 20 días antes habían señalado que contaban con un 10 por ciento de la militancia en armas... y eran poderosos, porque, según distintos cálculos, no bajaban de 180 mil militantes (JJ. CC. incluida).

Del MIR ¿50 hombres para el despliegue de una estrategia que puso en jaque a la UP?

El MAPU no llegó.

Alejandro Bel (MAPU-OC), ex gobernador de Pedro Aguirre Cerda y único diputado de su partido, enterado de lo que estaba ocurriendo, acudió a ofrecer su ayuda recibiendo un arma a cambio. Años más tarde, contó: «La situación se veía terriblemente comprometida, el partido no daba señales de vida, todo aconsejaba pasar de inmediato a la clandestinidad, pero lo único que un hombre no puede perder es su dignidad. Habíamos dirigido un proceso y comprometido a muchos seres humanos, era el momento de asumir la responsabilidad».

Tomás Moro 200

El 11 de septiembre, desde las cercanías de La Moneda, el corresponsal de la agencia UPI, enviaba el siguiente despacho: «Acabo de pasar las seis horas más largas de mi vida. Hubo momentos en que pensé que serían las últimas. Este informe lo escribo tendido boca abajo, debajo de una mesa... a menudo era tan intensa la balacera que en la oficina se levantaban densas nubes de polvo y era imposible ver de un extremo al otro. Pero esto no fue nada comparado con el bombardeo del palacio de gobierno».

Pero el periodista se equivocó, porque hubo una agresión comparable: el bombardeo aéreo a Tomás Moro 200, la residencia presidencial.

La casa había sido adquirida por la Presidencia el 9 de febrero de 1971 con el fin de habilitarla como morada de los Presidentes de la República. En esta decisión pesó que la casa particular de Allende en calle Guardia Vieja, por su tamaño y ubicación, resultaba incómoda e inmanejable. La residencia de Tomás Moro iba a reunir descanso, tertulia y seguridad.

Prontamente fue habilitado un primer piso para un Presidente que continuaba trabajando en su casa hasta altas horas de la madrugada. Revela Miriam Contreras *Payita*: «También fue ampliado el living para recibir a las numerosas visitas e, incluso, se le agregó una pequeña clínica y una minúscula sala para hacer gimnasia por prescripción médica. Allende había sufrido problemas al corazón durante la campaña presidencial. No fue una gran cosa, sólo un preinfarto que él detectó cuando caminaba por Ahumada en compañía de Hugo Miranda. El propio Allende compró los

medicamentos en una farmacia céntrica y después reposó por una semana en que sólo lo visitaban su familia y sus secretarios privados. Se guardó silencio sobre esto para evitar la propaganda de la derecha».

Los GAP fueron acomodados en lo que antes había sido una cancha de tenis. Se les construyeron dependencias de material provisorio que albergaron alrededor de 30 camas, con duchas colectivas y un pequeño closet para cada miembro de la escolta. También se habilitó un comedor y un sitio para los autos. Todo funcional. Un tanto estrecho, pero seguro y grato, un lugar en que llegaron a convivir el Presidente, su familia, los GAP y el personal militar asignado a la casa presidencial.

La mañana del 11 fue febril.

Era el momento para que los integrantes del GAP lucieran sus chapas, sus nombres de guerra. Mientras Allende se trasladaba a La Moneda, *Mariano* (Francisco Argandoña) ponía en ejecución el Plan de Emergencia que consistía en defender la posición, mantener al grupo como apoyo y reserva para La Moneda, disponer la evacuación y brindar protección a la familia del Presidente. El grupo reforzado por personal de El Cañaveral y algunos GAP que vivían en los alrededores —en total 15 personas— prepararon la defensa en contados minutos. Comenzaba a rondar el fantasma de la soledad. Poco después de las 9:30, la guardia de Carabineros abandonó la custodia, a pesar de los esfuerzos del mayor Concha a cargo de la Comisaría de Los Dominicos. A esa hora la escolta sabía que no contaba con refuerzos. Mientras tanto, se iba cerrando el círculo. Poco a poco tropas del Ejército y Carabineros fueron montando un estrecho cerco. En los techos de las casas y edificios colindantes fueron emplazados francotiradores, las calles fueron acordonadas para facilitar la concentración de blindados, infantes y carabineros. Pronto fue cortada la luz y el agua y desde La Moneda tampoco llegaban indicaciones: el Plan Santiago era inviable.

El 11 sorprendió a Pedro Plaza (*Copelio*) en plena actividad. «Muy temprano me tocó ir a buscar a la gente de Protección Permanente que estaba en La Moneda y que yo mismo había dejado la noche anterior. Cuando regresé a Tomás Moro, noté un gran silencio. Las calles estaban desiertas. Ya se había dado la alarma y estaban llegando refuerzos de las poblaciones. Francisco Argandoña,

aprovechando que venía en vehículo, me mandó a revisar el perímetro llevándome una gran sorpresa. Las casas habían sido evacuadas. Incluso las monjas de un convento que colindaba con Tomás Moro 200 habían desaparecido y no nos habíamos dado ni cuenta. Recuerdo que en la exploración que se le practicó al recinto de las monjas encontré materiales que después aparecieron en los canales de televisión como prueba del arsenal que tenía Allende. Creo que lo habían dejado allí de antemano: una carpa de campaña, material militar, folletos, cartillas de instrucción, evaluaciones de cursos. La casa de un teniente de Carabineros que colindaba con la nuestra también estaba vacía. Era impresionante, todas las casas de los alrededores estaban desiertas. Así me di cuenta de que estábamos ante un golpe muy bien planificado. Nos sentíamos dueños de la situación y de repente nos dimos cuenta que venía una operación en gran escala para lo que no estábamos preparados».

Plaza tenía razón: los planes no funcionaron. Aún más, es probable que la teoría de algunos integrantes del GAP hubiese sido más apropiada para la defensa de la UP. Como hemos señalado, la defensa de La Moneda se subordinaba al Plan Santiago, es decir a una concepción global de la defensa del gobierno en lo que a la capital se refiere. Sin embargo, la plana mayor del GAP, desde hacía algún tiempo venía insistiendo en una revisión de la planificación, habida cuenta de la decisión de Allende de permanecer en La Moneda. Ante ello se elaboró la teoría de los «círculos concéntricos» de defensa del Palacio Presidencial, lo que significaba concebir una defensa en torno a tres anillos de defensa en que participara toda la población, pero ello implicaba una decisión que involucraba a grandes contingentes y demandaba elaborar una teoría de la defensa congruente con la vía político-institucional. En otras palabras, se subordinaba la defensa de la UP a una concepción política y no al enfrentamiento definitivo.

Alejandro García (*Rubén*) recuerda: «Aquel día llegué alrededor de las 7.00, vivía en las inmediaciones y fui alertado por un llamado telefónico desde la planta de Tomás Moro, desde donde María Vargas (*Lila*) y Elba Moreno (*Mirta*) efectuaban llamados cifrados a los integrantes de la escolta que vivían en las inmediaciones y a los que estaban de franco. Pero muchos vivían en poblaciones lejanas y dependían de la locomoción colectiva para sus desplazamientos. Además, salían a

la calle sin armas lo que a muchos les impidió abrirse paso. Tipo 8:00, llegó un grupo de obreros voluntarios a los cuales Francisco Valiente (*Martin*) les dio un mínimo curso técnico para que pudieran manejar el armamento que se les repartió. Así nuestro número llegó a unas 40 personas. Poco antes de las 10:00, llegó Hilda Varas (*Paola*) con información de La Moneda. Pero sus datos eran fragmentarios, no alcanzaban para dar forma a una idea de la maniobra general. Además, venía muy afectada por la decisión del Doctor de exigir a las mujeres que abandonaran el palacio. Félix Vargas (*Luisito*), con su aplomo de siempre, instaló una ametralladora Punto 30. *Hernán*, Recaredo, Milton Silva (*Rodrigo*) y Pedro Plaza, tuvieron la misión de cargar los lanzacohetes. Cada uno asumió sus funciones, pero éramos muy pocos. Rafael Ruiz Moscatelli (*Adrián*) y Elena Araneda (*Nena*), cargaron armas en un par de vehículos. Por aquí o por allá vi a Max Roppert».

En El Cañaveral, Ovidio Toledo (*Rodrigo*) fue uno de los primeros en ser alertado: «*Payita* me comunicó personalmente que había movimientos de tropas. Ingenuamente me alegré, porque pensaba que íbamos a triunfar y por fin se acababa la incertidumbre. No imaginaba que en un par de horas iba a estar detenido. Levantamos a todos los compañeros. El equipo estable de El Cañaveral era de siete personas, pero ese día éramos poco más de 20, porque teníamos un grupo de 12 compañeros en instrucción para formarlos como escoltas y habían llegado unos 20 militantes del PS enviados por el regional Valparaíso. Domingo Blanco (*Bruno*) bajó con el equipo GAP en instrucción y ordenó esperar. Una hora más tarde llegó la orden de trasladarnos a Tomás Moro y tuvimos las primeras deserciones, pues la gente que llegó de Valparaíso lógicamente no estaba en condiciones de luchar. Tipo 8:00, se nos dio instrucción de bajar a Tomás Moro para luego ir a reforzar La Moneda. Pero Tomás Moro había quedado poco protegido y todavía estaba ahí la señora Tencha, la Primera Dama. Cuando llegamos vimos que éramos muy pocos y fui a buscar voluntarios de refuerzo a un par de poblaciones. Hicimos tres viajes y luego salí en misión de exploración para buscar una ruta para llegar a La Moneda, pero fue prácticamente imposible acercarnos. Nos devolvimos a Tomás Moro y, cuando íbamos entrando, cae el primer rocketazo de uno de los aviones. Uno no pensaba que las Fuerzas Armadas podían atacar la casa del Presidente».

Tomás Moro fue bombardeado antes que La Moneda. El castigo fue terrible y tuvo un objetivo: dispersar a los defensores. Pensemos que el fuego fue dirigido a una casa particular y no a una fortaleza, de manera que sus efectos fueron devastadores, tanto física como psicológicamente. Por eso no hubo ultimátum o conminación a la rendición, solo bombas. Contra los cazas subsónicos Hawker Hunter no había defensa posible, Tomás Moro carecía de defensa antiaérea, pero aun así se hizo lo posible por repeler la agresión. Los defensores, al percatarse que serían sometidos a un bombardeo, hicieron lo que los vietnamitas denominan «barrera de fuego», es decir, se concentraron entre 10 y 15 tiradores abriendo fuego simultáneamente, calculando el paso del avión. Inútil. La velocidad los hace inmunes al fuego de fusilería, de modo que las barreras de fuego tendieron más bien a desproteger a los defensores, los que afortunadamente se instalaron en las afueras de la casa. Esta pronto quedó en ruinas. Algunos rockets perforaron las murallas, destruyendo todo a su paso, pinturas, muebles y enseres que volaron o pagaron tributo al incendio reforzado por la rotura de las cañerías de agua. Bastaron dos o tres vuelos de los aviones para que un sector de la techumbre se derrumbara y reinara el caos, acompañado del oscurecimiento repentino que causaron las explosiones al remover el polvo.

No hubo muertos. Sí algunos heridos. Entre ellos Félix Vargas, alcanzado por tres esquirlas en el brazo y la cabeza. Nada grave. Fue prontamente aliviado por la curación de campaña efectuada por Hilda Varas. Peor fue la experiencia de *Hernán* que voló por los aires producto de la onda expansiva. Al despertar, su sensación fue que había reventado. Tal fue la violencia del impacto que lo elevó unos dos metros del suelo con los tímpanos reventados. No podía hablar cuando fue atendido por Alejandro García y sólo logró recuperarse al ser evacuado del recinto. Un poco más allá y con la adrenalina al tope, Pedro Fierro (*Galo*) se hizo fuerte atrás de una ametralladora y apuntó a un helicóptero que se acercaba en exploración. Les dio una amarga sorpresa, los impactó de lleno, el helicóptero se alejó maltrecho. Luego viene el mito: que cayó en el Hospital de la FACH, que capotó en los cerros de Los Dominicos. En fin, la imaginación popular vería muchos helicópteros cayendo por doquier.

La casa comenzó a incendiarse, las cortinas quedaron en el suelo, el despacho presidencial se anegó, los cuartos de los GAP quedaron intransitables porque se desplomó la techumbre y los armarios cayeron sobre las camas. La despensa quedó desparramada, solo se mantuvo firme la pequeña construcción subterránea donde se almacenaba el armamento, porque la piscina quedó en ruinas y la pérgola prácticamente desapareció. No fue todo. También desaparecieron los voluntarios que llegaron. Habían aprovechado la espesa humareda, el olor a explosivo y la nube de polvo: se marcharon entre los intervalos del vuelo de los aviones.

Los GAP permanecieron algunos minutos juntos después del bombardeo, evaluando y tomando decisiones. Pronto llegaron a la conclusión de que los militares no estaban interesados en practicar una táctica de asalto a la casa y que habían dejado algunos lugares por los cuales se podía evacuar. Eran sitios colindantes con poblaciones.

Ovidio Toledo: «La retirada, en realidad, fue bastante improvisada, pero no a tontas y locas, lo único loco fue ir con un voluntario hacia detrás de la casa de Tomás Moro, al convento de las monjas. Tenía que avisarle al compañero emplazado con la ametralladora, que estábamos evacuando. Nos perdimos porque no conocíamos el lugar y cuando salimos todo el mundo se había ido. En ese momento me asusté y comenzamos a alejarnos del lugar. Nos volvió el alma al cuerpo cuando a varias cuadras vimos que iba pasando una camioneta roja cargada de compañeros que se iban retirando y a una cierta distancia venía un auto civil con dos carabineros uniformados y dos de civil. Seguimos caminando como si no tuviéramos relación con lo que sucedía; pero uno de los carabineros me reconoció y, bueno, el tipo se bajó y nos encañonó, no alcanzamos a oponer resistencia y eso que llevábamos nuestras pistolas y dos granadas. Nos golpearon, nos tiraron al piso y sentí cuando rastrillaron una subametralladora UZI y nos apuntaron a la cabeza. Me despedí de la vida, pensé que nos iban a matar. Pero, dos señoras que estaban observando se pusieron a gritar: «¡Cómo no ven que él es un niño!». Gritaban por mí. Entonces, un carabiniere le dice a otro: «¡Llevémoslos allá arriba pa' matarlos!».

Ovidio Toledo y su acompañante tuvieron suerte. Desde la central le pidieron al móvil su ubicación, la respuesta es que están

en calle Tomás Moro con dos extremistas detenidos. Desde la central les ordenaron llevarlos detenidos a la subcomisaría de Los Dominicos.

«Allí estaba el mayor Concha, el *mayor rojo* como le decía la prensa de derecha. Al llegar, nos dijo, muy afectado, que estaba en marcha un Golpe de Estado y que lo único que podía hacer era que uno de nosotros se fuera libre y que le avisara a la familia del otro. Yo me quedé».

El resto de la escolta ya había abandonado Tomás Moro, para lo cual había planes previos, pero la evacuación no funcionó como estaba planificada, por una sencilla razón: la onda expansiva de los rockets o el aumento de la temperatura reventó los neumáticos. De manera que con gran dificultad salieron pocos vehículos.

La primera misión fue poner a buen resguardo a Hortensia Bussi de Allende.

Con la distancia que dan los años, *Lila* aún se sorprende con algunos pasajes de lo ocurrido: «Doña Tencha dio muestras de gran entereza. Pudo haber salido antes del bombardeo. Incluso pudo haber dormido fuera de la casa o haberse retirado temprano en la madrugada, pero la abandonó sólo después del impacto del primer proyectil. Pero antes había dado orden perentoria de no disparar, de esperar instrucciones. Aún me conmuevo al recordar cómo, bajo esas infernales condiciones, doña Hortensia protegida por una mesa intentaba comunicarse por teléfono con el Presidente y, sin perder la calma, nos exigía que no nos arriesgáramos demasiado. Creo que en ese momento le quedó clara nuestra tarea, porque es bien sabido que los GAP nunca le fueron del todo gratos. No compartía nuestras aprensiones y siempre pensé que a lo mejor consideraba que estábamos de más y que contribuíamos a deteriorar la imagen presidencial. La comprendíamos, porque ella había conocido otro Chile. Me sorprendió su aplomo, su cariño por Allende y su interés por nosotros. Años después se lo dije en México».

Salió un vehículo con Alejandro García, acompañado por *Hernán* y Max Roppert, que sufrieron dos inconvenientes: en algún lugar del camino, Alejandro y Max bajaron del auto para prestar atención a *Hernán*, herido en el bombardeo, y cuando siguieron ya era tarde, no lograron cruzar los anillos militares que

comenzaban a estrangular la ciudad y debieron dejar a buen recaudo el automóvil en las cercanías del Estadio Nacional.

En una camioneta roja salieron los Valiente, padre e hijo, Francisco y Recaredo.

Milton Silva (*Rodrigo*), confundido y sin escuchar la orden de evacuación, huyó en un jeep que encontró abandonado en la calle.

En los últimos vehículos iban cuatro hombres y tres mujeres: Pedro Plaza, Pedro Fierro, Rafael Ruiz Moscatelli y Félix Vargas; Elena Araneda, Rina Balvederessi (*Sofía*) y *Javiera*. El destino eran los cordones industriales. Llevaban armamento de refresco.

Salpica la sangre

En los cordones industriales, en INDUMET, los miristas y socialistas preparaban el golpe de mano. GEO-PS y Fuerza Central-MIR, suponiendo que La Moneda se mantenía y sin conocer lo sucedido en Tomás Moro, se preparaban para asestar un golpe con fines políticos, psicológicos y militares: capturar armamento. Se trataba de encender un combate generalizado para provocar la participación de tropas leales, esgrimiéndose como argumentos la existencia de acuerdos previos con unidades dispuestas a la defensa, la tardanza de las operaciones militares (interpretada como vacilaciones) y los rumores de combates en el regimiento Buin y la Escuela de Suboficiales de Carabineros.

Alrededor de las 13:00 horas, repentinamente el centro operativo se llenó del fragor de los disparos, del humo y la pólvora. Había explosiones y lamentos de heridos, entre ellos uno de los ocho miembros del MIR presentes. Su muslo había sido atravesado por una bala de guerra. Aumentaban la confusión, los altavoces exigían la rendición, por las afueras se movían tres tanquetas Mowag Roland y por el aire los helicópteros. De inmediato se daría la orden de evacuación, quedando sólo un pequeño grupo de contención, mientras por un costado de la industria comenzaba el repliegue con dirección a SUMAR.

INDUMET fue rodeado por tanquetas, carabineros y personal de la FACH. Se inició un violento combate por las calles de las poblaciones La Legua y El Pinar. La marcha, de alrededor de unos dos kilómetros, duraría un par de horas, animada por confrontaciones intermitentes. En una de ellas cayó abatido Francisco Cat-

tani (*Dario*), integrante del grupo que cubría la evacuación. Al momento de disparar un lanzacohete, fue alcanzado por la ametralladora de una tanqueta.

Fue el momento en que Eduardo Carvallo se percató de lo efímera que es la vida. «Fue mi primer muerto. Nunca antes había visto morir a una persona y menos bajo tan terribles condiciones. *Dario* se expuso un par de segundos apuntando a una tanqueta y recibió en plena cara, debajo de la nariz, la bala de una ametralladora. Al llegar a auxiliarlo todo su cuerpo eran convulsiones, estaba muriendo. Al mirarlo pensé que no era para tanto y, como estaba sucio por la tierra y el polvo, la sangre que le corría por la boca la interpreté como producto del golpe. Sin embargo, al levantar su cabeza para revisarlo, vi que en la nuca tenía un hoyo tremendo y que no quedaba nada adentro de la cabeza. Era un hueco enorme por donde salía mucha sangre que no podíamos parar. Yo gritaba y pedía ayuda. Quería algo con qué absorber la sangre que ya comenzaba a impregnar mi ropa. Los ojos se le dieron vuelta, había muerto, pero yo no alcanzaba a comprenderlo del todo. Las tanquetas seguían disparando, de modo que mientras lo auxiliaba, mis demás compañeros seguían disparando. Todo me daba vuelta, después de ese momento estaba enardecido, creo que perdí la noción de lo que hacía, tenía fijo en la mente un tremendo hoyo en la nuca..., sangre salpicando por todos lados y una RPG-7 a la vera de la calle, que de pronto desapareció de mi vista, hasta que volvió a resonar por el disparo de un nuevo cohete que me devolvió a la realidad».

Minutos después, un proyectil de RPG-7 dejó fuera de combate a una micro de Carabineros. No fue un impacto directo, pero sí lo suficiente para inutilizar el bus y aturdir a la dotación. Luego de requisadas las armas y atendidos los heridos, el integrante GEO a cargo de la operación los dejaría en libertad. ¡Aun existía espacio para actos versallescos! Claro que nadie podía prever los acontecimientos futuros. Metros más allá, caería abatido *Bernardo* y minutos después la atención se concentraba sobre una ambulancia que, simulando estar en servicio, desplazaba a efectivos de Carabineros. El cansancio y el miedo impregnaban la atmósfera. «¡No me queda adrenalina!», susurraba Miguel Bustamante y entre los escasos dirijentes destacaba la presencia de Exequiel Ponce. Excedido de peso

y de pies planos, sus desplazamientos eran dificultosos, pero daba instrucciones precisas, ordenaba el panorama y acicateaba para llegar pronto a SUMAR e iniciar el reagrupamiento, para saber qué pasaba. Como no había comunicaciones, era una marcha a ciegas. Pero no eran las únicas dificultades, los defensores del gobierno estaban muy lejos de saber desplazarse militarmente. Su formación se mostraba insuficiente para combate de pequeñas unidades en localidades.

Comenzaban a cundir los heridos (*Miguel, Marcos*) y también los detenidos, entre ellos Patricio Inda (*Patoso*), quien al momento de su captura portaba, para su desgracia, un casco del microbús de Carabineros que había sido impactado por el proyectil RPG-7. «Luego de atravesar sucesivamente varios patios interiores de fábricas y casas, equivoqué el salto cayendo con un AK-47 y un casco policial en manos de una patrulla de Carabineros. Me pudieron fusilar, porque ya estaba en vigencia la ley marcial. Pero en el momento en que el pelotón de fusilamiento se aprestaba, un capitán detuvo la ejecución por una sencilla razón: se estaba haciendo una transfusión a un herido grave y se necesitaba sangre y, como tenía un tipo compatible, salvé milagrosamente la vida. La transfusión fue terrible. Se realizó directamente con el herido, cuya sangre manaba a borbotones. Sentí que me moría por la donación de sangre y por el miedo, ese miedo que produce un sudor frío y mal olor en uno mismo. Entonces vino lo inesperado. Los milagros existen, por lo menos para mí. Durante la transfusión fui obligado a permanecer con el casco para identificarme y luego me iban a fusilar; pero manos solidarias de unos carabineros, obligados a cumplir órdenes de la superioridad, me quitaron el casco en un momento de descuido, después me llevaron a una comisaría y luego a inaugurar la prisión del Estadio Nacional». Otro calvario y otro milagro de sobrevivencia.

Finalmente SUMAR. Por fin comenzaba el reagrupamiento. Hecho que Manuel Alarcón (*Jerónimo*), integrante del grupo asignado a la Inteligencia de Allende, recuerda con nitidez:

«Luego de un combate de encuentro con las fuerzas policiales logramos detener un bus de Carabineros, iniciando enseguida el desplazamiento por el interior de La Legua camino a MADECO, cuando apareció un carro de bomberos. Calculo que iban a lo me-

nos unas 70 personas. Renato Moreau (*Tata*), llegaba con un carro bomba repleto de hombres armados. Hacía una entrada espectacular al compás del ulular de las sirenas. Nos subimos con Camilo Concha, pero en un viraje, al escuchar tiros, nos bajamos y nos metimos en una mediagua que daba a la calle Pedro Alarcón. Nos subimos al techo y vimos hacia el sur poniente, un feroz combate entre los integrantes de otra micro de Carabineros y parte de nuestras fuerzas. Era un combate de posiciones. La micro había sido traspasada por un cohetazo disparado por un compañero, y que finalmente dio en un poste. Recuerdo muy bien ese momento, porque después de terminado ese enfrentamiento, en uno de los pasajes, realizamos un mitin en que habló una pobladora e instó a los vecinos a sumarse a nuestra columna: fue un hermoso espectáculo. Nosotros con los fusiles alzados gritando por Allende».

Los dos vehículos que huyeron de Tomás Moro en ese momento llegaron a SUMAR y de inmediato los GAP desplegaron el armamento de la residencia presidencial. Luego del bombardeo, Pedro Plaza, Félix Vargas y Pedro Fierro habían logrado trasladar parte del pequeño arsenal. Félix Vargas, aquel ELN que había participado en la guerrilla boliviana, venía en mal estado, había sido alcanzado por esquirlas en la cabeza y en los brazos, su chaleca de azul oscuro revelaba que había perdido una buena cantidad de sangre, pero estaba animoso, aunque lleno de polvo e impresentable, porque parte de sus pantalones habían quedado en el suelo luego de la caída que le significó el haber sido alcanzado. Lo único pulcro eran las vendas con que Hilda Varas, luego de curar las heridas, había parado la hemorragia.

En el grupo venían también tres mujeres de la escolta presidencial, Rina Baldeveressi, Elena Araneda y *Javiera*, y entre el armamento de refresco, una ametralladora Punto 30, la cual fue instalada en una copa de agua con óptimos resultados, pues logró hacer impacto en un helicóptero que ametrallaba el entorno.

Pero la situación se tornaba insostenible, la teoría de los Centros de Resistencia no había funcionado (atrincheramiento generalizado en las fábricas), se carecía de comunicaciones, los desplazamientos eran torpes y pesados y ya pronto SUMAR sería cercada y tomada, de manera que luego se dio la orden de evacuación y traslado a una nueva industria del sector: ahora MADEMSA,

siempre con el afán de reagrupar la fuerza para acudir en auxilio de La Moneda.

Seguían las bajas. Cuenta Manuel Alarcón: «En un momento de calma producto de una tregua, alguien me preguntó si yo era *Jerónimo*. Al fragor de esos momentos escuché mi nombre de guerra, mi nombre de chapa, y no lo relacioné. Querían que identificara a un compañero caído, cerca de una casa donde nos habían dado una taza de té. Tengo confusos recuerdos de ese momento; allí, cerca de calle Pedro Alarcón, junto a un acacio, yacía sin vida Camilo Concha. Recuerdo que lo vi un momento de rodillas disparando fuera de la casa sin ninguna protección. Reconocí sus botas nuevas, su pantalón marengo, su chomba calipso y su vestón nuevo. Antes de morir pidió que me entregaran su reloj y otros documentos que luego llegaron a manos de Gustavo Ruz Zañartu (*El Pollo*), según me relató años más tarde. Finalmente su cuerpo se lo llevó una ambulancia del Hospital Barros Luco, pero antes tuvimos que ajustar cuentas con un ladronzuelo que intentó robarle las botas».

La resistencia había disgregado, en algún lugar de La Legua, bajo la conducción de Arnoldo Camú (*Agustín* o *El Tío*), otro intento de marchar hacia La Moneda, pero ahora el cerco se había estrechado operando fuerzas de la aviación y carabineros con apoyo aéreo. Arreció el fuego y nuevamente volaron las esquirlas. Camú, sirviendo de artillero, le había dado a una tanqueta.

El desplazamiento fue cada vez más lento. Los militares y carabineros empezaban a controlar la situación. Habían extendido una doble línea, una primera de contacto y contención, luego una de cerco y aniquilamiento. Eran las 18:00, comenzaba a regir el toque de queda y la ley marcial. Ya había llegado la información de la caída de La Moneda. Había que tomar decisiones, se perdían hombres y medios, también comenzaba el desbande. Cerca del anochecer, comenzó en MADECO una rápida reunión de evaluación y las conclusiones fueron pasar a la clandestinidad, rescatar las armas y mantener el contacto de la estructura. A continuación, se evacuaron las armas para «embarretinarlas» y preservarlas, misión asignada a Renato Moreau y Pedro Plaza, audacia que este último pagó caro al ser descubierto unos días más tarde. Mientras tanto, Robinson Pérez (*Manuel*) debía asegurar las comunicacio-

nes con la dirección y Hans manejar los contactos con los grupos y militantes que habían permanecido en el lugar. Alrededor de la medianoche, luego de afinar un sistema de contactos, hacían abandono los últimos cuatro ocupantes del edificio: *Laura*, Félix Vargas, Lolo y Hans.

En la última reunión se escucharon algunas de estas frases:

Exequiel Ponce: «La revolución ha sido derrotada».

Robinson Pérez: «Hemos sido traicionados, hay que preservar hombres y armas».

David Polanco: «Es una derrota estratégica».

Restos del naufragio

Salvador Allende no estuvo solo en el holocausto. El GAP tampoco. Los acompañaron en Valdivia, en Valparaíso, en Talca y San Fernando.

En provincias entró a funcionar el Plan Hércules, aplicándose las normas de seguridad interior del Estado a través de los Comandos de Area Jurisdiccional de Seguridad Interior (CAJSI). Plan que también contempló la ocupación del poder político regional (intendencias y gobernaciones) y la captura de las autoridades correspondientes. Nuevamente operó el factor sorpresa, a excepción de algunas pocas localidades, como fue el caso de Valdivia, donde alertado por la movilización militar y las transmisiones radiales, Uldaricio Figueroa dispuso la defensa del gobierno. Acto seguido, recogiendo el poco armamento disponible, intentaría resistir en el perímetro ciudadano, pero ante el copamiento y la confusión decidió ganar tiempo «enmontañándose»; se dirigió con algunos militantes y en medio de un fuerte temporal, al aserradero de Panguipulli, uno de los símbolos del poder popular en la región. Desde allí esperaba lanzar la contraofensiva, terreno además apto para los avances de pequeñas unidades, experiencia con que contaban algunos de los defensores del gobierno, pues en la zona había funcionado años atrás una de las escuelas guerrilleras de La Organa: Chaihuín.

Pero las Fuerzas Armadas ya contaban con planos operativos para superar la emergencia, de modo que tras varios días de enfrentamiento y persecución fue capturado. Luego fue trasladado engrillado y maniatado nuevamente a Valdivia. Poco después fue

condenado al pelotón de fusilamiento, del cual libró gracias a la ola de la solidaridad internacional que logró la conmutación de la pena de muerte por la del exilio.

Menos suerte tuvo el casi adolescente Roberto Huaiqui (17 años), estudiante secundario, hijo del presidente del Consejo Comunal Campesino de Lago Ranco, quien, de acuerdo al Informe Rettig, salió de su casa «el 11 de septiembre de 1973, junto a otras personas, con la intención de cruzar la cordillera para dirigirse a Argentina. Cuando iban cruzando el río Nilahue, les dispararon desde una avioneta tripulada por civiles, dándole muerte e hiriendo en la espalda a uno de los acompañantes. El cuerpo sin vida de Roberto Huaiqui cayó al río y fue impulsado aguas abajo, sin que pudiese ser recuperado». Tiempo trágico también para 11 militantes del MIR-MCR condenados a muerte por el Consejo de Guerra de Valdivia que los acusó de haber asaltado el Retén de Neltume el 12 de septiembre. Ni siquiera hubo conmiseración, como es el caso de Andrés Silva, ejecutado en Sichahue, a quien, según el Informe Rettig, «Carabineros de Llifén prohibió darle sepultura, y los familiares, después de dos meses, decidieron inhumarlo, contra las órdenes, en razón de que los perros ya habían destrozado el cuerpo».

A Talca y San Fernando las noticias llegaron tarde. Recién a las 11:00 se tuvo una relación cabal de los hechos y ya no se podían echar a funcionar los planes de defensa de la Unidad Popular, de manera que los militantes que lograron contactarse tomaron la decisión de hacerse fuertes en los contrafuertes cordilleranos. Un grupo constituido por Juan Rojas, Alex Schubert, Oscar Cucumides y otros, se internaron por la zona de Bellavista y en las proximidades del río Teno, los interceptó el personal de un retén de Carabineros, produciéndose una violenta refriega donde hubo muertos, heridos y detenidos. A Juan Rojas los partes militares lo dieron por fusilado a consecuencia de la ley marcial, estrategia para mantenerlo en calidad de prisionero de guerra con el fin de acumular información. «En otros términos, fui llorado por mi familia, amigos y compañeros en circunstancias que durante cuatro meses fui torturado por personal de inteligencia, sufrimiento del que salí vivo gracias al arrepentimiento de un traidor que confesó haberme entregado y que conocía la odisea que estaba viviendo.

Eso me permitió pasar a la cárcel y tras tres años de presidio ser expulsado al exilio», relata Juan Rojas.

Perseguido y acosado como fiera, Juan Vilches Yáñez intentó salvar su vida atravesando la cordillera de los Andes. Había recibido instrucción en el GAP, pero dada su corta edad de 18 años, se optó por reintegrarlo a las labores de la JS de Talca. El 11 de septiembre, junto a un grupo de unas 25 personas, dirigidas por el intendente de la ciudad, Germán Castro, se enfrentaron a lo menos dos veces con fuerzas policiales y militares, con un resultado catastrófico pues hubo muertos, heridos y doce capturados.

Los rastrearon por tierra con perros amaestrados y por aire desde helicópteros. Sus casas fueron allanadas y los pasos fronterizos bloqueados, en tanto la carretera hacia el norte y el sur se transformó en un pasillo intransitable por los rigurosos controles establecidos. No había donde ir. Pronto faltaron el abrigo y la comida. La falta de recursos, el instinto de sobrevivencia y el saber que ya estaba todo perdido les condujo a tomar una riesgosa determinación: intentar abandonar el país a través de pasos fronterizos que no conocían y buscar asilo político en la República Argentina, odisea que dio lugar a la filmación en Alemania Democrática de la película *Der Übergang (El Paso)*, dirigida por Orlando Lubbert y protagonizada por Aníbal Reyna.

A mitad de cordillera los sorprendió un violento temporal para el que no estaban preparados, fueron arrastrados por el viento, el lodo y las piedras. Allí murió Juan Vilches y lo enterraron manos piadosas de arrieros argentinos.

En Valparaíso, los porteños se recuperaron de la sorpresa sólo dos días después, cuando en un temerario operativo intentaron responder. Desde los cerros fue bajando una abigarrada masa de socialistas, en su mayoría ex miembros de La Organa y parte integrante del Aparato Militar. Esta vez durante la noche del 13 al 14 de septiembre la sorprendida fue la fuerza de ocupación. Fue todo: sorpresa, porque pronto fueron acallados y cesó toda resistencia. La única opción era la clandestinidad, pues además las rutas, especialmente la que comunicaba con Santiago, estaba vigilada. En Valparaíso nuevamente salta la pregunta: ¿por qué un esfuerzo de esa naturaleza? ¿No era mejor sumergirse en la clandestinidad? Allende ya estaba muerto y la resistencia había sido pulverizada.

Corría el rumor de que desde el sur marchaba a paso forzado una división leal comandada por el general Prats. ¿Pensaban alivianar su supuesta tarea? Un sobreviviente de la asonada porteña aporta un indicio estremecedor: «Sabíamos que todo estaba perdido y que cazaban a la izquierda en todo el país, de manera que decidimos —en forma unánime— dar un último combate para generar condiciones para la lucha que veíamos por delante, pensando que sobre este ejemplo germinaría la resistencia».

Esa fue toda la resistencia, tan precariamente organizada. Lo que no indica que en otros lugares, otros militantes de la UP no hayan defendido a su gobierno. Sorprende la (casi) total carencia de organización, la improvisación, la falta de conductores, la ineptitud de los dirigentes. Sorprende que los dirigentes no hayan aquilatado en toda su magnitud la decisión del Presidente de permanecer en La Moneda, de lo que muy claramente da cuenta Gustavo Puz, que bajo el seudónimo de J. Franco, firmó el artículo «El combate socialista en La Legua»: «Incansables veces se le repitió a Allende la inconveniencia operativa de encerrarse en un lugar que no daba garantías suficientes para ser defendido».

Aquí podría residir el silencio vergonzante que impuso la dirigencia sobre estas pequeñas acciones de defensa del gobierno. Un silencio acicateado por el fracaso de una generación de dirigentes, con escasas excepciones, que se mimetizó bajo un supuesto fracaso general.

La poca cantidad y calidad en fuerzas y medios, demuestra que la izquierda no estaba en condiciones de tomarse el poder. Lo pensó y lo proclamó, pero por un discurso intolerante no se puede aniquilar a parte importante de una nación. Menos cuando los hechos demuestran a ojos vistas la infiltración y el sabotaje interno, lo que indica que los militares golpistas tenían más que una noción de la fuerza popular, de manera que siendo profesionales de la guerra debieron haber medido la magnitud de sus acciones.

No bastó con la muerte de Allende, había que escarmentar por siempre jamás la insolencia popular. El clima lo preparó el Libro Blanco, que fue publicado sin autor o autores, aunque el texto fue coordinado por el historiador Gonzalo Vial. Se afirma en el *Libro Blanco* que la Unidad Popular preparaba «un autogolpe para mediados de septiembre, preferiblemente durante las festividades de

conmemoración de la Independencia (18 y 19 de septiembre)» y se asegura que «el autogolpe comenzaría con la eliminación física, por comandos terroristas, de altos oficiales de las Fuerzas Armadas y Carabineros, así como de dirigentes políticos y gremiales opositores. Tan sangriento operativo se conocía como Plan Z».

El libro invitó al miedo y a la represión, al darle cuerpo al fantasma del enemigo interno:

«Este autogolpe se daría con equipos terroristas y paramilitares escogidos, en todo el país, en especial en Santiago. El más organizado de los equipos era, naturalmente, el GAP («grupo de amigos personales»), dispositivo de seguridad del propio señor Allende, compuesto por unos doscientos hombres de selección, bien entrenados y perfectamente armados».

En los apéndices del libro se reproduce el documento Política ante las Fuerzas Armadas, que fue preparado por la Comisión de Defensa del PS en 1971. El texto aparece con una gran «Z» manuscrita en cada página, la letra fue dibujada por los autores del *Libro Blanco* con el afán de darle credibilidad y para ligarlo a un segundo documento, también de 1971: unas páginas escritas a mano que dan cuenta del llamado Plan Santiago, una estrategia de defensa precaria y mal realizada, con el único propósito de repeler un Golpe de Estado.

Emilio Filippi y Hernán Millas, ahora en el libro *Anatomía de un fracaso*, afirman que «en El Cañaveral, en la misma caja de caudales citada, se encontraron después del 11 de septiembre ¡cuarenta mil dólares! Allí el lujo y los agrados de la vida se multiplicaban en relación a Tomás Moro. Cinco refrigeradores. Abundancia de alimentos importados, envasados. Y el infaltable whisky Chivas Regal. También la pornografía. El Cañaveral disponía de un lujoso cine y en su caseta se encontraban decenas de rollos de filmes de la guerra de Vietnam junto con películas nórdicas. Aparte de un cúmulo de fotos de Allende practicando como guerrillero, se hallaron otras más... más comprometedoras».

Al bombardeo y posterior saqueo de Tomás Moro se añadió la versión denigratoria y la descalificación personal de Allende. En el libro *Martes 11*, de Luis Álvarez Baltierra, Francisco Castillo y Abraham Santibáñez, se insistió en que Tomás Moro estaba decorado con «brocados, alfombras, porcelanas, marfiles, vajillería y cris-

talería oriental y europea. Sillones de cuero repujado por doquier, cuadros, lámparas, bibliotecas y decenas de teléfonos. Junto a la piscina un cocodrilo embalsamado, regalo de su amigo Fidel Castro. En la pieza de baño, aparatos para hacer gimnasia y un mini-sauna».

¿Era un delito que en la casa del Presidente hubiesen brocados y cristalería de Bohemia? ¿No refleja esto una mente que negaba al izquierdista todo refinamiento? Pero ese no era el objetivo. Luego de la destrucción de la Unidad Popular había que eliminar toda posibilidad de reencuentro de la izquierda con alguna cuota del poder. Es la única explicación para aquella frase que afirma que Allende mezcló «el adiestramiento guerrillero y el sexo, el alcohol y la lección marxista».

¿Cuál habría sido la reacción de la prensa opositora si hubiesen sabido que todos los viernes en el vuelo regular de Cubana de Aviación, Fidel Castro enviaba «Coco Glasé»?

Dice Pedro Plaza: «Era un helado sencillamente delicioso y cuando nuestro ecónomo llegaba con el preciado cargamento, destinado a las recepciones del Presidente, siempre me las ingeniaba para comer un poco. Estaba enamorado de los «Coco Glasé». Era una crema que no se puede identificar de lo sabrosa que es. Hay de coco, piña, banana. Un manjar».

Tras esta simple confidencia se esconde un argumento de proporciones, porque si Fidel Castro mandaba helados con gran facilidad y nadie se enteraba, también era factible enviar cantidades de armas. Cuestión que nunca se hizo, solo se envió una cantidad limitada para defender al Presidente, como efectivamente ocurrió. Fueron armas para defender la legalidad.

El corazón de Allende

El siglo XX fue pródigo en guerras y desolación. ¿Por qué, entonces, tal repercusión ante el Golpe de Estado en Chile? La ola de solidaridad internacional se parangona con el apoyo a la república española o a Vietnam, países martirizados por la guerra y ubicados en el centro de los conflictos internacionales de su tiempo.

¿Por qué la condena? ¿Por qué reaccionó así América Latina, si al fin y al cabo en nuestra América el Golpe de Estado era una situación casi permanente?

Con la perspectiva que da el tiempo, podríamos asegurar que el enorme apoyo fue por varias razones. Las superpotencias buscaban la estabilidad, evitando un nuevo período de «relaciones salvajes». La interrupción de la vía democrática al socialismo podía retrotraer a la insurrección y a la guerra popular, profundizando las tensiones de la guerra fría. La indignación mundial no se debió tanto a la detención de la vía democrática al socialismo, como al accionar de los militares, porque ninguno de los asaltos al poder en la región había mostrado tanto ensañamiento y consecuencias tan masivas.

Hubo una razón más poderosa. Ningún Presidente latinoamericano, en lo que iba del siglo XX, resistió tan altivamente, sin temor, con dignidad y conciencia de futuro, cuidando de no causar mayores quebrantos a sus colaboradores y adherentes.

Ante una rara muestra de decisión política y valor personal frente a la muerte, no es extraña la sublimación del acto. La imagen del Presidente envuelto en una bandera chilena suscitó las versiones del Allende-muerto-en-combate y del Allende-suicidado. Algunos se

ajustaron a la verdad, otros a la imaginación. Así se construye el mito: sociólogos, periodistas, políticos, cantautores y poetas contribuyeron a la transformación del dirigente político en ícono histórico.

En la mesa familiar de Tomás Moro, el 10 por la noche, se encontraban Salvador Allende, Hortensia Bussi y su hija Isabel, Joan Garcés, Carlos Briones, Augusto Olivares y Orlando Letelier. Durante la cena, la conversación giró en torno al reciente viaje de doña Hortensia a México. Luego de la comida, el Presidente y sus invitados se abocaron a mejorar el discurso con que Allende pretendía convocar a plebiscito, diálogo interrumpido en varias ocasiones con noticias que advertían sobre el acuartelamiento de la guarnición de Santiago (Alfredo Joignant), la movilización de tropas en San Felipe (Adonis Sepúlveda) o la profusión de rumores sobre un Golpe de Estado en marcha (Carlos Altamirano). Nada hacía presagiar la tragedia que se cernía. Los rumores eran corrientes. Así, en medio de una profunda incertidumbre, Allende se acostó alrededor de la 1:00 AM.

Para Juan Osses Beltrán (*Silvio*), uno de los escasos sobrevivientes del combate de La Moneda, la última noche es inolvidable: «Me encontraba de guardia en la pequeña antesala contigua al dormitorio de Allende, lugar al que muy pocos tenían acceso y que se habilitó para evitar la posibilidad de un ataque artero. Esperaba impaciente el fin de mi turno, pues me brindarían un pequeño ágape para celebrar mi despedida de soltero. Al día siguiente contraía matrimonio. En la mañana iría al Registro Civil y luego a una fiesta en la casa de Matilde, mi fiel suegra. La mujer que el día 12 de septiembre, a pesar del toque de queda, salió a la calle y se paró frente a La Moneda para pedir información sobre mi paradero. El reloj corría lento. Quería descansar del tormentoso colon irritable que me afectaba desde hacía un tiempo. Cuando se cumplió el turno, recibí con júbilo a Hugo García (*Rodolfo*), mi reemplazante. A continuación disfruté algunos minutos de un cóctel preparado por los compañeros, pero la celebración se transformó en sesión de trabajo, porque era estudiante de la Universidad Técnica del Estado y debí ayudar en la planificación operativa para cubrir la visita que en un par de horas efectuaría el Presidente. De pronto escuché a Pedro Fierro comentar el llamado a plebiscito, lo que motivó una discusión, al fin y al cabo

éramos militantes de una causa política. Me retiré a descansar al filo de las 4 de la madrugada».

También para Renato González (*Eladio*) fue un día singular. Le correspondía la guardia de seis a nueve de la mañana, y luego algunas horas de franco, las suficientes para visitar a su familia de estibadores en San Antonio, contacto muy esperado por un joven de 18 años. Durante su guardia recibió el llamado de un alto oficial de Carabineros que pedía comunicarse con el Presidente. Había dado órdenes expresas que lo dejaran dormir, pero ante la insistencia requirió nombre, grado e información sobre el asunto. Era Jorge Urrutia, general de Carabineros, prefecto de Valparaíso, y el asunto era ni más ni menos que la información de la sublevación de la escuadra. Renato González no vaciló y despertó al Presidente, que respondió la llamada y ordenó poner en funcionamiento una alarma sigilosa, de boca en boca. Pero, pronto, ante la gravedad de los acontecimientos, entró en funcionamiento la alarma sonora. En segundos, todo el mundo estuvo de pie, formado. Era poco después de las 6.00 AM.

En Tomás Moro había alrededor de 40 personas. En minutos todo estuvo listo. Al personal se le informó de la situación y se les recomendó ponerse ropa cómoda. Luego bajaron hacia La Moneda sin ningún contratiempo. Juan Osses viajaba en el auto artillero conducido por Isidro García (*Roberto*). El vehículo tenía la misión de cerrar la marcha, encargándose de enfrentar cualquier emergencia. No hubo intercambio de palabras, sólo tensión, aunque llamaba la atención el clima: la ciudad estaba nublada y callada. Era un puñado de autos a toda velocidad en una ciudad vacía. Cuando llegaron a La Moneda, un grupo entró con Allende por el frontis y el resto dio la vuelta por Teatinos, tomó la Alameda y giró por Morandé. En contraste con el silencio anterior, apareció de pronto una abigarrada masa de simpatizantes de la Unidad Popular expresando su apoyo al Presidente y exigiendo armas para defender su gobierno. No hubo tiempo para atenderlos. Los GAP bajaron sobre la marcha de los autos y tomaron sus sitios habituales. Una vez adentro, de inmediato se iniciaron los preparativos para la defensa.

De acuerdo a la declaración jurada del detective Roberto Ellis: «Allende recorría esa mañana las dependencias de La Moneda manteniendo la confianza, mostrándose tranquilo, no obstante

que se había comunicado que se bombardearía el lugar a eso de las 11:00 de la mañana. El Presidente vestía una chaqueta de tweed café, beatle de lana café claro, portaba una metralleta y un casco».

El palacio se llenó de colaboradores: Clodomiro Almeyda, Aníbal Palma, Jaime Barrios, Beatriz Allende, Daniel Vergara, entre otros. Todos llegaban en busca de instrucciones. Allende tuvo rápidamente una completa noción de la realidad: no pudo comunicarse con la oficialidad leal de las FF.AA; por Rolando Calderón supo que la CUT no estaba preparada para enfrentar un evento de esa naturaleza; Alfredo Joignant comunicó que había sido reemplazado por un subalterno en la dirección de la Policía de Investigaciones y se produjo un último choque con el PS en el conocido diálogo que sostuvo con Hernán del Canto. Del Canto, por instrucciones de Carlos Altamirano, venía a poner a disposición de Allende el aparato militar del PS, acuartelado en el estadio de la CORMU, y quería del Presidente órdenes concretas. La respuesta de Allende fue brusca y definitiva: «Nunca me han consultado ¿por qué lo hacen ahora?. Cada uno sabe lo que tiene que hacer».

El Presidente comprendió que estaba cercado y aislado, cada uno debía asumir su responsabilidad, no había más que decir, sobraban las palabras y era tiempo de combate. Atendió con prontitud a sus subalternos, despachó a los edecanes y rechazó la solicitud del edecán de la Aviación, Roberto Sánchez, que quería seguir en el lugar. Luego conminó a las mujeres presentes a que se retiraran. Todo esto, en medio de sucesivos telefonazos. Unos llamaban para inquirir detalles, otros para ponerse a las órdenes y los militares para exigir la capitulación inmediata. Un caos. Allende permaneció sereno y se dio tiempo para reunirse con sus colaboradores políticos para informarles que la rendición no estaba entre sus planes, iba a resistir y su recomendación era que abandonaran La Moneda.

Luego se reunió a solas con el GAP, con sus amigos personales de la vida y de la muerte.

Repitió lo de otras veces: su gratitud por el gesto de acompañarlo hasta el final y recordó que era la última posibilidad de escapar a un destino incierto, o bien, dijo Allende, dirigirse a otro puesto de lucha fuera de La Moneda y para eso, si algún GAP tomaba la alternativa, podía llevar su armamento. El Presidente

advirtió que eran pocos, estaban sitiados, probablemente perdidos y dio un tiempo para meditar. Nadie retrocedió.

Recuerda Juan Osses: «Fue todo lo que pudimos conversar con el Presidente. No hubo tiempo para nada más, ni siquiera para un abrazo. Había que tomar posiciones y asegurar la cooperación de fuego. Me asignaron la puerta de Morandé 80 y debí cumplir una tarea ingrata, por orden de Allende requisé las armas a los funcionarios que abandonaron el palacio».

El Doctor, dirigiéndose a Osvaldo Ramos (*Manque*) y a mí, nos había ordenado que nadie se llevara ningún arma, porque eran para los que iban a combatir y debimos revisar las dependencias de los carabineros para sacar armas, municiones, máscaras de gas y extintores.

Osses y Ramos revisaron a la gente que se retiró. No todos permanecieron: en muchos operó el instinto de sobrevivencia, como en aquel detective que pidió autorización para «ir a comprar cigarrillos» y nunca más volvió. Esto hay que señalarlo, porque allí había hombres de carne y hueso a quienes les recorrió un escalofrío por la espalda cuando observaron desde las ventanas de La Moneda, la magnitud de las fuerzas que enfrentaban: destrucción por artillería, el bombardeo aéreo y el asalto de la infantería.

A Renato González se le asignó un lugar en el segundo piso, primero en la secretaría privada, pero por el fragor de los disparos pasó al gabinete presidencial y finalmente a la sala de los edecanes. La dinámica propia de la lucha obligó a la movilidad y a la solidaridad bajo fuego.

Sigue la evocación de Juan Osses: «El propio Presidente llegaba a cada momento a preguntarnos por cómo estábamos y si teníamos algún herido. Nunca dejó de estar preocupado por nosotros, era un aliciente su presencia y sus palabras. Estoy seguro de su ánimo: no estaba empeñado en ganar un combate imposible, sino en evitar, dentro de lo posible, que cayéramos muertos o heridos».

No muy distinta fue la reacción de los integrantes del GAP que fueron destinados a defender La Moneda desde el Ministerio de Obras Públicas (MOP). A los pocos minutos de llegar al Palacio de Gobierno, Jaime Sotelo (*Carlos Alamo*) asignó a ocho miembros para que se parapetaran en ese edificio. Entre ellos, el recién llegado Manuel Cortés (*Patán*), Isidro García, Hernán Suazo (*Hernán*), Julio Soto (*Joaquín*), Lalo y dos más ya evaporados en la

memoria de Juan Carlos Valderrama (*David*), quien curiosamente también se encontraba enfermo: «El día 10 de septiembre a mí me tocaba guardia en La Moneda, al lado de afuera de la oficina presidencial y al atardecer salió el Doctor y me dijo: «¡Buenas noches, compañero!». Pero me quedó mirando, llamó a Bartulín y le dijo: «¡Tómale la temperatura!». Me revisaron allí mismo. De inmediato llamaron a Jaime Sotelo para que me reemplazara, pero no estaba. Entonces el doctor Bartulín le insiste que yo tengo que ir a la clínica de Tomás Moro. Rato después, cuando llegué a la clínica, Hilda Varas me hizo unos remedios y me puso una inyección, mandándome a la cama por una semana. Dormí muy mal, pues tenía gripe. Pero al otro día en la mañana Félix Vargas me dice: «¡Ya, a levantarse, porque hay Golpe de Estado!». Yo pensé, falsa alarma, es una más... mejor me quedo durmiendo. Cuando sentí la alarma general, me levanté y fui el último en integrarme a la comitiva. Casi me quedo abajo. Al llegar a La Moneda vi la cosa tan seria que se me olvidó que estaba enfermo, me mejoré automáticamente y me fui con el grupo al MOP».

Manuel Cortés recién había llegado de Chuquicamata. Venía en representación del grupo que había abandonado la estructura hacía ya un año. Días antes había tenido una conversación con Juan José Montiglio (*Aníbal*) en el norte sobre la posibilidad del reintegro, limándose las asperezas ante la crítica situación política que se vivía. Llegó a Santiago y se alojó en un hotel del centro, pero antes de las 7 de la mañana y ante los movimientos de tropa y el silencio de las radios de la UP, se fue a presentar a La Moneda.

Dada su experiencia y particular relación con el Presidente, fue un importante refuerzo moral. A Manuel Cortés se le encargó el mando de la escuadra de siete escoltas que debían apostarse en el edificio del MOP. La realidad los había reunificado. De esa manera, ocho hombres armados con fusiles y una ametralladora Punto 30 se desplazaron desde el garaje de la presidencia, frente a Morandé 80, a tomar posiciones en el vetusto edificio que estaba en la vereda del frente. Su misión era detener la ofensiva que desde el sector sur intentaría llegar a La Moneda. Valderrama, Cortés e Isidro García y otros escoltas, marcharon confiando en que ya llegarían refuerzos.

Su primera acción fue convencer a los funcionarios del ministerio para que bajaran al sótano. Recuerda Juan Carlos Valderrama:

«Había mucha gente que quería cooperar. Incluso, cuando llegamos con la comitiva a La Moneda, se nos dificultó el paso por la muchedumbre que salió a gritar consignas en favor del Presidente. Muchos pedían armas. Tuvimos que ponernos firmes, alegando que entre nuestros deberes estaba proteger sus vidas, que debían irse para resguardarse, porque se suponía que iban a disparar de todos lados contra nosotros. Ante su insistencia por permanecer, tuvimos que insistir, por su inexperiencia, no sólo estaban arriesgándose, sino que entorpecerían nuestros movimientos. Desocupamos el edificio del MOP desde el primero hasta el décimo piso, montamos parapetos y habilitamos lugares por los cuales desplazarnos. Al poco rato, sólo circulábamos nosotros, que ni siquiera portábamos un gran armamento: una pistola y un fusil AK con 120 tiros y una ametralladora. La nada misma, si se toma en cuenta que sobre este punto operaron varios regimientos».

En La Moneda y en el edificio del MOP se preparara una débil defensa. Allende reiteró la orden de no disparar sino hasta el momento en que los militares iniciaran las acciones. Una vez que comenzó la agresión, la balacera fue infernal. Se inició esporádicamente alrededor de las 9:30. Al parecer los militares pensaron que, intimidando, lograrían una rápida rendición. Estaban equivocados. Desde los distintos puntos de fuego se mantuvo la posición.

Desde el MOP, con el emplazamiento de la ametralladora y la utilización de fusiles disparando tiro a tiro, se impedía el asalto de los militares. Isidro García señala que lograron mantener durante horas inmovilizados a los militares que intentaban, por el sur de La Moneda, el asalto frontal desde Plaza Bulnes.

El propio Presidente conducía la defensa de La Moneda. Desde Morandé 80, Juan Osses defendió la posición empleando un fusil SIG requisado a la guardia de Carabineros, detalle no menor, porque su ruido sordo y seco delataba la posición de un actor. Entre los equipos abandonados por los carabineros había suficientes máscaras antigases para abastecer a los defensores que, sudorosos, rodeados de ventanales quebrados y de pasillos inundados, continuaban la misión que se les había asignado.

En medio de la refriega sonó un teléfono. Juan Osses, quien se había desplazado para sacar armas, municiones y máscaras de gases del arsenal de Carabineros, tomó el llamado. «Era un general,

yo estaba junto a Juan Seoane y otro agente de Investigaciones. El tipo pregunta con quién habla, yo contesto que con un miembro de la escolta del Presidente, y el tipo dice: «Soy un general y quiero hablar con el jefe del grupo de resistencia». Le informé que el jefe era el compañero Presidente y lo llamé, quedándome para brindarle protección. Le tienen que haber ofrecido algo, porque él tomó el teléfono, sacó pecho y dijo textualmente: «No voy a rendirme nunca. Esta va a ser una lección moral para los traidores». Después golpeó el teléfono y nos miró como diciendo: «¿Cómo estuve?! ¡Este es su Presidente!». Fue la impresión que nos quedó grabada entre el fuego y la desolación. Sus palabras fueron un soplo de optimismo para la moral combatiente. A estas alturas, ya no había miedo, pero teníamos dos preocupaciones inmediatas: cómo protegernos del inminente bombardeo aéreo y cómo sacar al Doctor desde el sitio de la refriega. Para ello, comenzaron febriles comunicaciones con los hombres apostados en el MOP».

Poco antes del bombardeo aéreo, los hombres del GAP intentaron abrir una ruta de escape. La maniobra partía en la puerta de Morandé 80, para luego atravesar la calle, entrar al Ministerio de Obras Públicas, romper por el edificio del Banco del Estado y alcanzar calle Bandera, para luego dirigirse a la zona sur y a los Centros de Resistencia: SUMAR, INDUMET, MADECO.

Se designaron las misiones. Por radio se comunicó a la escuadra que defendía desde el MOP que debían estar dispuestos para apoyar la maniobra. Julio Soto conduciría el vehículo en que iría el Presidente. El dirigente iría protegido por Juan Osses disparando a la izquierda; Osvaldo Ramos por la derecha y atrás Jaime Sotelo y J.J. Montiglio. El resto debía servir como cortina de fuego. Desde el segundo piso del palacio, Daniel Gutiérrez (*Jano*), tendría la tarea de hacer fuego con lanzacohetes para inmovilizar los tanques. La ruta era difícil y peligrosa, pero era posible.

Cuando estaba por iniciarse la maniobra, los defensores se encontraron con que la puerta del ministerio estaba cerrada con cadena y candado. Se necesitaba poco tiempo para romper los sellos, pero un tiempo suficiente para una masacre, porque Morandé era un corredor de balas con el agravante de que frente a la Plaza de la Constitución ya se movían los tanques. Ante la situación, Allende dio la orden de abortar la maniobra y regresar a los puestos dentro de La Moneda.

Luego vino el bombardeo aéreo. Fue terrible. Alrededor del mediodía, ya no había noción del tiempo. Pero Allende, consciente de lo que vendría, envió a Renato González a recorrer las dependencias y bajar al sótano. Arriba solo quedarían dos voluntarios, Oscar Valladares (*Huaso Raúl*) y Daniel Gutiérrez, con la misión de avisar sobre la dirección de los proyectiles, para poder cambiar la posición del Presidente. Además, debían informar sobre la magnitud de los daños y visualizar la probable ofensiva de la infantería. Pero, desobedeciendo la orden presidencial, también permanecieron junto a sus compañeros, Jaime Sotelo y Luis Rodríguez (*Mauricio*).

La experiencia la narra Juan Osses: «Nosotros pensábamos que los rockets nos iban a pulverizar. Sentimos llegado el último momento; pero la verdad es que La Moneda era un bastión. Claro, se incendió, se quebraron todos los vidrios, con cada ruido nos tirábamos al suelo y la explosión nos elevaba unos veinte centímetros. Venían juntos el silbido del proyectil y a continuación la explosión. Al principio sentimos miedo, teníamos la certeza de que nadie saldría vivo. En fracción de segundos, nos acordábamos de mamá, papá, el abuelo, de toda tu vida. En realidad no eran segundos sino microsegundos. Luego te mirabas silenciosamente y sin hablar le decías a tu compañero más cercano: «Yo también tengo miedo». Pero una sonrisa reconfortaba. Pero el miedo es una cosa y otra es no cobrar por la vida, de manera que fuimos adquiriendo confianza, ganándole al miedo».

Nadie estaba preparado para un trance de esa naturaleza. Los estudios «técnicos» descartaban la posibilidad de un bombardeo aéreo a La Moneda, una posibilidad que había sido descartada por un ex cabo de la FACH, comprometido con la Comisión de Defensa.

Aunque se hubiese sabido la eficiencia de un moderno ataque, la población civil no estaba preparada para asimilar una experiencia de esa naturaleza, de manera que no dejan de sorprender los recuerdos de otro sobreviviente, Pablo Zepeda (*Pablito*): «Allende daba las órdenes. Cuando iba a empezar el bombardeo estábamos en el segundo piso y el Presidente nos ordenó que bajáramos, que echáramos cuerpo a tierra, que nos cubriéramos la cabeza y nos quedáramos ahí hasta que terminara. Luego la situación se hizo insostenible por los gases que lanzaban desde el edificio de Nataniel

con la Alameda. No se podía respirar por las llamas y el calor que nos inundó. En ese momento, el Presidente nos dio otra orden, para contrarrestar los gases nos dijo que nos tiráramos al suelo, porque abajo se respira mejor, y que aquellos que tenían máscaras se las pasaran a los compañeros más afligidos. Allende daba órdenes, era el conductor de la revolución y esa fue la imagen que me quedó grabada».

Con La Moneda en llamas y los techos derruidos, el crepitar del fuego fue reemplazado por el ruido de los rotores de helicópteros con la misión de lanzar gases lacrimógenos para acelerar la rendición. Los defensores ya tenían las máscaras antigases abandonadas por la guardia de carabineros, pero el problema fue la inexperiencia en el uso de las máscaras, pues para usarla se requiere un entrenamiento especial, si no, se pega a la cara, arden los ojos, la vista se distorsiona, no se puede respirar y se pierde la noción de la distancia de las personas y los objetos. Luego del bombardeo, la máscara fue inaguantable y varios de los defensores procedieron a quitársela con las consecuencias previsibles. Pero la lucha continuó sin tregua.

Todo era tóxico. Las bombas lacrimógenas tornaban irrespirable el perímetro. Fue el momento en que murió Augusto Olivares. Los sobrevivientes pensaron que lo había atravesado una ráfaga disparada desde un helicóptero. Sólo tiempo después se enteraron del suicidio. En su mano derecha, aún mantenía la subametralladora Walter MP y al lado su casco.

Dice Juan Osses: «Con Osvaldo Ramos subimos al segundo piso para ubicarnos en lo que era nuestra oficina, en la esquina de Moneda con Morandé. La pieza estaba incendiada, llena de agua, era la ruina total. Estábamos tiznados y con los pelos tiesos. Desde la ventana continuamos la balacera, cuando una ráfaga lanzó a Osvaldo contra la pared contraria. Vi cómo se doblaba, se tomaba el estómago y sus entrañas se desprendieron del cuerpo. ¡Era mi mejor amigo!. Segundos después, caía herido Antonio Aguirre (*Gonzalo*). Mientras tanto, los tanques, con acompañamiento de infantería, comenzaban a acercarse, por lo que Daniel Gutiérrez empleó los últimos tiros del lanzacohetes. Luego de ajustar el punto de mira y calcular el reflujo de los gases, disparó. Pero el tanque se había movido, por lo que al corregir inconscientemente el tiro movió el arma, por lo cual los gases rebotaron en la pared y no salieron por la

puerta como había calculado. Al rebotar los gases se quemó y gritaba «¡Estoy ciego, estoy quemado!». Pero quemado no estaba. Las partículas del reflujo lo habían cegado, luego lo llevaron al baño para lavarle la cara y al rato logró recuperarse y retomar su posición».

Eran varias las horas de lucha, la caída de La Moneda era inminente, había comenzado el desmembramiento del grupo. La defensa del palacio comenzaba a trastocarse en una desesperada defensa personal. Ya estaba todo perdido, prolongar la resistencia significaba conducir a más muertes. La resistencia militar ya no tenía sentido político. En la hora de la verdad y en los momentos de mayor ofuscación, Allende tuvo un nuevo gesto político: ordenó la rendición. Cumplido el objetivo político y moral era hora de intentar asegurar la vida de sus escoltas. Todas las variables estaban agotadas, los militares estaban dando un Golpe de Estado institucional, los refuerzos no habían llegado y el Plan Santiago se había mostrado inadecuado para la defensa del gobierno. En medio de este confuso panorama fueron saliendo los defensores: Pablo Zepeda, Roberto Ellis, Juan Seoane, J.J. Montiglio y el resto.

El detective Roberto Ellis fue el primero. Había llegado a La Moneda alrededor de las 7:45 horas, no obstante que ese día operaban a su esposa en el Hospital San Juan de Dios. Ellis cuenta: «Luego del incendio de la Sala de Ministros, un funcionario del Ministerio del Interior, Daniel Escobar Cruz, se acercó a Allende para entregarle un documento, el Acta de la Independencia, la que había salvado del incendio. Allende la guardó en el bolsillo interior del vestón. Todavía se oían disparos y muchos dirigidos al palacio de gobierno, entonces se optó por sacar una bandera blanca por una puerta con mirilla que daba hacia la calle Morandé. Esta bandera blanca era un delantal que un médico entregó para ser puesta en el extremo de un palo de escoba. La puerta desde donde se mostraba la bandera blanca estaba entreabierta sin llave. Pude ver a un soldado pegado a la muralla exterior. Le grité que íbamos a salir. Me ordenó que lo hiciéramos, pero sin armas. En ese instante, cuando estábamos dejando las armas en el piso, vi a Allende en el descanso de la escalera del segundo piso, se sacó su vestón y se lo puso a *Payita* sobre los hombros».

Los defensores de La Moneda empezaron a salir lentamente, afuera solo había soldados, ningún oficial de rango.

Renato González había quedado aislado dentro del palacio y no escuchó las últimas órdenes de Allende de abandonar La Moneda. Los militares comenzaban a subir las escaleras y ya no quedaba parque. Pronto habría de producirse lo inexplicable porque los asaltantes pudieron ametrallarlo, pero lo tomaron prisionero y le ordenaron salir. Claro que a la hora de bajar la escalera, le propinaron una feroz golpiza. De pronto fue un prisionero de guerra. Juan Osses, ya sin balas, fue capturado por cuatro militares que irrumpieron en la habitación donde se había parapetado, entre ellos un sargento de bigotes que primero le apunta y luego, al verle con el arma descargada, se trenza en combate cuerpo a cuerpo y lo lanza hacia abajo, hacia la calle, donde comienzan a apilarse los prisioneros. Ya se corría la voz de la muerte de Allende.

Los detenidos son obligados a tirarse en la calle y los militares reconocen al sirviente del fusil SIG, Juan Osses, quien no había tenido tiempo para desprenderse de las cartucheras. Lo golpean y lo obligan a correr, seguramente para aplicarle la «ley de fuga». Lo acusan por la muerte de un sargento. En un momento se acerca un clase blandiendo un yatagán. Aparentemente había llegado el minuto final. Se preparó para morir con una puñalada por la espalda, pero el destino diría otra cosa, pues el clase desesperado le grita: «¡Te van a matar, compañero!, ¡te van a matar!». A continuación corta el cinturón de las cartucheras y lo lanza lejos, para que no se identificara a Osses como el fusilero del SIG.

Pablo Zepeda: «Hubo confusiones muy grandes, unos decían que nos iban a fusilar, otros vociferaban que nos iban a matar en otro lado y, cuando pasó un helicóptero disparando, nos usaron de escudos, lo mismo para contrarrestar el fuego que aún hacían nuestros compañeros desde el MOP. Después se nos dijo que nos iban a sacar, hasta que llegó una micro a la que nos subieron a culatazos. Nadie tenía nada claro, por ahí se retorció de dolor un GAP, por allá estaban los médicos».

Continuaba el tiroteo con los escoltas que disparaban desde el edificio del MOP. Los militares se dieron cuenta de que era imposible abatir a los atrincherados y para acelerar la evacuación, ordenaron que un tanque pasara por encima de los prisioneros. En ese momento Juan Osses se enteró por Montiglio que el Presidente estaba muerto. No hubo tiempo para las lágrimas, pues el tanque

comenzaba a hacer girar sus ruedas y se acercaba a Juan Osses, el primero en la fila. Fue un momento de pavor. Varios se aprestaban a correr. Era preferible morir con una bala en la espalda que reventado por un tanque Sherman de 75 toneladas. Luego vino lo «kafkiano»: un capitán, portando una subametralladora Thomson, gritó que esos eran sus prisioneros y le ordenó a la tripulación del blindado detener la marcha. Luego, colocándose ante los detenidos, sentenció: «Señores, ustedes son mis prisioneros, les quiero avisar que viene una ambulancia para retirar sus heridos».

Minutos después llegó la ambulancia. Luego de prestar los primeros auxilios a los heridos, el encargado del transporte preguntó si debía llevar a alguien más. Sobre la marcha Renato González se revuelca por el suelo simulando un ataque y logra que un militar pregunte por si había algún médico presente, lo que le permite a Óscar *Cacho* Soto, médico personal de Salvador Allende, diagnosticar algo inaudito para esos momentos: peritonitis. Lo llevaron a la Posta Pública con una guardia de dos soldados. En la Posta lo recibieron dos camilleros, jóvenes militantes de la JS, a los que había conocido tres días antes con motivo de la visita del Presidente a las víctimas de un atentado. Al reconocerlo, deciden ayudarlo: le prestan un uniforme de paramédico, por tres días trabaja como camillero en la Posta Pública y por las noches duerme en las dependencias de la morgue.

La suerte acompañó a los escoltas apostados en el MOP. Cuando cayó La Moneda tomaron la decisión de replegarse, pero ya el recinto estaba rodeado. En primer lugar, «embarretinaron» las armas en los ductos de la electricidad y en un par de canales de ventilación, luego quemaron sus documentos conservando sólo el carnet de identidad, al paso que arreglaban sus ropas y lavaban las huellas del combate. Era un momento de audacia. Cualquier paso en falso era el fin. Antes de salir a la calle observaron la fila en el suelo que hacían los militares, diferenciando a hombres y mujeres, percatándose que estaban pidiendo la cédula de identidad y la credencial. Un par de funcionarias les ofrecieron falsificar suficientes credenciales de empleados de esa repartición pública. Con la documentación en la mano, salieron confundidos con los trabajadores mientras aguantaban la tensión, pues había orden de fusilamiento contra los «francotiradores». Todo salió bien, sólo que

tiempo después la inteligencia militar, al cotejar los nombres de los funcionarios con las cédulas de identidad, encontraron los nombres de los GAP que resistieron desde el MOP. En todo caso ya era tarde, se habían esfumado.

Para los militares chilenos, carentes de guerras por más de un siglo, la captura de La Moneda fue un gran episodio. Además coincidía con una tensa situación política, en la cual la CODE había llamado y legitimado el Golpe de Estado. Fue el fin victorioso de una guerra no declarada, la guerra interna. Fue un triunfo simbólico, donde incluso una pequeña herida en la mano del general Javier Palacios se convirtió en objeto de culto.

La realidad fue otra: un par de decenas de hombres mantuvo en jaque a las Fuerzas Armadas y Carabineros.

En los hechos, el entonces coronel Julio Canessa, al mando de mil hombres, sólo logró tender un cerco externo, pero sus tropas no lograron avanzar más allá del entonces cine Continental. Los ocho escoltas emplazados en el MOP, detuvieron el avance desde el sur.

Tampoco fue exitosa la misión asignada al comandante Alejandro Medina Lois: la captura del MOP. Se barajó la posibilidad del descuelgue de boinas negras desde helicópteros, cosa que no ocurrió. A la postre, los escoltas salieron sin el más mínimo rasguño.

No es todo, porque quien tomó finalmente La Moneda no estaba asignado para esa función. El general Javier Palacios ha dicho que «los tanques iban a rodear La Moneda, pero no iban a actuar, porque se suponía que todas las reacciones iban a venir de los cordones industriales. La Moneda iba a caer por sí sola. Y fue todo al revés. Nadie me ordenó que entrara a La Moneda ni tenía esa misión. Quien mandaba las tropas era el general Brady, comandante de la Guarnición, asesorado por el general Arellano».

En otras palabras, Palacios, por iniciativa propia, se encontró en el epicentro del combate en el momento en que terminaba la resistencia.

Ahora venía el exterminio de la izquierda o, como diría el general Gustavo Leigh: «Extirpar el cáncer marxista».

La estrategia de aniquilamiento no toleraba un enemigo visible, sino una sombra difusa, intangible, depreciada y despreciada.

Aniquilamiento

Con el Presidente Salvador Allende en La Moneda permanecieron 55 personas dispuestas a batirse hasta las últimas consecuencias: 16 detectives asignados a la guardia presidencial; 19 personas entre funcionarios, asesores y amigos; 20 miembros del GAP.

Bajo la dirección de Juan Seoane Miranda, siguieron en sus puestos los detectives Ricardo Eduardo Ellis Belmar, Héctor Acosta Rey, Gustavo Bassaure Barrera, Carlos Espinoza Pérez, Douglas Gallego Todd, David Garrido Gajardo, Luis Henríquez Seguel, Reinaldo Hernández Tarifeño, Orlando del Pino Abarca, Juan Romero Morán, Quintín Romero Morán, Carlos San Martín Zúñiga, José Sotomayor Álamos, Erasmo Torrealba Aliaga y Pedro Valverde Quiñones.

Según el detective Ellis Belmar: «Nosotros fuimos liberados entre el 12 y el 13 de septiembre, pues Investigaciones no había participado en la conjura, de manera que el mando militar consideró que habíamos cumplido con nuestro deber. El Ejército, que posteriormente intervino a Investigaciones, procedió a reorganizar, desplazar y exonerar a parte del personal, lo que estuvo a cargo del general Ernesto Baeza. Los quebrantos no fueron mayores pues los detectives en La Moneda nos limitamos a cumplir nuestro deber. La acción de los militares fue rápida, a media tarde controlaban la situación. Luego vinieron los interrogatorios, las confirmaciones, las remociones, las exoneraciones y la exclusión de la sociedad civil para algunos, especialmente para Juan Seoane. Pronto quedó claro lo que el destino deparaba para la guardia presidencial de Investigaciones».

Durante los días que permanecieron en el regimiento Tacna, desde su sitio de reclusión, vieron el tormento dado a los compañeros de cautiverio. Con la defensa de La Moneda bastaba, habían combatido y estaban en paz con su institución, pero tuvieron el valor de atestiguar y declarar ante la justicia la odisea vivida.

Uno de los detectives salió del Tacna y avisó a la familia de Eduardo *Coco* Paredes sobre el maltrato al que estaba siendo sometido. Esto movilizó a la familia para tomar contacto con el abogado criminalista Miguel Schweitzer para que asumiera la defensa. Vano esfuerzo. El 14 de septiembre, *El Mercurio* publicó la noticia de que había muerto en un enfrentamiento. Dato curioso, pues si Paredes fue fusilado secretamente el día 13, ¿quién entregó la noticia? Pero no es todo. El periodista ultranacionalista Álvaro Puga indicó a Schweitzer que no cabía la defensa, porque Paredes estaba muerto. Poco después, el 18 de septiembre, el coronel Pedro Ewing, secretario general de gobierno, también informaba del deceso y, el 19 de septiembre, el periodista y vocero de la Junta, Federico Willoughby, insistiría en la versión del enfrentamiento. El gobierno tenía los antecedentes para esclarecer el caso, pero pasarían más de 20 años para que apareciera el cadáver... ¿y cuántos para conocerse la verdad total? Una verdad estremecedora.

Otro grupo de prisioneros de La Moneda fue el de los funcionarios que resistieron con el Presidente: Jaime Barrios, Danilo Bartulín, Sergio Contreras, Daniel Escobar, Enrique París, Patricio Gijón, Óscar *Cacho* Soto y Carlos Jorquera. En todos ellos hay un rasgo común: antepusieron la lealtad por sobre el riesgo personal. Por ejemplo, Sergio Contreras, jefe de prensa de la Intendencia, sorteó el fuego cruzado y golpeó insistentemente las puertas de La Moneda para incorporarse a la defensa. Enrique París rechazó con cortesía y firmeza la insistencia presidencial de abandonar el lugar aduciendo que no era el único que tenía hijos y que estaba de por medio la defensa de la Unidad Popular. Del grupo salvaron con vida Bartulín, Gijón, Soto y Jorquera. El resto pasó a engrosar las listas de detenidos-desaparecidos, con excepción de Augusto Olivares, que se suicidó en La Moneda.

Claudio Jimeno, Georges Klein, Eduardo Paredes, Ricardo Pincheira y Arsenio Poupin no eran simples funcionarios, también eran un refuerzo del GAP. Sus integrantes dominaban el arte de la

inteligencia: el anonimato. Ellos constituyeron un grupo especial de apoyo al Presidente. Configuraban un núcleo de inteligencia política que trabajó en recopilación, procesamiento y análisis de información, componiendo una unidad autónoma del Aparato Militar del PS que, además, incorporó para las tareas de asesoramiento presidencial a militantes del PC. El grupo se había configurado en 1966 en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, donde compartían cátedras y aspiraciones políticas comunes. Algunos de ellos eran líderes del ELN y designaron a Ricardo Pincheira para dar forma a la inteligencia política en el PS (1967), acto en que Hipócrates perdía un discípulo y la inteligencia ganaba a *Máximo*.

Finalmente estaban los integrantes del GAP, los 20 de La Moneda y otros siete GAP en el edificio del Ministerio de Obras Públicas y un grupo que no alcanzó a entrar en combate.

Bajo las órdenes de uno de los jefes del dispositivo, Domingo Blanco, los integrantes de la escolta que se encontraban en El Cañaveral se desplazaron hacia Tomás Moro y luego a La Moneda, donde llegaron a las 8:45 horas. El grupo estaba compuesto por José Carreño Calderón, Carlos Cruz Zavala, Pedro Garcés Portigliati, Luis Gamboa Pizarro, Gonzalo Jorquera Leyton, Óscar Marambio Araya, Jorge Orrego González, Williams Ramírez Barría, Edmundo Montero Salazar y Enrique Roppert Contreras

En contra de sus planes de reforzar la escuadra de Palacio, fueron detenidos cerca de la Intendencia. El teniente Patricio de la Fuente cuenta: «Repentinamente, por calle Moneda, aparecieron una camioneta y otros vehículos, en que viajaban miembros de la Guardia Personal del Presidente. Era el GAP que llegaba de refuerzo. No dudamos en lo que debíamos hacer: corrimos a detenerlos. Eran los primeros prisioneros de las operaciones de ese día». Lo que no sospechaba el joven teniente es que con ello estaba reconociendo la detención de quienes inauguraron las listas de los detenidos-desaparecidos.

A primera vista, la detención parece un absurdo: el experimentado GAP, capturado sin resistencia. Desde ese día muchos se han preguntado: ¿cómo es posible que Domingo Blanco se haya dejado sorprender? Es la misma pregunta que se formulan los integrantes de la escolta que sobrevivieron. Varios eran hombres

avezados, secundados por la inteligencia de un joven que, sin pertenecer al dispositivo, se había integrado en aciaga hora por lealtad con Allende, como es el caso de Enrique Roppert, hijo de Miria Contreras.

La pregunta, con el correr del tiempo se ha transformado en perplejidad y da pie a tres hipótesis: primero, considerando que aquellos eran días en que los rumores de Golpe de Estado eran profusos, quizás el grupo experimentó un relajo en la vigilancia técnico operativa; segundo, dada la escasez de personal por la que atravesaba el dispositivo, algunos componentes de la Escuadra estaban aún en instrucción (Carreño, Cruz, Gamboa y Marambio), por lo que es probable que hayan experimentado paralogización ante la situación operativa; y, tercero, es posible que los carabineros hayan simulado lealtad para luego asestar el golpe de gracia. El resultado fue catastrófico: 7 muertos y 4 detenidos-desaparecidos. Ningún sobreviviente.

Domingo Bartolomé Blanco Tarrs.

Nombre de chapa: *Bruno*.

Rut: 4.432.554. Santiago.

Fecha de nacimiento: 12/07/1942 (31 años para su detención).

Domicilio: Conchalí. Santiago.

Estado civil: Casado, una hija.

Actividad: Agente de ventas.

Bruno fue uno de los jefes del GAP. Fue coducido de la Sexta Comisaría de Carabineros al Cuartel de Investigaciones y luego a la Carcel Pública de Santiago, donde permanece hasta el 19 de septiembre, el día que se pierde su rastro. Su hogar fue allanado y saqueado por agentes del Estado. En noviembre de 1973, su esposa fue citada por Investigaciones a declarar en un proceso por internación ilegal de armas en contra de Domingo. Nada de esto la amilanó, lo siguió buscando en las Fiscalías Militares, en los regimientos de San Bernardo, Buin y Tacna, la Academia de Guerra, la Escuela Militar, en el SIM (Servicio de Inteligencia Militar), en la Penitenciaría de Santiago, FAMAE (Fábrica y Maestranzas del Ejército), en la Cárcel Pública, en la Secretaría Ejecutiva Nacional de Detenidos (SENDET), en el Instituto Médico Legal y en el Ministerio de Defensa. No hubo respuesta. Su esposa se exilió en

Italia, donde murió de una dolencia al corazón. Domingo Blanco, *Bruno*, sigue siendo un detenido-desaparecido.

José Belisario Carreño Calderón.

Rut: 6.471.397-3

Fecha de nacimiento: 17/11/1953 (19 años para su detención).

Domicilio: Fundo Las Vertientes. Chimbarongo.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Agricultor.

José Belisario no tenía aún «chapa», todavía estaba en instrucción. Fue ejecutado el 19 de septiembre en el Puente Bulnes, sobre el río Mapocho, con una bala en la cabeza según consigna el Certificado Médico de Defunción del Instituto Médico Legal. Sus familiares no pudieron recuperar su cuerpo hasta 1994, pues había sido sepultado clandestinamente en el Patio 29 del Cementerio General de Santiago. Fue un largo tiempo de desconuelo, solo en parte superado después de 21 años, cuando se encontraron sus restos a través de una investigación por inhumación ilegal que llevó a cabo el Vigésimo Segundo Juzgado del Crimen de Santiago. El 27 de octubre de 1994 la investigación corroboró que los restos encontrados coincidían con los datos del protocolo de Autopsia N° 2.727/73.

Carlos Alfonso Cruz Zavala.

Rut: 6.902.581

Fecha de nacimiento: 30/10/1943 (30 años para su detención).

Domicilio: Carlos Dávila 1745.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Carpintero.

Carlos Cruz Zavala estaba en instrucción. También fue ejecutado el 19 de septiembre en el Puente Bulnes sobre el río Mapocho y a continuación el cuerpo fue abandonado en las riberas con un objetivo de intimidación: el abandono, la hinchazón del cuerpo, la pestilencia y el accionar de las alimañas, tenían por objeto crear temor y paralogizar al «enemigo interno». Faltaba lo peor: luego de la exposición, el cadáver de Carlos Cruz fue recogido, no

para darle sepultura, sino para inaugurar una nueva forma de debilitar al oponente: la desaparición. Hasta el día de hoy.

Pedro Juan Garcés Portigliatti.

Nombre de chapa: *Renato*.

Rut: 7.071.201-6

Fecha de nacimiento: 28/05/1953 (20 años para su detención).

Domicilio: Campamento Che Guevara.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Empleado.

Renato era un integrante antiguo del GAP. Su madre María Rebeca no realizó gestiones para localizar a su hijo «por ignorancia y desconocimiento de qué trámites debían llevarse a cabo». Solamente el 2 de agosto de 1990 presentó una denuncia por la presunta desgracia del hijo; y en 1991, una querrela criminal. Continúa como detenido-desaparecido.

Luis Alfredo Gamboa Pizarro.

Rut: 7.502.332

Fecha de nacimiento: 1/2/1954 (19 años para su detención).

Domicilio: Coquimbo.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Estudiante.

Se había integrado recientemente al GAP y estaba en período de instrucción. Fue ejecutado el 19 de septiembre y su cadáver lanzado al río Mapocho a la altura del Puente Bulnes. A continuación, el 3 de octubre, fue sepultado en el Cementerio General en calidad de N.N., donde permaneció por largas dos décadas en la tumba 2.690 del Patio 29. El 1º de junio de 1992 se identificaron sus restos y la autopsia constató las siguientes lesiones:

—Orificio entrada en región temporal derecha de 6x3 cm, con fractura irregular y pérdida ósea de región parietal temporal derecha y dislaceración lóbulo-temporal y occipital derecha.

—Entrada de proyectil un tercio medio inferior brazo izquierdo con salida en un tercio inferior mismo brazo y fractura del tercio inferior húmero izquierdo.

—Entrada bala un tercio inferior brazo derecho y salida en un tercio inferior brazo derecho.

—Entrada bala región tenar mano izquierda y salida misma región.

—Entrada en hipocondio izquierdo y salida en hemitórax lateral izquierda. Heridas contusas con pérdida de sustancia en flanco derecho y un tercio inferior antebrazo derecho.

En otras palabras, antes de ejecutarlo con una bala en la cabeza le dispararon en ambos brazos, le inutilizaron con bala de guerra una mano y lo golpearon cruelmente.

Gonzalo María Jorquera Leyton.

Nombre de chapa: *Ramón*.

Rut: 4.880.624

Fecha de nacimiento: 4/4/1946 (27 años para su detención).

Domicilio: Sin información.

Estado civil: Casado, tres hijos.

Actividad: Empleado.

Ramón fue detenido por personal de Carabineros y apareció el 20 de septiembre entre los ejecutados en el Puente Bulnes del río Mapocho. ¿Qué pasaría por su mente cuando fue capturado? ¿Qué pensó durante los días de cautiverio? ¿Creyó que sobreviviría luego de algunos días de zozobra? ¿Qué vértigo lo atraparía en el momento previo a la ejecución? Gonzalo Jorquera dejó un legado a sus tres hijos: no retrocedió cuando llegó el momento.

Óscar Marambio Araya.

Rut: 6.072.981

Fecha de nacimiento: 20/3/1953 (20 años para su detención).

Domicilio: Población Pérez Canto. Santa Cruz.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Agricultor.

Óscar Marambio estaba en instrucción. Fue encontrado el 19 de septiembre en el río Mapocho y estuvo enterrado como N.N. en el Patio 29. Corrió la misma suerte que los inexpertos José Carreño, Carlos Cruz y Luis Gamboa. Su tumba llevó el número 2.705-1.

Edmundo Enrique Montero Salazar.

Nombre de chapa: *Carlos Castillo*.

Rut: 6.969.981

Fecha de nacimiento: 1/8/1948 (25 años para su detención).

Domicilio: Casas Viejas. Puente Alto.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Empleado.

Carlos Castillo fue eliminado el 19 de septiembre a las 21:00 horas. De acuerdo al Prontuario N° 2.724 del Servicio Médico Legal de Chile, el lugar fue el Puente Bulnes y la naturaleza una herida a bala. Acto seguido, el 3 de octubre a las 15:00, Edmundo Montero Salazar, ya transformado en N.N., fue enterrado en el Cementerio General de Santiago. Semanas después, el tanatólogo Alfredo Vargas comunicaba a la Segunda Fiscalía Militar que con fecha 22 de octubre había practicado la autopsia a un desconocido, posteriormente identificado como Edmundo Montero. No bastó con la identificación para devolver el cadáver, más tarde se le hizo desaparecer. En 1992 aparecieron los despojos y el espanto. Según el Protocolo 2.887/91 la pericia practicada a la osamenta exhumada de la tumba 2.696-1 del Patio 29, correspondía a la de Edmundo Montero, cuyo cuerpo había sido acribillado con al menos nueve impactos de bala. Su cuerpo yacía junto al de Williams Ramírez, ambos habían sido enterrados en la misma tumba. Un cadáver con el número 2.696-1 y el otro con el 2.696-2.

Jorge Osvaldo Orrego González.

Nombre de chapa: *Iván*.

Rut: 4.758.902-9

Fecha de nacimiento: 25/12/1944 (29 años para su detención).

Domicilio: Villa San Luis.

Estado civil: Casado, cinco hijos.

Actividad: Contador Auditor (Egresado)

El cadáver de *Iván* apareció flotando sobre el río Mapocho a la altura del Puente Bulnes. El Prontuario N° 2.721 señala que su cuerpo, proveniente de la Segunda Fiscalía Militar, ingresó al Servicio

Médico Legal el 20 de septiembre a las 10:50 horas; la autopsia consignó como causa del deceso, «un conjunto de dos heridas de bala abdominales con salida de proyectil». Su viuda, Milca Basic Rivera, retiró el cuerpo de la Morgue el 12 de octubre y también los restos de ropa: pantalón plomo, calzoncillos blancos, camisa floreada y un vestón oscuro ensangrentado.

Williams Osvaldo Ramírez Barría.

Nombre de chapa: *Williams*.

Rut: 4.708.858

Fecha de nacimiento: 23/07/1950 (23 años para su detención).

Domicilio: José Beinstein N° 268. Conchalí.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Empleado.

Su familia realizó las gestiones usuales e infructuosas de los primeros días: Regimiento Tacna, Estadio Nacional, Instituto Médico Legal. El 26 de julio de 1979 se presentó una denuncia por la desaparición en el Tercer Juzgado del Crimen de Santiago, escrito ingresado con el rol N° 130.930, oficiándose seis meses más tarde a la CNI (Central Nacional de Informaciones), al SIM, al Ministerio de Relaciones Exteriores y al Gabinete de Identificaciones, sin obtener ningún resultado positivo. La respuesta del Ministerio del Interior es un paradigma de aquellos tiempos. El 8 de octubre de 1979, remitió una respuesta en que relataba el siguiente procedimiento: el ministerio había consultado a la CNI sobre listas de detenidos en 1973, recibiendo por respuesta una negativa por cuanto, según la CNI, «no tenía esos libros, ignorando quién los podría tener». Por otra parte los libros de los campos de prisioneros de Tres Álamos los tendría Carabineros y los de Cuatro Álamos habían sido incinerados por razones de seguridad al disolverse la DINA; más adelante se agregaba que la CNI tenía copia del listado de detenidos elaborado por el Estado Mayor de la Defensa Nacional, pero ese listado era competencia del Ministerio de Defensa Nacional. Días más tarde, el 23 de noviembre de 1979, el Ministerio del Interior informa que no existían en su poder listas de detenidos. Con tamaño celo, no es de extrañar el cierre del sumario el 17 de septiembre de 1982 y el sobreseimiento temporal el 7 de

abril de 1983. La verdad se supo en junio de 1992. Sus restos estaban en la tumba 2.696-2 del Patio 29.

Cierra la lista Enrique Roppert Contreras, joven estudiante de economía de la Universidad de Chile e hijo de Miria Contreras, la secretaria personal de Salvador Allende. El joven se encontraba el día 11 en las dependencias de El Cañaveral y no vaciló en incorporarse a la comitiva que bajó a Tomás Moro y luego a La Moneda, de manera que tuvo tiempo para abandonar el grupo, pero fue más fuerte su determinación de acercarse a su madre y defender el gobierno. En el empeño se le fue la vida y su cuerpo apareció en los bordes del río Mapocho en las inmediaciones del Puente Bulnes el 20 de septiembre.

En distinción a su gesto e inmolación los sobrevivientes del GAP lo reconocieron como miembro de la escolta presidencial.

Un segundo grupo del GAP fue el que combatió desde el Ministerio de Obras Públicas (MOP): Manuel Cortés Iturrieta (*Patán*), Isidro García Herrera (*Roberto*), *Lalo*, Julio Soto, Hernán Suazo, Juan Carlos Valderrama (*David*) y un joven voluntario (acompañante de Manuel Cortés) del que sólo quedó el recuerdo de su arrojo, pues se fue tan silenciosamente como llegó.

Se atrincheraron en el MOP y salieron sin sufrir baja alguna. Ese grupo jamás tuvo reconocimiento por su valor, pero es el que detuvo el avance de las tropas provenientes del sur de la capital. Tiempo más tarde algunos de ellos serían capturados por diversas razones, pero en lo que a la coyuntura se refiere, salieron indemnes.

El último grupo resistió desde el interior de La Moneda, todos sobrevivieron al asalto y solo dos salieron heridos: Antonio Aguirre Vásquez, Manuel Castro Zamorano, José Freire Medina, Daniel Gutiérrez Ayala, Enrique Huerta, Óscar Lagos Rivas, Juan José Montiglio Murúa, Julio Moreno Pulgar, Juan Vargas Contreras, Jaime Sotelo Ojeda, Osvaldo Ramos Rivera, Luis Rodríguez Riquelme, Julio Tapia Martínez, Óscar Valladares Caroca, Héctor

Urrutia Molina, Renato González Córdova, Juan Osses Beltrán, Pablo Zepeda y Hugo García.

Después del combate, los trasladaron al regimiento Tacna, donde los recibió el comandante Joaquín Ramírez Pineda. Durante el día fueron llegando decenas de prisioneros de distinto origen: dirigentes políticos (Vicente Sota), combatientes de INDUMET y La Legua (Celsa Parrau), dirigentes intermedios (Fernando Quiroga). Ellos fueron testigos presenciales de los hechos que se desencadenarían. Según estos testimonios, los prisioneros del GAP permanecieron en el viejo edificio hasta el día 13 de septiembre y fueron sometidos a toda clase de humillaciones psicológicas y «ablandamiento» físico: los obligaron a arrastrarse, a desplazarse en cuclillas, a permanecer de pie con los brazos en alto. No tuvieron descanso. Cuando no estaban en ablandamiento físico se les obligaba a tenderse y entonces los militares corrían sobre ellos, golpeándolos y marcándolos con las bayonetas. Los momentos de reposo tenían por objeto relajar la voluntad y el cuerpo para preparar el interrogatorio del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), que se iniciaba con sesiones de tortura.

Para Celsa Parrau, gran parte de los detenidos eran antiguos conocidos por su pertenencia común al ELN, de manera que sus posteriores declaraciones serían determinantes para esclarecer lo sucedido. Ella perteneció desde la primera hora a la organización y ligó su vida con uno de sus principales líderes, Arnoldo Camú. A través de los numerosos huecos en las murallas de las caballerizas donde estaba detenida, reconoció a gran cantidad de gente, amigos y compañeros que después desaparecieron. Lo mismo sucedió con Fernando Quiroga, prisionero de guerra que sobrevivió al fusilamiento por un hecho fortuito: «Pasamos esa noche en el regimiento Tacna y en la mañana, temprano, un rayo de sol tocó mis piernas, por lo cual fui trasladado a puntapiés junto a otros dos detenidos a una fila en la cual no daba el sol. En ese momento sacaron a dos o tres GAP del lugar porque también les estaba llegando el sol y los pusieron junto a nosotros. Más tarde, el grupo que había permanecido en la penumbra salió con rumbo desconocido».

Según diversos testimonios, posteriormente los condujeron a los campos militares de Peldehue donde los habrían fusilado e inhumado. A partir de entonces la trama histórica se entrecruza con el imaginario popular. Cundió el rumor y por mucho tiempo se

especuló que fueron obligados a cavar su propia tumba, que los arrojaron a una noria, que les aplicaron la ley de fuga.

La incertidumbre pareció ceder a principios de los 90. Un ex sargento del Regimiento Tacna, ante la Comisión Rettig, relató que los prisioneros, amarrados con alambre, fueron sacados el día 13 de septiembre, alrededor de las 14:00 horas, con destino a Pel-dehue: «Allá habrían sido ultimados frente a una fosa de varios metros de profundidad. Los prisioneros eran colocados en grupos de cuatro al borde de la fosa y se les disparaba. Una vez ejecutados y arrojados al fondo, se habrían lanzado granadas al interior».

Según el uniformado, el grupo de ejecutados lo componían unas 26 o 27 personas y en el minuto final gritaron consignas alusivas al proceso histórico que pagaban con sus vidas. ¿Mito o realidad? Es la misma versión que entregan los lugareños, la cual con el correr del tiempo se ha visto abultada por relatos que hablan de retroexcavadoras que habrían removido la tierra para la exhumación ilegal de los cuerpos.

Luego viene la conclusión: lanzaron los despojos al mar.

Sin embargo, el descubrimiento de los cadáveres de Daniel Gutiérrez y Enrique París pone en tela de juicio esta mitología. Ambos cuerpos fueron encontrados en el Patio 29 del Cementerio General y, por la magnitud de las lesiones que mostraban, tal vez hubiese sido más benigno el fusilamiento.

La única verdad es que la muerte se enseñoreó con los GAP que combatieron en La Moneda. Algunos aparecieron acribillados y flotando en el río Mapocho. Para otros vino el silencio, la desaparición de los cuerpos, los largos años de interminable y borrosa espera para cumplir con el rito de la muerte.

Antonio Aguirre Vásquez.

Nombre de chapa: *Gonzalo*.

Rut: 4.984.207-4

Fecha de nacimiento: 13/6/1944 (29 años para su detención).

Domicilio: Costanera Norte 7453. Renca.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Carpintero.

Gonzalo salió de La Moneda herido de bala en una pierna y en

la región lumbar. Fue enviado a la Asistencia Pública y operado de urgencia. Un informe de la Vicaría de la Solidaridad relata que «durante su permanencia en la Posta fue visitado por su madre y otros parientes, algunos de los cuales donaron sangre para las transfusiones que requería». En *El Mercurio* del 15 de septiembre, figura en la nómina de personas heridas que fueron atendidas en la Asistencia Pública, y el informe N° 3.224 de Epicrisis Clínica N° 116.285, certifica que ingresó al citado servicio el 11 de septiembre de 1973 y egresó el 2 de octubre de 1973. Ese día, a las 10:50 horas, una patrulla militar lo detuvo y lo trasladó, según se le informó a la familia, al Estadio Nacional. Desde esa fecha los esfuerzos por dar con su paradero han sido inútiles. Es un detenido-desaparecido.

Manuel Ramón Castro Zamorano.

Nombre de chapa: *Victor*.

Rut: Sin información.

Fecha de nacimiento: 20/05/1950 (23 años para su detención).

Domicilio: Paniahue. Santa Cruz.

Estado civil: Casado, una hija.

Actividad: Obrero agrícola.

Victor se había reintegrado al GAP el 9 septiembre, después de un par de días con su familia en la lejana Paniahue. Era campesino y por ese origen fue una sombra difusa porque su familia, de bajo nivel cultural, alejada de los centros administrativos y abandonada a su propia suerte, nunca realizó gestiones judiciales por su desaparición. Es un detenido-desaparecido.

José Freire Medina.

Nombre de chapa: *Diego*.

Rut: 89.084

Fecha de nacimiento: 28/4/1953 (20 años para su detención).

Domicilio: Pudeto 1640. San Antonio.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Estibador.

Diego había reasumido sus funciones el 10 de septiembre luego de visitar a su familia en el puerto de San Antonio. Tras el com-

bate de La Moneda fue conducido al Regimiento Tacna, lugar donde se pierde su rastro. En 1994, estudios tanatológicos, descubren que sus restos correspondían a un cadáver N.N., descubierto por carabineros de la Tenencia de Peñalolén en el Canal San Carlos, en un lejano 26 de octubre de 1973. La causa de muerte fue un múltiple traumatismo de carácter craneano, cervical, dorsal, torácico y de las extremidades superiores, causadas por balas.

Daniel Antonio Gutiérrez Ayala.

Nombre de chapa: *Jano*.

Rut: 5.686.352

Fecha de nacimiento: 20/10/1947 (25 años para su detención).

Domicilio: Cañada Norte - Barrancas.

Estado civil: Casado, dos hijos.

Actividad: Agricultor.

Jano fue un detenido-desaparecido hasta el 28 de octubre de 1991 cuando aparecieron sus restos en el Patio 29 del Cementerio General. Su casa, la de sus padres y hermanos, fueron allanadas por Investigaciones, Carabineros y personal de la Escuela de Artillería de Linares. En 1976, su esposa presentó una denuncia por presunta desgracia ante el Segundo Juzgado del Crimen de Mayor Cuantía de Santiago. El escrito corrió idéntica suerte que el de sus compañeros, incluso el Ministro del Interior, general Raúl Benavides, declaró por medio del oficio 1.204, del 17 de marzo de 1976, que Daniel Gutiérrez no había sido detenido por orden de ese ministerio. El general tenía razón, *Jano* no estaba detenido por orden de ese ministerio: estaba muerto, era el N.N. que yacía en la tumba N° 2.388.

Fue detenido en La Moneda, trasladado al Regimiento Tacna, ajusticiado el 11 de octubre y enterrado en medio de la soledad el 23 de ese mes, pero en el marco de la guerra psicológica, los militares echaron a correr el rumor de que estaba colaborando. El infundio se esparció por años, especialmente entre la diáspora del exilio, que fue severamente afectada por la campaña que causó estragos, porque el miedo hacía ver infiltrados por todos lados y pagaron justos y pecadores. Sin embargo, el prontuario N° 3.263 del Servicio Médico Legal de Chile; el Informe de Autopsia N° 3.263/73; el Certificado Médico de Defunción N° 3.263; el Acta

de Recepción de Cadáveres Anexo al Protocolo N° 3.263 y el Informe de Estudio N° 3.036-91 de la Unidad de Identificación del Servicio Médico Legal no dejan lugar a dudas: *Jano* murió en 1973. Ahora descansa en doble paz: no fue un traidor.

Enrique Huerta Corvalán.

Rut : 3.234.562-k

Fecha de nacimiento: 26/02/1935 (35 años para su detención).

Domicilio : Fraternidad 1162, Villa Atenas, Ñuñoa, Santiago.

Estado civil : Casado.

Actividad : Intendente de Palacio.

Enrique Huerta era médico. Fue conducido al regimiento Tacna. El 17 de marzo de 1980, en el Oficio Reservado N° 3.550/1, el general de división Joaquín Ramírez Pineda, jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional remitió a la Tercera Fiscalía Militar de Santiago la siguiente información: «Dado el número de personas que ingresó al regimiento y a la situación que se vivía, en que el máximo personal estaba cumpliendo labores operativas, lo que permitía dedicar sólo un mínimo de dotación a tareas de control y administrativas, no fue posible dejar constancia del ingreso y salida de aquellas». Así se diluye la responsabilidad. Y en este caso el detenido pasa a ser uno más del que no fue posible dejar «constancia del ingreso». ¿Pero fue Enrique Huerta otro detenido anónimo? En la puerta de su hogar, el 14 de septiembre de 1973, un camión tolva descargó una carga horrorosa: 12 cadáveres. Es un detenido-desaparecido.

Óscar Reinaldo Lagos Ríos.

Nombre de chapa: *Johnny*.

Rut: 6.490.796-4

Fecha de nacimiento: 16/08/1952 (21 años para su detención).

Domicilio: La Granja. Santiago.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Obrero.

A su familia se le dijo que *Johnny* estaba en el Estadio Nacional, donde les aceptaron tres paquetes con ropa y alimentos. ¿Burla, desinformación o rapiña? Hasta hoy es un detenido-desaparecido.

Juan José Montiglio Murúa.

Nombre de chapa: *Anibal*.

Rut: 5.479.924-1

Fecha de nacimiento: 24/06/1949 (24 años para su detención).

Domicilio: Santiago.

Estado civil: Casado, dos hijos.

Actividad: Estudiante universitario.

Para la familia de *Anibal* la situación fue muy dura, porque su esposa también era integrante del GAP, de manera que cualquier gestión implicaba un riesgo altísimo, situación agravada por la necesidad de mantener a dos hijos, de uno y dos años de edad. Rina Baldeveressi (*Sofía*), debió desarmar su hogar y trasladarse a vivir de allegada con sus padres por varios años hasta borrar en parte las huellas del compromiso. En 1990 presentó una denuncia por presunta desgracia ante el Quinto Juzgado del Crimen de Mayor Cuantía de Santiago. La causa rol N° 126465-6 todavía no da con el paradero de Juan José Montiglio, detenido-desaparecido.

Julio Hernán Moreno Pulgar.

Nombre de chapa: *Alfredo*.

Rut: 78.034. Los Andes.

Fecha de nacimiento: 18/11/1948 (24 años para su detención).

Domicilio: Sin información.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Obrero.

La hermana de *Alfredo*, Elba Rosa Moreno también era integrante del dispositivo, donde se desempeñaba como radiotelefonista. Solo recurrió a la Cruz Roja, es todo lo que se pudo hacer ante el temor a las represalias. El 11 de julio de 1990, la familia presentó una denuncia por presunta desgracia ante el Quinto Juzgado del Crimen de Mayor Cuantía, la que fue enrolada con el N° 126465-6. Y como una mueca sardónica de un pasado que se repite y vuelve, el escrito ingresado 17 años después de los luctuosos sucesos, siguió el mismo camino que los anteriores: el tribunal volvió a oficiar al Registro Civil, a la Policía de Investigaciones, al

Instituto Médico Legal, a la Policía Internacional, al Ministerio de Relaciones Exteriores, a los Servicios de Inteligencia del Ejército, de la Marina, de la Aviación y de Carabineros. Al igual que al principio de la trama, no había antecedentes del desaparecido.

Nombre: Juan Alejandro Vargas Contreras.

Nombre de chapa: *Marcelo*.

Rut: Sin información.

Fecha de nacimiento: 31/05/1950 (23 años para su detención).

Domicilio: Tomé.

Estado civil: Casado, una hija.

Actividad: Egresado de Escuela Industrial.

Marcelo era originario de Tomé y pensaba viajar el día 11, para conocer a su única hija de seis días de vida. La historia les deparó otro destino: padre e hija no llegaron a conocerse. La mujer de Juan Vargas, por la sola razón del vínculo familiar, fue condenada a dos años de presidio. Suerte que también corrió su hermano José, quién fue detenido, procesado y condenado, debiendo finalmente exiliarse en Estados Unidos. Es un detenido-desaparecido.

Nombre: Jaime Gilson Sotelo Ojeda.

Nombre de chapa: *Carlos Álamo*.

Rut: 4.016.990

Fecha de nacimiento: 4/11/1939 (33 años para su detención).

Domicilio: San Joaquín. Santiago.

Estado civil: Casado, un hijo.

Actividad: Obrero del cobre.

El caso de *Carlos Álamo* es una muestra sublime de formalidad y perversión. A poco del Golpe de Estado, su esposa, Elba Contreras, fue interrogada por Investigaciones por las actividades de su marido, para preservar en el silencio la desaparición de Jaime Sotelo. Recién en 1987, su viuda interpuso ante el Quinto Juzgado de Mayor Cuantía de Santiago una querrela por presunta desgracia, la acicateaba la esperanza de encontrar con vida a su marido, porque el gobierno militar había resuelto autorizar el ingreso de 504 exiliados y en la lista aparecía el nombre de Jaime Sotelo. Co-

menzó a operar la formalidad burocrática del Terrorismo de Estado, con la ronda de oficios entre el Ministerio del Interior y el Registro Civil. Simultáneamente operó la perversión, porque la Comisión Asesora del Ministerio del Interior, el Oficio Reservado N° 123, del 15 de mayo de 1987, se pronunciaba favorablemente por el retorno de Jaime Sotelo, resolución confirmada por el Ministerio del Interior a través del Oficio Reservado N° 2.109. En otras palabras, el Ministro del Interior permitía el retorno de un detenido-desaparecido. En 1991, Elba Contreras presentó una nueva denuncia ante el Quinto Juzgado del Crimen de Mayor Cuantía por los delitos de secuestro o arresto ilegal, homicidio y probablemente inhumación ilegal, ingresando la causa rol N° 126.465-6. En 1994, el Servicio Médico Legal comunicó la respuesta que estaba en el Patio 29 del Cementerio General: «Las osamentas Prot. 2.847 corresponden al Prot. 2723.73 y estas a su vez al Sr. Jaime Gilson Sotelo Ojeda».

Nombre: Osvaldo Ramos Rivera.

Nombre de chapa: *Manque*.

Rut: 5.921.366

Fecha de nacimiento: 4/06/1951 (22 años para su detención)

Domicilio: Pudahuel. Santiago.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Ayudante mueblista.

Manque salió herido de La Moneda, razón por la cual lo condujeron a la Posta Central de la Asistencia Pública. *El Mercurio*, en su edición del 15 de septiembre, dio cuenta de su paso por la Asistencia Pública. Efectivos militares, el 28 de septiembre, lo trasladaron a la Penitenciaría de Santiago. La familia sigue buscando. Es un detenido-desaparecido.

Nombre: Luis Fernando Rodríguez Riquelme.

Nombre de chapa: *Mauricio*.

Rut: 6.028.356

Fecha de nacimiento: 11/07/1947 (26 años para su detención)

Domicilio: Población Violeta Parra. Santiago.

Estado civil: Casado, dos hijos.

Actividad: Fotógrafo.

Mauricio era casado y tenía dos hijos que además de perder al padre perdieron su casa. En efecto, la familia de Luis Rodríguez sufrió graves persecuciones, entre ellas la confiscación de su modesta vivienda en la Población Violeta Parra. En noviembre de 1975 se presentó una demanda por presunta desgracia ante el Noveno Juzgado del Crimen de Mayor Cuantía de Santiago, registrada con el rol N° 15.338-E. Ninguna investigación ni oficio ni presentación ha tenido resultado hasta el día de hoy.

Nombre: Julio Fernando Tapia Martínez.

Rut: 119.781

Fecha de nacimiento: 10/02/1949 (24 años para su detención)

Domicilio: Villa Olímpica. Santiago.

Estado civil: Casado, un hijo.

Actividad: Chofer.

Julio Tapia Martínez tampoco conoció a su primer hijo. Su esposa María Inés Sotomayor dio a luz algunas semanas después del 11 de septiembre. El 4 de abril de 1975 presentó la primera de sus denuncias y se inició la ronda ya conocida. Detenido-desaparecido.

Nombre: Óscar Enrique Valladares Caroca.

Nombre de chapa: *Huaso Raúl*.

Rut: 26.817. Curicó.

Fecha de nacimiento: 9/09/1950 (23 años en su detención)

Domicilio: El Noviciado. Pudahuel. Santiago.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Agricultor.

La familia del *Huaso Raúl* se movilizó prestamente para inquirir detalles sobre su paradero y su caso, como el de tantos otros, ingresó a una verdadera «burocracia de la muerte». El 2 de julio de 1978 la familia recibió otro golpe: su hermano fue detenido en Bolivia y entregado a agentes de seguridad chilenos. Óscar Valladares y también su hermano son detenidos-desaparecidos.

Nombre: Héctor Daniel Urrutia Molina.

Nombre de chapa: *Miguel*.

Rut: 165.430. Chillán.

Fecha de nacimiento: 27/09/1951 (21 años para su detención)

Domicilio: Población Purén. Chillán.

Estado civil: Soltero.

Actividad: Empleado.

Miguel se había reintegrado a sus funciones el 9 de septiembre y compartió el destino trágico de sus compañeros del GAP. Su madre, una persona de edad, hizo gestiones y consultas para ubicarlo, pero nunca realizó una presentación judicial. Incluso en 1990, por razones de enfermedad, no acudió a una citación de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. El caso Héctor Urrutia ni siquiera aparece mencionado en el Informe Rettig, solo permanece en los archivos de la que fuera la Vicaría de la Solidaridad. Es un detenido-desaparecido.

Óscar Avilés Jofré, cierra la lista de los GAP caídos en La Moneda. Obrero municipal, casado, padre de cuatro hijos, residente en el campamento Nueva La Habana. En *strictus sensus* Avilés no era miembro del GAP, pero no vaciló en presentarse en el palacio gubernamental por cuenta propia. Pagó su lealtad con la vida. Sus hijos fueron repartidos entre distintas familias y solo supieron la verdad cuando llegaron a la edad adulta. No es todo. Lo enterraron el 7 de noviembre de 1973 como N.N., luego de recoger su cadáver en el Puente Lo Espinoza, pero no fue un entierro normal, porque en su tumba, de acuerdo al Informe de Estudio N° 28.73.91 de la Unidad de Identificación del Instituto Médico Legal, se encontraron dos cadáveres.

A Óscar Avilés, cuyos restos fueron entregados el 28 de octubre de 1994, los GAP sobrevivientes en distinción a su gesto e inmolación lo reconocieron como miembro de la escolta presidencial.

Del grupo que combatió en La Moneda, de esos 20 hombres, solo cuatro sobrevivieron a la cárcel, la tortura y la posterior cacería: Juan Osses Beltrán (*Silvio*), Renato González Córdova (*Ela-dio*), Hugo García Herrera (*Rodolfo*) y Pablo Zepeda (*Pablito*).

El enemigo infame

Tras el aniquilamiento vino la cacería. No hubo piedad. Tampoco derechos. Sólo tortura, muerte y destrucción. Haber sido del GAP era un certificado de defunción. Eran hombres muertos caminando.

El exterminio del GAP tuvo un contexto histórico que se inició con el Bando N° 1 de la Junta Militar: «Se advierte a los ciudadanos que cualquier acto de sabotaje de todo tipo, de actividades nacionales, como empresas, fábricas, medios de comunicación o de transporte, etcétera, será sancionado de la forma más drástica posible, en el lugar mismo del hecho. Es deber de la ciudadanía consciente resguardar el patrimonio del país, denunciando de inmediato a quienes pretendan paralizar las actividades productoras y laborales de cualquier tipo».

De esta manera se dio inicio al espiral de violencia que condujo al Terror de Estado, el texto del primer Bando justificó la eliminación sumaria e incentivó la denuncia.

¿Por qué tanta saña con el caído? Se practicó la tortura, el fusilamiento, el ocultamiento de los cadáveres, la inhumación ilegal. ¿Qué condujo a estos extremos? ¿Qué catapultó el ensañamiento? La respuesta es compleja, pues apunta a una combinación de factores autoritarios.

Responde Alejandro Cid: «La izquierda no dimensionó que la respuesta de la oposición fue una contrarrevolución triunfante, diseñada por un sector de la civilidad y ejecutada por los militares, que operando desde la guerra interna, procedieron a eliminar la fuerza viva del enemigo para mantenerse en el poder. El uso de la fuerza tuvo por objetivo eliminar de la escena el poderío de la

izquierda y asestar un golpe psicológico, pues la destrucción inmisericorde del enemigo causa miedo colectivo y paraliza. Fue el primer paso de la transición de la democracia a la dictadura. Antes que apareciera el Estado de Excepción se dieron una serie de condiciones que lo hicieron posible y que permiten afirmar que la sociedad chilena era anormal, pues permitió el asesinato sin reglas».

La destrucción del enemigo fue posible porque no hubo reacción de la sociedad. La acción de las Fuerzas Armadas fue vertiginosa y paralizó toda respuesta posible. La falta de formación ciudadana en derechos humanos y la ausencia de experiencias de violencia aguda, aletargaron toda posible reacción, dejando indefensa a la izquierda que fue satanizada, además, por una larga campaña que escondió el odio de clases bajo un manto de lucha por la legalidad que indujo al exterminio del enemigo derrotado, simbolizado a nivel nacional en el GAP.

El país se enfermó. En palabras de Rina Balvederessi: «Lo demuestra la colaboración de médicos que se prestaron para la tortura, abogados que contribuyeron a legitimar la indefensión y docentes que denunciaron a sus alumnos. Vecinos denunciaron a vecinos. La delación se extendió como reguero de pólvora. No hubo lugar seguro. Las cortinas se levantaban para espiar cualquier movimiento sospechoso. Los edificios entornaron sus puertas y piquetes de vecinos controlaban las salidas».

Las casas de los izquierdistas intentaron borrar todo tipo de huellas, como cuadros o adornos, para evitar los allanamientos. En la locomoción colectiva se hablaba en voz baja y si se encontraban dos derrotados que habían perdido a un amigo lo que hacían era bajarse y conversar en una calle cualquiera. Y por doquier aparecieron letreros como éste:

«¡CHILENOS!

»La patriótica contribución de todos los ciudadanos facilitará la eliminación de los extremistas que aún permanecen en la capital. Ellos son extranjeros sin patria y algunos chilenos fanatizados que no ven más allá de su odio y ansias de destrucción.

»¡Denúncielos! Proporcionando antecedentes concretos y oportunos a los siguientes teléfonos o concurriendo personalmente a cualquier unidad militar.

»Se mantendrá la más absoluta reserva de quienes proporcionen informaciones.

»No tema las amenazas de los extremistas. La LEY y la JUSTICIA están de su parte. Quien sea sorprendido amenazando a un ciudadano será sometido a la pena máxima en los Tribunales en Tiempo de Guerra.

»Recuerde que los ciudadanos indiferentes ayudaron con su pasividad a que el marxismo casi destruyera Chile.

CIUDADANO, contribuye a limpiar tu patria de indeseables.

Jefatura Estado de Sitio. Santiago»

Para los militares fue una guerra contrarrevolucionaria que no reconocía fronteras ni leyes ni ética. Había que desbaratar a una insurgencia que supuestamente no contemplaba las leyes de la guerra, que no portaba uniforme, que se mimetizaba y que debilitaba al Estado desde su interior para destruirlo y capturar el poder total.

En el imaginario colectivo se creó un «enemigo infame» que debía eliminarse por cualquier medio.

Los procedimientos se aplicaban verticalmente con el triple objetivo de eliminar al enemigo, cohesionar la fuerza propia y justificar la masacre.

En un momento en que cada servicio de inteligencia libraba su propia batalla, una voz de mando planificó, coordinó y mandó ejecutar las acciones pertinentes, justificando con la misma la eliminación de las trabas morales en función de la debida obediencia. La voz de mando dirigida a eliminar al enemigo contempló como brazo ejecutor la cadena de mando institucional.

De manera que la responsabilidad de las Fuerzas Armadas no es sólo histórica o moral, sino que institucional, pues participaron como tales. En esta etapa, en que se eliminó al GAP, las Fuerzas Armadas participaron de forma directa en la captura o brindando encubrimiento a la tortura y la detención-desaparición. El exterminio del GAP inauguró el Terror de Estado, práctica que violó sistemáticamente los derechos humanos. No fueron hechos aislados, sino masivos, sistemáticos y permanentes; correspondientes a una orientación emanada del alto mando.

Las primeras víctimas, después de los combatientes de La Moina, fueron Francisco Lara (*Franco*) y Wagner Salinas (*Silvano*). Este último ya no era integrante del GAP. Se había desprendido y estaba abocado al desarrollo de los GEA. Era un deportista de fuste, había sido campeón nacional de boxeo y era todo un símbolo para el GAP. Él y Francisco Lara estaban en Talca el 11 de septiembre y al saber las noticias, salieron rumbo a Santiago, pero fueron interceptados por una patrulla militar en las afueras de Curicó y trasladados a la cárcel de la ciudad.

Según el Informe Rettig, «ambos reos engrillados» fueron entregados a agentes del Estado y sus cuerpos aparecieron en la Morgue de Santiago el 5 de octubre. Los padres de Francisco Lara, el peluquero Antonio Lara y Betsabé Ruiz, dueña de casa, declararon: «El cadáver de nuestro hijo tenía cinco tiros en el pecho, un sexto balazo al lado de la oreja derecha y el cráneo quebrado y salido de su lugar hacia adelante. Cuando lo retiramos tenía cinco días de muerto y estaba desnudo. Nada se recuperó de sus efectos personales».

Javier Sobarzo Sepúlveda, ex suboficial del Ejército e integrante del grupo dirigido por Mario Melo que se integró al GAP en sus inicios, fue apresado por Fuerzas Especiales del Ejército en una operación que cubrió la cuadra donde vivía. Fue baleado en la unidad militar y enviado al Instituto Médico Legal. Sin embargo, los victimarios cometieron un error, porque Sobarzo estaba agónico, pero vivo, y fue internado en el Hospital José Joaquín Aguirre, de donde lo secuestraron efectivos del Ejército ante la presencia aterrada de numerosos testigos. El mensaje estaba claro, ningún GAP podía pensar en pedir clemencia y menos un militar de izquierda. Desde entonces, se perdió todo rastro de Javier Sobarzo.

En los días posteriores al Golpe de Estado, la Junta Militar ordenó cubrir la ciudad con afiches donde figuraban los rostros de los perseguidos. Incluso se ofrecía recompensa a quienes entregaran datos. Así se incentivó el miedo y la delación. En la antigua comuna de Barrancas (hoy Pudahuel), tropas del Ejército asaltaron las poblaciones derribando las puertas y demoliendo a culatazos lo que encontraban a su paso, luego arrojaron a la gente a la calle y allanaron hasta las cocinas en un acto que tenía una sola explicación: el fantasma del desborde de los pobladores. Era una de esas imágenes entrelazadas que forjaron el miedo.

Mientras tanto aparecían cadáveres flotando en las aguas de los ríos Pilmaiquén y Mapocho y se fusilaba a prisioneros políticos en Pisagua. De esa manera, el sur, el centro y el norte del país, eran notificados de la política de exterminio.

Fidel Bravo Álvarez, antiguo GAP, fue ejecutado el 22 de septiembre. Tenía 22 años y se había casado hacía poco. Era obrero. No existen datos sobre su captura.

El mismo día en que ejecutaron a Fidel Bravo ya eran siete mil los prisioneros en el Estadio Nacional. La Armada trasladaba prisioneros desde el buque-escuela Esmeralda al Lebu (500 detenidos) y al Maipo (230). A la cárcel de Capuchinos llegaban cerca de cien uniformados acusados de traición, entre ellos treinta oficiales. Fueron los días en que las fuerzas especiales comenzaron a utilizar perros amaestrados para rastrear a «extremistas», y la prensa se inundó con fotos de militares en traje de camuflaje, armados con fusiles de asalto y premunidos de anteojos larga vista. Parafernalia para introducir el concepto «extremista» con el objetivo de hacerlo impopular y justificar la eliminación y la denuncia.

Las primeras planas de los diarios se llenaron de titulares:

Ejecución de extremistas

Registro en busca de extremistas

Extremistas abatidos

Razzia nocturna contra extremistas

Al principal «campo de prisioneros» de aquellos días, al Estadio Nacional, llegó un grupo de integrantes o ex integrantes del GAP: Miguel Fuentes Álvarez (*El Ciego*), Alejandro Cid, Juan Osse, Gabriel Gazitúa, Pablo Zepeda, Fernando Chávez, Luis Barraza, Óscar Delgado. Por esos días apareció «el Encapuchado del Estadio», un siniestro personaje que para preservar su vida se convirtió en delator y recorría las graderías señalando a los prisioneros. El primer GAP en ser reconocido fue Fernando Chávez, quien al negarse a colaborar recibió un castigo tan duro que durante mucho tiempo perdió la sensibilidad de sus piernas. El segundo GAP que pasó por la experiencia fue Óscar Delgado, que murió en el estadio al negarse a entregar información. Luego Gabriel Gazitúa, al que obligaron a buscar a sus compañeros a través de lentes de larga vista, pero nuevamente se rompió la cadena. En otras pala-

bras, no hubo delaciones. Aunque quedó una gran duda entre los sobrevivientes cuando un importante personaje que hoy vive fuera del país y que en ese entonces estaba ligado a la estructura, apareció rodeado de militares. Fue cuando un frío recorrió la espalda de Miguel Fuentes, quien sobrevivió para contarlo.

Mario Melo Pradenas, el primer GAP, fue capturado el 29 de septiembre de 1973, en horas del toque de queda. Melo ingresó a la Escuela Militar en 1960, obtuvo el grado de teniente y el premio de la embajada de Estados Unidos al mejor alumno egresado de esas aulas. Fue instructor de paracaidismo y artes marciales en la Escuela de Paracaidistas en Peldehue, siendo siempre calificado en Lista 1. Hombre de agudas dotes intelectuales, se involucró junto a un grupo de instructores y boinas negras en los acontecimientos que dieron lugar al Tacnazo y por esos días se incorporó al MIR. En abril de 1970 fue llamado a retiro.

El *Pelao* llegó al GAP los primeros días de septiembre de 1970 y permaneció algunas horas en La Moneda el 11 de septiembre. Ese día el Presidente lo obligó a retirarse con un mensaje para Miguel Enríquez, secretario general del MIR: «Dile a Miguel que llegó su hora».

Circularon varias versiones: que había caído en La Moneda, que había muerto en un enfrentamiento en el que se le trabó una subametralladora. Otros pensaron en el paso a la clandestinidad. Algunos integrantes del GAP creyeron haberlo visto en el Estadio Nacional; otros recuerdan que les aconsejó que no se juntaran con él. Nada seguro hasta 1975, cuando fue detenido su primo (Miguel Toro Melo) en el regimiento Chorrillos en Talca, para luego ser trasladado a Villa Grimaldi, donde durante los interrogatorios le contaron que Mario había tenido una «muerte horrorosa». Mario Melo es un detenido-desaparecido.

Exequiel Contreras Carrasco, GAP, socialista, 22 años, técnico sanitario, fue capturado el 4 de octubre en un allanamiento selectivo. La denuncia de vecinos puso en marcha la cacería. Su cuerpo fue arrojado en la intersección del camino al aeropuerto con San Pablo y, como un símbolo de la matanza, sobre su pecho se dejó el rompefilas que lo acreditaba como GAP. Era la advertencia de lo que les esperaba a sus compañeros.

En Calama, un Consejo de Guerra ordenó fusilar a Carlos Acuña Álvarez, acusado de fabricar granadas, impartir instrucción

militar y ser miembro del GAP. Carlos Escobedo Caris, «Malito», chofer de la escolta presidencial, estaba esperando el traslado desde la cárcel de Calama a la Isla Dawson. Pero el destino lo puso frente a la Caravana de la Muerte, comandada por el general Sergio Arellano Stark, que terminó con 43 ejecutados por la ley de fuga: 26 fusilados en un alto del camino, 7 condenados por Consejo de Guerra y 4 detenidos-desaparecidos.

Freddy Araya (*Ernesto*) fue capturado en Tocopilla el 30 de septiembre y asesinado el 6 de octubre. Luis Barraza Ruhl, ex boina negra, integrante del GAP de la primera hora, es un detenido desaparecido. Jorge Ojeda Jara, estudiante universitario que se incorporaría al GAP a finales de 1973: su cuerpo apareció flotando en el río Rapel. Joaquín Walker Arangua es un detenido-desaparecido. Lo mismo Javier Pacheco Monsalve y ¿cómo una persona se transforma en *Non Nominatus*, N.N., cuando Javier Pacheco, militante del MIR y ex GAP, fue detenido en la casa de su suegra en Linares por efectivos de la Escuela de Infantería de San Bernardo? Allí también cayó su compañera, Isabel Beltrán Sánchez, también militante del MIR y desde entonces desaparecida.

Mario Edmundo Superby Jeldres, militante del MIR y uno de los fundadores del GAP, lo emboscaron y ejecutaron en el sector de Molco, Choshuenco, en el complejo Panguipulli el 23 de diciembre, donde se había trasladado por orden del MIR para reforzar el trabajo con las comunidades campesinas. Mario Superby fue traicionado por comuneros que fueron a buscar a la policía mientras le servían alimentos. Advertido de la maniobra, intentó ganar el bosque disparando y corriendo, pero fue abatido.

Félix Vargas Fernández (*Luisito*), salió herido de Tomás Moro y, sin embargo, llegó hasta los cordones industriales para el combate del 11 de septiembre. Con un vistoso parche blanco en la cabeza y su chaleca azul marino ocultando la sangre, fue recibido en horas del toque de queda por René Puebla, un ciudadano de oposición que le tendió la mano. Salió de ese lugar el día 14 de septiembre y se fue a una casa de seguridad en el barrio de Ñuñoa, abocándose desde ese momento a reconstruir la infraestructura del GAP, la que bien conocía, dada su calidad de ecónomo del grupo. Fue capturado y llevado a Tejas Verdes en enero de 1974, de lo cual dan fe cuatro testigos y el libro *Tejas Verdes, mis primeros tres*

minutos, del periodista Emilio Rojas, quien describió el paso de Félix por el cautiverio. Señala que los militares pidieron que un preso diera una charla sobre la Historia de Chile: «Difícil era encontrar la persona con ánimo para hacerlo, pero al final el economo de Tomás Moro subió al mesón y nos dio una clase magistral sobre la dominación española y sus consecuencias, pero de una manera muy diferente a la que estudié en el colegio. Destacó las consecuencias sociales y el criterio imperialista de la dominación española, la locura patriótica de unos idealistas llamados O'Higgins, Carrera, Rodríguez, etc. Además y lo más importante, profetizó en aquel verano de 1974 lo que sería la historia económica, política y social de los próximos años. Al poco tiempo, fue a un interrogatorio y no volvió. En el campamento quedó su recuerdo, su carnet de identidad y su vestón». Aún continúa desaparecido.

¿Quién detuvo a Félix Vargas? Lo detuvo la DINA.

La organización clave del Terror de Estado fue creada en enero de 1974 y oficializada por el decreto 521. Desde su creación la DINA tuvo la facultad de requerir de cualquier servicio, estatal, municipal, o sociedades en que el Estado tuviera aportes, la información necesaria para cumplir con sus funciones, que eran financiadas por la ley anual de presupuesto, ley que le otorgó, además, la liberación de derechos aduaneros para equiparse. Tuvo en Santiago, a lo menos, 15 lugares de funcionamiento y uno en cada ciudad importante. Reforzada por elementos de Patria y Libertad y numerosos civiles, la DINA fue perfeccionando la cacería.

El GAP no podía convertirse en objeto de culto, en objeto de admiración y se debía eliminar toda referencia a su existencia.

El GAP era el «enemigo infame».

Las calles de Santiago, nuevamente

Pablo Milanés dejó en un verso hecho canción un mensaje impercedero:

*¡Qué soledad te inundaba!
en el momento en que tus
personales amigos de la vida
y de la muerte te rodeaban...*

Después de 27 años, los hombres del GAP pisaron las calles de Santiago nuevamente. En torno a la fogata fraternal, al son de la dulzura de Pablo Milanés y en el campito de un amigo, Arismando Muñoz, se produjo la magia del recuerdo, el intercambio de anécdotas, el silencio por los ausentes.

Fue el momento de compartir las vidas paralelas interrumpidas por los años de dictadura. Fue el reencuentro entre los que pasaron a la clandestinidad, los que se transformaron en activistas del exilio, los que combatieron en lejanas latitudes, los que regresaron ilegales.

Ahora, como diría Milanés, es el momento del recuerdo de los nuevos «combates por la vida». Hombres y mujeres ya maduros, curtidos por la experiencia y por el tiempo fueron remecidos por las emociones al encontrarse con el otro. Al puñado que venció la muerte, ahora le tembló la mano y el recuerdo.

Renato González, con nombre de chapa *Eladio*, fue uno de los cuatro GAP que combatió en La Moneda y vivió para contarlo. Fue el hombre que simuló un ataque, el doctor *Cacho* Soto le diagnosticó peritonitis y por eso partió a la Asistencia Pública. Volvió

a narrar ese episodio producto del fingimiento y el miedo. Recordó a los enfermeros que lo protegieron y ocultaron en la morgue, sintió el escalofrío por los heridos y compañeros sangrando, revivió el viaje en ambulancia en pleno toque de queda con el fin de buscar nuevos heridos y la casa que le tendió la mano y el viaje al exterior. Todo muy rápido, una vorágine de acontecimientos que de pronto lo puso en La Habana y ante el propio Fidel Castro que le pedía detalles sobre los últimos minutos de Allende, información con la que el líder cubano dio forma a su histórico discurso del 28 de septiembre del 73 en la Plaza de la Revolución.

A continuación «tomaron la palabra» los ausentes, otros dos GAP que combatieron con Allende y sobrevivieron: Hugo García (*Rodolfo*) y Pablo Zepeda (*Pablito*). Su historia fue contada en detalle por los miembros del grupo presentes en el encuentro.

García y Zepeda fueron llevados al regimiento Tacna en un microbús, pero antes de subirlos los militares hicieron dos filas, el famoso «callejón oscuro», por donde fueron pasando uno por uno, bajo una feroz golpiza. Los primeros en subirse fueron García, Zepeda y Juan Osses (*Silvio*), el cuarto sobreviviente del combate de La Moneda, de manera que quedaron al final del vehículo. Eso fue providencial, porque al llegar al regimiento encerraron a los detenidos en las caballerizas, pero para los últimos no hubo espacio y los dejaron a la intemperie, bajo la llovizna y el frío, lo que les permitió confundirse con el resto de los prisioneros. Hugo García encontró la ocasión de tragarse una bala que tenía olvidada en los bolsillos.

Los militares dudaron y preguntaron. Juan Alejandro Vargas, (*Marcelo*), ya había sido reconocido como GAP y pese a la tortura, insistió en que no los conocía.

El trío permanecía en las afueras de la caballeriza, sin relojes, con hambre y frío, a veces dormitaban y cuando los tocó un rayo de sol en las piernas, los sacaron a gritos y patadas y los enviaron al Estadio Chile, pero como estaba repleto de presos y no sin antes pasar por otro pasillo de culatazos, fueron destinados al Estadio Nacional. Tuvieron suerte porque después de algunos días los trasladaron a la zona de la marquesina, la antesala de la salida. Entraron el 25 de septiembre. El 27 salieron Juan Osses y García. Pablo Zepeda salió con otros 45 cautivos el 29 de septiembre, pasó

a la clandestinidad y en diciembre abandonó el país con dirección a México para luego radicarse en Cuba.

En el campito de Arismando Muñoz se comentaron las peripecias de Pablo Zepeda. Algunos de sus ahora viejos compañeros, contaron que luego de un corto pasaje por el Medio Oriente había aparecido en calidad de preso político en Bolivia. Así fue. Permaneció cerca de cuatro años en una celda infecta, sin luz y con alimento racionado, teniendo por compañía solamente a piojos e insectos que revoloteaban por el cuarto.

Pablo fue incorporado a uno de los equipos de ingreso clandestino a Chile. Para tales efectos debió esperar el momento en Ecuador, no sin antes trasladarse a Bolivia con la misión de crear un campo de entrenamiento en la que debían confluir bolivianos (PS-1), ecuatorianos (¡Alfaro Vive Carajo!), colombianos (M-19) y chilenos incentivados por el triunfo de la revolución nicaragüense y por el giro de los acontecimientos de El Salvador, Grenada y Guatemala. Pero la misión duró muy poco, porque fue capturado, ferozmente golpeado y si no murió o desapareció, fue por la movilización de los estudiantes bolivianos y una ola de solidaridad internacional que logró finalmente, y tras un largo proceso, su expulsión a Francia, desde donde retornó a Chile a fines de los 90. Se acogió a los dulces brazos de los recuerdos de ese otro tiempo y a una prolongada cesantía.

Milton Silva resistió el bombardeo a Tomás Moro y en medio del humo y el incendio, no escuchó la orden de evacuar la casa presidencial. Estaba solo, sin dinero ni munición, vestido con botas y pantalón miliciano.

«Tenía la camisa ensangrentada por las esquirlas que me dieron en la cabeza. Era de provincia y no sabía dónde ir. Pero, al parecer, el peligro aumenta las defensas, por lo que antes que llegaran las tropas de asalto, encontré un jeep abandonado, removí el tablero de dirección, entrecrucé los cables para echar a andar el vehículo y salí del lugar. A unas cuadras me encontré con algunos compañeros aún desconcertados por lo vivido. Necesitábamos lavarnos y ropa limpia, así que fuimos a una de las pocas casas de seguridad que conocíamos. Era el domicilio particular de Francisco Argandoña, su esposa estaba a punto de dar a luz, y ya le habían dado refugio a tres mujeres de la escolta. Nos dieron ropa, víveres

y dinero, pero tuvimos que abandonar el recinto. ¿Qué hacer? Por fortuna nos cruzamos con Francisco Valiente, que iba camino a su casa a dejar a su hijo Recaredo, para luego dirigirse a SUMAR. El tiempo se fue y nos quedamos todos en la casa».

Fue el primer refugio solidario, al menos para pasar el toque de queda antes de abandonar Santiago. A los pocos días, su casa en Talca fue allanada, por lo que se trasladó donde unos parientes en Osorno. Pero el cerco se estrechaba. Vino otro allanamiento, de nuevo logró escapar. Emergía otro aspecto de la tragedia: no existían casas de seguridad donde replegarse. Entretanto, la familia arreglaba las cosas para sacarlo del país. Meses más tarde volvió a Santiago, donde una prima lo ayudó a entrar a la embajada de Venezuela. Empezaba una nueva historia.

Ovidio Toledo fue detenido en las cercanías de Tomás Moro y tras un par de días en la Comisaría de Los Dominicos, lo trasladaron al Estadio Nacional y el 30 de octubre su destino fue la Penitenciaría. «Ahí llegaron varios GAP. Recuerdo a Fuentes, García, Olmedo, Salinas, Soto, Riquelme y Vargas. Éramos en total unos doce, ubicados en las calles 2, 6 y 10. Fuimos terriblemente torturados, pero hubo un caso que me impresionó: a Manuel Riquelme le pusieron una plancha en el pecho y se la presionaron. Fue tan torturado que, cuando llegó, los encargados no lo quisieron recibir, venía en calidad de bulto. Posteriormente comenzó a recuperarse, estuvo preso y salió a los dos años».

El destino reencontró a los hombres del GAP en 1988, de nuevo en el Estadio Nacional. Cuenta Ovidio Toledo: «Con Milton Silva fuimos a ver jugar al Colo Colo con Cruzeiro. Fue todo un rito, pues entrábamos por primera después de la detención. Al terminar el partido, nos quedamos sentados mientras la gente salía. Estábamos emocionados cavilando, cuando vi que alguien nos miraba. Nos dimos vuelta y era Manuel Riquelme. Bajó y llorando nos abrazamos. Para él fue más terrible, pues desde el 11 de septiembre perdió contacto con nosotros. Lo capturó un carabiniero que había sido escolta de Allende. Lo traicionó en la calle. Al salir de un edificio le ofreció llevarlo, lo encañonó y lo condujo al Ministerio de Defensa».

Ovidio Toledo, después de cuatro años de cárcel, fue expulsado a Rumania, desde donde se trasladó a Centroamérica con el fin

de incorporarse a la guerrilla nicaragüense. Cuando concluyó la guerra y se formó la Junta de Reestructuración Nacional, pasó a funciones de asesoría. «Allí viví muchas satisfacciones, como la visita que efectuamos a Monimbó, el barrio indígena que se alzó. Había miles de indígenas —hombres y mujeres— con fusil y machete. La guerra había terminado hacía unos días. La Junta subió a una tarima con el jefe de la escolta, Emiliano, Daniel Ortega y yo. En medio de la euforia y la emoción, el locutor anunció la presencia de un auténtico representante del pueblo chileno y dice que se encuentra aquí Isabel Allende, hija de Salvador Allende. Fue apoteósico. La figura del Doctor mostraba su dimensión mundial, muy dignamente representada por Isabel. Mi cabeza daba vueltas por la emoción. No veía a Isabel Allende desde 1973».

Entre los presentes en la tertulia flotó permanentemente la imagen de Hilda Varas (*Paola*), una de las enfermeras del dispositivo. Por orden de Allende debió evacuar La Moneda con las demás mujeres poco antes del castigo aéreo. De inmediato se dirigió hacia Tomás Moro, participando de la refriega. Luego, en compañía de otras combatientes, se alejó del lugar, comenzando la búsqueda de un lugar donde pasar la noche. Permaneció tres días en las inmediaciones de Tomás Moro, protegida por simples militantes de la UP que, a riesgo de sus vidas, la acogieron. Recién el viernes 16 de septiembre logró contactarse fortuitamente con Milton Silva, con quien, durante un par de semanas encontró refugio en casas fraternas. Luego vino el adiós. Milton partió para el sur y *Paola* para San Antonio. Sería un adiós definitivo, porque seis meses después fue detenida, siendo salvajemente torturada en Tejas Verdes. Los militares creían que parte importante del GAP provenía de ese puerto, porque dos combatientes de La Moneda (José Freire y Renato González) y otros dos GAP que habían caído detenidos en redadas (Fidel Bravo), eran de la región. Las presiones fueron en vano y no cayó ningún otro GAP. *Ariel* y *Camilo* (hermanos) lograron llegar a México, *Ignacio* a España y de *Félix* se perdió la pista.

Luego vinieron años aciagos para *Paola*. Condenada a la muerte civil y abandonada por la organización, recurrió a lo que mejor sabía hacer, el canto popular. Organizó en San Antonio la peña El Cantor. Pero las secuelas de la tortura y un cáncer para el que no

hubo recursos, terminaron con su vida el 15 de junio de 1996.

Luego de rescatar a doña Hortensia Bussi de Tomás Moro, Alejandro García (*Rubén*), salió con un auto cargado de armas con destino a SUMAR. Tras sortear varias barreras, debió estacionar el vehículo en la calle Campos de Deportes en las inmediaciones del Estadio Nacional. No pudo seguir avanzando. Ya eran cerca de las 15:00. Las comunicaciones estaban interrumpidas. ¿Qué hacer?

«Decidí buscar refugio en la casa de un tío. Confié en mi instinto porque él era momio y además militar retirado. Llegué y lo primero que me dijo fue: «Sobrino, en la guerra hay vencedores y vencidos... pero la familia es lo primero». Luego me brindó casa, ropa, comida, atención. Me quedé durante dos días, para no comprometerlo más, y luego salí a buscar a mi mujer y a restablecer los contactos. No encontré nada. Decidí darme a la tarea de reconstruir la organización, ver qué podía hacer, recuperar el auto con las armas, salvar lo que podía salvarse. Había que prepararse para la clandestinidad».

Pero después de un tiempo tuvo que abandonar el país y sus pasos lo llevaron a La Habana desde donde viajó a Centroamérica para incorporarse a la guerra en Nicaragua desde principios de 1978. Allí fue incorporado al Frente Sur y marchó por valles, sierras y poblados, como testigo de todo un pueblo se incorporaba a la insurrección, lecciones que intentó aplicar en Chile donde regresó clandestinamente, ingreso no exento de dificultades porque perdió los contactos debiendo recurrir al de emergencia con los riesgos que ello implicaba. «Y así no más fue. Porque preocupado me dirigí a la casa del *Dr. Rojas*, llegando en los precisos momentos en que toda esa cuadra era allanada porque se había descubierto una clínica clandestina del FPMR».

La vida no fue fácil para Elena Araneda. Llegó a Tomás Moro como empleada doméstica, después estuvo encargada de la central telefónica y terminó combatiendo: «Ese día 11 me preparaba para almorzar porque justo había el menú que me gustaba: porotos con riendas, con una entrada de chanco y lechuga, más fruta de postre. Pero fue el peor almuerzo de mi vida. En realidad no hubo almuerzo. Sólo balazos... y el ruego de una ferviente evangélica: «¡Dios mío, que se haga tu voluntad! ¡Tengo tres chiquillos, protégelos!». Luego vino el repliegue, el enfrentamiento en SUMAR y el

paso a la clandestinidad. Mi casa fue allanada siete veces. Dónde ir era la pregunta. ¿Cómo recuperar a mis hijos? Sólo pensaba en ellos y en lo dura que se había tornado la vida para Luis, mi marido. Lo peor fue que mi hijo mayor fue torturado en presencia del padre para inquirir detalles sobre mi paradero. Las secuelas quedaron de por vida. El niño está afectado por una neurosis depresiva que lo mantiene postrado de por vida. Finalmente, cercada y acorralada, fui detenida y torturada sin piedad. Lo más duro fue la soledad que soporté por años, hasta el reencuentro con algunos de los compañeros, el 11 de septiembre de 1996, frente al Memorial de los Detenidos Desaparecidos».

Hoy Elena Araneda, cuyo nombre de chapa fue *Nena*, está cesante.

Pedro Fierro, uno de los últimos en integrarse al GAP, estaba esperando iniciar su instrucción. De manera que su nivel técnico operativo, como él mismo dice, era «deprimente». Claro que antes había sido militar, así es que el 11 le correspondió servir la ametralladora que se emplazó en la torre del convento aledaño a Tomás Moro 200. Aguantó a pie firme el embate de un helicóptero, una pasada de reconocimiento, un ametrallamiento aéreo, el lanzamiento de los cohetes y la rociada de remate. Luego llegó la orden de evacuar con dirección a SUMAR.

«Con Pedro Plaza salimos por un portón hacia Bilbao, nos persiguió un helicóptero a balazos, hasta que nos topamos con una camioneta de militares con los que iniciamos un violento tiroteo, pero logramos pasar el cerco. Luego enfilamos por Padre Hurtado y bordeando el Parque Intercomunal de La Reina bajamos por Álvaro Casanova. De allí tomamos una calle cercana a Larraín, hasta que llegamos a Américo Vespucio, donde tuvimos otro enfrentamiento con una patrulla militar. Al enfilarse por Vespucio, encontramos otro auto del dispositivo con tres personas, entre las que distinguí a Rina. De allí hasta SUMAR no tuvimos mayores problemas. Al llegar, lo que más me sorprendió es que todo el mundo quería un arma, incluso los obreros intentaron arrebatarle el AK a la compañera Ofelia Vilches, con la que iniciamos la marcha hacia MADECO. Eran callejuelas chicas y estrechas y a cada momento podía aparecer un uniformado, tal como ocurrió cuando nos enfrentamos a una dotación de carabineros. La cosa se puso difi-

cil, pues rápidamente comenzamos a desperdigarnos. Un simple avión de reconocimiento, volando a gran altura, causó una verdadera estampida. No sabíamos combatir en ciudad, nuestra formación era para defender al dirigente y proteger locales».

Siguió saltando de casa en casa, se toparon con una patrulla de la FACH y luego con una ambulancia camuflada y repleta de carabineros. Al caer la noche y ya sin contactos, no sabía qué hacer, estaba abatido y la muerte de Allende le provocó un oscuro sentimiento de orfandad.

«En la mañana, junto a un argentino del ERP, encontramos refugio en casas solidarias. Esa gente nos trasladó de callejón en callejón, de caleta en caleta. Así conocimos La Legua. Estuvimos allí cinco días. En el intertanto, el argentino fue alcanzado en un enfrentamiento. Nunca supe cómo se llamaba. No sabía qué hacer. Un compañero me ofreció su casa mientras buscaba un refugio seguro. Yo era estudiante y mi pensión ya había sido allanada. Calculo que era domingo cuando nos subimos a un colectivo para trasladarnos a Independencia, pero el viaje terminó en la Avenida Matta. Hasta allí no más se podía llegar, porque era la zona de seguridad demarcada por los militares. Resultaba curioso ver tanques rodeando el perímetro con tanquistas vestidos con uniforme de guerra y oficiales camuflados buscando al «enemigo interno» con sus catalejos. Pasamos el cerco preventivo y minutos más tarde estábamos frente La Moneda. Semanas después me reincorporé a la actividad académica, pasando a la clandestinidad, sin saber que duraría casi 15 años».

Para Pedro Plaza, las cosas fueron diferentes: «En MADECO, luego que se optara por el repliegue, recibí la orden de Exequiel Ponce de guardar las armas. Patricio Rivera, que nos había acompañado desde que llegamos a SUMAR, ofreció una casa, cuyo único problema es que estaba detrás de la 12ª Comisaría. Peligroso, pero no teníamos opción. Esperamos un rato largo y cerca de las 10 iniciamos la marcha con *Verónica*, Renato Moreau y Patricio Valenzuela. Nos desplazamos con las luces apagadas, muy lento, evitando las patrullas militares, optando por hacer a pie la cobertura de la camioneta. Nos demoramos más de cuatro horas en cubrir cerca de dos kilómetros. Llegando nos preparamos para un posible allanamiento, dormíamos y comíamos por turnos. Fueron

horas eternas hasta la mañana del 13, cuando se levantó el toque de queda y Renato y la *Gringa* pudieron salir a buscar un barretín para trasladar el arsenal compuesto por 50 fusiles de asalto (AK), tres ametralladoras Punto 30, una Punto 50, siete lanzacohetes (RPG-7), tres cajas de granadas, un mortero de 125 milímetros y abundante munición. Pasaron las horas y comenzamos a inquietarnos pues todo era posible. Además, con el historial de Renato perfectamente podía haber caído detenido. Decidimos comprar grasa y nailon para construir un barretón en el patio donde guardar las armas».

El 17 de septiembre, cerca del mediodía, llegó Renato Moreau con la orden para hacer el traslado al día siguiente, pero por la tarde llegaron los carabineros alertados por la denuncia de un vecino DC.

«Cuando Patricio Valenzuela abrió la puerta, se encontró a boca de jarro con un par de tanquetas y patrullas militares, por lo que resultaba ridículo mantener la Colt 45, la Lúger y la Brawling que habíamos dejado fuera del barretín. Las tiré hacia la casa del lado. Los militares dieron vuelta todo y no encontraron nada y ya se iban cuando un soldado gritó: «¡Mi capitán, la tierra está blanda!». Comenzaba nuestra odisea: después de molernos a culatazos, nos obligaron a remover la tierra y cuando encontramos un alambre nos acusaron de tener preparado un circuito para volar la instalación. Volvieron a pegarnos y evacuaron la casa dejándonos con unos pocos soldados. Luego, al comprobar que intentamos volar el barretín, percutando los casquetes de las granadas, volvieron a golpearnos, agregando un simulacro de fusilamiento con disparos el aire. Volvimos a cometer un error, nos susurramos «¡muramos como hombres!» y gritamos: «¡Viva la Unidad Popular!». Nueva paliza, también nos amarraron por el cuello con unos alambres que nos asfixiaban si nos movíamos».

Luego vino lo insólito. Los prisioneros fueron conducidos a la 12ª Comisaría donde los dejaron en la misma celda, dándoles un tiempo precioso para coordinar una misma versión. La cárcel estaba atochada, los enviaron al Ala N° 2 de la Base Aérea del Bosque. Al llegar, un comandante gritó: «¡Que se pare el armero del GAP!». Luego vino lo que llamaron «la fiesta»: la tortura con corriente tres o cuatro veces al día, las golpizas, los simulacros de fusilamiento y un acto inauditamente cruel: ambos detenidos fueron

tajeados con yatagán. El pecho, de hombro izquierdo a cadera derecha y de cadera izquierda a hombro derecho, fue marcado con el símbolo del allendismo. Un «Vote por Allende» en carne viva los acompaña desde entonces.

A Patricio Valenzuela lo mandaron al Estadio Nacional, pero Pedro Plaza siguió sometido a torturas para que entregara la ubicación de nuevos barretines. Los militares se impacientaban y para acelerar su recuperación y seguir interrogándolo, rociaron con sal y orín sus heridas. Pedro Plaza hedía. En su cuerpo y en los jirones de ropa que le quedaban se combinaban los olores del miedo, del trabajo físico, del orín, de los restos de excremento. Allí estuvo su salvación. Un día lo mandaron a bañarse antes de enviarlo a la Penitenciaría a disposición de la Junta Militar y estando bajo la ducha el recluta que lo vigilaba le recordó que se conocieron en Punta Arenas y le preguntó qué podía hacer por él. Pedro le pidió que lo sacara de allí. El recluta arriesgó su vida trasladándolo del grupo de los «prisioneros peligrosos» a la fila de los que salían en libertad. Luego vino el asilo y el exilio.

Isidro García Herrera (*Roberto*), fue uno de los que combatió en el Ministerio de Obras Públicas, logró evadir los cercos y regresó a su población donde le esperaba otra jornada de lucha, pues los pobladores, magramente armados, una vez repuestos del primer golpe, intentaron responder y, sabiendo quién era, le exigieron que los dirigiera. «No valieron de nada las argumentaciones técnicas ni la mención a la correlación de fuerzas, no me quedó otra que volver a empuñar un arma y volver a enfrentar el destino. El resultado fue más muerte y desolación. Yo mismo fui capturado cuando quise retirarme y me interceptó una patrulla de carabineros de la misma Comisaría que habíamos asaltado. Me llevaron a un despoblado para practicar la ley de fuga, pero sobreviví porque me tiré cuesta abajo por una loma y corrí y corrí y corrí. No estaba para morir. Luego pasaron los días y el cerco comenzó a estrecharse hasta que se abrieron las puertas de la embajada de Francia. Nuevamente las peripecias. Sin idioma, con niños pequeños y sin recursos, debí empezar todo de nuevo».

La vocación política no había quedado atrás. Durante casi toda la década de exilio en su casa se hicieron congresos y plenos y se tomó más de una decisión relacionada con la vuelta clandestina. Pero

también se preparó para sobrevivir económicamente y así aportar a la lucha democrática y educar a los hijos. Así, uno de los choferes del GAP, se convertía en un pequeño empresario mecánico.

Entusiasmado con la conversación, Manuel Cortés Iturrieta (*Patán*), otro veterano del edificio del MOP, viejo amigo de Arismando Muñoz y hoy cesante, hizo acudir ingratos recuerdos:

«Yo estaba en Chuquicamata. Me había trasladado a Santiago para gestionar con la dirección del GAP el reintegro de un importante contingente. Desde el hotel en que estaba escuché los primeros disparos y me dirigí a La Moneda para ponerme a disposición. De inmediato fui emplazado por Jaime Sotelo en el edificio del MOP; pero cuando salimos comenzaron los problemas, porque no tenía dónde ir. Las relaciones con mi familia no eran buenas, busqué los contactos para iniciar la lucha clandestina, pero no quedaba nada de la estructura. Las casas de seguridad que conocía estaban saturadas. Pero eso fue casi nada comparado con lo que vino después, porque mi compañera recientemente había dado a luz un hijito que venía con el síndrome de Down. Yo estaba desesperado por volver, porque sabía que necesitaba apoyo. El médico me lo había recalado. Lo peor fue que tuvo que abandonar sola el hospital, al niño lo dejaron de rehén y sólo lo entregarían si me presentaba personalmente. Decidí volver a Chuquicamata, pero mi suegra se opuso y se colocó en campaña para buscar ayuda, logrando rescatar al niño. Habían pasado cerca de 15 días. A mi modo de ver, mi hijo Rodrigo fue el primer rehén de la dictadura».

Luego, gracias a manos piadosas, Manuel Cortés logró asilarse, para seguir viajando. En Nicaragua fue asesor militar de Edén Pastora, el legendario Comandante Cero. Participó en combates en Peñas Blancas, León, Matagalpa, Masaya, Granada y muchos otros lugares, llegando a convertirse en Miembro del Estado Mayor Adjunto del Frente Sur. Al finalizar la guerra se le destinó a cumplir funciones en la dirección de la Policía Sandinista, cargo que abandonó para reingresar clandestino a Chile. Esa es otra historia

La vida también se convirtió en un infierno para Alejandro Cid:

«El 11 de septiembre, muy temprano, recibí una llamada de Luis Aravena, dirigente juvenil, para solicitarme que me trasladara a la Población San Joaquín por la profusión de rumores respecto a

un Golpe de Estado. Tipo 9:00, iniciamos un recorrido por Santiago, tratando de contactarnos con nuestra gente, y alrededor de las 11:00 comenzaron las escaramuzas con carabineros. Estuvimos todo el día en eso. La gente de la población La Victoria hizo trincheras y nos dieron fruta y mate. Al atardecer llegó Jorge Aravena, asesor de *Coco Paredes*, con armas que sacó de Investigaciones. En ese momento llegó una compañía de militares y personal de la Aviación, comenzando un duro tiroteo que terminó en un desbande generalizado que pudo haber derivado en una masacre, lo que evitó Jorge, al cubrir la retirada de la gente, aunque eso le costó la vida».

Luego viene un episodio escalofriante. Como pudieron, varios amigos rescataron el cuerpo de Jorge Aravena y lo ocultaron en el refrigerador de una carnicería. Cuando se levantó el toque de queda el cuerpo fue trasladado en una ambulancia al Hospital Barros Luco. El dilema era ¿cómo enterrar un cadáver con múltiples heridas de bala sin comprometer mayormente su entorno? Una joven doctora, en un acto de solidaridad, firmó el certificado de defunción.

«Luego comenzamos a prepararnos para la clandestinidad. Pero no duré mucho, porque el 22 de septiembre me detuvieron por la denuncia de una vecina. Era un día sábado. Yo mismo abrí la puerta a los carabineros. De allí me trasladaron en el piso de una camioneta a la Comisaría de Quinta Normal, donde estuve incomunicado durante dos días, esperando que se cumpliera la amenaza de fusilamiento. Allí presencié «la fiesta» que se hizo por la captura de Litre Quiroga, el jefe nacional de Gendarmería. También vi cómo llegó arrestado un turno completo de obreros de la Química Hoesch. Luego, el 24 de septiembre, en micros privadas, nos llevaron al Estadio Nacional, de donde aún recuerdo el llanto del cardenal Silva Henríquez, la inmensa cantidad de detenidos, la presencia de muchos brasileños y uruguayos, y tanta gente maltratada. La primera noche dormí acostado en un baño con las manos en la nuca y al otro día comenzó la tortura iniciada con la sempiterna pregunta: ¿Dónde está tu pasaporte? Así viví hasta el 7 de noviembre, día en que nos trasladaron a Valparaíso».

El traslado fue de película porque, para evitar una fuga masiva, las micros viajaron de noche, escoltadas por tanques en tierra y por helicópteros en el aire. En la carretera se apostó una hilera

de militares, con un uniformado cada cien metros, la caravana la alumbraban reflectores y no dejaban de ulular las sirenas.

«Fui embarcado en el Andalién, un barco cedido por la Compañía Sudamericana de Vapores, de propiedad de Ricardo Claro Valdés. Nuestro destino era la antigua oficina salitrera Chacabuco, donde llegamos cuatro integrantes del GAP. Bueno, tres en «servicio activo» y yo. Sus nombres eran Gabriel Gazitúa, Pedro Araya y Fernando Chávez, este último brutalmente torturado, al extremo que se le paralizaban las piernas y no podía caminar. En Chacabuco formamos un núcleo político al cual integramos a Galo Gómez, Adrián Vásquez y Luis Cabezas, un acto de rebeldía que nos fortaleció extraordinariamente. Creo que fue lo que nos mantuvo en pie cuando un grupo de civiles sacó del campo de prisioneros a Pedro Araya. De Pedro solo quedó su ropa como testigo. Permanecí en Chacabuco hasta el 30 de septiembre de 1974, desde donde fui trasladado a Tres Álamos. Cuando salí, mi madre, vinculada al Comité Pro Paz, me sacó a Mendoza junto a otros ex detenidos, viví en Buenos Aires hasta enero de 1978, cuando decidí retornar a Chile, para reincorporarme a la lucha democrática».

Pero Alejandro Cid omite una parte medular en sus recuerdos, porque al cabo de un tiempo terminó asumiendo la dirección clandestina del Regional Centro del PS, incorporándose también hasta 1981 a la Revista de la Vicaría de la Solidaridad y luego a la Comisión Chilena de Derechos Humanos, hasta su cierre en 1989. Finalmente, en los albores de la transición, pasó a dirigir el Regional La Florida. El fin de una larga historia y el comienzo de una larga cesantía.

Jaime Hernández (*Bernardo Bernaldes*), un GAP de la primera generación, no estuvo en la tertulia, pero posteriormente entregó su testimonio para las vidas paralelas:

«El 11 de septiembre me pilló en la casa de Armando Arancibia, subsecretario de Economía, a quien trasladé a algún punto de Providencia. Luego pasé a abastecerme de gasolina y traté vanamente de ingresar a La Moneda. Recibí orden de dirigirme al estadio de la CORMU, donde me encontré con el secretario general Altamirano y con González Calquín, quienes me dieron instrucciones para intentar coordinar la defensa del gobierno con la gente que teníamos en Recoleta. Pero ya antes de llegar me pareció que algo no andaba

bien, porque David Arce había ordenado que se sumergiera el armamento, de manera que los diversos grupos que operaban en el sector no pudieron ensamblar el armamento casero. Estaba pensando qué hacer cuando me topé en San Pablo con Gustavo Ruz, miembro del Comité Central, quien tenía clara la situación, de manera que me envió a limpiar la documentación comprometedoras e intentar plegarnos al esfuerzo que se iba a realizar para auxiliar a La Moneda. Partimos con *Ignacio*, pensando que lo mejor era dirigirnos a Tomás Moro, pero al llegar a Pedro de Valdivia Norte caímos en una barrera de militares que nos llevó detenidos por sospecha a la Escuela Militar, porque el auto era del subsecretario de Economía. Estuvimos allí unas cuatro horas y mientras tanto llegaban camiones y camiones con detenidos. A media tarde nos trasladaron a la Comisaría de Tomás Moro, donde fuimos reconocidos por funcionarios que amenazaron con fusilarnos. Afortunadamente llegó el mayor Concha quien soltó a cinco de los seis GAP que estábamos allí, recomendándonos que nos asiláramos al instante».

Jaime Hernández pasó a la clandestinidad y formó parte de un grupo compuesto por gente que no tenía otra opción de sobrevivir, pues uno había estado en Vietnam y los otros eran un tupamaro y un brasileño.

«Fui capturado a fines de 1974 junto con Óscar Parrau y Galo Pérez. Don Óscar era un anciano que con su silencio salvó mi vida, pues pese a la tortura negó mi nexos con el Aparato Militar. Nos llevaron a la 3ª Comisaría de San Pablo, luego a la 9ª de Chiloé y finalmente al antiguo Senado de la República, que ocupaba la DINA. Cuando llegué sabían que no era *Bernardo Bernales* y comenzaron a torturarme en la que fuera la oficina de Aniceto Rodríguez. Me trasladaron a Londres 38, donde siguieron las torturas, pero al ver a la *Flaca* Alejandra y a Luz y David Arce, sentí que debía sobreponerme y saqué una fuerza que no conocía».

En Londres 38, Hernández fue torturado por Osvaldo Romo, quien en el extremo del salvajismo le introdujo un alambre en el pene procediendo a «parrillararlo». En otro interrogatorio le quebraron la nariz. En Villa Grimaldi despertó un día con la mandíbula fracturada, tres costillas hundidas y con menos uñas. Lo acusaban de tener a su cargo el último barretín del GAP, donde se suponía que había objetos de oro, entre ellos un ajedrez.

«Un día Osvaldo Romo y Luz Arce me levantaron para llevarme al supuesto barretín. A golpes me trasladaron a una casa cerca de Plaza Egaña. Una vez allí, comenzaron a levantar los techos, romper las paredes y a cavar en el piso. Pero necesitaban más gente, por lo que fueron a buscar refuerzos, dejándome con dos guardias que al verme desfallecer, me soltaron los grillos. Fue mi salvación, pues se me había corrido la venda de los ojos y cuando uno de los guardias hablaba por teléfono, logré saltar por una pandereta, cayendo sobre una citroneta y corrí a través de unos diez jardines hasta que salté otra muralla y me encontré a boca de jarro con un taxi que no me quería llevar. Claro, estaba sin zapatos, sin camisa, sucio, ensangrentado. Igual me subí y le exigí que me llevara al Aeródromo de Tobalaba, donde lo eché para abajo y seguí manejando hasta la casa de una monja amiga que me puso en contacto con un detective de izquierda que me llevó a una casa en Las Rejas. Allí me curaron, me dieron ropa y descansé un poco. Además comí bien, dormí, algo me recuperé y un mirista me dejó en la puerta del Cementerio General».

El solidario amigo del MIR no sospechaba que Jaime Hernández era nacido y criado entre las tumbas del cementerio, conoció la pobreza del aseador de criptas y llevó la vida de los niños que acarrear agua para las flores de los deudos. Allí se hizo hombre y fue funcionario de La Raspa (los que limpian), fue sepulturero y cuidador de la Fosa Común. El Cementerio General no tenía secretos. Además estaba su madre, parientes y amigos que lo ocultaron de tumba en tumba. Pasaron dos semanas, hasta que un día llegó un auto al sepulcro en que estaba durmiendo y lo primero que vio fueron las ruedas y un par de zapatos negros. Era el fin, pensó. Pero la vida tiene vueltas y quien se bajó del auto fue el cardenal Silva Henríquez que, advertido de la historia, llegó con una monja al cementerio para ir en ayuda de un ser en desgracia. Don Raúl no solo llevó aliento al proscrito, también le salvó la vida al asilarlo personalmente en la embajada de Italia.

Otro ausente en la tertulia fue Miguel Fuentes (*El Ciego*), quien por esos días iniciaba su traslado definitivo desde Suecia a Chile donde lo esperaba, como a otros, la cesantía.

El Ciego pasó desde el GAP a la seguridad de Carlos Altamirano con Gabriel Gazitúa y González Calquín.

Ese 11 de septiembre, mientras otros intentaban salvar sus vidas, Miguel debió salir en busca de un refugio seguro para el secretario general del PS. Consiguió que Pedro Pablo Astaburuaga, un viejo militante de San Miguel, abriera las puertas de su casa para Altamirano, quien llegó con Hernán del Canto y Adonis Sepúlveda. Eso obligó a buscar otras dos casas sobre la marcha, con el resultado de que el senador, subsecretario del PS y presidente del Partido Federado de la Unidad Popular, Adonis Sepúlveda, terminó durmiendo en el jardín de una casa cualquiera. Allí pasaron esas largas 48 horas de ley marcial en que nadie pudo salir a la calle por la amenaza de fusilamiento.

Al finalizar el toque de queda, se contactó con Arnoldo Camú, que lo envió con un mensaje a Carlos Altamirano: Bernardo Leighton ofrecía una casa para refugiarlo. Fuentes fue a despedirse de su familia y regresó a la casa de Astaburuaga con el mensaje, pero no lo pudo entregar, porque Altamirano se había trasladado a una reunión con los miembros del Comité Central, Gustavo Ruz, y los asesinados Arnoldo Camú y Ricardo Lagos Salinas. Ya eran cerca de las 18 horas y comenzaba a regir el toque.

«En ese momento comenzaron mis problemas. A las 18:10, llegó una patrulla de carabineros alertados por la denuncia de una vecina. Revisaron, pero no encontraron nada, no obstante que para la seguridad de Altamirano se habían asignado cinco fusiles kalaschnikov y tres pistolas que habíamos escondido en la casa. Lo que sí encontraron, para pesar nuestro, fue el uniforme de las milicias socialistas que en la década del 30 utilizó Astaburuaga, además de folletos de la campaña de 1964 que estaban arrumbados en una pieza al fondo del patio. Así llegamos al Estadio Nacional acusados de propaganda clandestina. A los pocos días, Astaburuaga pasó a la Cárcel Pública y yo al Estadio Chile, desde donde me trasladaron a la Penitenciaría, hasta fines de 1975. Mi salida del estadio fue providencial. Un día llegó el coronel Jorge Espinoza con varias carpetas, me llamó y comenzó a leer en una de ellas información vital: que era el encargado de la seguridad de Altamirano, que tenía entrenamiento guerrillero, que había estado en la protección de Inti Peredo cuando vino a Chile».

El mundo se le derrumbaba a Miguel Fuentes, después de las acusaciones ya pensaba en el fusilamiento y en alguna posibilidad de

escape. Pero no había llegado su hora, pues una compañera infiltrada entre los militares se encargó de extraviar las carpetas acusadoras.

«Me mandaron a la Penitenciaría donde estuve en la Calle 2 junto a Julio Soto, *Eusebio*, Manuel Riquelme, Ovidio Toledo, Marcos Gómez y un preso, Alfonso Guerra, al que no conocía antes, pero que me impresionó por su presencia de ánimo para organizar la resistencia interna. A pesar de estar atrocemente torturado, se dio maña para organizar discusiones políticas y veladas culturales. Fue un tiempo duro. Dos días antes de salir en libertad, llego a interrogarme Osvaldo Romo. Sabía todo, absolutamente todo. 48 horas después del interrogatorio, yo creo que por error, salí en libertad condicional y me refugié en una casa amiga. A los días fui a la Peni para llevar unos encargos a los compañeros presos. Noté algo raro: con cara de espanto los funcionarios me sugirieron que saliera de inmediato. Me juntaron plata para perderme mientras abandonaba el país. Romo me andaba buscando y allanaron la casa de mi familia, así que ingresé a la embajada de Italia».

Otro ausente en el encuentro de las vidas paralelas, fue Rafael García de la Huerta Maureira (*Patricio*), que actualmente vive en Canadá. Antiguo miembro del ELN que ingresó al GAP en diciembre de 1970, actuó como jefe de la Casa Presidencial y artillero del auto N° 3. Luego Allende lo envió en comisión de servicio a Chuquicamata para organizar a la militancia, profundizar los lazos con los trabajadores, evitar sabotajes y proteger a dirigentes regionales.

«Al día siguiente del Golpe, los militares llegaron a mi oficina de Chuquicamata con un trofeo: un jeep cargado con varias pistolas, unos cuantos fusiles de asalto y un RPG-7. Creí que se me caía el mundo, pues eso demostraba que algunos compañeros habían hablado. Era cierto que teníamos algunas armas, pero de ninguna manera de lo que me acusaban: 600 metrallas. Fui parar a la Cárcel de Calama, desde donde me pusieron a disposición de un Consejo de Guerra. Comparecí esposado, sin derecho a hablar y sin haber consultado jamás con mi abogado. Me condenaron a cinco años por transporte de armas, cinco por ‘derrocar’ al gobierno constituido, cinco por atentar contra la gente y cinco por portar armas. En total, 20 años de presidio. El mayor Reveco, al comunicarme la condena, intentó darme ánimo diciendo que un

preso político sabía que no iba a estar más de dos años detenido».

Nuevamente fue enviado a la Cárcel de Calama y a las 48 horas lo devolvieron al regimiento para confirmar la sentencia y comunicarle el aumento de la condena en dos años. Lo trasladaron a Santiago, no sin antes atravesar el desierto rumbo al aeropuerto, custodiado por cuatro motos que abrían camino, dos camiones que flanqueaban el auto que lo transportaba y un jeep artillado que cerraba la escolta. Así llegó a Cerrillos, donde pasó por el primer simulacro de fusilamiento y la primera golpiza. De allí lo condujeron vendado a la calle N° 2 de la Penitenciaría donde se encontró con David Silberman, al que un día sacaron con rumbo desconocido.

Permaneció aislado del mundo por unos veinte días, creyó volverse loco en medio de la inmundicia.

«Me sacaron encapuchado a una camioneta con destino a la Academia de Guerra Aérea (AGA). En los diarios de la época circulaba la versión de que Silberman y un GAP huían armados por los contrafuertes cordilleranos con un maletín repleto de dólares. Por eso me llevaron al AGA: querían saber dónde estaba el dinero. Me parrillaron, me colgaron de las muñecas, me golpearon en puntos vitales, me sumergieron en agua inmundicia. Para qué continuar. Fueron quince días. Cuando ya no tuvieron dudas que los dólares no existían, me llevaron de vuelta a la Penitenciaría. En el trayecto volví a encontrarme con David. Días después me comunicaron que sería devuelto al norte y para mi sorpresa el nuevo director de Gendarmería (Guillermo Arancibia), me prestó un teléfono para que llamara a mi familia y luego los gendarmes demoraron las órdenes: gracias a eso llegué al norte cuando ya había pasado la Caravana de la Muerte».

Alejandro Durán, al igual que Jorge Ojeda y Juan Vilches, era un GAP que no fue. Jorge Ojeda, muerto en la tortura, estaba por terminar sus estudios en la Universidad Técnica del Estado, y Juan Vilches, que murió aplastado por un alud en mitad de la cordillera, eran demasiado jóvenes, como también lo era Alejandro Durán, solo que este último sobrevivió.

Recibió instrucción en Vietnam a fines de los 70 y vio la tierra arrasada por los combates de la guerra con China, conoció las aldeas estratégicas, vio los efectos de la guerra de «campo arrasado» y visitó los pasajes subterráneos en que sobrevivió el pueblo vietnamita.

Conoció de la lucha contra franceses, japoneses y norteamericanos.

«Nuestro grupo lo componían nueve personas, todos impregnados de un respeto casi mítico por quienes habían derrotado a los ejércitos norteamericanos, que en Chile fueron nuestros verdugos; por lo tanto no preguntábamos, solo aprendíamos. Entre los anfitriones había un vietnamita de edad indefinida que no hablaba y se dedicaba a escribir todo el día. Escribía y escribía y seguía escribiendo. Amanecía y se levantaba a escribir, almorzábamos y continuaba escribiendo, al anochecer, mientras descansábamos, la misma cosa. Era un enigma que intentamos resolver desde nuestra idiosincrasia donde todo se resuelve con la broma: le pusimos El Escribidor».

Con el correr de los días la curiosidad se acrecentó, porque querían saber cuál era el papel del vietnamita viejo y taciturno. Finalmente les explicaron.

«Tenía como misión anotar todo lo que veía y no era el único, eran muchos los escribidores a lo largo del frente de batalla. Anotaban todo lo que sucedía en una aldea y en combate, lo que hacían los invitados como nosotros, tomaban testimonio de nuestras reacciones, de nuestros gustos, de nuestras pequeñas y grandes frustraciones y alegrías. Iban dejando testimonio con un método de tiempos inmemoriales. Era una reverencia a la historia, a la edad y al pasado, porque era una forma de conservar los recuerdos. En un país tan asolado por la guerra nos encontramos con una forma de hacer historia. Los escritos eran entregados a comisiones regionales y nacionales, que se encargaban de transmitir esas historias. La gran conclusión fue una sola cosa: los vietnamitas eran capaces de triunfar porque sobre ellos predomina el acopio de sabiduría por sobre las armas. Por ello, todas las aldeas se construían ubicando a los tres viejos más viejos, en lugares estratégicos. Ellos serían los escribidores».

Para Alejandro Durán la revelación fue un impacto, le descubrió la falta de contacto de la izquierda chilena con su propio pasado. Los vietnamitas sabían de donde venían, donde estaban y donde iban y, si dudaban, allí estaban los más ancianos con el precioso cargamento de la vida.

«En Chile estábamos muy lejos de llevar adelante un proceso revolucionario. Me preguntaba si nuestros dirigentes estaban dispues-

tos a tomar las armas o si estaban ganando tiempo para luego negociar y olvidar. Tras los hilvanados discursos de los dirigentes de la izquierda se escondía mucho de fanatismo estrictamente ideológico, pero ninguna decisión de ponerse al frente de esa lucha».

Después de Vietnam, y siempre por orden del PS, viajó a Nicaragua, se contactó con miembros de la Al Fatah, fue invitado a Beirut y por esos días Israel invadió El Líbano.

«Estábamos en medio de una conversación, cuando nos evacuaron apresurada y ordenadamente y a continuación, como por arte de magia, aparecieron cañones que tras vomitar su carga fueron trasladados a otro lugar, luego se volvieron a poner las alfombras y el mobiliario, para seguir conversando. También los palestinos estaban preparados para la guerra de tiempos inmemoriales, a un grupo que combatía tras unas katuschkas, les pregunté que pasaría con los hijos de los combatientes que habían caído en esa jornada. Cada familia sabía donde dejar a los niños que la guerra iba dejando huérfanos. En otras palabras: en la guerra larga lo que se preserva es la especie hasta la victoria final. En Chile, la dirigencia no estaba dispuesta, nunca lo estuvo y jamás pensó en una victoria a ese precio. Teníamos una visión ideologizada y casi fanática, pero sin tomar en cuenta que en medio de los combates la vida sigue, tal como me sucedió a mí: en esos días ingresé clandestino al país a sabiendas de lo difícil que era llevar adelante la estrategia diseñada, porque implicaba un profundo cambio de mentalidad en una izquierda acomodaticia. Nuestro tiempo fue muy corto y por lo tanto no alcanzamos a ponerlo en marcha».

Bruno Serrano no concurrió a la tertulia, por estar ahora detenido por la pobreza en que vive en una caleta de pescadores en el sur. Bruno llegó con el primer grupo de militantes del MIR que se integraron al GAP y por sus 29 años lo apodaron *El Viejo*. Hombre delicado y sensible, abandonó la Facultad de Bellas Artes para dedicarse a la organización, pero tan drástica determinación no afectó su relación con la poesía ni su historia de amor con Heddy Navarro, a quien esperó pacientemente toda una vida. *El Viejo* llegó al GAP el 4 de septiembre de 1970 junto a Mario Superby, Max Marambio, Mario Melo y *Jaime*, un mirista de Concepción del cual nunca supo su nombre. Permaneció hasta marzo de 1971, en que salió por severas diferencias con la conducción. Según Bruno,

el GAP reemplazaba en los hechos al Estado y que, por lo tanto, usar las instalaciones para formar a sus propios cuadros era pasar a llevar la confianza de Allende.

«Para evitar mayores problemas, fui trasladado por petición expresa de Miguel Enríquez, quien me confidenció que en poco tiempo el MIR abandonaría el dispositivo. Me transformé en el encargado de la construcción de armamento casero. En realidad el MIR nunca fue lo que se pensó. De hecho el golpe de Estado nos sorprendió en fase de despegue, teníamos graves carencias de gente y medios, al extremo que a fines de 1972 me enviaron a Neltume para apoyar la preparación de una zona de operaciones del MIR. Pero faltaban recursos, de manera que tuve que bajar a Santiago donde arribé la mañana del 11 de septiembre. Lógicamente venía desprevenido, de manera que fue sorpresa oír por radio las noticias. Hasta hoy recuerdo mi desesperación por la lentitud con que se desplazaba el tren. Solo me fui acelerando, pero no pude llegar a La Moneda. Me fui a una casa de seguridad y al día siguiente estaba detenido en el Estadio Nacional. Fue terrible. Me torturaron de tal manera que un día no me pude parar. Creo que se olvidaron de mí. Me recuperé gracias a la comida que me llevaban algunos presos. El olvido me salvó. Cuando me sentí bien y logré moverme, me arriesgué, logré escapar y pasé a la clandestinidad».

Fue una larga clandestinidad, interrumpida en 1984 por un severo quiebre emocional. *El Viejo* perdió a su primera hija de muerte súbita en 1972, durante un viaje que hizo a La Habana: no hubo duelo, en aquellos años no había tiempo para llorar. Bruno bautizó a su hija Arapey, el nombre de un río uruguayo en honor a un guerrillero tupamaro. Al tiempo se separó, tuvo otra pareja y también más hijos, pero faltaba el duelo, el llanto por la pequeña hija enterrada en Vallenar. En medio de las Jornadas de Protesta de 1984, sintió que le faltaba el aire, que necesitaba pedir perdón a Arapey por el abandono en que la había dejado y tomó un bus con destino al norte. Llegó al cementerio guiado por las señas, esperó que abrieran las puertas y al atardecer encontró la tumba y las lágrimas por Arapey, su hija desconocida.

El mirista Edison Barrales también fue recordado. «Omar» se integró al GAP en el segundo grupo que designó la dirección del

MIR y después fue parte de La Tropillita e instructor en Fuerza Central. Después del Golpe pasó a la clandestinidad y se trasladó a Cuba, desde donde lo enviaron a Buenos Aires con la misión de convertirse en el ayudante de Edgardo Enríquez.

«Tuve dos contactos con el jefe del MIR, me dijo que estaba dispuesto a asumir la secretaria general, disconforme con la gestión de la dirección. Incluso alcancé a distribuir la carta en que Edgardo explicaba su postura. Fue todo: a los pocos días, Edgardo fue capturado».

Edison Barrales quedó entregado a su suerte. ¿En quién confiar si la plana mayor del MIR había sido capturada? Permaneció a salto de mata durante meses hasta que logró establecer contacto con el ERP. Inútil. No lo podían sacar del país por dos razones: la documentación de *Omar* estaba «quemada» y su propia central de informaciones estaba interceptada. Traspies que intentaron solucionar integrándolo a una columna guerrillera que operaba en Tucumán, pero él debía volver a La Habana para informar de la gravedad de lo que estaba pasando. Quedó botado en Buenos Aires por cerca de dos años.

Hernán Medina Poblete (*Felipe*), también narró su historia. Militante desde 1965 del PS, fue uno de los primeros elenos, incluso en su casa estuvo Inti Peredo. Se había integrado al GAP a fines de 1970 donde cumplió funciones de escolta y jefe de instrucción. Después del Golpe, integró el equipo que brindó protección a Carlos Altamirano. «Me detuvieron el 17 de septiembre, cuando unos carabineros que integraron la escolta presidencial me reconocieron. Sabían que tenía información, de manera que con la tortura intentaron sacarme nombres, direcciones, ubicación de barretines. Yo sabía que de mí dependía la posibilidad de la captura de Altamirano, así que seguí la orden de permanecer callado al menos un día, para en ese tiempo rearmar lo poco que quedaba». Hernán Medina, *Felipe*, no habló.

El reingreso clandestino a Chile fue un tema recurrente en la tertulia y con ese propósito se preparó la gran mayoría. El primer grupo que reingresó estuvo compuesto, entre otros, por Manuel Cortés, *Marcos*, Milton Silva, Alejandro García, Juan Osses y Enrique Ramos. Los dos últimos tuvieron mala suerte. Ramos fue interceptado en Roma. Con una pistola en la cabeza debió entregar

su dinero y pasaporte. Quedó al garete. Todavía no sabe si fue un asalto fortuito u otra cosa, quizás un aviso, porque meses antes, también en el aeropuerto romano, fue interceptado Rolando Bustos, otro militante en viaje clandestino a Chile. ¿Infiltración? ¿Mala suerte para la operación? En todo caso buena suerte para Ramos que vivió para contarlo.

Juan Osses fue capturado en Quinteros y a su lado murió Carlos Godoy, un representante de la nueva generación. En marzo de 1987, cuando en la izquierda cundía el desconcierto, Juan Osses, desde la Cárcel de Valparaíso, lanzó un manifiesto donde señalaba que la alternativa democrático popular estaba en fase de agotamiento y llamó al rearme programático para evitar una salida de la dictadura sin la izquierda o con una parte de la izquierda amarrada al proyecto centrista.

Ovidio Toledo, Pedro Plaza, Julio Soto y otros no alcanzaron a retornar bajo esas circunstancias. Lo harían años después bajo otras condiciones históricas.

Francisco Valiente fue reclutado por Arnoldo Camú para integrar el GAP. Aquel 11 de septiembre estaba en su casa al cuidado de Recaredo, su hijo menor, disfrutando de un par de días libres. Cuando se enteró del Golpe de Estado, concurrió a Tomás Moro y llevó a su hijo adolescente. Luego del bombardeo, intentó dirigirse a SUMAR, pero fracasó en el intento y decidió volver a su casa confiado en los cuidados especiales que había tomado para preservar su identidad.

«Fui delatado por un vecino y el 12 por la noche llegaron a buscarme. No me di ni cuenta, estaba durmiendo. Me llevaron a la Escuela de Suboficiales de Carabineros. Nos acusaban de dividir a la institución, de enfrentar a carabineros con carabineros, de intentar entregar el país al comunismo internacional. Dos días después me condujeron al Estadio Nacional donde estuve un mes sometido a tortura. A mediados de noviembre me trasladaron a Chacabuco, donde me alojé en el llamado Pabellón de la Cultura porque nos esforzábamos en buscar la talla y en hablar mal, para molestar a los guardias. Salí de allí en enero de 1974 rumbo a Puchuncaví».

En ese campo de prisioneros, Francisco Valiente pasó el trago más amargo de su vida. Iba golpeado, había pasado por una veinti-

tena de formas distintas de tortura y comenzaba a sentir un sentimiento desconocido: odio.

«Me encontré a boca de jarro con David Arce, que también estaba preso. Lo conocía bien, porque lo recibí cuando llegó a El Cañaveral. Siempre lo encontré raro, no hacía guardias, no alternaba con nadie, nunca miró a los ojos y yo pensaba que era así porque tenía un mayor grado de cultura que nosotros. En todo caso nunca lo vi como un traidor, solo como alguien raro. Pero en Puchuncaví, a estas alturas, ya sabíamos que era un traidor, que había delatado y colaborado. Nadie conoce su resistencia al dolor, de modo que cuando alguien se quebraba, intentábamos pararlo y ayudarlo, porque ninguno de nosotros era un superhéroe. Lo de Arce fue distinto, nos rechazaba y se notaba que tenía miedo, pero había algo más, algo indescriptible. Era como un animalito acosado. De repente dejé de verlo y durante años pensé en él, salí de la cárcel en abril de 1975 y lo seguía teniendo en la cabeza. A mediados de 1999 lo divisé en una feria en José Arrieta. Iba con una niñita y una mujer joven. Mi curiosidad no tenía sentido: se había transformado en un ser anónimo, era otro».

Los Judas del GAP

Así, entre los recuerdos, la bruma del olvido, risas y llanto, se recuperó la historia, una historia en la que solo en el último momento se tocó un tema negro: la traición. Solo al final de la tertulia, el imaginario colectivo de los GAP sobrevivientes recordó la vileza y la traición.

Los Judas del GAP fueron pocos.

Alfonso Cortés Soto, por cuya boca los atribulados sobrevivientes recibieron un duro golpe el 20 de septiembre de 1973. En rueda de prensa, *Roberto*, junto al contraalmirante Jorge Paredes, reconoció su paso por el GAP e informó sobre el papel del MIR y su posterior salida; la responsabilidad asumida por los socialistas; la estructura orgánica y los cargos de Domingo Blanco (*Bruno*), Jaime Sotelo (*Carlos Alamo*) y Fernando Gómez (*Fernando*).

Señaló que Salvador Allende «era un individuo de mal carácter, que le gustaba mucho el cine, comía poco, dormía también poco, pero bebía mucho whisky»; agregando que sus ex compañeros eran incultos y en gran medida groseros. En consonancia con la campaña de aquellos días para denigrar la figura presidencial, afirmó que vio una caja fuerte repleta de dólares y alacenas rebosantes de alimentos y botellas de licores. Finalmente declaró su disposición a colaborar con las autoridades, «entregando todos los antecedentes que permitan descubrir las actuaciones de los individuos de la Unidad Popular que pretendían llevar al país al caos».

Pablo Fernando Sánchez Garrido es otro caso emblemático.

Estuvo en el GAP desde el 23 de noviembre de 1972 hasta el 1º de septiembre de 1973, cuando se retiró por motivos «personales y

políticos», aún cuando sobre su persona existe la sospecha de que trabajaba desde antes para los servicios de seguridad. Un hombre de fino «olfato político» como era Pablo no se habría retirado del GAP en una coyuntura tan conflictiva como era el mes de septiembre. Se fue en el momento preciso. «Seguramente sabía lo que vendría», opinan a coro sus ex compañeros. El análisis de la «Declaración» (ver página 257) que efectuó ante las autoridades militares, el 18 de abril de 1974, demuestra que registró los detalles más nimios de todos los hechos donde le correspondió actuar: dirigente estudiantil, instructor, GAP y participante de una Escuela de Instrucción Militar en Cuba. El formato y contenido de la «Declaración» dejan al descubierto una fina preparación en Inteligencia en circunstancias que lo que aprendió en la isla caribeña fue tiro, fabricación de armamento casero, explosivo, defensa personal, además de servicio de contra-inteligencia, que consistía en tomar medidas de chequeo y contrachequeo. Pero aún hay más. La delación de Pablo Sánchez se realizó cuando el GAP estaba aniquilado, de modo que su utilidad fue política. De hecho, fue esgrimida como justificación del Golpe de Estado ante las Naciones Unidas. Además tenía otra intención: demostrar que los servicios de seguridad poseían la información necesaria para neutralizar a la JS, la última estructura sobreviviente del PS.

Dado el grado de desmantelamiento, la dirección recurrió a la Juventud Socialista y la fusionó con el Partido, integrando a una generación que dos años más tarde se hizo cargo de su conducción. ¿Cuántos ya estaban detectados y no lo sabían? ¿Está allí la explicación de los descalabros sucesivos de esa organización?

Otro nombre que atrajo la atención fue el de Raúl Juvenal Navarrete Hancke, que bajo el seudónimo de *Martín*, fue profusamente citado por Luz Arce en su libro *El infierno*, señalando que fue la persona que la contactó con el GAP. En numerosos párrafos lo señala como un delator al que nunca más vio. En efecto, lo que no supo Luz Arce es que *Martín* reapareció años más tarde en Francia y se esfumó de la tierra cuando, por una casualidad, se topó a boca jarro con los hermanos Isidro y Hugo García, GAP asilados en Francia.

Que *Martín* colaboró con la DINA es algo sabido, lo que no se sabía es que estando de guardia en El Cañaveral produjo un autoatentado para acrecentar su prestigio, porque surgió contrarrestán-

dolo. Se transformó en el más eficiente de los instructores, llegando incluso a diseñar la cancha de obstáculos en la cual entrenaban los miembros del Dispositivo. Otros GAP más observadores notaron que usaba un arma particular, una pistola Stayer de reglamento para los oficiales del Ejército. En fin, existen variadas versiones: que se le vio en uniforme militar, que tenía documentación falsa antes de llegar al GAP, que tenía una formación militar superior al conjunto de sus compañeros. Pero, sea como fuere, hay un hecho indelible: trabajó para la DINA.

En los protagonistas de las vidas paralelas, quedó el peso de la duda: ¿infiltrado o traidor?

Todos declaran ya no sentir rencor, sino una mezcla de lástima y conmiseración que se puede resumir en la siguiente reflexión: «Son almas en pena que nunca podrán reparar el daño que cometieron en un momento oscuro en sus vidas».

En torno a los hermanos David y Luz Arce ronda una compleja leyenda negra atravesada por dudas, horror, rechazo y recriminación; pero también existe piedad.

Durante años circuló la versión de que Luz Arce aceptó colaborar para salvar la vida de su hermano que fue cadete en la Escuela Militar. En el relato que hace a la Comisión Rettig señala que, estando ambos detenidos, decidieron colaborar con la DINA a «cambio de vivir». Versión que agrega nuevas dudas, porque el trato que recibieron los presos que habían sido miembros de las Fuerzas Armadas, fue brutal. Ahí está el caso de Mario Melo y de Claudio Thauby. La propia Luz Arce relató el martirio: «Con un yatagán le rompieron a Thauby todo el pecho. Tenía un círculo y al interior una cruz. Todo estaba roto». Entonces fluye la pregunta: ¿por qué David Arce no fue sometido a un trato similar? ¿O es que venía colaborando desde antes y se prestó para quebrantar a su propia hermana? Es una hipótesis posible, avalados en la tesis de la anomia social que inundó al país y que llevó al propio padre de los hermanos Arce a denunciarlos ante Investigaciones. Como sea, Luz Arce doblegada o no por la tortura, terminó operando como jefa de sección de la DINA.

¿Qué pasó con Luz Arce? Es la pregunta que se formulan sus ex compañeros, luego de recordar que estuvo en el GAP desde mayo a septiembre de 1972. Surgen tres preguntas:

1) ¿Pertenebió a la inteligencia militar y trabajó desde antes para las Fuerzas Armadas? Es posible, pues al GAP la integró *Martín*, uno de los traidores.

2) ¿Fue solo una aventurera que pagó cara la osadía de situarse en el ojo de la tormenta? Es posible, pero cómo explicar la estela de muerte que la acompañó, no sólo murieron sus compañeros del GAP, sino también Alfredo Rojas, director de Ferrocarriles, de quien fue su secretaria, y Wagner Salinas, a cuyas órdenes trabajó en los GEA.

3) ¿Fue torturada y quebrantada su voluntad? Es posible, porque entonces la humillaron, la rebajaron en su dignidad, la quemaron e hirieron.

4) ¿Por qué la visitaba regularmente el propio Manuel Contreras? Posiblemente Luz Arce fue una víctima atemorizada, aislada y acosada, que optó por la vía de sobrevivir.

De las aventuras, desventuras o colaboracionismo de Luz Arce, brota la demostración del Terror de Estado. Todos los prisioneros fueron detenidos por sujetos que cumplían órdenes emanadas desde una institución del Estado, que disponían de armas y vehículos para cumplir sus órdenes, y recibían entrenamiento. Los detenidos eran llevados a Londres N° 38, Villa Grimaldi y Tejas Verdes, sitios de reclusión expropiados por el Estado. Maltrechos y golpeados, los prisioneros fueron custodiados por militares que cumplían órdenes superiores, percibían sueldo por su función y gozaban de impunidad para desplazarse en horas de toque de queda. Los detenidos fueron torturados para obtener información con el fin de destruir al enemigo interno e infame. Fue una política institucional, no eran responsabilidades individuales.

Ayer fue otro día

Al finalizar la conversación aparecen los nombres de dos marineros, los sargentos segundos Gastón Fernández y Carlos Ramírez, ambos en comisión de servicio en la Presidencia en calidad de cocineros de Tomás Moro. No eran parte del dispositivo de la escolta y la responsabilidad de su presencia recae en el propio Salvador Allende. Ambos sargentos cumplieron solo con su deber: informar. Esto lo hicieron, además, por conducto regular en abril de 1973, como lo reportó el *Libro Blanco*. Es un dato decisivo, pues la inteligencia militar tenía información exacta sobre el GAP —la capacidad de combate y su real poderío—, datos claves para dosificar la fuerza propia a emplear. Los informes de los cocineros consignaban, con gran realismo, un contingente compuesto por personal civil que estimaban entre 120 y 180 personas, con una instrucción de tres a seis meses y edades entre los 18 y 50 años. También detallaron la cantidad de autos que poseía la escolta, los turnos y la cantidad de gente que los cubrían. En suma, cumplieron con su deber institucional y entregaron información vital. Nada más.

Ya amanece. Los contertulios de las vidas paralelas, contentos por el reencuentro y abrumados por el peso del pasado, se retiran a intentar conciliar un sueño que les ha sido esquivo por tanto tiempo.

Es otro día.

Fueron temas ingratos: la cárcel y la tortura, la lucha contra la dictadura y los GAP lanzados al exilio.

El 11 de septiembre de 1973 terminó trágicamente la «gran aventura» de sus vidas. Unos murieron, otros desaparecieron y para

muchos llegó el exilio: Argentina, Alemania Democrática, Alemania Federal, Cuba, España, Francia, Italia, México, Suecia y Venezuela.

«Aucán de Chile» en Italia es todo un concepto. Se trata de uno de los conjuntos de música folclórica con que los chilenos emigrados animaron las veladas de solidaridad. Sólo que el cantante principal fue durante años Osvaldo Arteaga Olivares, GAP en el exilio que tuvo el nombre de chapa de *Julio*. Ahora la quena, el charango y la zampona eran las armas. De Milán a Roma, de Florencia a Venecia, de allí a los festivales de L'Unitá. Aunque poco antes, nada permitía sospechar lo que depararía la vida a este «eleno», participante en la fundación de la población Violeta Parra. Perfectamente pudo haber engrosado la lista de los detenidos-desaparecidos porque el día del Golpe, encontrándose con licencia, intentó romper los cordones de seguridad que aislaban a La Moneda y lo único que consiguió fue que lo reconociera un capitán de carabineros. Tres días después era allanada su casa.

«Luego vendría una clandestinidad imposible de sostener, de manera que casi al promediar el año del Golpe, me asilé en la embajada de México, viviendo una de las peores experiencias de mi vida, porque tras algunos días en calidad de huésped debí abandonar el recinto. La embajada, al cerrar sus puertas —después del último gran traslado de asilados—, nos lanzó a la calle a los tres últimos refugiados. Debo mencionar que el encargado diplomático tuvo la deferencia de dejarnos en el lugar que le solicitamos: ¡una calle cualquiera!».

Meses después, el embajador de Italia, alertado de esta situación, logró ponerse en contacto con Osvaldo Arteaga para ofrecerle asilo y así reparar el error diplomático.

Muchos quedaron descolgados.

El caso de Víctor Aguilar refleja el destino sufrido por miles de chilenos que por su nivel cultural no tuvieron mayores horizontes para capear el temporal. No lograron moverse más allá de su entorno, ni siquiera se trasladaron dentro del país y ni hablar de pensar en el exterior. Como Víctor, miles quedaron a la deriva y si no hubo más muertos fue porque la represión en un principio fue masiva y descoordinada.

«El mismo 11 de septiembre estaba en radio Corporación a cargo de la seguridad y quedé descolgado. Entre septiembre y no-

viembre tuve que andar arrancando. Me hicieron tira la casa. La allanaron. Fueron tres veces buscando armamento. Alguien me denunció, pues unos vecinos sabían que había sido del GAP. Sólo en abril de 1974 volví a la población. El partido ya no existía y nadie quería meterse en nada. Había mucho miedo. Nos demoramos en rearmarnos. Yo desconfiaba de la gente. En 1978 me tocó el turno, caí preso cuando me reconoció un paco de Tomás Moro. Iba por una feria que se pone en Samuel Izquierdo. Al verme, pidió apoyo y comenzó a perseguirme hasta que me cercaron una camioneta azul y una micro de carabineros. Me esposaron delante de cientos de personas y comenzaron a darme con todo. Luego me llevaron a la Comisaría de la Plaza Garín y me tuvieron ocho meses sin reconocer mi detención. Mi mujer se movió con los curas y me sacaron».

José Díaz Arias (*Willy*), se integró a la escolta en octubre de 1970 y permaneció hasta julio de 1971 cuando se le destinó como instructor a los campamentos Che Guevara y Nueva Habana por su origen de poblador. Vio el bombardeo a La Moneda desde la calle, pues no pudo atravesar las barreras. Junto con el derrumbe de la democracia se derrumbó su mundo, pues era un militante que, como tantos otros, estaba compartimentado y era la organización la que llegaba a él. Quedó solo, aislado y permaneció en Chile porque su mujer no tenía idea de sus actividades clandestinas. Nunca se atrevió a explicarle.

En esa suerte de «machismo militante» en que el hombre lo arriesgaba todo a costa de la comunicación con la pareja, estuvo su error.

«El 13 de mayo de 1976, cuando pensaba que ya no había de qué preocuparse alguien me delató. No sé quién. Porque en las torturas para que te dieran un respiro y seguir soportando, a veces soltabas un nombre de alguien ya muerto o en el exilio. Creo que eso pasó conmigo. Llegaron en la madrugada, me despertaron con una escopeta apuntándome. Afuera había un furgón amarillo y una camioneta C-10 con una Punto 30. Me sacaron al patio y empezaron a darme duro. Mientras tanto, sentía los llantos de mi mujer que no sabía lo que pasaba, y escuchaba los gritos de mi niño. Me subieron al furgón y por el jadeo y el mal olor me di cuenta que había otros presos, no los pude ver porque iba esposado y vendado. Nadie se atrevía hablar, nos llevaron a un potrero y nos

echaron los perros encima. Los animales se hicieron chupete con nosotros».

Siguieron los interrogatorios, llegó a una Comisaría para el mal trato, la poca comida, y un simulacro de fusilamiento.

«Le dispararon a un tarro vacío de aceite que partieron a balazos. Yo estaba muy asustado y me preparé a morir. De pronto me tomaron en vilo y me estrellaron la cabeza contra un pilar y luego comenzaron a pegarme solo en los riñones. Me obligaron a permanecer en cuclillas con un tarro de aceite sobre la cabeza y cada cierto tiempo le pegaban al tarro con un fierro. Creo que me querían volver loco, así es que comencé a pensar que estaba en un baile. Cuando me sacaron la venda y comenzaron a golpearme nuevamente, volví a la realidad. Esta vez, de una patada me botaron los dientes y los pocos que me quedaron me los fueron bajando de combo en combo. Me quebraron en cuatro la mandíbula, luego me golpearon en los testículos y medio muerto me subieron a una Combi. Lo último que oí fue: «A este huevón hay que ir a tirarlo». Creo que me dieron por muerto. Era el 10 de agosto de 1976».

Roberto Ortiz Caballero (*Sergio*) y Pedro Reyes Abarca, fueron compañeros de curso en la Escuela de Artes Gráficas, y estuvieron en el GAP entre mediados de 1972 y febrero de 1973. Posteriormente abandonaron la escolta, para cumplir otras funciones: Ortiz fue destinado a la seguridad del Comité Central del PS, pero los fines de semana volvía a El Cañaveral para redoblar la vigilancia de Allende. Reyes fue escolta de Camilo Escalona, cuando fue candidato a presidente de la FESES (Federación de Estudiantes Secundarios).

Cuando no quedó nadie a su alrededor, ambos se sumergieron en la clandestinidad y solo se volvieron a encontrar en el encuentro de las vidas paralelas.

Berta Chandía Rojas (*Irma*), cesante en la actualidad, quedó descolgada luego que la estructura del GAP a la que pertenecía fue barrida: «Además quedé sin contacto con los dirigentes políticos de la zona norte porque cayeron presos esa misma mañana. No obstante, logré sacar la documentación que podía comprometer a dirigentes y base popular del Cordón Industrial Cerrillos, donde el GAP me asignó para asegurar el funcionamiento de la teoría de los anillos concéntricos. Inicié una larga clandestinidad, distintos

cargos en la comuna durante los 17 años de la dictadura, hasta que me vi involucrada en la movilización social durante las jornadas de protesta nacional, de 1983 a 1986».

Los hermanos Mario y Orlando Pérez, antiguos miembros de La Organa, corrieron distinta suerte. Tras el Golpe tomaron la decisión de permanecer en Chile y en el trabajo poblacional, pero el asedio de la cacería obligó a Mario a optar por el exilio, en tanto Orlando continuó organizando la resistencia en condiciones extremas, sin lazos con la organización y con el miedo que atenazó a quienes sabían que había sido miembro del GAP. Igual resistió los 17 años de dictadura y reapareció con la ola de protestas.

Aladino Arratia Hidalgo (*Ademar*) es otro caso simbólico. En su paso por el GAP fue destinado a las labores de Guarnición en El Cañaveral, donde se le recordaba por su afición a cantar «rancheras» en las horas de guardia. Pero del GAP y la música mexicana transitó a la clandestinidad asumiendo la responsabilidad de organizar la lucha contra la dictadura en varios campamentos de la Región Metropolitana. Fue detenido, torturado y trasladado a Pisagua. Allí vio los abusos a que fueron sometidos los «prisioneros de guerra». Él mismo fue víctima de simulacros de fusilamiento en cinco oportunidades. Volvió a entonar rancheras en noches de tristeza, pero ya no era el canto de antaño, sino un canto desgarrado dedicado a los fusilados. En Pisagua conoció a médicos obligados a certificar la muerte de los eliminados y la única prostituta del pueblo, ya alejada de su profesión, les llevaba cigarrillos de vez en cuando. El desierto en su grandeza, con el tórrido día y la gélida noche, lo acogió y le enseñó lo necesario para sobrevivir. Suerte que no tuvieron los detenidos desaparecidos-fusilados en Pisagua.

Las vidas paralelas se desgranán.

Los amigos personales de la vida y la muerte se han reunido después de 27 años.

Un último acto.

El 6 de octubre de 1988, cuando las ciudades se desbordaban para celebrar el triunfo del NO en el Plebiscito, *Dario*, un representante de las nuevas generaciones que lleva el nombre de guerra de Francisco Cattani, uno de los caídos en La Legua, se encontró con un Milton Silva cansado y desgreñado.

—¿De dónde vienes?

—¡De la guerra!

Milton Silva había respondido a la petición de algunos dirigentes políticos que le pidieron apoyo para el caso de una eventualidad:

—Ante la posibilidad de un autogolpe de Pinochet, organizamos doce puntos de resistencia en Santiago para producir un repliegue organizado en caso de esa eventualidad. Junto a gente de la Concertación, del MIR y del PC, establecimos una coordinación. En mi caso, me concentré a trabajar en Pudahuel y Cerro Navia.

Fue lo último y no fue necesario.

Los ex integrantes del GAP se percataron de los fenómenos que sellaron la derrota política del proyecto de izquierda y se replegaron.

Había desaparecido el antiguo tejido sociopolítico, los partidos estaban quebrantados y eran sólo cúpulas; los movimientos sociales no lograron plena autonomía y continuaban dependiendo de los partidos; las viejas alianzas políticas y sociales ya no existían. En otras palabras, cojeaba el factor fuerza, agravado por lo más importante: el retroceso del papel político jugado por la clase obrera y el mundo popular. La izquierda estaba representada por una cultura más que por una fuerza organizada.

También se percataron del fin de la hegemonía del movimiento obrero en el frente político de izquierda: el agotamiento de los partidos del sector, de las organizaciones de raigambre clasista (CUT) y su reemplazo por entidades de fachada.

Pero, lo más importante, es que se había iniciado el recambio de la antigua clase política. Emergía una nueva clase, donde una intelectualidad advertida del descalabro popular, venía dispuesta al reemplazo. Era la «rebelión de los intelectuales», que de grupo de apoyo de la antigua izquierda pasaba a tomar el control de un conglomerado de centro izquierda. El fenómeno deslizó la izquierda al centro, condenando a otros sectores a la periferia del sistema político (caso del PC) o a su desaparición (caso del MIR).

Fue el ocaso no sólo de los sobrevivientes del GAP, sino de la generación insurreccional que soñó con el un, dos, tres Vietnam y tomar el cielo por asalto.

Una nueva derrota, el final de los veteranos del 70 y su condena al ostracismo político.

Solo les queda el refugio del hogar, compartir cicatrices, recordar el combate y una tertulia en el campito de Arismando Muñoz.

Esa fue la historia. Un relato aún inconcluso. Faltan los que pasaron al anonimato, los que permanecieron en el exterior y a los que se tragó el tiempo, pero nadie está olvidado.

En el departamento de Miria Contreras, *Payita*, hay una mesa esquinera con un gallo de plata, una pequeña jarra, una lámpara, varias cajitas también de plata y un florero que siempre luce flores tiernas y vivas, pero lo principal es el retrato en blanco y negro de un joven sereno y con barba: el hijo caído en un lejano 11 de septiembre de 1973.

Post Scriptum

El GAP fue una organización armada. No cabe la menor duda. Su función fue la de proteger al Presidente Allende para lo que contaron con un pequeño arsenal formado a partir de la recepción de tres cargamentos de armas.

A principios de 1971, la Comisión Militar del Partido Socialista recibió una ametralladora Punto 30; ocho subametralladoras UZI; cuarenta subametralladoras MP-40; doce pistolas P-38 y doce revólveres Colt.

Un segundo cargamento permitió contar con otras tres ametralladoras Punto 30; cien AK-47 (con módulo de 120 tiros); cincuenta subametralladoras Walter P-50; seis RPG-7 cada uno con nueve lanzacohetes; veinticuatro pistolas P-38 y veinticuatro revólveres Colt.

Finalmente, avanzado 1973, llegaron otros cien fusiles AK-47 y dos cañones sin retroceso.

Estas fueron oficialmente las armas de las que dispuso la Comisión Militar del Partido Socialista, de las que trasladó exactamente la mitad al arsenal del GAP. Fue por exigencia de Allende, que quería tener bajo su control el armamento. No hubo más. Era un arsenal concebido para la defensa, por lo tanto nunca salió a la calle sino hasta el 11 de septiembre de 1973.

Eran todas las armas de la revolución chilena.

El PC no las tenía, tampoco el MAPU o la Izquierda Cristiana. El MIR, como su propio secretario general lo ha reconocido, también careció de armamento a pesar de haberlo pedido a los cubanos. De manera que la política de exterminio de los militares y

la derecha se basó en el falso supuesto de la existencia de poderosos arsenales y de quince mil guerrilleros dispuestos a emplearlos.

Al respecto una digresión. A estas alturas de los acontecimientos históricos tampoco cabe duda de la procedencia del armamento. Fuera de las cincuenta Walter P-50, el resto del material venía de la isla, de manera que los cubanos bien pudieron haber sembrado de armas el país. De hecho, cuando a mediados de los 60, el Che se trasladó al África, simultáneamente viajó un batallón cubano para prestar atención a la naciente revolución congoleña, batallón que transportó armas, dio instrucción *in situ* a combatientes de Leopoldville y Brazaville, Angola, Guinea Bissau, Mozambique y Camerún.

Esos fueron años de aprendizaje también para los cubanos porque se movían en el antiguo mundo colonial sorteando la inteligencia occidental, de manera que ingresar armas a Chile no era cosa de otro mundo, el no envió de armas a escala a Chile fue una decisión política. Opción que por cierto debe haber resultado ingrata para los cubanos guiados por los principios de la Tricontinental, pero a la vez reflejó el respeto que logró imponer Salvador Allende a la vía político-institucional.

El GAP se preparó, combatió y sucumbió. Como dicen algunos de los sobrevivientes: «El GAP murió con las botas puestas». Fue todo lo que pudieron hacer. Y fue mucho en medio de un desbande generalizado, porque ¿qué más podían haber hecho 26 escoltas, 45 hombres en formación, 90 o 100 GEO, quince o 20 miembros del grupo de Inteligencia? ¿qué más con 120 tiros por cabeza frente a un ejército regular?

A continuación sus restos dispersos fueron sometidos a la carcería final, luego vino el repliegue y aunque vinieron para algunos GAP las experiencias en otras latitudes, el regreso ilegal y las zozobras de la clandestinidad, su historia había terminado.

Con la muerte de Allende terminó su función histórica. Solamente quedaba entonar un canto fúnebre.

La historia está inconclusa. En una fecha cercana, el 5 de enero de 2001, se dio a conocer el Informe Conjunto de las Fuerzas Armadas a la Mesa de Diálogo, un documento donde se entregaron nuevas y estremecedoras informaciones sobre el destino corrido por 180 chilenos. (ver página 279).

El informe señala que cientos de compatriotas fueron arroja-

dos al mar, lagos y ríos. La sociedad chilena se estremece: los militares reconocen en parte el genocidio cometido. El gobierno validó el informe, los abogados de derechos humanos ponen en tela de juicio la palabra de los uniformados, los generales del Golpe llaman a no olvidar los «horrores de la Unidad Popular», la Iglesia insiste en la reconciliación y la derecha guarda silencio. Luego sobrevino la duda: los datos no coincidían.

Fue el momento temido por tantos y tantos años por Rina Balvederessi. Un llamado de Miguel Fuentes, *El Ciego*, la había alertado, quizás *Aníbal*, el esposo desaparecido desde el 11 de septiembre de 1973, fuera un nombre de la lista. A Rina le comunican que según el informe, Juan José Montiglio fue arrojado al mar. No hubo documento, solo una información verbal: ¡Arrojado al mar... arrojado al mar!

Nada más. Después del estupor y las informaciones fragmentarias que no coinciden. Domingo Blanco Tarrs, *Bruno*, según el informe, fue detenido el 11 de septiembre y lanzado al mar en San Antonio dos días después. Pero existen pruebas documentadas que demuestran que estuvo en la Cárcel Pública hasta el 19 de septiembre, cuando se pierde su rastro.

A Juan Vargas Contreras (*Marcelo*) y Julio Moreno Pulgar (*Alfredo*); al *Huaso Raúl*, al médico Enrique Huerta y Juan José Montiglio, con nombre de guerra *Aníbal*, los vieron presos y maltratados en el Regimiento Tacna: ¿a 10 ó 40 millas frente al mar de San Antonio?

Félix Vargas, el antiguo eleno, *Luisito*, el ecónomo del GAP, el hombre que salió herido de Tomás Moro: ¿en el mar frente a San Antonio y sin indicación de millas?

Para los sobrevivientes del GAP son demasiadas las preguntas que se ahogan.

¿Cómo entonar un último *In Memoriam* si persiste la duda?

Los reventados por la historia aún no pueden cerrar su largo duelo.

Anexos

Declaración*

En Santiago, a dieciocho días del mes de Abril de mil novecientos setenta y cuatro, presta declaración en este Departamento de Informaciones, libre y voluntariamente don PABLO FERNANDO SÁNCHEZ GARRIDO, chileno, nacido en Curicó el 25 de Noviembre de 1952, de 21 años de edad, hijo de Fernando y de Dagmar, soltero, lee y escribe, civil Nr. 6.383.698-2- de Santiago, de profesión artesano en cueros, domiciliado en calle Marcoleta Nr. 84, tercer piso, Dpto. A. quien manifestó lo siguientes:

«Nací en la ciudad de Curicó el 25 de Noviembre de 1952, permaneciendo allí hasta la edad de un año aproximadamente. Luego mis padres se trasladaron a Santiago para radicarse en forma definitiva.

En Santiago, ingresé a la Escuela Nr. 227, donde estudié hasta tercera preparatoria. A continuación pasé al Colegio Hispano Americano, hasta completar el primer año de humanidades. En 1970 ingresé a la U. de Chile a estudiar Pedagogía en historia y Geografía, permaneciendo en dicho establecimiento educacional, solamente el año indicado. Al año siguiente en 1971, ingresé al Departamento de Artesanía de la Facultad de Bellas Artes, estudiando ese año nada más.

Me empecé a interesar en la actividad política en el año 1967, cuando cursaba el cuarto año de humanidades en el Instituto Nacional, para lo cual compraba los diarios *Clarín* y *El Siglo*. Ese año

* Reproducción textual del original

tomé contacto con algunos compañeros que eran comunistas, entre los que recuerdo a: Osvaldo PUCCIO, militante de la JJ.CC., y actualmente detenido en la isla Dawson; uno de apellido SÁNCHEZ, otro de apellido ANGULO y un Inspector del Instituto Nacional de apellido CATALÁN. Ese mismo año formaron la base en el Instituto, que era dirigida por el Inspector CATALÁN. Debo hacer presente que nunca me inscribí en la JJ.CC., sino que solamente fui simpatizante. Durante este tiempo nos reuníamos en el local que tenía la JJ.CC., en calle Marcoleta y sólo tratábamos temas relativos a la organización de la base.

En el año 1968, tomé contacto con compañeros del P.S. en el mismo Instituto, cuando cursaba el quinto año de humanidades. Allí ingresé a la Juventud Socialista como simpatizante y participaba en el Núcleo que estaba formado en el establecimiento y que era dirigido por el profesor de Historia y Geografía Claudio PAILLALEF. Entre los compañeros que recuerdo están DONOSO, VENTURA y Carlos PUCCIO. Los temas tratados en las reuniones de este Núcleo, se referían a la organización del partido, como también a la historia de él. Estas reuniones las efectuábamos en el local del P.S., ubicado en calle San Martín Nr. 138.

No recuerdo exactamente, si fue en el año 1968 o en 1969, debido a una división de la FESES, Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago se produjo una Convención en Santiago, en la cual salí dirigido dirigente, ocupando el cargo de Secretario del Departamento Sindical, siendo presidente Rigo QUEZADA, persona ésta que fue detenida en la localidad de Chaihuín en el año 1970, cuando fue descubierta una escuela de guerrillas y sé que en la actualidad se encuentra asilado. La directiva de esta federación estaba formada por Socialistas Miristas, Far y Mapu, existiendo otra federación paralela que era dirigida por Alvaro ALARCÓN, de filiación comunista y que además estaba integrada por radicales y demócrata-cristianos.

La directiva de FESES dirigida por Rigo QUEZADA, estaba formada por las siguientes personas que puedo recordar: Su presidente QUEZADA, P.S., Nelson MORA, P.S., quién posteriormen-

te pasó al MIR y a quién vi hace dos meses a la fecha en Vicuña Mackenna con Plaza Italia; Gonzalo VIDAURRAZAGA, P.S., también pasó al MIR; Jorge GONZALORENA, Mirista; SVERLOV, BATIKOFF y GABLER, pertenecientes al FAR y, Alejandro SEPÚLVEDA que pertenecía al MAPU.

En el año 1969, cuando cursaba sexto año de humanidades en el Instituto Nacional fui Jefe del Núcleo Socialista y la principal actividad que desarrollé consistía en captar adherentes y mejor organización del Núcleo y las reuniones continuaban efectuándose en San Martín Nr. 138, local del P.S.

En el año 1970 ingresé a la U. de Chile a estudiar Historia y Geografía. Allí me integré al grupo socialista del Departamento de Historia, que era dirigido por las siguientes personas entre las que puedo recordar a Alfonso GUERRA, César CERDA y Luis ARAVENA, teniendo conocimiento que estos dos últimos se encuentran asilados. Además formaba este Núcleo, Iván PARVEX, Sergio RIOJA, uno de apellido ARCE, Humberto VIAL, persona ésta que vi a fines del año pasado en Marcoleta con Vicuña Mackenna, al parecer esperando un contacto. También este Núcleo lo integraban Jorge COLOMA y Sandra GONZÁLEZ. En ese año participé fundamentalmente en trabajos de propaganda para la campaña electoral del 4 de septiembre de 1970.

En el año 1971, siendo estudiante del primer año del Departamento de Artesanía, me integré al grupo de Artesanía y fui elegido Secretario de Propaganda de la Brigada Universitaria Socialista. La directiva de esta Brigada estaba formada por las siguientes personas, entre las que puedo recordar a Mario SEPÚLVEDA, Secretario Político; Mario FELMER, este era miembro de la directiva por ser vocal de la FECH; Carlos LORCA TOVAR, miembro de la directiva por ser Tesorero de la FECH; José GARCÍA, de nacionalidad argentina, encargado del Frente de Masas, usaba el nombre político de Mariano SÁNCHEZ, éste al parecer se encontraría en la Argentina; Ximena BEDREGAL, de nacionalidad boliviana, Secretaria de Finanzas y Osvaldo GUERRERO, de nacionalidad ecuatoriana; Humberto VIAL, al parecer Secretario

de Organización, Iván PARVEX y Gregorio Navarrete.

Mi labor en la Brigada consistía en participar en las reuniones de planificación de la política en la U. de Chile a seguir, planificar personalmente la propaganda y además estaba a cargo de supervigilar los núcleos de Bellas Artes y Arquitectura, estando estos dos últimos dirigidos por Rolando PÉREZ, Mario GONZÁLEZ y uno al parecer de apellido CORVALAN. Las reuniones de la Brigada se hacían en el local de la FECH. Debo hacer presente que en el año 1970, Luis LORCA TOBAR fue Secretario Político de dicha Brigada.

A mediados del año 70, me inscribí como militante del Partido Socialista, a pesar que nunca me dieron el carnet. Fue en el año 1971, mes de septiembre, que Luis LORCA TOBAR, me dijo que la Juventud del Partido me había elegido para viajar a la Unión Soviética con el fin de asistir a una Escuela de Cuadros. Estas escuelas dan educación política completa a sus asistentes, con el fin de que más tarde puedan llegar a ser dirigentes de sus partidos. Primeramente nos mandaron a una Escuela de Cuadros, ubicada en el lugar denominado La Leonera que queda cerca de Rancagua y dónde últimamente encontraron una escuela de guerrillas. Entre las personas que fueron conjuntamente conmigo a esta Escuela, debo mencionar a Rigo QUEZADA y Boris BRONTIS, quienes habían sido nominados también para viajar a Rusia. Además habían otras personas, que hacíamos un total de 20 y entre los que se encontraban Juan FIERRO, Rodrigo LAGOS, Patricio MERINO, un tal ROMEO, Enrique SEPÚLVEDA, este fue presidente en el año 1973 de la Federación de Estudiantes de Concepción, pero en 1970 estudiaba en Santiago, además debo decir que, entre los asistentes había un grupo de funcionarios de LAN Chile y otro de INDAP, todos estos de Santiago. Este curso duró dos semanas del mes de octubre de 1971 y desde esta fecha no concurrí más a la Universidad.

El 13 de Diciembre de 1971 me dirigí a Cuba, este viaje no fue repentino ya que me habían dicho que se había cambiado el país. A Cuba fuí con el fin de recibir instrucción para-militar y po-

lítica. Además fueron nominados para viajar 15 personas más entre los que puedo recordar a Juan VILLELA, su apodo político es José Miguel quien ese año se desempeñaba como profesor de Biología, ignoro el establecimiento; Boris BRONTIS, su apodo político es Waldo, al parecer funcionario de CORVI; Rigo QUEZADA, su apodo político es Raúl, en ese año al parecer estudiaba en un Liceo; Eduardo GUTIÉRREZ, su apodo político es Carlos Alberto, estudiante de Odontología; Héctor MARTÍNEZ, su apodo político Tito, funcionario de INDAP y miembro de la Comisión Política del Partido; Mario FELMER, su apodo político Carlos, estudiante de Economía y también dirigente universitario; Carlos AMESTICA, su apodo político Elías, estudiante al parecer de Castellano o de Pedagogía Básica en la U. de Concepción; uno de apellido LÓPEZ, su apodo político Alejandro, Oso o Camión, quien fué el año 1970, estudiante del Pedagógico y era encargado de organizar dicho viaje y enlace entre los cubanos en Santiago y Cuba; Nelson MERINO, su apodo político Gabino, estudiante de Historia y Geografía en Concepción; habían otros dos de Concepción que se hacían llamar Alberto y Edgardo, uno de estos sería obrero, al parecer de la Petroquímica y el otro, al parecer, dirigente de la CUT de dicha ciudad. También habían dos de Valparaíso, uno que se hacía llamar David, y al parecer egresado de la enseñanza media. Además en el mismo avión viajó un grupo de miristas con quienes no tuvimos contacto en Cuba y además no los conozco. En Cuba permanecimos cuatro meses, regresando a Chile el 9 de Abril de 1972. Las clases consistían en enseñarnos el manejo de toda clase de armas de fuego, manejo de explosivos, fabricación de granadas y minas. Para la fabricación de estas últimas, nos enseñaron a hacerlas con nitrato de amonio, petróleo y aluminio en polvo, además debe llevar el correspondiente detonante y la mecha o guía, siendo éste uno de los explosivos llamados, «caseros», ya que es fácil de conseguir los elementos. Además nos enseñaron el uso los explosivos industriales como ser el TNT, Dinamita, etc. También aprendimos defensa personal, como ser karate, judo; topografía, como ser construcción de mapas, planos y levantamiento de los mismos. En el caso de que estuviéramos en un lugar desconocido y perdidos nos enseñaron a guiarnos por brújula, orientación por medio de las estrellas el viento y también a través de la

observación de las hormigas, ya que estas siempre suben o bajan a un punto cardinal determinado.

Además no enseñaron servicio de contra-inteligencia que consistía en tomar medidas personales de seguridad, chequeo y contra-chequeo como por ejemplo: primeramente tenemos que conocer a todos los vecinos del sector, abarcando alrededor de dos «manzanas». En el caso de que tenga que asistir a una reunión clandestina a las 20,00 horas, en una casa de Avenida Grecia a la altura del 3.000 salgo de mi casa a las 18,00 horas, me cercioro de que no haya personas desconocidas o sospechosas. Al percatarme que no hay sospechosos o desconocidos, me dirijo a cualquier lugar a hacer tiempo. En caso contrario, me fijo en lo que más resalta del desconocido, como ser si usa bigote abundante, anillos, vestimentas y físico, etc. Para detectar si me está siguiendo, miro para atrás buscando un pretexto que justifique en forma natural tal acción. Luego me subo a un microbús ubicándome al lado de la puerta posterior y aprovecho esas detenciones con luz verde o cuando el microbus va a partir, para bajarme con naturalidad, sin hacerlo en forma apresurada a darme a la fuga, hasta perder de vista a la persona o en caso contrario dirigirme al centro de la ciudad, especialmente donde hay mayor aglomeración de público. Si no logro burlar esta persecución, sencillamente no concuro a la reunión.

En cuanto a la seguridad de organización y de acuerdo a lo que nos enseñaron en Cuba, se practica la llamada «compartimentación» es decir, que cada militante conozca lo menos posible la estructura de la organización, como ser nombres de militantes, casa de seguridad, nombres de dirigentes, casas donde pueden haber armas, etc., y conocer solamente lo indispensable de acuerdo a la labor que, desempeña en la organización. A esto se agrega una estructura piramidal de organización, en que las instrucciones vienen de arriba con las correspondientes ramificaciones. Generalmente los militantes de los Núcleos no conocen a los dirigentes, sino que al Jefe del Núcleo y éste tampoco conoce al resto de los jefes de los Núcleos, sino que al enlace con su jefe inmediato. En la actualidad, esto es difícil que se practique, ya que antes

de los hechos acaecidos el 11 de Septiembre, nos conocíamos todos.

Los contactos pueden hacerse en cualquier lugar y a cualquier hora, especialmente en lugares céntricos, lugares de aglomeración de público, como ser paraderos de microbuses, etc. Cuando los dos militantes no se conocen y que en la actualidad deben practicarse, se reconocen mediante un objeto de uso común que portan y que sirven como contacto, todo lo cual debe establecerse con anterioridad. En el caso de que uno de los contactos se atrase, no espera estacionado en el lugar de reunión, sino que lo hace cerca y espera solamente cinco minutos y se va. Generalmente cuando uno de los contactos no va, se establece un segundo contacto con la misma persona media hora después en un lugar cercano al primero, en caso que éste no llegue se presume que ha sido detenido, dando a continuación el aviso correspondiente al Jefe del Núcleo para que tome las medidas pertinentes.

Además para realizar cualquier operativo se realiza un chequeo minucioso del lugar y las personas, recorrido, horario de salida y de llegada, costumbres en general y si es necesario se compra o arrienda un inmueble cercano al objetivo. Este arrienda o compra lo hará la persona de mayor habilidad o solvencia económica. Este ejemplo de adquisición de inmueble los cubanos lo aprendieron de los tupamaros.

También nos enseñaron como llevar ataques y defensas de recintos, para lo cual hay que saber el número de personas que allí trabajan, clase de armamento, cuando está el menor número de funcionarios y horas de mayor relajación. En cuanto a la distribución de los hombres para el ataque, depende de las circunstancias, teniendo en cuenta que siempre el número de atacantes sea mayor que las personas que se presume se encuentren, en el recinto. Respecto de los métodos de defensa, se planifica de acuerdo a la cantidad hombres, armas y número de enemigos. Debo hacer presente que en Cuba practicamos ataque y defensa de recintos con armas a fogueo en dos o tres oportunidades en el campo y en un pueblito llamado Brisas del Mar. En relación a las charlas po-

líticas, no nos dieron, sino que nos dieron a conocer la cultura cubana, economía y nos llevaron a visitar distintos lugares de la isla.

El mismo día que regresamos a Chile, Santiago, que fue el 8 de abril de 1972, tuvimos una reunión en una oficina de INDAP, ubicada en Teatinos al llegar a Agustinas, segundo piso, con un individuo a quien veía por primera vez y que se hizo llamar Manuel, quien me dijo a mí, a GUTIÉRREZ y VILLELA, «que las cosas no estaban muy buenas y que se había descubierto en marzo o abril de año, 1972, que Fuerzas militares habían o tenían preparado de dar un golpe, comenzando por Valdivia». Debo hacer presente que Manuel era uno de los jefes del aparato para-militar del P.S., quedando éste de llamarme, pero no lo hizo. Este plan debido a que se descubrió, les fracasó.

Desde fines de abril hasta mayo, estuve inactivo, pero a principios de mayo, Luis LORCA TOBAR me llamó para que me incorporara a un Grupo de Instructores denominado con las letras A.G.P. cuyo significado desconozco pero la labor que desarrollé en este Grupo consistió en dar instrucción para-militar a los núcleos de la Juventud, dándole instrucción a los siguientes Núcleos: uno de Barrancas, cuyo jefe era Jorge SEPÚLVEDA que trabajaba en la Tesorería General de la República, individuo más o menos de 1,70 mts., de estatura, de 25 años de edad aproximadamente, moreno, delgado, pelo largo liso, sin bigotes. Estas clases las hacíamos en su casa que queda ubicada en la calle Catedral a la altura del 6.000, cinco o seis cuadras pasado el terminal de los microbuses 3 y 4 del recorrido O'Higgins. A estas clases incurrían más o menos seis personas. También dí instrucciones al Núcleo de la Escuela de Técnico Estadísticos de la U. de Chile, cuyo número de asistentes era similar el anterior y nos reuníamos en una oficina de DINAC ubicada en Teatinos con Huérfanos quinto piso. A estas personas no las conocía. Asimismo dí instrucciones al Núcleo que se encuentra ubicado en la Comuna de Barrancas, llevándome al lugar un individuo de apellido PARRA, de quien no conozco mayores antecedentes y nos reuníamos en una casa de una población al norte de San Pablo, pasando la población Roosvelt. También dí instrucciones al Núcleo estudiantil del Liceo 17 de La Reina, re-

cordando entre estos a un tal RAULICH, que estudia en la actualidad en la U. de Concepción y otro de apellido DURAN, de quien desconozco otros antecedentes. Nos reuníamos en una casa de la población Colón Oriente, creo que de propiedad de la Junta de Vecinos. También en el local del Partido, se dio instrucciones a un grupo de estudiantes secundarios de distintos liceos de Santiago siendo dos o tres de cada establecimiento. En esta labor me ayudaron Ricardo Pinto y Nicolás Ferraro. En la Escuela de Cuadros de la Juventud del Regional Centro, también dí instrucciones, que funcionaba en ese entonces en una casa de seguridad del Partido, ubicada en la primera cuadra de Bustamente, segunda o tercera casa.

En esta casa no vivía nadie. Y entre los asistentes a ésta estaban Francisco CANDIA, estudiaba en Bellas Artes, Segundo año y está fuera de Chile; FIERRO, estudiante del Liceo Amunátegui, sexto año cursaba en esa época; RECABARREN, de quien ignoro mayores datos; Leonardo HENRÍQUEZ, ex GAP; José REBECO, ex GAP procedente de Talca.

A estas instrucciones también concurren algunas mujeres, como ser Miriam CASTRO, estudiante de Bellas Artes, Eugenia BARAHONA de Bellas Artes; Ema CARIAGA, de Medicina, todas de la U. de Chile y asistieron cuando se hicieron en la Esc. de Cuadros de la Juv. del Regional Centro. Cuando se le dio instrucción a un grupo de estudiantes secundarios en el local del Partido Socialista, también asistieron algunas mujeres entre las que recuerdo a Alejandra, estudiante del Liceo N° 1; a María CONTADOR, también del mismo Liceo y también habían unas niñas del Liceo N° 3, cuyos nombres no recuerdo, pero al parecer eran dos o tres. Asimismo habían de otros liceos pero, no recuerdo tampoco sus nombres.

También dí instrucción a estudiantes de la Brigada Socialista de la U. de Concepción, que en ese entonces en una Esc. de Educación Política en un Asentamiento al interior de Chillán. En este lugar permanecí un día y entre los nombres recuerdos a Enrique SEPULVEDA, el que el año 1973, fue Presidente de la Universidad

de Concepción. Además asistieron dos mejicanos y un boliviano, cuyos nombres no recuerdo y no los supe, como también asistieron mujeres cuyos nombres ignoro, haciendo un total de 20 personas.

Las instrucciones dadas las hacía en forma teórica, tanto con pistolas y revólveres y también con una carabina marca Mauser, pero cuando fuí a Chillán esta última arma no la lleva. Estas armas eran de propiedad del partido Socialista, e ignoro su procedencia. Las pistolas eran una marca Star y la otra Walter punto 38, rectifico era Walter p.38.

A cargo de este grupo de instructores estaban Luis LORCA TOBAR, Mario FELMER, Rigo QUEZADA, Enrique NORAMBUENA y Ariel MANSILLA, todos estudiantes de diferentes establecimientos, a excepción de LORCA, que era médico, Los Monitores instructores éramos: Yo, Manuel POBLETE, su apodo político era Miguel Angel, que trabajaba en la Sec. Constructora de Est. Educacionales, con oficina en Morandé con Huérfanos, al parecer sexto piso; Nicol's FERRARO, su apodo político Coyote, estudiaba Ingeniería en la U. de Chile, cursando el quinto año; Ricardo PINTO, su apodo político Raúl, estudiante de Geología de la U. de Chile, cursando el segundo o tercer año; Luis ARAVENA, su apodo político Ricardo, sé que se asiló y se fué a México; Eduardo GUTIÉRREZ, su apodo político Carlos Alberto, que estudiaba segundo año de Odontología. Para coordinar el trabajo, hacíamos reuniones en diferentes casas, como ser en la casa de LORCA, que vivía en calle San Eugenio en la primera cuadra; en la casa de MANSILLA, que es una calle cerca de la Avda. Matta perpendicular a ella, hacia el lado sur poniente; y en casa de GUTIÉRREZ, ubicada en Serrano en la cuarta cuadra aproximadamente, en un pasaje al interior al lado oriente.

Siempre desempeñándome como Monitor o Instructor, acompañando a la instrucción de armas, también oí en esas mismas ocasiones normas generales para el manejo de explosivos, pero siempre en forma teórica, como también dí instrucción de seguridad personal.

Respecto a las casas donde hay armamentos, debo decir que supe por intermedio de Luis LORCA, que habían o hay ese tipo de casas en diferentes sectores o barrios de Santiago, pero ignoro de qué tipo como asimismo la cantidad y el lugar en que encuentran ubicadas, ya que nunca LORCA me lo dijo, estando en ese entonces a cargo del Partido y no de la Juventud.

También me desempeñé como Monitor de Educación Política del Partido, integrando este Grupo, además, César CERDA, Profesor de Historia y al parecer asilado; Enio VIVALDI, estudiante de medicina de la U. de Chile, cursando sexto año; Gregorio NAVARRERE, estudiante de Ciencias Políticas de la U. de Chile; Benito RODRÍGUEZ, estudiante de la Facultad de Ciencias de la U. de Chile; Gabriela de LORCA, esposa de Carlos LORCA; Mario SEPÚLVEDA, estudiante de psicología de la U. de Chile. Este grupo era dirigido por Jaime LÓPEZ, estudiante de Valparaíso y miembro del Comité Central de la Juventud.

Como Monitor de Instrucción Política, di charlas en los siguientes lugares: Puente Alto, en el local del Partido ubicado en calle Concha y Toro; en Las Condes, clases que se realizaron en el campus de la U. Católica, ubicado en Apoquindo. A esta última charla asistieron también alumnos del Liceo 17 de Las Condes, también de la U. Católica; entre las que puedo nombrar a las hijas de SCHNACKE quienes pertenecían a un Grupo vecinal.

Durante todo el tiempo que me desempeñé como Instructor o Monitor de Armas y Educación Política, el Partido me pagaba más o menos E° 1.000 mensuales.

Debido al poco sueldo que me pagaban en el Partido que eran E° 1.000 mensuales y a los problemas económicos que se me presentaron, le dije a Luis LORCA, que me consiguiera un trabajo, pero fué pasando el tiempo y la ocupación no me la dieron nunca, motivo por el cual en una ocasión en que me encontré con MONTIGLIO en el Partido le plantié la situación por la cual atravesaba y si podía irme al GAP. Este aceptó tal proposición y fué así

que por intermedio de MONTIGLIO, cuyo nombre político era Aníbal SALCEDO, me incorporé el 23 de noviembre del año 1972 al GAP. Mi primera destinación fué desempeñarme en el Cañaveral, lugar en que primeramente hice guardia y posteriormente pasé a desempeñarme como Instructor de armas y aveces de táctica militar. En ese tiempo el Jefe del Cañaveral era Domingo BLANCO y su apodo político Bruno González. Ese mes se fué BLANCO y quedó a cargo Luis FERNÁNDEZ, nombre político y cuyo verdadero nombre no conozco. También estaba en ese entonces Gabriel RETAMAL, chofer, Ariel RIOSECO, Boris RODRÍGUEZ, Martín CAMPOS, Héctor, Luis, Jorge también apodado el ronco quien había sido delincuente habitual y otros cuyos nombres no recuerdo. Todas estas personas que he nombrado usaban sus nombres políticos solamente.

En cuanto a la instrucción de armamento, se hizo con pistola Cort, Browing, Metralletas Walter, Uzi y Mp-40; caravinas Garant M-1 y M-3 y fusil Garant M-1. Toca esta instrucción la hice en forma teórica y se realizaron solamente prácticas de tiro en tres o cuatro oportunidades con armas calibre 22, tanto pistolas como en rifles. A todas las personas que pertenecían al GAP se le hacia instrucción de armas, explosivos, Práctica militar y Seguridad personal pero todo en forma teórica, con excepción de las prácticas de tipo mencionadas y práctica militar, que consistía en pasar una cancha con Obstáculos y caminatas en el cerro. Recuerdo, en una ocasión otro instructor cuyo nombre político era Pancho GÓMEZ y el verdadero Julio HORMAZAVAL, hizo prácticas con explosivos, como ser lanzamiento de granadas caseras. También a estas Instrucciones asistieron militantes del P.S. de Santiago, Colchagua y Valparaíso, pero no le sé sus nombres. Cada curso estaba compuesto por cinco a veinte personas.

En este lugar me desempeñé desde el 23 de Noviembre de 1972 hasta el 1º de septiembre de 1973. Además estuve agregado, entre el mes de Junio y Julio, por espacio de dos semanas a la escolta presidencial.

En el mes de agosto de 1973, llegaron al Cañaveral, las si-

guientes armas: 20 fusiles ametralladoras marca AK; 10 fusiles Garrant de fabricación norteamericana 8 caravinas M-1 y M-2, norteamericanas, además de una ametralladora punto 30 y pistolas marca COLT y BROWNING, todas con sus correspondientes municiones. Allí se encontraban también un fusil ametralladora marca COLT AR-15, de fabricación norteamericano y de propiedad de Salvador Allende. Este concurría acompañado de Eduardo PAREDES, Augusto OLIVARES y otros, que no asistían habitualmente, a practicar tiro, quienes lo hacían casi todos los fines de semana, empleando en estas prácticas las armas AR-15, AK de fabricación soviética y otras armas cortas. Todas estas armas eran de propiedad del GAP.

Además debo agregar que Domingo BLANCO, me mandó a hacer instrucción teórica de armas a obreros de la construcción de CORVI, quienes pertenecían a las siguientes obras; una ubicada en el Cortijo, por A. Vespucio Norte con Independencia y otra ubicada en 5 de Abril, sector de Las Rejas. A estos obreros no los conozco por sus nombres y a los que les dí instrucción fueron en total unos 25. Estas prácticas se llevaron a cabo en los balcones de las obras.

Cuando el GAP, estaba formado por miristas; cuyos Jefes Ariel FONTANA, cuyo verdadero nombre era Joel Marambio y Mario Melo, se hicieron muchos cursos de instrucción en El Cañaveral a militantes del MIR. También supe por intermedio de otros instructores, entre ellos Pancho Gómez, apodo político, Boris Rodríguez y Luis Hernández, ambos estos apodos políticos, Mariano Véliz, apodo político, Bruno González o Domingo Blanco, que los miristas, al retirarse del GAP, se robaron una gran cantidad de armas y municiones lo que a mi no me consta, ya qué en ese tiempo yo no estaba en el GAP.

Desde que empecé a trabajar en El Cañaveral, dejé pertenecer el A.G.P., pero sé que se agregó a este Grupo Luis Espinoza, quien había viajado a Corea del Norte a recibir instrucción para-militar.

Estando en El Cañaveral, tuve conocimiento, por intermedio

de los componentes del grupo A.G.P., que la juventud del Partido había organizado muy bien la Estructura de Defensa para-militar, como asimismo la fabricación de armas caseras, especialmente explosivos, pero nunca me dijeron la ubicación de las casas o talleres. También supe que ingresó al país mucho armamento de procedencia argentina durante el sólo 1972 y 1973 especialmente revólveres, pistolas y metralletas, marcas TALA, BERSA y MERCATTI. Tengo entendido que las personas que traficaban con este armamento eran delincuentes comunes.

El 29 de Junio del año 1973, estando en el Cañaveral teniendo como jefe a Francisco Argandoña, cuyo nombre político era Mariano Véliz, supe lo que estaba ocurriendo en la Moneda, por lo cual todos los que estábamos allí, que seríamos ocho en total, bajamos a Tomás Moro, esperando instrucciones y la única que nos dieron fué que nos mantuviéramos alerta. En esta ocasión fué que me agregaron a la escolta presidencial. En caso que atacaran Tomás Moro, debíamos evacuarlo, pero no teníamos puntos de reunión posteriormente.

En cuanto a mi retiro del GAP, que se produjo el 1º de septiembre de 1973, se debió a motivos personales y políticos. En Agosto el hacerse cargo del Cañaveral Domingo Blanco, que se hacía llamar Bruno González, procedió a reestructurar al personal que allí trabajaba. A mi me nombró Jefe de Instrucción, pero en realidad me encontraba marginado ya que mientras los otros Jefes tenían a cargo automóviles Fiat 125-S y además ganaban más dinero y se arreglaban con viáticos a mí solamente me pagaban E° 8.000 mensuales, como sucedía con la gran mayoría. Entre los favorecidos estaban, además de Domingo Blanco, Francisco Argandoña, y su nombre político Mariano Véliz; Carlos Alamos, nombre políticos Jefe del grupo operativo; Jano Barrientos, nombre político, ayudante o edecán de Allende. Mariano Véliz o Francisco Argandoña era jefe del Frente de Comunicaciones y Contra-inteligencia. Pocos días antes de retirarme del GAP, quedó como Jefe absoluto de este Juan José Montiglio, cuyo nombre político era Aníbal Salcedo, persona muy responsable y honesta.

En relación a los motivos políticos, fueron de que era partidario de que los jefes del GAP, debían ser personas de instrucción política y no personas con instrucción para-militar, solamente, viéndose que en la práctica les faltaba criterio y madurez política.

Tuve conocimiento que cuando los miembros del GAP, viajaban fuera de Chile, en compañía de Allende, usaban placas del Servicio Investigaciones con diferentes grados. Además muchos de estos tenían cédulas de identidad falsas, entre los que puedo nombrar a Juan Fierro, Domingo Blanco y a mi parecer todos los jefes del GAP. Ignoro por intermedio de que persona efectuaban los trámites correspondientes para obtener estos documentos. Debo rectificar que el nombre de Juan Fierro es Alejandro.

Entre las mujeres que recuerdo fueron al Cañaveral, puedo nombrar a una persona joven de 22 a 25 años de edad, que era de Maipú, quien asistió a un curso de instrucción de armamento, pero cuyo nombre no recuerdo. Además en repetidas oportunidades concurrió al Cañaveral Mirella Latorre con el fin de visitar a la *Payita*, Miriam Contreras Bell y a S. Allende. También concurría la primera esposa de Eduardo «COCO» Paredes, de nombre Eva con el mismo fin que las otras, como igualmente lo hacían Patricia ESPEJO funcionaria de la Secretaría de la Presidencia, la hija de Allende de nombre TATY, etc.... En cuanto a las fiestas que se hicieron mientras se estuvo en El Cañaveral, solamente fueron dos, una organizada por la *Payita*, que fué un día de semana y la que concurren, amigos y amigas de ella y otra para el cumpleaños de Allende a la que asistieron Ministros y sus esposas, amigos, personales de él y algunos diplomáticos, como ser cubanos y soviéticos. Debo hacer presente que estas se desarrollaron en forma normal no terminando en orgías, y en caso de que hubieran terminado en esa forma, no las presencié. Además para el cumpleaños de Allende asistió el conjunto Quilapayún y Tito Fernández.

En cuanto a los cubanos, debo manifestar que conocí aquí en Chile a varios de ellos que pertenecían a la Embajada, algunos de los cuales tenían grados militares. En una oportunidad fueron tres de ellos al Cañaveral a dar instrucción de armamento y practica

militar en forma teórica. Uno de estos se hacía llamar VIVIANO. Supe que los cubanos fueron los que organizaron el PAG y uno de ellos, MAURICIO, vino especialmente a montar un taller para la fabricación de moneros, taller que fué descubierto por los militares en un garaje cerca del Hipódromo.

También conocí a Felix Luna, que se hacía llamar FILIBERTO, cuando viajé a Cuba y que era el encargado de relacionarnos con las autoridades cubanas en su país. Este se desempeñó, antes del 11 de Septiembre en la Embajada cubana en Chile. Entre otros que conocí puedo nombrar a Carlos Bennett, dirigente de la Unión de Jóvenes Comunistas de Cuba; y a Luis Fernández, esposo de Taty Allende, quien era uno de los consejeros de Allende y finalmente debo nombrar a Ulises, quien era Capitán de Ejército.

En cuanto a los Manuales o libros que usaba para enseñar practica de Instrucción de armamento, de educación política, de seguridad personal y de explosivos, pertenecían al Partido o bien al GAP. Tuve uno de seguridad personal pero lo hice pedazos el día 11 de septiembre del año pasado.

Respecto a funcionarios de Investigaciones que estuvieran inscritos o pertenecieran al Partido Socialista, lo ignoro. En una sola oportunidad en que fui el Partido ví a tres personas a las cuales me las mostraron como funcionarios de Investigaciones, recuerdo que uno de ellos era joven, alto y semicalvo, pero esto no me consta, quienes salieron junto a unos militantes a pintar propaganda.

En relación al Plan Z ignoro todo antecedente, solamente conocí un documento en el Partido llamado Política de Defensa, que consistía en apreciaciones generales, fundamentalmente políticas, en cuanto al carácter de la guerra y si esto sucedía iba a ser de tipo defensivo, popular, etc., no conociendo ningún plan específico.

Después que me retiré del GAP, estuve en mi casa, sin hacer nada y solamente concurría al Partido con el fin de que me consiguieran un trabajo. Fué así como llegó el 11 de septiembre de

1973 y encontrándome en mi casa, tuve conocimiento, a través de la radio, de lo que sucedía en el centro de la ciudad, más especialmente, en La Moneda. Siendo las 08:00 horas me dirigí a la Moneda, pero no pude entrar, por lo cual me dirigí al garaje que quedaba frente a Morandé 80. Allí tomé contacto con el grupo de choferes, entre los que se encontraban Joaquín, Pedro, Roberto, Eduardo, Darío y Lalo Palacios, y un tal Patán, acompañado este de otro desconocido. Pedro, que se llama Alejandro Elgueta, y todos los demás nos dirigimos al Ministerio de Obras Públicas, portando diferentes clases de armas. A mi me pasaron una bazooka o lanza cohetes, mientras que los otros portaban diferentes armas, como ser Joaquín, Pedro, Roberto, Eduardo, Darío y Lalo, llevaban fusiles AK; Patán, llamado Daniel, y el desconocido, portaban una ametralladora .30. Una vez en el edificio del Ministerio, nos dirigimos a distintos pisos, quedándome yo en el cuarto. Allí miro lo que ocurría en la calle y antes que comenzara el bombardeo a La Moneda, dejé la bazooka, que ya no me servía, por cuanto podría resultar herido con esta misma arma, ya que esta es para ser usada en lugares abiertos. Esta arma la toma una persona que no conozco y la guardó no sé en que parte. Siendo aproximadamente las 13:30 horas bajé al subterráneo y allí permanecí un buen rato. A continuación subí a los otros pisos y conversé con los otros y los convencí que no dispararan más, haciéndome caso, y dejaron de disparar guardando las armas no sé en que lugar. Al rato llegó personal del Ejército y nos hicieron salir a todos por una ventana a la vez que nos registraban y como fuí uno de los primeros en salir me quitaron mi cédula de identidad y nos dijeron que nos fuéramos a nuestros respectivos domicilios.

Después del 11 de Septiembre, pasé todos los días en mi casa, y solamente un fin de semana fui a casa de mi amigo Ricardo GARCÍA que vive en Madeira 7365, Las Condes, a conversar con él, ya que en esos días tenía intención de asilarme. A contar del 20 de dicho mes empecé a concurrir a una Iglesia Evangélica, llamada Centro protestante, ubicada en Irrazával 441, siendo el Pastor de ella Samuel JENSEN, lo que hago hasta la fecha.

Por intermedio de la Iglesia Evangélica, he realizado los si-

guientes viajes fuera de Santiago, con fines evangélicos: Primeramente fuí a Caillín, Maica y Levipán, reducciones indígenas que se encuentran al interior de Collipulli; a Talcahuano, a la Iglesia Bautista, ubicada a una cuadra de la plaza y a Tomé a una Iglesia Pentecostal, ubicada al final del cementerio. A todas estas partes concurrí acompañado del Pastor y otros hermanos.

Respecto del conocimiento que tengo, a través de comentarios, acerca de otros grupos políticos, debo manifestar lo siguiente:

FAR: este grupo nació entre los años 1965 ó 1966, en la ciudad de Concepción, siendo formado por miembros del llamado Partido Comunista Bandera Roja, además de militantes del GRAMMA, organización extremista de Antofagasta y otros grupos que no recuerdo. La mayoría de éstos habían sido militantes de los partidos socialistas y comunista. El P.C.D.R., era de inspiración comunista pro-chino. Estos desarrollaban actividades clandestinas. El nombre de GRAMMA, lo adquirieron en recuerdo al barco que trasladó a Fidel Castro de México a Cuba, cuando éste dió comienzo a la revolución cubana.

Entre los dirigentes que recuerdo, debo mencionar a Carlos GABLER; a SVERLOFF, ambos de Santiago, como también a uno de apellido BATIKOFF, todos dirigentes estudiantiles secundarios en el año 69 y 70. Los dos primeros posteriormente ingresaron al Partido Socialista. Supe que SVERLOFF, estuvo trabajando en el año 1972, en el Mineral El Salvador y GABLER, pertenecía al Regional Cordillera del P.S.

MIR: este grupo nació entre los años 1965 ó 66 en la ciudad de Concepción y sus primeros dirigentes salieron del P.S. Fuera de los dirigentes conocidos y cuyos nombres han salido en los periódicos, debo mencionar a Jorge GANZALORENA, estudiante del pedagógico de la U. de Chile en Filosofía; uno de apellido GHANFREAU, también estudiante igual que el anterior; Dago-berito PÉREZ, estudiante de sociología de la U. de Chile, uno de apellido MENANTEAU, de Bellas Artes y Roberto BROS-CHECK, estudiante de Economía de la U. de Chile.

El MIR tenía ramificaciones a distintos niveles en la población, como por ejemplo FER, MUI, a nivel de los estudiantes; entre los trabajadores el FTR, entre los pobladores el MPR, y entre los campesinos el MCR. Algunos de los miristas tenían militancia entre otros partidos, es decir doble militancia.

ELENOS: este grupo nació entre los años 1966 ó 1967, en el Partido Socialista, haciéndose llamar «La Organización». Además, posteriormente, a este grupo, se agregaron miristas expulsados, por el asalto al supermercado Portofino, quienes eran comandados por Rafael RUIZ MOSCATELLI. Estos posteriormente se independizaron y pasaron, a formar el Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez, cuya sigla es MR2. Los Elenos, tuvieron las escuelas de guerrillas de Guayacán y Chaihuin y fueron también los que asaltaron la Armería Italiana en el año 1970.

En el Congreso de La Serena del P.S. celebrado en 1971, acordaron disolverse e incorporarse definitivamente al Partido. Entre los que recuerdo puedo nombrar a los siguientes: Rolando CALDERÓN, Héctor MARTÍNEZ, Hernán COLOMA, Felix HUERTA, Juan ÁVILA, todos estos dirigentes. Además de otros como Juan VILLELA, Mario FELMER, MONTIGLIO y otros que usaban nombres políticos como ser: Carlos ALAMOS, ex jefe del GAP; Bruno GONZÁLEZ; Mariano VÉLIZ; Ramón; Luis FERNÁNDEZ y uno cuyo apellido verdadero es SCHILLING. Todos estos fueron los que empezaron a trabajar en el GAP en su iniciación.

Un grupo de la FAR ingresó también al PS, a excepción de los que siguieron junto a Nahum CASTRO, quienes posteriormente fueron detenidos.

A la semana siguiente del 11 de septiembre de 1973, llegó a mi casa Jaime LORCA TOBAR, estudiante de la Escuela de Economía y me dijo que me asilara debido a mi situación personal, ya que era conflictiva. Le respondí que me asilaría y el quedó de hacer los trámites respectivos. Posteriormente fué Boris BRONTIS y me repitió lo mismo, respondiéndole lo mismo que al otro.

En el mes de octubre llegó Claudio GONZÁLEZ, quien había estado un mes en el GAP, y me dijo que habían conseguido en la Embajada de Austria asilo político, respondiéndole también en forma afirmativa. En dos ocasiones en el mes de octubre pasado, fué a mi casa un sacerdote llamado RAFAEL, a buscarme para que me asilara, pero en las dos ocasiones me negué a hacerlo.

En varias ocasiones concurrí a la casa de mi amigo Ricardo GARCÍA, quien perteneció al PS, estudiante del primer o segundo años de Economía de la U. de Chile y él estaba al tanto de las cosas del Partido, después del 11 de septiembre. Me dijo que lo habían reestructurado, quedando él fuera como muchos otros estudiantes. Ricardo GARCÍA tiene 20 años de edad, aproximadamente, delgado, moreno, mide 1,70 de estatura, pelo largo. Estas visitas fueron por razones de amistad, ya que soy amigo de su hermano llamado Héctor, quien era de filiación política derechista. Se que hasta octubre del año pasado, Gustavo RUZ ZANARTU se encontraba en Chile, ya que BRONTIS me dijo que éste quería conversar conmigo, para que me integrar al trabajo del Partido lo que no acepté.

A Carlos Lorca TOBAR lo ví en el mes de enero o febrero del año en curso en calle Vicuña Mackenna con Rancagua. Este tiene el pelo teñido oscuro, afeitado y usa lentes distintos pero no conversé con él.

A Ramón CORDERO, dirigente estudiantil de la FECH, PS, lo ví en Noviembre del año pasado. Este es gordo, sin bigotes, pero antes usaba. En esa ocasión este se encontraba en la calle Lyon donde funcionaba un Comité de Ayuda a los Refugiados, y yo iba a ver al Pastor de la Iglesia que trabajaba allí.

A Jaime LORCA TOBAR, le escuché decir, que los que quedaban en Chile militando en el PS, después de la reestructuración, continuarían hasta el fin, es decir, vencer o morir. También me dijo LORCA que habían discrepancias entre los miembros de la Junta de Gobierno.

Según las conversaciones que tuve con estas personas, deduzco que entre los meses de noviembre y diciembre, Gustavo RUZ ZANARTU, habría quedado a cargo del P.S.

Debo finalmente manifestar que yo usaba como nombre político mientras estuve en el GAP, el de Rubén AZOCAR.

No teniendo más que agregar, una vez leída la presente declaración, firmo para constancia».

Informe Conjunto
de las Fuerzas Armadas
a la Mesa de Diálogo*

* Reproducción textual del original

COMPAÑEROS

Nº Ficha	Nombre	Militancia	Región	Fecha Detención
1	Araya Zavala Manuel Heriberto	PC	I	05.10.73
2	Arenas Díaz Guillermo Jesús	PS	RM	11.09.73
3	Bagus Valenzuela Lucio José	PS	RM	17.09.73
4	Berríos Cataldo Lincoyán Yalu	PC	RM	15.12.76
5	Castillo Andrade Maguindo Antonio	PS	III	15.10.73
6	Castillo Sepúlveda Néstor Hernán	PC	XI	29.10.73
7	Cepeda Marinkovic Horacio	PC	RM	15.12.76
8	Conejeros Troncoso Enrique	Sin Mil.	IX	02.10.73
9	Díaz Toro José	Sin Mil.	IX	27.09.73
10	García Posada Ricardo Hugo	PC	III	12.10.73
11	Lazo Santander Luis Segundo	PC	RM	15.12.76
12	Marín Rossel Jorge Rogelio	PS	I	28.09.73
13	Mesina Araya Víctor Fernando	PS	V	27.09.73
14	Millar Sanhueza Villiam Robert	PS	I	24.09.73
15	Mimica Argote Gregorio	PC	RM	14.09.73
16	Muñoz Flores Miguel Enrique	PS	VII	11.09.73
17	Navarro Allendes Fernando Alfredo	PC	RM	13.12.76
18	Ortiz Letelier Juan Fernando	PC	RM	15.12.76
19	Ojeda Jara Jorge Luis	PS	RM	16.09.73
20	Pérez Ríos Jorge Rosendo	MAPU	XI	27.10.73
21	Plaza Arellano Manuel Benito	Sin Mil.	VII	20.09.73
22	Ramos Rivera Osvaldo del Carmen	PS	RM	11.09.73
23	Rocha Álvarez José Santos	PC	RM	31.10.75
24	Rodríguez Escobar Juan	Sin Mil.	IX	01.10.73
25	Soto Peredo Gustavo Edmundo	PC	RM	13.09.73
26	Tapia Tapia Benito de los Santos	PS	III	17.10.73
27	Torres Flores Henry Francisco	Sin Mil.	I	01.07.74
28	Véliz Ramírez Héctor	PC	RM	15.12.76
29	Vera Oyarzún Juan	PC	XI	27.10.73
30	20 N.N.			
30	Acevedo Gallardo Pedro Gabriel	PC	III	28.04.75
31	Acuña Inostroza Carlos Maximiliano	Sin Mil.	XI	09.10.73
32	Adasme Núñez José Domingo	Sin Mil.	RM	16.10.73
33	Aguayo Fernández Luis Evangelista	PS	VII	14.09.73
34	Ancacura Manquian Cardenio	PS	XI	16.10.73
35	Arrano Sancho Levy Segundo	MAPU	V	05.01.74

Fecha muerte	Organismo	Recinto	Destino
05.10.73	Ejército	Camp. Pisagua	SML
02.10.73	Ejército	Est. Nac.	SML
18.09.73	Ejército	No identificado	SML
15.12.76	DINA	No identificado	Coordenadas
18.10.73	Ejército	Cárcel Pública	Cem. Munic. Copiapó
29.10.73	Ejército	No identificado	Paso fronterizo Balmaceda
15.12.76	DINA	No identificado	Coordenadas
02.10.73	Carabinero	Tenencia Cajón	Fundo Santa Ana
02.10.73	Carabinero	Tenencia Cajón	Fundo Santa Ana
18.10.73	Ejército	Cárcel Pública	Cem. Munic. Copiapó
15.12.76	DINA	No identificado	Coordenadas
30.09.73	Ejército	No identificado	Pique Mina Mapocho
06.10.73	Ejército	Camp.T.Verdes	Cem. Parroquial S. Antonio
28.09.73	Ejército	No identificado	Pique Mina Mapocho
14.09.73	Ejército	No identificado	Ex. UTE
04.10.73	Ejército	Investigaciones	SML
13.12.76	DINA	No identificado	Coordenadas
15.12.76	DINA	No identificado	Coordenadas
06.10.73	Ejército	Camp. T. Verdes	Cem. Parroquial S. Antonio
29.10.73	Ejército	No identificado	Paso fronterizo Balmaceda
04.10.73	Ejército	No identificado	SML
28.09.73	Ejército	No identificado	SML
00.00.00	Com. Conj.	No identificado	SML
02.10.73	Carabinero	Tenencia Cajón	Fundo Santa Ana
16.09.73	Ejército	Est. Nac.	SML
18.10.73	Ejército	Cárcel Pública	Cem. Munic. Copiapó
01.07.74	Ejército	Camp. Pisagua	SML
15.12.76	DINA	No identificado	Coordenadas
29.10.73	Ejército	No identificado	Paso fronterizo Balmaceda
01.05.75	Ejército	No identificado	Mar frente Caldera
09.10.73	Ejército	No identificado	Mar frente Corral
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar frente Pichilemu
26.09.73	Ejército	Cárcel Pública	Río Putagán
17.10.73	Ejército	No identificado	Lago Ranco
17.01.74	Ejército	No identificado	Mar frente Con Cón

COMPAÑEROS

Nº Ficha	Nombre	Militancia	Región	Fecha Detención
36	Astorga Nanjarí José Braulio	PC	RM	19.12.73
37	Barriga Soto José Orlando	Sin Mil.	XI	09.10.73
38	Barrios Meza Jaime Antonio	PS	RM	11.09.73
39	Bascuñán Aravena Manuel Eduardo	PS	VII	22.09.73
40	Berger Guralnik Carlos	PC	II	11.09.73
41	Blanco Tarres Domingo	PS	RM	11.09.73
42	Bustos Fuentes José Ignacio	PC	VII	13.09.73
43	Cabezas Parez Rubén Guillermo	PS	V	17.01.74
44	Cabezas Villegas Pedro Antonio	Sin Mil.	RM	16.10.73
45	Cabrera Abarzúa Haroldo Ruperto	PS	I	12.09.73
46	Cañas Cañas Nolberto Jesús	PS	I	11.09.73
47	Cárcamo Ruiz Rudy	MIR	VIII	27.11.74
48	Carreño González Enrique del Angel	MIR	VII	20.09.73
49	Cayo Cayo Bernardino	PC	II	12.10.73
50	Cendán Almada Juan Ángel	TUPA	RM	12.09.73
51	Concha Bascuñán Marcelo Renén	PC	RM	10.05.76
52	Contreras Maluje Carlos Humberto	PC	RM	02.11.76
55	Díaz Meza Rafael Alonso	Sin Mil.	VII	22.09.73
56	Díaz Silva Lenin Adán	PC	RM	09.05.76
57	Donaire Cortez Uldarico	PC	RM	05.05.76
58	Donato Avendaño Jaime Patricio	PC	RM	05.05.76
59	Dúran Zúñiga Rubén Neftalí	Sin Mil.	XI	09.10.73
60	Escobar Cepeda Elisa del Carmen	PC	RM	06.05.76
61	Escobar Cruz Daniel Francisco	PC	RM	11.09.73
62	Espinosa Sepúlveda Rebeca María	Sin Mil.	RM	03.01.74
63	Espinoza Fernández Eliana Marina	PC	RM	12.05.76
64	Farías Vargas Gustavo Manuel	MIR	RM	24.09.73
65	Fernández Fernández Julio César	TUPA	RM	11.10.73
66	Ferrada Sandoval Luis Arnaldo	Sin Mil.	XI	09.10.73
67	Flores Castillo Carol Fedor	PC	RM	07.06.76
68	Fontela Alonso Alberto Mariano	TUPA	RM	12.09.73
69	Fredes García José Germán	Sin Mil.	RM	16.10.73
70	Freire Caamaño Eliecer Sigisfredo	Sin Mil.	XI	09.10.73
71	Fuentes Rodríguez Rodolfo Jacinto	PC	RM	04.11.75

Fecha muerte	Organismo	Recinto	Destino
19.12.73	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio, 40 millas
09.10.73	Ejército	No identificado	Mar frente Corral
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas
22.10.73	Carb.Ejérc.	Cárcel Parral	Río Putagán
19.10.73	Ejército	No identificado	Mar frente Tocopilla
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar frente San Antonio
23.10.73	Carb.Ejérc.	Cárcel Parral	Río Putagán
17.01.74	Ejército	No identificado	Mar frente Con Cón
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar frente Pichilemu
19.10.73	Ejército	No identificado	Mar frente Tocopilla
20.09.73	Ejército	Camp.Pisagua	Mar frente Pisagua
Dic.74-En.75	Armada	No identificado	Río Itata
01.02.74	Carb.Ejérc.	Cárcel Parral	Río Putagán
19.10.73	Ejército	No identificado	Mar frente Tocopilla
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas
10.05.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
00.11.76	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
22.10.73	Carb. Ejérc.	Cárcel Parral	Río Putagán
09.05.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio
05.05.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio
05.05.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio
09.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
09.05.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 millas
03.01.74	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio
14.05.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
05.10.73	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio, 40 millas
01.11.73	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio, 40 millas
09.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
00.06.76	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
09.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
00.12.75	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas

COMPAÑEROS

Nº Ficha	Nombre	Militancia	Región	Fecha Detención
72	Fuenzalida Fernández Rodolfo Jacinto	PS	I	11.09.73
73	Gac Espinoza Pablo	PS	V	17.01.74
74	Gadea Galán Nelsa Zulema	TUPA	RM	19.12.73
75	Gaete López Carlos Enrique	Sin Mil.	RM	16.10.73
76	Gahona Chávez Alonso Fernando	PC	RM	08.09.75
77	Garcés Portigliati Pedro Juan	Sin Mil.	RM	11.09.73
78	García Cancino Narciso Segundo	Sin Mil.	X	07.10.73
79	Garrido Muñoz Daniel Jacinto	Sin Mil.	II	05.10.73
80	Gianelli Company Juan Antonio	PC	RM	26.07.76
81	Godoy Lagarrigue Carlos Enrique	PC	RM	04.08.76
82	González Calculef Teófilo Zaragoza	PS	X	16.10.73
83	González Delgado Juan Walter	Sin Mil.	X	08.10.73
84	Heredia Vásquez Miguel Andrés	PC	RM	25.12.73
85	Hernández Inostroza Manuel Jesús	PS	X	16.10.73
86	Herrera Muñoz Rosalindo Delfín	Sin Mil.	RM	16.10.73
87	Hidalgo Rivas Manuel Segundo	PC	II	17.10.73
88	Huerta Corvalán Enrique Lelio	PS	RM	11.09.73
89	Jiménez Vidal Juan	Sin Mil.	V	13.09.73
90	Jimeno Frendi Claudio	PS	RM	11.09.73
91	Klein Pipper George	PC	RM	11.09.73
92	Lagos Ríos Oscar Reinaldo	PS	RM	11.09.73
93	Lagos Salinas Ricardo Ernesto	PS	RM	17.06.75
94	Lazo Quinteros Carlos Enrique	Sin Mil.	RM	16.10.73
95	Lazo Quinteros Samuel Altamiro	PS	RM	16.10.73
96	Lorca Tobar Carlos Enrique	PS	RM	25.06.75
97	Mamani López Domingo	PS	II	12.10.73
98	Mancilla Ramírez Adolfo Ariel	PS	RM	14.03.75
99	Manríquez López Homar Lautaro	PS	VIII	06.09.74
100	Marchant Ávila Luis Alberto	Sin Mil.	RM	12.09.73
101	Maturana González Luis Emilio G.	PC	RM	08.06.76
102	Maureira Gajardo René del Rosario	Sin Mil.	RM	16.10.73
103	Méndez Hernández Ireneo Alberto	PS	VII	20.09.73
104	Méndez Méndez Daniel	Sin Mil.	X	09.10.73
105	Merino Varas Ulises Jorge	PS	RM	02.02.76
106	Miranda Luna David Ernesto	PC	II	16.09.73
107	Montiglio Murúa Juan José	PS	RM	11.09.73

Fecha muerte	Organismo	Recinto	Destino
30.10.73	Ejército	Camp.Pisagua	Mar Pisagua
17.01.74	Ejército	No identificado	Mar Con Cón
20.12.73	Ejército	Cam. T. Verdes	Mar San Antonio
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
00.10.75	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
13.09.73	Carb.Ejérc.	Carabineros	Mar San Antonio
07.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
19.10.73	Ejército	Cárcel Calama	Mar Tocopilla
00.09.76	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
05.08.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
17.10.73	Carb.Armada.	No identificado	Lago Ranco
08.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
01.01.74	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio
17.10.73	Carb.Armada	No identificado	Lago Ranco
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
19.10.73	Ejército	Cárcel Calama	Mar Tocopilla
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas
29.09.73	Ejército	Camp. Pisagua	Mar Pisagua
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas
26.06.75	DINA	No identificado	Mar San Antonio
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
12.07.75	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
19.10.73	Ejército	Cárcel Calama	Mar Tocopilla
15.04.75	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
07.09.74	Carabinero	No identificado	Río Bío Bío
01.02.74	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio, 40 millas
00.07.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
23.10.73	Carb.Ejérc.	Cárcel Parral	Río Putagán
09.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
00.03.76	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
09.10.73	Ejército	Cárcel Parral	Mar Tocopilla
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas

COMPAÑEROS

Nº Ficha	Nombre	Militancia	Región	Fecha Detención
108	Mora Gutiérrez Fernando Adrián	Sin Mil.	X	09.10.73
109	Mora Osses Sebastián	Sin Mil.	X	09.10.73
110	Moraga Cruz Luis Desiderio	PC	RM	20.10.75
111	Morales Morales Armando Edelmiro	PS	VII	04.10.73
112	Moreno Pulgar Julio Hernán	Sin Mil.	RM	11.09.73
113	Moreno Villarroel Luis Alfonso	PS	II	12.10.73
114	Muñoz Castillo Rosario Aguid	PS	II	12.10.73
115	Muñoz Peñaloza Jorge Hernán	Sin Mil.	RM	16.10.73
116	Muñoz Peñaloza Ramiro Antonio	Sin Mil.	RM	16.10.73
117	Muñoz Peñaloza Silvestre René	Sin Mil.	RM	16.10.73
118	Muñoz Poutays Onofre Jorge	PC	RM	04.05.76
119	Nash Sáez Michel Selim	PC	I	11.09.73
120	Nieto Duarte Carlos Alberto	Sin Mil.	RM	16.10.73
121	Norambuena Fernando Luis Fernando	PS	RM	14.09.73
122	Orellana Meza José Leonardo	PS	RM	22.01.74
123	Orrego González Jorge Osvaldo	PS	RM	11.09.73
124	Ortega Cuevas Víctor Alfredo	PS	II	12.10.73
125	Ortiz Valladares Francisco Hernán	PS	RM	30.10.75
126	Pedrerros Ferreira Pedro Segundo	Sin Mil.	X	09.10.73
127	Peña Herreros Michelle	PS	RM	20.06.75
128	Peña Solari Mario Fernando	MIR	RM	09.12.74
129	Peña Solari Nilda Patricia	MIR	RM	10.12.74
130	Peñailillo Sepúlveda Aurelio Clodomiro	Sin Mil.	VII	16.09.73
131	Pereira Salsberg Andrés	PRC	RM	16.10.73
132	Pérez Hermosilla José Leonardo	PS	RM	03.01.74
133	Pineda Ibacache Rafael Enrique	PS	II	17.09.73
134	Pizarro Molina Waldo Ulises	PC	RM	15.12.76
135	Ponce Vicencio Exequiel	PS	RM	25.06.75
136	Poupin Oissel Arsenio	PS	RM	11.09.73
137	Quiñones Ibaceta Juan Luis	PC	RM	23.07.76
138	Quintiliano Cardoso Tulio Roberto	PC	RM	12.09.73
139	Quiroz Poeso Laureano	Sin Mil.	RM	16.10.73
140	Ramírez Espinoza Sergio Moisés	Sin Mil.	II	12.10.73
141	Rebolledo Méndez Rosendo	Sin Mil.	X	07.10.73
142	Recabarren González Luis Emilio	PC	RM	29.04.76
143	Retamal Pérez Óscar Abdón	PS	VII	25.09.73

Fecha muerte	Organismo	Recinto	Lugar
09.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
09.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
00.12.75	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
10.10.73	Ejército	Cárcel Parral	Río Putagán
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
19.10.73	Ejército	Cárcel Calama	Mar Tocopilla
19.10.73	Ejército	Cárcel Calama	Mar Tocopilla
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
12.05.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
29.09.73	Ejército	Camp.Pisagua	Mar Pisagua
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
05.10.73	Ejército	Cárcel S.Antonio	Mar San Antonio, 40 millas
22.04.74	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio
13.09.73	Carb.Ejérc.	No identificado	Mar San Antonio
19.10.73	Ejército	Cárcel Calama	Mar Tocopilla
00.12.75	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
09.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
25.06.75	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
10.12.74	DINA	No identificado	Mar San Antonio
12.12.74	DINA	No identificado	Mar San Antonio
22.10.73	Ejército	Cárcel Parral	Río Putagán
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
03.01.74	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio
19.10.73	Ejército	Cárcel Calama	Mar Tocopilla
16.12.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
31.07.75	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio
00.09.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
19.10.73	Ejército	No identificado	Mar Tocopilla
07.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
01.05.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
10.10.73	Ejército	Cárcel Parral	Río Putagán

COMPAÑEROS

Nº Ficha	Nombre	Militancia	Region	Fecha Detención
144	Rivas Rachitoff José Miguel Mario M.	PS	RM	03.01.74
145	Rivera Matus Juan Luis	PC	RM	06.11.75
146	Riveros Blanco Arturo Enrique	PIC	VII	14.10.73
147	Riveros Chávez José Hernán	Sin Mil.	VII	12.10.73
148	Rodríguez Gallardo Miguel Ángel	PC	RM	28.06.75
149	Rojas Castañeda Alfredo	PS	RM	04.03.75
150	Rojas Ramírez Aladin Esteban	PC	III	10.04.75
151	Romero Muñoz Roberto del Carmen	Sin Mil.	VII	09.10.73
152	Rubilar Morales Gerardo Ismael	PC	RM	25.01.74
153	Ruiz Rodríguez Ricardo Segundo	PS	X	07.10.73
154	Ruz Díaz Juan Antonio	PS	I	30.09.73
155	Saavedra Betancourt José Alfonso	Sin Mil.	VII	13.09.73
156	Salamanca Morales Ernesto Guillermo	PC	RM	25.01.74
157	Saldías Daza Oscar Eladio	PC	VII	20.09.73
158	Salinas Flores Carlos Vicente	Sin Mil.	X	09.10.73
159	Salinas Vásquez Alfredo Ernesto	PC	RM	03.11.75
160	Sampson Ocaranza José Demóstenes Rosier	PS	I	21.09.73
161	Sánchez Cornejo Carlos Enrique	PC	RM	17.12.75
162	Santis Quijada Ceferino del Carmen	MIR	RM	12.09.73
163	Sepúlveda Rebolledo Manuel Jesús	Sin Mil.	X	07.10.73
164	Silva Carreño Luis	Sin Mil.	RM	16.10.73
165	Silva Carreño Manuel	Sin Mil.	RM	29.11.73
166	Soto Campos Hugo Enrique	PS	VII	13.09.73
167	Taberna Gallegos Freddy Marcelo	PS	I	16.09.73
168	Tapia Martínez Julio Fernando	PS	RM	11.09.73
169	Turiel Palomera Mariano León	PC	RM	15.07.76
172	Valladares Caroca Oscar Enrique	PS	RM	11.09.73
173	Vargas Contreras Juan Alejandro	PS	RM	11.09.73
174	Vargas Fernández Félix Marmaduke	Sin Mil.	RM	01.01.74
175	Vargas Quezada Rubén	Sin Mil.	X	09.10.73
176	Vega González Arturo Benito	PS	X	16.10.73
177	Weibel Navarrete José Arturo	PC	RM	29.03.76
178	Yueng Rojas Jorge Rubén	Sin Mil.	II	12.10.73
179	Zamorano Donoso Mario Jaime	PC	RM	04.05.76
180	Zelaya Suazo Carlos Hugo	Sin Mil.	RM	07.02.74

Fecha muerte	Organismo	Recinto	Destino
03.01.74	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio
00.12.75	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
14.10.73	Ejército	Cárcel Constituc.	Río Maule
12.10.73	Ejército	Cárcel Parral	Río Putagán
00.00.00	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
23.04.75	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
01.05.75	Ejército	No identificado	Mar Caldera
22.10.73	Carb.Ejerc.	Cárcel Parral	Río Putagán
25.01.74	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio
07.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
30.10.73	Ejército	Camp.Pisagua	Mar Pisagua
14.09.73	Ejército	Cárcel Pública	Río Maule
25.01.74	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio
26.09.73	Ejército	No identificado	Río Putagán
09.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
00.00.00	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
30.10.73	Ejército	Camp.Pisagua	Mar Pisagua
00.00.00	Com.Conj.	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
05.10.73	Ejército	Cárcel Pública	Mar San Antonio, 40 millas
07.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
16.10.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
29.11.73	Ejército	No identificado	Mar Pichilemu
13.09.73	Ejército	Cárcel Parral	Río Putagán
30.10.73	Ejército	Camp.Pisagua	Mar Pisagua
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas
00.00.00	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 40 millas
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas
13.09.73	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas
27.01.74	Ejército	Camp.T.Verdes	Mar San Antonio
09.10.73	Ejército	No identificado	Mar Corral
17.10.73	Carb.Armada	No identificado	Lago Ranco
00.00.00	Com.Conj.	No identificado	III Región sin precisar
19.10.73	Ejército	Cárcel Pública	Mar Tocopilla
09.05.76	DINA	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas
15.02.74	Ejército	No identificado	Mar San Antonio, 10 Millas

• Ejecutados sin entrega de cuerpos.